LA FIRMA DEL CISNE



J.C. TORAL

LA FIRMA DEL CISNE

© 2025, Juan Carlos Toral Dueñas
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del titular del copyright, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Título original: La Firma del Cisne

Obra registrada en Safe Creative con el código: 2505131737057

Publicado por: Juan Carlos Toral Dueñas

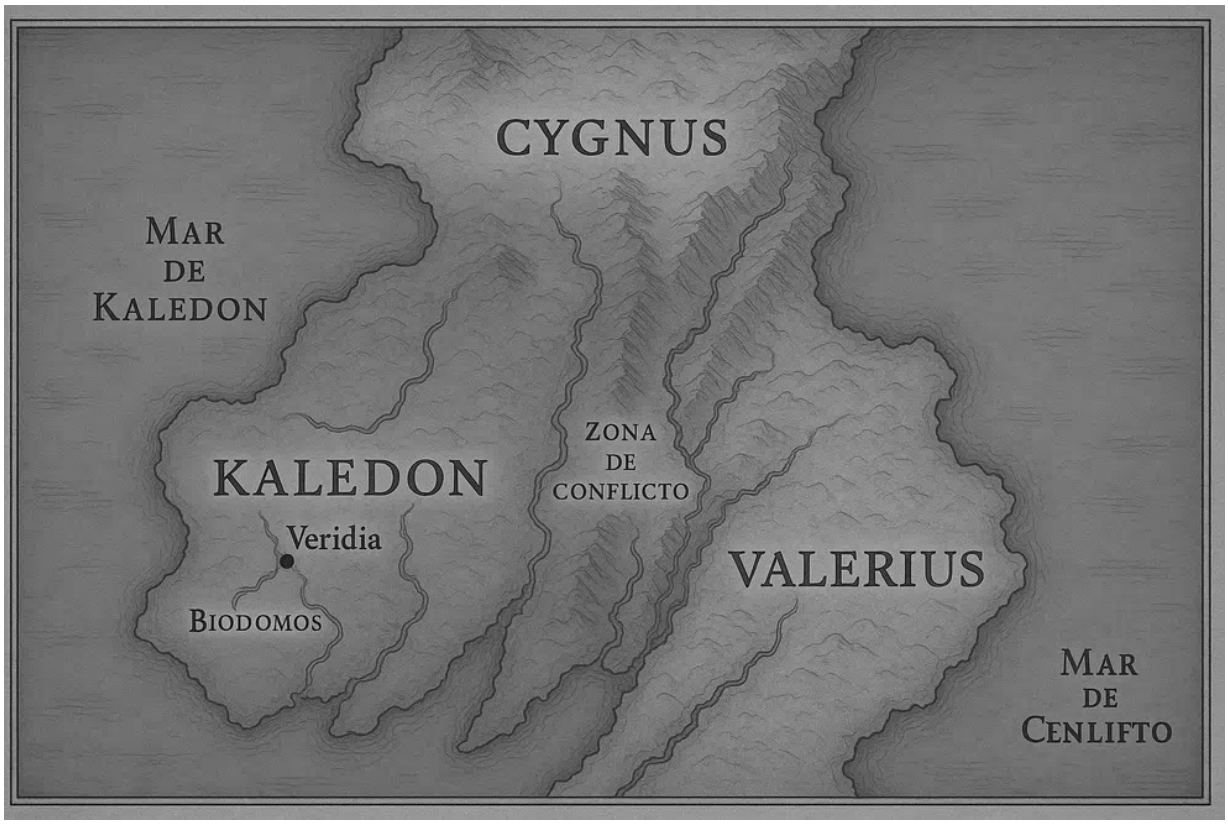
Madrid, 2025

Primera edición: Mayo, 2025

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos, sucesos o lugares es pura coincidencia.

A mi hija Lucía,
La luz de mis mañanas.
A Isabel,
Sin ti, imposible.

KALEDON Y LAS REPÚBLICAS VECINAS



PARTE 1
La Calma Antes de la Tormenta (Primera Semana)

CAPÍTULO 1: CALMA TENSADA EN VERIDIA

El primer indicio de luz se coló por el pequeño espacio entre las persianas inteligentes y el marco de la ventana panorámica, trazando una línea dorada sobre el suelo. Fuera, la ciudad de Veridia, joya tecnológica de la República de Kaledon, comenzaba a despertar con un murmullo distante y controlado, el zumbido apenas perceptible de miles de vehículos autónomos iniciando sus rutas matutinas por las vías transparentes que serpenteaban entre los elegantes rascacielos. Elena sintió el amanecer más que verlo, una costumbre adquirida en los últimos meses de embarazo. Su propio sol personal parecía salir justo debajo de sus costillas, anunciando el día con una serie de suaves pero insistentes pataditas.

Sonrió en la penumbra, una mano acunando la curva tensa de su abdomen. —Ya estás listo para empezar el día, ¿verdad, pequeño campeón? — susurró, su voz un poco ronca por el sueño. Se incorporó con cuidado, apoyándose en los codos, y observó el perfil dormido de Leo a su lado. Incluso en reposo, su rostro mostraba una leve tensión alrededor de la mandíbula, una línea de preocupación que no estaba allí un año atrás.

El suave aroma a café recién hecho precedió a Leo, quien entró silenciosamente en la habitación minutos después, ya duchado y vestido. Llevaba el uniforme no oficial de los ingenieros de alto nivel de la Tecno-Corporación Kaledon: pantalones oscuros de tejido inteligente, una camisa de cuello alto de un gris neutro. En una mano sostenía su tableta de trabajo encriptada, cuya pantalla mostraba discretamente la fecha – Octubre 2038 – junto a sus alertas de seguridad; en la otra, dos tazas humeantes.

—Servicio de habitaciones para la reina y el príncipe heredero —dijo con una sonrisa cansada pero genuina, entregándole a Elena

su taza de descafeinado—. He ajustado los nutrientes según tu perfil de hoy. Extra de calcio y ácido fólico. Leo la observó mientras ella inhalaba el aroma; a pesar de la palidez y la tensión evidente del embarazo en sus facciones normalmente enérgicas, sus grandes ojos color avellana conservaban una calidez inteligente, y un mechón rebelde de su cabello castaño oscuro, casi siempre recogido en una práctica coleta, se había escapado y le acariciaba la sien.

—Eres mejor que cualquier sistema automatizado —respondió Elena, inhalando el aroma reconfortante. El café era sintético, por supuesto, como casi todo en Veridia, pero la mezcla personalizada de Leo era perfecta—. Gracias. ¿Tú has descansado algo? Anoche te oí dar vueltas.

Leo se sentó en el borde de la cama, dando un sorbo a su propia taza, ésta cargada de cafeína. Desvió la mirada hacia la ventana, donde la ciudad ahora se revelaba en todo su esplendor matutino: torres esbeltas que arañaban el cielo, parques elevados interconectados por puentes transparentes, el río Veridian serpenteando como una cinta plateada mucho más abajo. Su apartamento estaba en uno de los niveles superiores de la Torre Arcadia, un privilegio conseguido gracias a su puesto en la Tecno-Corp.

—Solo... cosas del trabajo —murmuró, desviando la mirada—. La última actualización de seguridad... no funciona como debería. Hay fallos intermitentes en la red eléctrica, cosas pequeñas, pero... persistentes. Tenemos que asegurarnos de que todo esté blindado.

Elena asintió lentamente. "Blindado". Esa palabra se usaba mucho últimamente. Veridia era una ciudad inteligente, una maravilla de eficiencia y conectividad, pero esa misma interconexión la hacía vulnerable. La Tecno-Corp Kaledon no solo gestionaba gran parte de la infraestructura civil; era un contratista clave de defensa. El trabajo de Leo, aunque él lo describiera en términos técnicos y anodinos, estaba en el corazón mismo de la seguridad nacional.

—¿Blindado contra qué, Leo? ¿O contra quién? —preguntó en voz baja, observando su reacción.

Él suspiró, pasando una mano por su cabello corto. —Contra todo, El. Fallos del sistema, errores de código, intentos de intrusión de bajo nivel... y sí, también contra las provocaciones de Valerius. Siempre están husmeando en nuestras redes, probando las defensas. Es un juego constante del gato y el ratón digital. Nada nuevo.

Pero era nuevo, o al menos, la intensidad lo era. Elena activó con un gesto la pantalla de pared, que cobró vida mostrando el canal de noticias Kaledon Global. La presentadora holográfica, con su sonrisa imperturbable, hablaba sobre una iniciativa de comercio inter-repúblicas, pero el titular que corría por la parte inferior de la pantalla contaba otra historia: *«Valerius condena la "vigilancia agresiva" de drones Kaledonianos cerca del Espacio Soberano Disputado. Kaledon denuncia nueva oleada de ciberataques contra infraestructura crítica»*.

—¿Ves? Ruido —dijo Leo, señalando la pantalla con la barbilla —. Postureo diplomático. Llevan meses así. Ninguno de los dos quiere una escalada real. Demasiado que perder.

Quizás. Pero Elena recordaba las historias de sus abuelos sobre la Última Guerra Continental, antes de la unificación de Kaledon. Recordaba cómo las pequeñas provocaciones y el "ruido" diplomático podían convertirse en algo mucho peor, casi sin que nadie se diera cuenta hasta que era demasiado tarde. La tecnología había cambiado, ahora eran drones invisibles y guerras en el ciberespacio en lugar de tanques y trincheras, pero la naturaleza humana detrás de ella... dudaba que hubiera cambiado tanto.

Recordó las historias de su abuela, contadas en voz baja en la cocina mientras preparaban la cena sintética, historias que no aparecían en los brillantes documentales oficiales de Tecno-Corp sobre la unificación Kaledoniana. Su abuela no hablaba de estrategias ni de héroes, sino del miedo. Recordaba el invierno del 1978, durante la fase más cruda de la Última Guerra Continental contra la entonces expansiva Confederación Valeriana.

—No eran drones ni ciberataques entonces, Elenita—le había dicho su abuela, sus ojos nublados por el recuerdo—. Eran sirenas reales, que te helaban la sangre. Y el hambre. Recuerdo el hambre, el frío en los refugios improvisados, y el miedo constante a que los 'lobos grises'—así llamaban a los soldados de asalto Valerianos por sus uniformes—aparecieran en la colina.

Le había contado cómo su propio hermano, el tío abuelo de Elena, un joven ingeniero idealista que creía en la paz a través de la tecnología compartida, fue capturado en una escaramuza fronteriza durante una supuesta tregua negociada. Valerius negó tenerlo, habló de 'protocolos respetados'. Meses después, devolvieron un cuerpo irreconocible, alegando un 'lamentable accidente durante el interrogatorio'. La desconfianza, la herida profunda entre las dos potencias, se había sellado con esa sangre y esa mentira.

"Nunca confíes del todo en sus palabras, Elenita," le había advertido su abuela. "Sonríen con una mano mientras afilan el cuchillo con la otra. Siempre ha sido así."

Diferentes armas, diferentes tecnologías, pero la esencia de la desconfianza, la memoria de la traición... eso no había cambiado. Y ahora, Valerius volvía a 'sonreír' con comunicados diplomáticos mientras 'afilaba' sus algoritmos de ataque.

Pensó en el bebé, en el futuro que querían darle. Una habitación infantil llena de juguetes interactivos y módulos de aprendizaje temprano, fines de semana en los parques virtuales, quizás vacaciones en las biodomas costeras de Kaledon. Un futuro brillante y seguro, el que Veridia prometía. Pero esa promesa parecía cada vez más frágil.

—Prométeme que tendrás cuidado, Leo —dijo, su voz apenas un susurro.

Él dejó su taza y tomó las manos de ella entre las suyas. Sus manos eran cálidas y firmes. —Siempre lo tengo, El. Mi trabajo es asegurarme de que las luces de esta ciudad sigan encendidas, que

todo funcione. Que tú y el pequeño estéis seguros. Es lo único que importa.

Sus ojos se encontraron, y por un momento, la fachada profesional se desvaneció, dejando ver al hombre que amaba, al futuro padre lleno de una determinación feroz y una preocupación apenas disimulada.

—Además —añadió, forzando un tono más ligero—, tenemos una cita importante el domingo. La final de los Wardens. No pienso perdérmela por nada, y tú tampoco. Necesitamos una noche de desconexión total. ¿Trato?

Elena asintió, sintiendo cómo un poco de la tensión abandonaba sus hombros. La familiaridad de su ritual del baloncesto era un ancla en medio de la incertidumbre. —Trato. Pero si volvemos a perder en el último segundo, te culparé a ti.

Leo rio, el sonido llenando la habitación. —Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Se inclinó y la besó suavemente, un beso que sabía a café y a promesas silenciosas. Luego recogió su tableta. —Debo irme. La red no se defiende sola. Te llamaré a la hora del almuerzo.

—Te quiero —dijo Elena mientras él se dirigía a la puerta.

—Yo más —respondió él sin volverse, una respuesta automática entre ellos, pero que hoy resonó con una profundidad especial.

La puerta se cerró con un suave silbido neumático. Elena se quedó quieta, escuchando el silencio ahora solo roto por el lejano zumbido de la ciudad. Miró por la ventana la impresionante vista de Veridia, una metrópolis de cristal y luz que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Hermosa. Avanzada. Y de repente, terriblemente expuesta. La calma de la mañana se sentía tensa, como un hilo a punto de romperse. Y rezó, no por primera vez, para que el partido del domingo llegara sin novedad.

CAPÍTULO 2: HALCONES Y PRESAGIOS EN EL DOMO

El Domo de Veridia era una catedral dedicada al espectáculo y al deporte. Una maravilla arquitectónica de Kaledon, cuya cúpula translúcida permitía vislumbrar el cielo nocturno de la ciudad mientras en su interior palpitaba un corazón de luz y sonido. Esa noche, el corazón latía con fuerza para los Veridia Wardens en la final de la Liga Inter-Repúblicas contra los Titanes de Cyrillian, y el aire vibraba con la energía de casi cien mil almas congregadas.

Elena se aferró al brazo de Leo mientras navegaban por los concurridos pasillos interiores, un mar de gente vestida con el naranja y negro de los Wardens. El olor sintético, pero extrañamente adictivo de las palomitas flotaba en el aire, mezclado con el murmullo excitado de miles de conversaciones y el eco lejano de la música previa al partido. A pesar de la incomodidad de moverse entre tanta gente en su estado, Elena no pudo evitar sonreír. Hacía semanas que no se sentía tan... normal. Tan viva.

—Cuidado por aquí —dijo Leo, guiándola con suavidad a través de un grupo más denso cerca de la entrada a su sección. Vio cómo sus ojos grises escudriñaban instintivamente los alrededores, una costumbre casi imperceptible, probablemente adquirida en su trabajo. Llevaba una chaqueta ligera sobre la camisa, y Elena notó la línea tensa de sus hombros bajo la tela. Él también necesitaba esta desconexión.

Encontraron sus asientos en una buena posición, ni demasiado cerca del bullicio de la cancha ni tan lejos como para necesitar las repeticiones holográficas constantes. Mientras se acomodaba con un suspiro de alivio –el pequeño campeón parecía disfrutar haciendo volteretas cada vez que ella se sentaba–, Elena observó a Leo. Su pelo castaño claro estaba ligeramente despeinado por el viento del

exterior, y una genuina sonrisa suavizaba la habitual concentración de su rostro mientras observaba el calentamiento de los jugadores en la cancha. Por un momento, pareció el Leo de antes, el estudiante de ingeniería que la había llevado a su primer partido de los Wardens años atrás, despreocupado y lleno de entusiasmo.

—¿Lista para gritar hasta quedarte afónica? —le preguntó él, volviéndose hacia ella, sus ojos encontrando los suyos.

—Siempre —respondió ella, devolviéndole la sonrisa. Apoyó la cabeza en su hombro por un instante, sintiendo la familiaridad reconfortante de su presencia—. Aunque creo que el bebé ya está protestando por el ruido.

Leo rio y puso una mano sobre el vientre de Elena. —Está bien, campeón, solo es papá y mamá volviéndose locos por un rato. Acostúmbrate.

El himno de Kaledon resonó en el estadio, interpretado por una orquesta holográfica suspendida en el centro del Domo. La multitud se puso en pie, algunos con la mano en el corazón, otros simplemente en silencio respetuoso. Elena sintió un nudo en la garganta. Últimamente, el himno le provocaba una mezcla de orgullo y ansiedad. Orgullo por su hogar, por Veridia, por la república que habían construido. Ansiedad por la fragilidad de todo aquello. Notó de nuevo la presencia de los guardias de las Fuerzas de Defensa Auxiliares, apostados discretamente en las salidas y en las pasarelas superiores. Eran más numerosos de lo habitual, y sus uniformes grises parecían absorber la luz festiva del estadio.

El partido comenzó con una explosión de energía. Los Wardens, impulsados por el público local, tomaron una ventaja inicial. Cada canasta era celebrada con un rugido, cada falta pitada al equipo visitante con abucheos teatrales. Elena y Leo se sumergieron en el flujo y reflujo del juego, comentando las jugadas, criticando al árbitro, compartiendo un refresco y riendo.

«Fíjate en ese pase picado», dijo Leo, señalando una repetición en las pantallas holográficas captada desde un ángulo cenital increíblemente cercano, obra de un micro-dron casi invisible. «La

precisión es brutal. Aunque sigo pensando que el verdadero futuro está en el Aero-Basket, con los drones participando activamente, no solo filmando. Imagina intentar anotar mientras esquivas drones defensivos programados.»

Elena sonrió, negando con la cabeza. «Suenas como si quisieras diseñar la liga tú mismo. ¿No te basta con la complejidad de tus ciberdefensas? Además, bastante difícil es esto para ellos. Y no quiero ni pensar en balones perdidos chocando contra drones.»

«Solo digo que sería más... dinámico», replicó Leo con una chispa en los ojos. «Quizás Mateo se aficione.»

(Habían decidido llamar Mateo al bebé hacía unas semanas).

Era fácil dejarse llevar, olvidar el mundo exterior entre aquellas paredes vibrantes.

Durante un tiempo muerto en el segundo cuarto, las gigantescas pantallas holográficas que normalmente mostraban repeticiones y estadísticas parpadearon. En lugar de anuncios o entretenimiento, apareció brevemente el logo de Kaledon Global News. Una imagen granulada, obviamente tomada por un dron de vigilancia, mostraba vehículos blindados con la insignia de Valerius cerca de un puesto fronterizo Kaledoniano en disputa. El titular confirmaba el "incidente menor" del que habían hablado esa mañana. La imagen duró apenas cinco segundos antes de ser reemplazada abruptamente por un anuncio de bebidas energéticas, pero fue suficiente. Un murmullo inquieto recorrió la sección del estadio donde estaban sentados.

—¿Has visto eso? —murmuró Elena, sintiendo un escalofrío.

Leo asintió, su mandíbula tensa de nuevo. —Lo vi. Propaganda. Intentan ponernos nerviosos. No les hagas el juego, El. Estamos aquí para disfrutar. Mira, los Wardens van a sacar.

Intentó volver a concentrarse en el partido, pero la imagen se quedó grabada en su mente. El juego del gato y el ratón digital del que hablaba Leo parecía estar extendiéndose al mundo físico. Cerca de ellos, un hombre corpulento con una gorra de los Wardens le

decía a su compañero: —Mi hermana vive cerca de la frontera este. Dice que anoche hubo sirenas toda la noche...

Elena desvió la mirada, intentando bloquear la conversación, centrarse en el juego, en la mano de Leo que ahora descansaba sobre la suya. Pero la sensación de normalidad se había resquebrajado. Sentía las miradas de los guardias, notaba cómo algunos espectadores consultaban discretamente sus comunicadores personales con el ceño fruncido. La fiesta parecía tener un trasfondo oscuro.

El partido continuó, reñido y emocionante. Los Titanes de Cyrillian remontaron, y el último cuarto fue una batalla punto a punto. Elena se encontró de nuevo gritando, animando, atrapada en la tensión deportiva. Leo estaba a su lado, igual de inmerso, sus preocupaciones momentáneamente olvidadas en la pura adrenalina del juego. Por un instante glorioso, cuando los Wardens empataron a falta de treinta segundos, todo pareció posible de nuevo. La multitud era un solo ser rugiente, unido en la esperanza.

Pero entonces, un triple fallado sobre la bocina por la estrella de los Wardens selló su destino. Los Titanes habían ganado. Un gemido colectivo, una mezcla de decepción y resignación, llenó el Domo. La energía se disipó rápidamente, reemplazada por el murmullo de la multitud comenzando la lenta salida.

—Bueno, casi lo teníamos —dijo Leo, pasando un brazo por los hombros de Elena mientras se levantaban—. Otra vez será. ¿Vamos a por un helado de consolación?

—Creo que necesito ir a casa y poner los pies en alto —respondió Elena, sonriendo débilmente. El cansancio del embarazo y la montaña rusa emocional del partido la habían agotado—. Pero gracias por la noche, Leo. Realmente la necesitaba.

Salieron con la marea de aficionados decepcionados hacia la noche fresca de Veridia. Las luces de la ciudad brillaban como siempre, un tapiz de neón y energía limpia. Mientras esperaban en la plataforma designada a que llegara su transporte autónomo, el aire

se llenó de un sonido profundo y vibrante que no pertenecía al tráfico urbano.

Levantaron la vista instintivamente. Cruzando el cielo estrellado, en una formación precisa y ominosa, volaban seis transportes aéreos militares. Eran grandes, angulosos, pintados de un negro mate que apenas reflejaba las luces de la ciudad. No llevaban luces de navegación civiles. Su rumbo era sur, hacia las zonas industriales y las bases militares que rodeaban la capital. El sonido de sus potentes rotores resonó entre los edificios, un latido sordo y amenazante.

El silencio cayó sobre la plataforma de transporte. La gente que esperaba, que segundos antes charlaba sobre el partido, ahora miraba al cielo con expresiones de abierta inquietud. Ya no era un titular fugaz en una pantalla ni un rumor susurrado. Era una presencia militar tangible sobre sus cabezas.

Elena sintió que la mano de Leo se apretaba sobre la suya. Él también miraba los transportes en retirada, su rostro impasible, pero sus ojos reflejaban la gravedad del momento. La noche de desconexión había terminado abruptamente. La sombra de la guerra que se cernía sobre Kaledon acababa de proyectarse, larga y oscura, sobre el corazón mismo de Veridia.

Justo cuando un escalofrío recorría a Elena, el comunicador personal de Leo, integrado elegantemente en su muñeca, emitió un chirrido agudo y una serie de vibraciones erráticas. La pantalla, normalmente un modelo de claridad Kaledoniana, parpadeó con una lluvia de estática coloreada antes de mostrar fugazmente, apenas un destello, un símbolo que Elena no reconoció pero que a Leo le heló la sangre: una compleja firma digital que había visto antes en informes clasificados sobre intentos de intrusión Valerianos de "Nivel Fantasma", aquellos que buscaban no solo datos, sino el control sutil de sistemas. Luego, la pantalla se apagó de golpe, muerta.

Leo intentó reactivarlo, sus dedos moviéndose con la urgencia de un experto, pero el dispositivo no respondió.

—¿Qué ha sido eso, Leo? ¿Tu comunicador? —preguntó Elena, su voz apenas un susurro, el miedo atenazándola.

—No lo sé exactamente —respondió Leo, su rostro ahora una máscara de tensión controlada, aunque sus ojos delataban una profunda alarma—. Parece... un intento de sondeo agresivo. Muy agresivo. Como si alguien estuviera probando las cerraduras digitales de los dispositivos de Tecno-Corp de forma remota y masiva... o muy selectiva. Los escudos de mi comunicador deberían haberlo repelido sin problemas.

Se miraron el uno al otro. Los transportes militares en el cielo eran una amenaza visible, pero esto, este eco digital de hostilidad alcanzándolos personalmente, era algo más insidioso, más íntimo. La sensación de que la "calma tensada" estaba a punto de romperse de una forma que ni siquiera ellos, en su torre de privilegio, podían prever, se hizo casi insoportable.

El transporte llegó, abriendo sus puertas con un silbido suave, pero ninguno de los dos se movió de inmediato, atrapados en la contemplación de aquel presagio en el cielo nocturno.

PARTE 2

El Primer Golpe (Segunda Semana – Lunes y Martes)

CAPÍTULO 3: ESTÁTICA EN EL AIRE (ELENA)

El día que siguió a la final de los Wardens transcurrió bajo una capa de normalidad tan fina que amenazaba con rasgarse al menor roce. Elena intentaba tejer una rutina tranquilizadora con los hilos de la cotidianidad: revisaba por enésima vez la configuración del moisés inteligente que habían montado en la futura habitación del bebé, asistía a sus clases prenatales virtuales –ahora con un módulo añadido sobre "cuidados neonatales en situaciones de contingencia" que le erizaba la piel– y trataba de leer novelas holográficas que no lograban mantener su atención por mucho tiempo. La ciudad de Veridia, a través de la ventana panorámica de su apartamento en la Torre Arcadia, seguía mostrando su fachada de eficiencia impoluta, pero Elena no podía evitar sentir que era solo eso, una fachada.

Leo, por su parte, se había sumergido en las profundidades de la Tecno-Corporación Kaledon con una intensidad que bordeaba la obsesión. Salía antes del amanecer y regresaba bien entrada la noche, sus ojos grises marcados por el cansancio y la luz azulada de las pantallas. Sus explicaciones seguían siendo un muro de jerga técnica: "optimización de cortafuegos cuánticos", "parches de seguridad en la red neuronal", "simulaciones de estrés en infraestructuras críticas". Elena sabía que era importante, vital incluso, pero la vaguedad deliberada la dejaba con una sensación de impotencia y aislamiento. El hombre que volvía a casa por la noche parecía llevar el peso de secretos inconfesables, y la distancia entre ellos, aunque físicamente compartieran el mismo espacio, parecía crecer con cada informe de noticias velado y cada nueva directiva de seguridad ciudadana.

El martes por la mañana, esa frágil normalidad se hizo añicos. Elena estaba en plena consulta virtual con la Dra. Aris, su ginecóloga. La imagen tridimensional de la doctora, proyectada

sobre la mesa de la sala, era un prodigio de la tecnología Kaledoniana, tan nítida que casi parecía estar allí. Revisaban los resultados de los últimos análisis, discutiendo la dieta y los ejercicios recomendados para el último trimestre.

—...y como te decía, los niveles de hierro están perfectos, Elena, y la presión arterial es estable dentro de los parámetros ideales. El pequeño parece estar desarrollándose sin ningún contratiempo —la voz de la Dra. Aris era un bálsamo de profesionalidad y calidez—. Lo principal ahora es descansar todo lo posible y, sobre todo, intentar evitar el estrés innecesario. Sé que no es fácil con el ambiente actual, pero...

—Hago lo que puedo, doctora —respondió Elena, intentando una sonrisa que se sintió forzada—. Aunque últimamente, evitar el estrés en Veridia es como intentar no mojarse bajo la llu...

La imagen de la doctora se congeló a media palabra. Los colores vibrantes de su consulta virtual se descompusieron en un mosaico caótico de píxeles estáticos. Un instante después, la imagen desapareció, dejando solo un mensaje flotando en el aire, en la tipografía estándar del sistema operativo de Kaledon: *«CONEXIÓN INTERRUMPIDA. Error de protocolo de enlace. Intentando restablecer...»*.

Elena parpadeó, desconcertada. Había experimentado micro-cortes antes, breves fallos en la red de datos de la ciudad, pero nunca algo tan abrupto durante una conexión segura como la de la red médica. Intentó reactivar la llamada desde la interfaz de la mesa. El sistema ni siquiera respondió al comando táctil. La pequeña luz indicadora de conexión de red en el borde de la mesa, normalmente de un azul constante, parpadeaba erráticamente en rojo.

«Error de Red Principal», indicó finalmente la interfaz con un mensaje de texto plano. Sintió cómo un nudo de ansiedad se apretaba en su estómago. Probó con su comunicador personal, un dispositivo elegante que llevaba en la muñeca. Intentó llamar a Leo. *«Llamada Fallida. Red no disponible»*. Intentó enviarle un mensaje

de texto simple. *«Envío Fallido»*. Probó la red ciudadana de emergencia, supuestamente un sistema de respaldo independiente. Silencio.

Se levantó, la incomodidad del movimiento acentuada por la repentina alarma, y se acercó a la ventana panorámica. La vista de Veridia, normalmente un espectáculo de movimiento coordinado y luces brillantes, parecía extrañamente... apagada. El flujo de vehículos autónomos en las vías inferiores era notablemente más lento, con varios coches detenidos en ángulos extraños, como si sus sistemas de navegación hubieran fallado simultáneamente. Las pantallas publicitarias holográficas gigantes que adornaban los edificios cercanos estaban apagadas o mostraban patrones de estática. En la pasarela peatonal que cruzaba frente a su torre, vio a un puñado de personas detenidas, mirando sus dispositivos con confusión y creciente frustración. Un silencio antinatural parecía haber caído sobre la metrópolis, el habitual zumbido de fondo reemplazado por una quietud expectante y ominosa.

Volvió al interior y activó la pantalla principal de la pared, la que usaban para entretenimiento y noticias. Nieve digital. Una tormenta de puntos blancos y negros chisporroteaba donde, minutos antes, probablemente se mostraban imágenes brillantes de la propaganda gubernamental o análisis deportivos. Solo el logo translúcido de Kaledon Global News persistía en una esquina, un testigo fantasmal de la conexión perdida.

El apartamento, normalmente lleno de los sonidos discretos de la tecnología –el susurro del climatizador, las notificaciones suaves de la red doméstica, el murmullo del asistente virtual– estaba ahora sumido en un silencio casi absoluto. Un silencio que amplificaba el latido acelerado de su propio corazón y el sonido de su respiración. Estaba sola. Embarazada. Aislada.

"Calma", se dijo a sí misma, respirando hondo, colocando una mano sobre su vientre como un gesto instintivo de protección. "Leo dijo que estaban preparados para estas cosas. Hay protocolos". Caminó hacia el armario del recibidor donde guardaba la bolsa de

emergencia. Al abrirla, el contenido le pareció de repente mucho más relevante: las barras nutritivas, los paquetes de agua auto-filtrante, la linterna, el botiquín... y el pequeño dispositivo destructor de datos que Leo había insistido en incluir. "¿Para qué necesitaría esto?", le había preguntado ella. "Precaución", había respondido él evasivamente. Ahora, el objeto metálico y frío en su mano parecía siniestro.

Pasó lo que pareció una eternidad, aunque el reloj de pared analógico –una reliquia que conservaba de su abuela y que ahora era uno de los pocos dispositivos funcionales– indicaba que solo habían transcurrido cuarenta y siete minutos. Cuarenta y siete minutos de incertidumbre, de intentar todos los métodos de comunicación imaginables, incluso el viejo intercomunicador del edificio que conectaba físicamente con la conserjería, sin obtener respuesta. Cuarenta y siete minutos de escuchar el silencio de la ciudad y preguntarse qué estaba ocurriendo más allá de sus ventanas. ¿Era solo Veridia? ¿Era toda la República? ¿Era Valerius?

Justo cuando el pánico comenzaba a arañar seriamente los bordes de su autocontrol, la pantalla de la pared principal parpadeó violentamente. La nieve digital desapareció, reemplazada por un fondo azul intenso, casi eléctrico. En el centro, nítido y dominante, apareció el Sello de la República de Kaledon: el engranaje entrelazado con el circuito y el halcón estilizado. Un instante después, una voz masculina, profunda, resonante y desprovista de cualquier inflexión emocional –la voz oficial del gobierno en tiempos de crisis– llenó el apartamento:

«Atención, ciudadanos de Kaledon. Hace aproximadamente una hora, nuestras redes nacionales de comunicación y varios sistemas de infraestructura crítica, incluyendo sectores de la red energética y de transporte, sufrieron un ciberataque coordinado y malicioso a gran escala. Los equipos de respuesta rápida de la Tecno-Corporación Kaledon y las Ciber-Fuerzas de Defensa han contenido la intrusión principal y están trabajando sin descanso para neutralizar vectores secundarios y restaurar la plena funcionalidad

de todos los sistemas. La interrupción que han experimentado ha sido consecuencia directa de este acto hostil.»

La voz hizo una pausa, permitiendo que la gravedad de las palabras se asentara.

«El análisis forense digital ha confirmado, sin margen de duda, que el origen y la arquitectura de este ataque corresponden a servidores y agentes asociados directamente con el Imperio de Valerius. Este acto de agresión digital no provocada, dirigido deliberadamente contra la población civil y la infraestructura esencial de Kaledon, constituye una gravísima escalada y una flagrante violación de todos los protocolos internacionales y tratados de ciber-paz.»

Otra pausa, más cargada que la anterior.

«Se insta a la población a mantener la calma y la determinación. Sigan únicamente los canales oficiales de información, que serán restaurados progresivamente. Verifiquen la identidad de cualquier comunicación no solicitada. Estén atentos a nuevas instrucciones por parte de las autoridades civiles y de defensa. La República de Kaledon no se dejará intimidar por actos de cobardía tecnológica. Responderemos de manera apropiada y decidida para garantizar la seguridad de nuestra nación y nuestros ciudadanos. La resiliencia es nuestra fuerza. Fin del comunicado.»

El sello y el fondo azul desaparecieron tan rápido como habían llegado, dejando de nuevo una pantalla inerte, aunque esta vez mostraba la hora y la fecha correctas en una esquina. La conectividad no había vuelto del todo, pero el mensaje había sido entregado. "Agresión digital". "Gravísima escalada". "Responderemos de manera apropiada y decidida". Las frases flotaban en el aire como espectros.

En ese instante, su comunicador de muñeca vibró con fuerza. Miró la pantalla con manos temblorosas. Era un mensaje de Leo. Corto, encriptado seguramente de forma básica por la poca red disponible.

«El, ¿estás bien? ¿Mateo? Contéstame en cuanto puedas. Hubo... un incidente grave. Estoy bien, seguro en la central. Mucho trabajo por delante. No puedo hablar ahora. No te preocupes innecesariamente. Te llamo en cuanto liberen la red. Te quiero más que a nada.»

Elena se dejó caer pesadamente en el sofá, el comunicador aún en la mano. El alivio al saber que Leo estaba bien fue una ola física que casi la hizo llorar. Pero inmediatamente después, el miedo regresó con más fuerza. Analizó cada palabra del mensaje de Leo: "incidente grave", "seguro en la central", "mucho trabajo", "no puedo hablar". Todo apuntaba a que la situación era mucho peor de lo que el comunicado oficial dejaba entrever. Y la frase "No te preocupes innecesariamente" era precisamente lo que Leo siempre decía cuando había motivos serios para preocuparse.

Miró de nuevo por la ventana. El tráfico seguía siendo caótico. Algunas luces volvían a funcionar, pero otras seguían apagadas. Vio un dron de la policía de Veridia volando bajo, emitiendo instrucciones inaudibles por un altavoz. La ciudad estaba herida. El ataque había sido real, tangible. Y la respuesta prometida por Kaledon... ¿qué significaría? ¿Más ciberataques? ¿Sanciones? ¿O algo mucho más físico y devastador?

Cogió la bolsa de emergencia del suelo y la colocó sobre la mesa de centro. Ya no era un objeto extraño. Era una necesidad. La calma tensa se había roto definitivamente. La estática en el aire era ahora el preludio palpable de la tormenta que se avecinaba.

PARTE 3

Reacción y Preparación (Segunda Semana – Miércoles y Jueves)

CAPÍTULO 4: EL DÍA DESPUÉS DEL SILENCIO (ELENA)

El miércoles amaneció sobre Veridia no con el murmullo eficiente de siempre, sino con una quietud tensa. Había pasado un día desde el gran ciberataque Valeriano, y aunque la Tecno-Corp Kaledon había logrado restaurar gran parte de los servicios esenciales, la normalidad era una ilusión frágil. La luz que se filtró en el apartamento de la Torre Arcadia parecía pálida, casi clínica, iluminando un mundo que había perdido parte de su color. Elena apenas había dormido. Cada sonido fuera de lo común –el paso de un vehículo de limpieza nocturna, el zumbido de un dron de vigilancia que ahora patrullaba las vías aéreas con una frecuencia inquietante– la había sobresaltado. Las palabras del comunicado oficial resonaban en su mente: "agresión digital", "gravísima escalada", "responderemos de manera apropiada y decidida". Y sobre todo, el mensaje corto y tenso de Leo: "incidente grave", "mucho trabajo".

Se levantó sintiendo el peso del cansancio y la ansiedad acumulados. El pequeño Mateo parecía sentir su inquietud, moviéndose con una energía nerviosa bajo sus costillas. Mientras preparaba un desayuno ligero –una pasta nutritiva sintetizada y una infusión herbal calmante–, comprobó el estado de las redes. La conectividad parecía haberse restaurado casi por completo, aunque de forma intermitente. La pantalla de noticias de la pared volvía a funcionar, pero ahora emitía un ciclo constante de comunicados gubernamentales, análisis solemnes sobre la "resiliencia Kaledoniana" y música marcial suave. La programación habitual había desaparecido.

Intentó llamar a Leo. La llamada entró directamente en el buzón de voz encriptado de la Tecno-Corporación. Dejó un mensaje corto, intentando mantener su voz firme: "Leo, soy yo. Solo quería

saber si estás bien. Anoche me preocupé mucho. Llámame cuando puedas, por favor. Te quiero". Sabía que probablemente no recibiría respuesta pronto. La "central" donde él estaba era, sin duda, uno de los nodos neurálgicos de la defensa cibernética de Kaledon, y tras un ataque como el de ayer, estaría bajo un bloqueo de comunicaciones casi total.

Consiguió contactar brevemente con su madre, que vivía en una ciudad costera más pequeña al sur. La conexión fue inestable, con la imagen holográfica parpadeando, pero la voz de su madre llegó, cargada de preocupación.

—¡Elena, hija! ¡Gracias a los cielos! Estábamos tan preocupados. Ayer nos quedamos sin red casi todo el día... ¿Estás bien? ¿Y el bebé? ¿Y Leo?

—Estamos bien, mamá. Tranquila —mintió Elena, forzando un tono ligero—. Solo fue un susto. Leo está bien, mucho trabajo, ya sabes. Aquí en Veridia todo vuelve a la normalidad.

—¿Seguro? Las noticias aquí son... alarmantes. Hablan de responder a Valerius. Tu padre está preocupado por tu hermano...

La conexión se cortó antes de que Elena pudiera responder, dejando un pitido agudo y la sensación amarga de haber tranquilizado a su madre con una mentira. Nada volvía a la normalidad.

Necesitaba salir. El apartamento, normalmente su refugio seguro y tecnológicamente avanzado, ahora se sentía como una jaula dorada llena de silencios y pantallas que emitían propaganda. Además, se había quedado sin algunas vitaminas prenatales y, aunque tenía reservas de alimentos, la incertidumbre la impulsaba a comprobar cómo estaban las tiendas. Decidió ir a la farmacia y al supermercado automatizado del nivel comercial de la torre contigua, un trayecto corto por las pasarelas elevadas.

En cuanto salió al corredor del edificio, notó la diferencia. El aire olía ligeramente a ozono, un subproducto de sistemas eléctricos sobrecargados o de emergencia. Algunos paneles de luz del techo

parpadeaban irregularmente. Sus vecinos, que normalmente intercambiaban saludos cordiales y rápidos, pasaban con la mirada baja, asintiendo brevemente, sus rostros tensos.

La pasarela elevada que conectaba su torre con el centro comercial adyacente solía ser un lugar bullicioso, con gente haciendo ejercicio, niños jugando en las áreas designadas y pequeños drones de reparto zumbando eficientemente. Hoy estaba casi desierta. Y en cada extremo de la pasarela, donde antes solo había discretos sensores de seguridad, ahora había dos guardias uniformados de las Fuerzas de Defensa Auxiliares, de pie, con rifles sónicos de aspecto intimidante colgados al hombro. No pedían identificación, pero su mera presencia era una declaración. Observaban a los pocos transeúntes con una vigilancia fría y sistemática.

Elena apretó el paso, sintiéndose incómodamente observada. El centro comercial, normalmente un hervidero de actividad y hologramas publicitarios brillantes, estaba extrañamente silencioso. Muchas tiendas no esenciales tenían las persianas metálicas bajadas. Las pantallas publicitarias mostraban los mismos comunicados gubernamentales que en su apartamento. La farmacia estaba abierta, pero con una larga cola que salía hasta el pasillo. La gente esperaba pacientemente, pero sus conversaciones eran susurros tensos, compartiendo rumores y miedos.

"...dicen que el ataque fue peor de lo que admiten..." "...mi sobrino no pudo sacar dinero del cajero esta mañana..." "... ¿crees que responderán de verdad? Valerius tiene armas nucleares..." "...deberíamos irnos de Veridia mientras podamos..."

Elena consiguió sus vitaminas después de casi media hora de espera. El farmacéutico, un hombre mayor que normalmente era afable y hablador, apenas levantó la vista, sus manos temblando ligeramente mientras procesaba el pago (que funcionó, afortunadamente).

El supermercado automatizado también tenía cola, algo inaudito. La gente no compraba artículos de lujo ni caprichos; llenaban sus cestas virtuales con productos básicos: agua

embotellada (a pesar de la supuesta seguridad del suministro de Veridia), alimentos no perecederos, baterías de respaldo, kits de primeros auxilios. El acaparamiento silencioso había comenzado. Elena añadió un par de paquetes extra de agua y raciones a su pedido habitual, sintiéndose culpable y asustada a partes iguales.

Mientras esperaba que el sistema dispensara su compra, vio a través de los ventanales del supermercado una escena que le heló la sangre. En la plaza exterior, una patrulla de las Fuerzas de Defensa estaba realizando controles de identificación aleatorios. Detuvieron a un joven que protestó enérgicamente, gesticulando. La discusión subió de tono rápidamente. Uno de los soldados empujó al joven, que tropezó y cayó. Antes de que nadie pudiera reaccionar, los otros dos soldados lo redujeron y se lo llevaron a rastras hacia un vehículo blindado que esperaba cerca. Todo ocurrió en segundos, con una eficiencia brutal y ensayada. Algunos transeúntes se detuvieron horrorizados, otros apartaron la mirada y apresuraron el paso.

Elena se quedó paralizada, una mano en su vientre. La violencia repentina, la demostración de fuerza del estado en plena calle... era algo que solo había visto en documentales históricos o en noticias de otras partes del mundo menos "civilizadas". Verlo ocurrir allí, en el corazón de Veridia, bajo el sol pálido de la mañana, hizo que la amenaza se sintiera visceral, inmediata.

Recogió su compra, sus manos temblorosas, y emprendió el camino de vuelta a la Torre Arcadia, esta vez sin mirar a los lados, deseando solo la seguridad relativa de su apartamento. Los guardias de la pasarela seguían allí, inmóviles como estatuas grises.

Al entrar en casa, el silencio la recibió de nuevo, pero ya no era un silencio expectante, sino cargado de una certeza ominosa. Dejó las bolsas junto a la puerta y se acercó a la ventana. Abajo, la ciudad seguía moviéndose, pero era un movimiento diferente, más cauteloso, más tenso. Como un animal herido que sabe que el depredador sigue cerca.

De vuelta en la relativa seguridad de su apartamento, o mientras seguía observando desde la ventana panorámica, Elena

notó algo que se le había escapado antes, o quizás era nuevo. Uno de los drones de vigilancia Kaledoniano, un modelo estándar 'Argos-Patrol' que conocía bien por los esquemas públicos de Tecno-Corp, realizó una maniobra inusual. En lugar de seguir su patrón de barrido programado, se detuvo brevemente en el aire, mucho más cerca de su torre de lo normal, y su conjunto de sensores ópticos pareció enfocarse directamente hacia su nivel, casi hacia su ventana, durante varios segundos tensos. Elena se encogió instintivamente, apartándose de la vista. El dron permaneció inmóvil un instante más, como un insecto metálico evaluándola, antes de reanudar bruscamente su ruta de patrulla como si nada hubiera ocurrido.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Había sido su imaginación? ¿Una simple recalibración del dron? ¿O la estaban vigilando específicamente? Leo le había asegurado que su apartamento en la Torre Arcadia era seguro, un privilegio. Pero desde el ciberataque, desde su mensaje críptico, cada "fallo" del sistema, cada anomalía, adquiría un cariz más siniestro. Recordó las palabras de Leo sobre las "provocaciones de Valerius husmeando en nuestras redes". ¿Podrían haber comprometido un dron de vigilancia Kaledoniano? ¿O era algo interno de Kaledon, una vigilancia más opresiva de lo que imaginaba, quizás relacionada con el trabajo de Leo? La duda se instaló como un parásito frío en su mente. Ya no solo temía la amenaza externa; comenzaba a temer las herramientas mismas de su propia república.

Su comunicador vibró. Un mensaje de Leo. Su corazón dio un vuelco.

«El. Las cosas se están complicando más rápido de lo previsto. No puedo dar detalles. Solo... prepárate. Ten la bolsa lista. Pase lo que pase, volveré. Lo juro. Te quiero.»

"Prepárate". La palabra resonó en su mente. ¿Prepararse para qué? ¿Más ciberataques? ¿Una respuesta militar? ¿La evacuación de Veridia? La ambigüedad era casi peor que una mala noticia directa. Miró la bolsa de emergencia sobre la mesa. Luego miró su propio reflejo en el cristal oscuro de la ventana, la silueta de su embarazo

destacándose contra la ciudad tensa. Ya no era solo su vida o la de Leo. Tenía que proteger al pequeño Mateo, que aún no había nacido en este mundo cada vez más incierto y peligroso. La determinación reemplazó momentáneamente al miedo. Tenía que ser fuerte. Tenía que estar preparada.

CAPÍTULO 5: LISTA DE ESPERA (ELENA)

"Prepárate".

La palabra flotaba en el aire silencioso del apartamento, cargada de un peso indefinido y amenazante. El mensaje de Leo, breve y directo, había cortocircuitado el torrente de ansiedad que la había paralizado tras su salida al exterior, reemplazándolo por una urgencia fría y práctica. El miedo no se había ido, ni mucho menos; seguía siendo un nudo helado en su estómago, pero ahora estaba supeditado a la acción. Tenía que prepararse. Por ella, por Leo, y sobre todo, por la pequeña vida que dependía enteramente de ella.

Lo primero fue la bolsa de emergencia. La vació sobre la mesa de centro, su contenido esparcido sobre la superficie lisa: paquetes de agua, raciones concentradas, la linterna, el destructor de datos, y el botiquín básico proporcionado por el gobierno. Elena lo abrió con manos expertas, sus gestos revelando años de práctica en entornos muy diferentes a este lujoso apartamento. Era enfermera. Había pasado casi una década trabajando en Urgencias del Hospital Central de Veridia antes de tomar la baja por maternidad hacía apenas un mes. Había visto el resultado de accidentes masivos, de fallos industriales, de actos de violencia que dejaban un rastro de cuerpos heridos y familias destrozadas. Sabía lo que significaba el caos.

Y sabía que este botiquín era una broma cruel. Gasas estériles, antiséptico suave, analgésicos de baja potencia, unas vendas... Suficiente para un corte doméstico o un raspón, totalmente inadecuado para cualquier escenario de crisis real. Su mente repasó automáticamente lo que *realmente* necesitaría si los servicios colapsaban: antibióticos de amplio espectro, fluidos intravenosos, suturas, agentes hemostáticos, analgésicos potentes... cosas que no podía conseguir y que probablemente ya escaseaban en los

hospitales tras el ciberataque. Pensó en sus antiguos compañeros, en la tensión que debían estar viviendo en el hospital. ¿Habría afectado el ataque a los sistemas de soporte vital? ¿A los bancos de sangre? ¿A los registros de pacientes?

Un nombre acudió a su mente: Clara. Su mejor amiga en el hospital, la madrina no oficial de Mateo, la que la había escuchado despotricar durante incontables turnos de noche y la había animado durante los momentos más duros del embarazo. Clara seguía trabajando en Urgencias. Vivía sola en un apartamento más pequeño al otro lado del río Veridian. Tenía que saber cómo estaba. Tenía que advertirla, aunque no supiera exactamente de qué.

Cogió su comunicador. La señal de red seguía siendo débil, intermitente. Intentó llamar a Clara. *«Red Ocupada»*. Probó un mensaje de texto encriptado, usando la aplicación segura que usaban a veces para compartir cotilleos laborales sin riesgo.

«Clara, soy El. ¿Estás bien? Leo me ha dicho que me prepare. No sé para qué, pero suena serio. ¿Cómo está todo en el hospital? ¿Sabes algo? Contesta si puedes. Cuídate mucho.»

El mensaje quedó en estado "Enviando..." durante un minuto angustioso antes de cambiar a "Entregado". No significaba que lo hubiera leído, solo que había llegado a su dispositivo. Si Clara estaba en medio de un turno caótico en el hospital, o si la red seguía inestable en su zona, podrían pasar horas antes de obtener respuesta. O quizás nunca la obtendría. La incertidumbre era otro peso sobre sus hombros ya cargados.

Dejando el comunicador sobre la mesa con la pantalla visible, Elena se obligó a concentrarse en lo que sí podía controlar. Recorrió el apartamento metódicamente. Comprobó las reservas de alimentos no perecederos que había comprado esa mañana y las organizó en la despensa de acceso rápido. Verificó la carga de las baterías de respaldo de emergencia para las luces básicas y la nevera. Llenó varias jarras y la bañera con agua potable, recordando los protocolos de contingencia que ahora parecían proféticos. ¿Y si el suministro de agua se veía comprometido? Como enfermera, sabía lo rápido que la

deshidratación podía volverse crítica, especialmente para una embarazada.

Luego fue a la habitación del bebé. El moisés inteligente, los móviles holográficos de animales Kaledonianos, la pequeña cómoda llena de ropita doblada... todo parecía pertenecer a otro mundo, un mundo de paz y promesas que se desvanecía por momentos. Cogió la pequeña bolsa que ya tenía preparada para el hospital –pañales, bodies, una manta suave– y añadió algunos suministros médicos básicos que tenía por casa: un termómetro digital, gasas extra, suero fisiológico en monodosis. Era ridículamente poco, pero era todo lo que tenía.

Mientras trabajaba, su mente no dejaba de dar vueltas. ¿Qué significaba "prepárate"? ¿Un ataque militar convencional? ¿Más ciberataques devastadores que paralizaran la ciudad por completo? ¿Quizás la temida respuesta nuclear de la que susurraba la gente? La idea le provocó náuseas. Debido a su formación, conocía los efectos de la radiación. No había preparación posible para eso. Solo diferentes grados de horror.

Se detuvo junto a la ventana, mirando hacia el exterior. La tarde avanzaba. Había más vehículos militares en las calles ahora, transportes blindados de personal y camiones pesados. Los drones de vigilancia eran una presencia constante en el cielo. Intentó sintonizar de nuevo las noticias. El ciclo de propaganda continuaba, pero ahora intercalado con mensajes sobre "puntos de reunión comunitarios en caso de emergencia" y consejos sobre cómo conservar agua y energía. El tono era tranquilizador, pero el contenido era alarmante. Estaban preparando a la población para algo grave.

Volvió a mirar su comunicador. El mensaje a Clara seguía como "Entregado". Sin respuesta.

Decidió hacer una última revisión: las cerraduras de seguridad de la puerta principal, las persianas de seguridad de las ventanas (diseñadas más para tormentas que para ataques, pero algo era

algo). Se aseguró de que su propia bolsa de emergencia estuviera junto a la puerta, al lado de la pequeña bolsa del bebé.

Estaba haciendo todo lo que podía, actuando de forma lógica y metódica. Pero bajo esa capa de eficiencia forzada, el miedo seguía allí, frío y persistente. Estaba esperando. Esperando noticias de Leo. Esperando noticias de Clara. Esperando saber para qué demonios tenía que estar preparada. Esperando que la puerta que Kaledon y Valerius estaban forzando no se abriera a un abismo del que nadie pudiera regresar. El sol comenzaba a descender sobre Veridia, tiñendo el cielo de naranjas y púrpuras, una belleza indiferente a la tensión que vibraba en cada rincón de la ciudad. Y Elena esperó, sintiendo los movimientos de su hijo nonato, una promesa de vida en medio de la creciente oscuridad.

CAPÍTULO 6: EN EL CORAZÓN DE LA TORMENTA DIGITAL (LEO)

El aire en el Nido del Halcón olía a metal frío, a ozono y al sudor rancio de demasiados cuerpos bajo demasiada presión. No era su nombre oficial –ese era el rimbombante "Centro Unificado de Ciber-Comando Kaledoniano" o CUC-K– pero entre los ingenieros y analistas que pasaban allí más horas que en sus propias casas, era simplemente el Nido. Un búnker subterráneo reforzado, situado en algún lugar bajo el distrito financiero de Veridia, inmune a casi cualquier cosa excepto a un impacto nuclear directo... o a una brecha digital como la que acababan de sufrir.

Leo parpadeó, tratando de enfocar la cascada de código que fluía por la pantalla principal holográfica, una matriz tridimensional de datos que llenaba el centro de la sala de operaciones. Llevaba, ¿cuánto? ¿Diez horas? ¿Doce? El tiempo había perdido su significado, reducido a ciclos de análisis de amenazas, implementación de contramedidas y evaluación de daños. A su alrededor, docenas de técnicos tecleaban furiosamente en sus estaciones, sus rostros iluminados por el resplandor azulado de las pantallas, sus voces un murmullo tenso de jerga técnica, informes de estado y solicitudes urgentes.

—¡Ataque confirmado contra la red eléctrica del sector 7-Gamma! ¡Están usando una vulnerabilidad nueva, desconocida hasta ahora! ¡Necesito aislarlo ya! —gritó alguien a su izquierda.

—¡Intento de intrusión en las comunicaciones vía satélite del ejército! ¡Máxima prioridad! ¡Activen las defensas de Nivel Alfa! —ordenó una voz metálica desde la plataforma de mando elevada, donde los oficiales de enlace de las Fuerzas de Defensa y los directivos de Tecno-Corp supervisaban la batalla.

Leo cerró los ojos un instante, masajeándose las sienes. Recordó, con una punzada de nostalgia dolorosa, otra noche de trabajo intenso, hacía apenas unos meses. Estaba en casa, en el apartamento de la Torre Arcadia, frustrado con un complejo algoritmo de encriptación para un proyecto civil de Tecno-Corp. Elena, ya con la curva incipiente de su embarazo bajo el jersey, se había acercado por detrás, rodeándole los hombros con los brazos. —¿Otro dragón digital que necesita ser domado, mi caballero de brillante armadura? —había bromeado ella suavemente en su oído. —Algo así—había respondido él, suspirando—. Este código no quiere cooperar. —Quizás necesita un descanso. Y su programador también —dijo ella, girando su silla para mirarlo—. Mírate, tienes los ojos rojos. ¿Sabes qué hora es? Él negó con la cabeza, perdido en las líneas de código. —Casi medianoche. Ven. Deja eso por hoy. Hice té de hierbas. Podemos sentarnos en el balcón y mirar las luces de Veridia. O simplemente… estar juntos. Él había dudado, la urgencia del problema tirando de él. Pero la calidez en la mirada de Elena, la promesa de paz en su voz, ganó. Se levantó, permitiendo que ella lo llevara de la mano hacia el balcón, hacia el aire fresco de la noche y la seguridad reconfortante de su abrazo. Sintió cómo la tensión abandonaba sus hombros mientras ella apoyaba la cabeza en su pecho, mirando juntos el tapiz luminoso de la ciudad que él juraba proteger. "Te sientes segura aquí, ¿verdad, El?" le había preguntado él en voz baja. "Contigo, siempre," había respondido ella sin dudar.

Leo sintió una gota de sudor frío recorrer su sien. Comunicación satelital militar. Eso iba más allá de apagar las luces de Veridia o interrumpir las videollamadas. Eso afectaba al mando y control de drones, a la navegación de flotas, a la coordinación de defensas... y a cosas peores. Cosas de las que no se hablaba en voz alta.

—Sami, ¿tienes el análisis de la firma del malware que encontraste en el sistema de transporte? —preguntó Leo a través del comunicador interno de su estación, sin apartar la vista de su propio flujo de datos. Estaba rastreando una anomalía particularmente

desagradable que parecía intentar corromper las bases de datos de identificación ciudadana.

—Lo tengo, Leo —respondió la voz de Sami, tensa pero firme, desde algún lugar al otro lado de la caótica sala—. Es Valeriano, sin duda. Su diseño es complejo, capaz de cambiar de forma para evitar ser detectado –polimórfico, un verdadero dolor de cabeza– y tiene un componente oculto que no me gusta nada. Parece diseñado para activarse con una señal externa específica. Podría ser cualquier cosa: borrar datos, robarlos, o peor...

—¿Peor cómo? —insistió Leo.

Hubo una pausa. —Peor como... ¿manipular los sistemas de guiado autónomo de forma masiva? ¿O corromper los registros médicos a gran escala? No lo sé, Leo, pero es sofisticado y malicioso a un nivel que no habíamos visto antes.

Leo maldijo en voz baja. El ataque no había sido solo disruptivo, había sido una infiltración profunda, dejando atrás troyanos y puertas traseras. Habían contenido la hemorragia principal, pero el paciente seguía infectado. Su mente voló por un instante a Elena, sola en el apartamento. Sintió una punzada de culpa por el mensaje tranquilizador pero vago que le había enviado. ¿Cómo explicarle esto? ¿Cómo decirle que la "normalidad" que veía restaurarse en la superficie era una ilusión frágil sobre un abismo de vulnerabilidades?

Se obligó a concentrarse. Su trabajo era proteger esa ilusión, proteger a Elena, a Mateo, a millones de personas que confiaban en que las luces seguirían encendidas y los sistemas funcionarían. Analizó el código anómalo en los registros ciudadanos. No buscaba borrar ni robar... parecía estar intentando *alterar* sutilmente ciertos marcadores de identidad digital. ¿Para qué? ¿Crear identidades falsas? ¿Marcar objetivos?

Una alerta roja parpadeó en la esquina de su pantalla. Prioridad Omega. Provenía del equipo que monitorizaba las redes estratégicas. Leo abrió el canal seguro.

—Aquí Mando Estratégico Liaison —dijo una voz diferente, cortante, militar—. Detectamos intentos persistentes de entrar en las redes secundarias del Mando Nuclear. Repito, redes secundarias. No han penetrado… Pero están tanteando nuestras defensas. Exigimos análisis inmediato de cómo lo intentan y que refuercen todos los protocolos de máxima seguridad nuclear.

El Nido del Halcón quedó en un silencio relativo por un instante. Nivel 3. No era el corazón del sistema, no eran los códigos de lanzamiento, pero era la red de comunicaciones secundarias, los sistemas de alerta temprana, los enlaces con las plataformas de lanzamiento móvil. Un ataque exitoso allí podría cegar a Kaledon, o peor, simular una falsa amenaza que provocara una respuesta catastrófica. El sudor de Leo ya no era frío; era un baño helado. La guerra abstracta de código y datos acababa de rozar el umbral del apocalipsis.

—Entendido, Comando Estratégico —respondió el supervisor desde la plataforma, su voz tensa pero controlada—. Equipo Delta, prioridad absoluta a reforzar protocolos 'Guardián' y análisis de vector NC3. Informen cada cinco minutos.

Leo vio a Sami al otro lado de la sala, pálido bajo la luz azul. Sus miradas se cruzaron por un instante, compartiendo el mismo terror silencioso. Esto era mucho más grave de lo que nadie fuera de estas paredes podía imaginar.

Pasaron otras dos horas de lucha frenética, de cerrar brechas, purgar malware y reforzar defensas. La intensidad del ataque principal pareció disminuir, como si Valerius hubiera conseguido su objetivo inicial –sembrar el caos, probar las defensas, plantar sus semillas malignas– y ahora se retirara a observar.

Fue entonces cuando llegó la convocatoria. Un mensaje cifrado para todos los jefes de equipo y analistas senior. Reunión informativa urgente en la Sala de Situación Alfa. Leo intercambió otra mirada con Sami. Esto era. La respuesta.

La Sala Alfa era más pequeña, más austera. Sin las pantallas holográficas gigantes, solo una mesa larga y una pantalla principal.

Estaban presentes los altos mandos de Tecno-Corp, los enlaces militares –incluido un general de rostro pétreo de las Ciber-Fuerzas y el enlace del Comando Estratégico– y los ingenieros clave como él.

El director de Ciber-Defensa de Tecno-Corp, un hombre calvo y enjuto llamado Kaelen, fue directo al grano.

—Hemos repelido el ataque principal —dijo, su voz resonando en la sala silenciosa—. Pero el análisis preliminar indica una infiltración profunda y daños significativos aún por evaluar. Han demostrado capacidad para penetrar nuestras defensas a un nivel sin precedentes. Han tanteado nuestras redes estratégicas. Esto no ha sido una escaramuza digital, ha sido el primer movimiento de una campaña de agresión total.

El general de las Ciber-Fuerzas asintió gravemente. —El Consejo de Defensa Nacional ha estado reunido en sesión permanente. La conclusión es unánime. La respuesta no puede ser solo defensiva ni limitarse al ciberespacio. Se ha cruzado una línea roja.

Leo sintió que el corazón le daba un vuelco. Aquí venía.

Kaelen proyectó una imagen en la pantalla principal. No era código. Era un mapa de la región fronteriza con Valerius, con múltiples iconos militares Kaledonianos marcados en posiciones ofensivas. Drones de ataque de largo alcance, baterías de misiles tácticos, unidades blindadas autónomas.

—La Directiva Presidencial es clara —continuó Kaelen—. En respuesta a esta agresión, Kaledon ejecutará la Operación 'Filo del Halcón' en T-menos 6 horas. Consistirá en una serie de ataques de precisión contra infraestructuras militares y de ciber-comando clave dentro del territorio soberano de Valerius. Nuestro papel —dijo, mirando a los ingenieros de Tecno-Corp— es asegurar el dominio cibernético total durante la operación. Debemos cegar sus sistemas de defensa, neutralizar su capacidad de respuesta coordinada y proteger nuestras propias fuerzas atacantes de cualquier contraataque digital.

Silencio. La enormidad de la orden flotó en el aire. Ya no era defensa. Era un ataque preventivo, una represalia directa en territorio enemigo usando armamento convencional avanzado, habilitado y protegido por la guerra cibernética. Era, a todos los efectos, una declaración de guerra no oficial.

Leo pensó en Elena. En su promesa de volver. En el mundo seguro que quería para Mateo. Y ahora estaba aquí, siendo parte integral de una maquinaria que se preparaba para desatar una tormenta de fuego real, no solo digital. La respuesta "apropiada y decidida" era esta. Y él tenía que ayudar a que tuviera éxito, porque el fracaso, o una respuesta igual de devastadora por parte de Valerius –quizás usando esas armas que habían tanteado– era impensable.

Salió de la Sala Alfa sintiéndose mareado, el olor a ozono del Nido ahora sofocante. Vio a Sami esperándolo, su rostro sombrío.

—Seis horas, Leo —murmuró Sami—. En seis horas, todo cambia.

Leo asintió, incapaz de hablar. Volvió a su estación, la cascada de código esperando. Tenía seis horas para asegurarse de que su parte de la tormenta funcionara a la perfección. Seis horas antes de que el mundo, tal y como lo conocían, se rompiera definitivamente. Y en algún lugar de Veridia, Elena esperaba, preparándose sin saber exactamente para qué. Y él no podía decírselo. Ese era, quizás, el peso más insoportable de todos.

PARTE 4

Kaledon Contraataca (*Segunda Semana – Viernes*)

CAPÍTULO 7: CUENTA ATRÁS EN LA TORRE ARCADIA (ELENA)

La noche había caído sobre Veridia, pero no trajo consigo la oscuridad. La ciudad, incluso en estado de alerta máxima, resplandecía con el brillo controlado de miles de luces LED, las cintas luminosas de las vías de transporte autónomo y el fulgor intermitente de las patrullas de drones que ahora tejían una red vigilante en el cielo. Sin embargo, desde el apartamento de Elena en la Torre Arcadia, el panorama se sentía diferente. Era un brillo frío, artificial, desprovisto de la calidez humana habitual. El silencio era más notable que nunca, la ausencia del bullicio nocturno –menos vehículos de recreo autónomos circulando, menos música escapando de los bares de los niveles inferiores– creaba una atmósfera de expectación contenida, como si toda Veridia contuviera la respiración.

Elena contenía la suya propia. Llevaba dos días desde el último mensaje de Leo: "Prepárate". Había intentado responder, pedir más detalles, una palabra de consuelo, pero sus mensajes quedaban en el limbo del "Entregado", sin respuesta. La conexión con la red seguía siendo inestable, priorizada para usos oficiales. Su comunicador de muñeca, normalmente una ventana constante al mundo y a sus seres queridos, era ahora un recordatorio frustrante de su aislamiento.

Tampoco había habido respuesta de Clara. El mensaje que le envió a su amiga seguía marcado como "Entregado", un estado ambiguo que podía significar cualquier cosa: que Clara estaba demasiado ocupada en el caos del hospital para leerlo, que su dispositivo estaba dañado o sin batería, o que la red en su zona seguía caída. Elena intentaba no pensar en lo peor, pero las imágenes de Urgencias en un día normal ya eran suficientemente estresantes; no quería imaginar cómo sería ahora, con un

ciberataque reciente y la amenaza de algo peor cerniéndose sobre ellos. Conocía la fragilidad de los sistemas, la delgada línea entre el orden y el colapso en un entorno hospitalario. ¿Estaría Clara a salvo?

Había pasado las últimas horas en un estado de actividad febril y ansiosa. Repasó por tercera vez el contenido de la bolsa de emergencia y la del bebé, añadiendo un par de mantas térmicas y las últimas barritas energéticas que le quedaban. Organizó los suministros de agua y comida no perecedera en la despensa, calculando mentalmente cuántos días podrían durar si se quedaban atrapados en el apartamento. Comprobó las baterías de respaldo, asegurándose de que estaban al máximo de carga. Incluso sacó de una vieja caja de recuerdos una pequeña radio de manivela que había pertenecido a su abuelo –un objeto casi prehistórico en el Veridia de 2038– y comprobó que aún funcionaba, captando solo estática y fragmentos ininteligibles en las bandas analógicas.

Intentó buscar información en la red, pero era casi imposible. Los portales de noticias oficiales solo repetían los mismos mensajes tranquilizadores pero vagos sobre "resiliencia" y "respuesta decidida". Intentó acceder a foros de discusión ciudadana o redes sociales alternativas, aquellas que prometían información sin censura (un atisbo temprano de lo que luego conocería como las capas más accesibles de la Deep Web), pero los cortafuegos gubernamentales eran ahora implacables. Cualquier URL no autorizada devolvía un error de conexión o una advertencia sobre "actividades potencialmente subversivas". El gobierno de Kaledon quería controlar la narrativa por completo.

El silencio opresivo del apartamento se vio súbitamente desgarrado por un ruido metálico y contundente proveniente del pasillo, seguido de lo que sonó como un forcejeo y una voz masculina ahogada gritando: "¡No! ¡Eso es mío! ¡Aléjate!". Elena se quedó helada, el corazón saltándole al pecho. El sonido de la lucha pareció intensificarse por un instante, un ruido sordo como de un cuerpo golpeando una puerta, y luego un silencio abrupto, casi tan alarmante como el estruendo anterior.

Con el pulso desbocado, se acercó sigilosamente a la puerta, activando la mirilla digital. La imagen, aunque con algo de interferencia por la inestabilidad de la red, era clara: dos pisos más abajo, cerca de la puerta del apartamento del Sr. Alvizuri –un hombre de negocios corpulento y de mal genio que había tenido varios altercados con otros vecinos por el uso de los cargadores de vehículos eléctricos–, se veía al propio Alvizuri forcejeando violentamente con otro residente, un joven delgado del ala opuesta al que Elena apenas conocía de vista. Discutían a gritos por una bolsa de suministros que el joven intentaba arrebatarle a Alvizuri. "¡Necesito esa comida para mis hijos! ¡Tú tienes de sobra en tus reservas privadas!", gritaba el joven. "¡Largo de aquí, parásito, o llamaré a seguridad!", replicaba Alvizuri, empujándolo.

Elena observó, horrorizada y paralizada. ¿Debía intervenir? ¿Gritar? ¿Intentar llamar a la inexistente seguridad del edificio? La lucha en el pasillo era breve pero brutal. Alvizuri, más corpulento, logró repeler al joven, quien tropezó y huyó escaleras abajo, dejando caer una pequeña lata de ración que rodó por el suelo. Alvizuri recogió la lata con desprecio, miró a su alrededor con furia, y se metió de nuevo en su apartamento dando un portazo que resonó en todo el rellano.

Elena se apartó de la mirilla, temblando. Ya no era solo la amenaza externa de Valerius o la interna de la Tecno-Corp. El tejido social de la Torre Arcadia, de Veridia, comenzaba a desgarrarse. La desesperación por los recursos básicos estaba convirtiendo a los vecinos en enemigos. La sensación de aislamiento se hizo aún más profunda. Su lujoso apartamento, antes un símbolo de estatus, era ahora una isla en un mar de creciente anarquía, y cada puerta cerrada podía ocultar a un amigo... o a una nueva amenaza.

Se sentó en el sofá, obligándose a comer una de las raciones nutritivas, que sabía a cartón con sabor a fruta. El bebé se movía inquieto, como si sintiera su angustia. Elena le acarició el vientre, susurrando palabras tranquilizadoras que sonaban huecas incluso para ella misma.

—Todo irá bien, Mateo. Papá es fuerte y mamá... mamá también lo es. Te protegeremos.

Pero, ¿cómo? Era enfermera, entrenada para salvar vidas, para actuar en crisis. Pero sus habilidades parecían inútiles aquí. No podía suturar una herida de ciberataque ni administrar una inyección contra la amenaza invisible de la guerra tecnológica o, peor aún, nuclear. Se sentía terriblemente impotente, reducida a esperar tras las ventanas de su lujosa jaula mientras el destino de su mundo se decidía en salas de guerra subterráneas y en los cielos silenciosos patrullados por máquinas autónomas.

Miró un pequeño marco de fotos digital sobre la repisa, que alternaba imágenes de ella y Leo. Una foto de sus vacaciones en las biodomas costeras el año anterior, sonriendo, relajados, el mar sintético azul brillante detrás de ellos. Otra del día que se mudaron a este apartamento, abrazados, rodeados de cajas, con la promesa de un futuro brillante en sus ojos. Tan lejanos parecían esos días ahora, apenas unos meses atrás en el calendario, pero a una eternidad de distancia en la realidad. ¿Volverían a sentir esa despreocupación alguna vez?

Un sonido bajo y profundo vibró a través del edificio, apenas perceptible pero suficiente para ponerla en alerta máxima. No era una explosión, no era un vehículo pasando. Era más bien una resonancia, como si algo muy grande y muy potente estuviera activándose en las profundidades de la ciudad o en sus alrededores. ¿Los escudos de energía de la ciudad? ¿Sistemas de defensa? ¿O algo relacionado con la "respuesta" de Kaledon?

Se acercó a la ventana de nuevo, escudriñando la noche. Las luces de la ciudad parecían parpadear ligeramente, como si la red eléctrica estuviera bajo una tensión inmensa. Vio más drones en el cielo, no solo los de vigilancia policial, sino otros más grandes, de aspecto militar, moviéndose en patrones deliberados y rápidos hacia las afueras. El tráfico autónomo en las vías principales casi había desaparecido, dejando las calles inquietantemente vacías.

El reloj digital en la pared marcaba las 23:58.

Elena contuvo la respiración. Sintió una presión en el pecho, una mezcla de pavor y adrenalina. Algo iba a suceder. Podía sentirlo en la quietud antinatural de la ciudad, en la vibración sorda bajo sus pies, en el silencio absoluto de su comunicador.

Cerró los ojos por un instante, enviando un pensamiento desesperado a Leo, dondequiera que estuviera. *Cuídate. Vuelve a casa.*

Entonces, el horizonte al este, en dirección a la frontera con Valerius, se iluminó brevemente con un destello silencioso y antinatural, un parpadeo pálido contra las nubes bajas. No hubo sonido inmediato, dada la distancia, pero Elena supo, con una certeza que le heló los huesos, lo que significaba.

La respuesta "apropiada y decidida" había comenzado. La espera había terminado. Y la guerra, la verdadera guerra, acababa de llamar a su puerta.

CAPÍTULO 8: CÓDIGO ROJO EN EL CENTRAL (CLARA)

El hedor metálico de la sangre se mezclaba con el olor acre del antiséptico y el aroma sintético del café quemado que alguien había intentado preparar hacía horas en la sala de descanso. Para Clara, enfermera jefe de turno en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Central de Veridia, esos eran los olores del infierno personal en que se había convertido su trabajo desde el reciente ciberataque.

La UCI, normalmente un modelo de orden tecnológico y calma controlada, era ahora un hervidero de alarmas disonantes, personal corriendo y soluciones improvisadas. La mitad de los monitores de constantes vitales funcionaban de forma intermitente, mostrando lecturas erráticas o simplemente apagándose sin previo aviso. Varios respiradores de última generación, conectados en red para monitorización remota, habían quedado inutilizables, obligándolos a recurrir a modelos más antiguos, puramente mecánicos, que requerían vigilancia constante. Y lo peor de todo: el sistema centralizado de historias clínicas digitales seguía caído. Dependían de registros en papel escritos a toda prisa, de la memoria falible de los médicos y enfermeras, y de la pura intuición. Un error en la dosis de un medicamento o en la identificación de una alergia podía ser fatal. Era como practicar medicina del siglo pasado en un hospital del futuro averiado.

—¡Clara! ¡Necesito ayuda aquí! ¡El monitor de la cama 3 está plano otra vez, pero creo que es el maldito aparato, no el paciente! —gritó Jano, un residente joven con ojeras que le llegaban hasta la mandíbula.

Clara se acercó rápidamente, esquivando un carro de medicinas y un pequeño dron de limpieza que se había quedado varado en medio del pasillo con las luces parpadeando. Comprobó

manualmente el pulso del paciente –un hombre mayor ingresado por un fallo cardíaco agudo, probablemente inducido por el estrés del día anterior– mientras Jano golpeaba suavemente el lateral del monitor recalcitrante.

—Tiene pulso, débil pero regular —confirmó Clara—. Cambia el sensor de dedo, a veces falla la conexión. Y avisa a ingeniería biomédica... si es que consigues que alguien responda. Anota las constantes a mano cada cinco minutos. No podemos fiarnos de esto.

Mientras Jano obedecía, Clara sintió vibrar el comunicador en el bolsillo de su uniforme. Era la primera vez en horas que tenía un segundo para respirar. Se apartó a una esquina relativamente tranquila, junto a una ventana que daba a un patio interior ahora oscuro. Sacó el dispositivo. La señal de red era casi inexistente dentro de los muros blindados del hospital, pero un mensaje había logrado filtrarse. Era de Elena.

Su corazón dio un vuelco al ver el nombre. *«Clara, soy El. ¿Estás bien? Leo me ha dicho que me prepare. No sé para qué, pero suena serio. ¿Cómo está todo en el hospital? ¿Sabes algo? Contesta si puedes. Cuídate mucho.»*

Clara cerró los ojos por un instante, apoyando la frente en el cristal frío de la ventana. Elena. Embarazada. Sola en casa mientras Leo estaba dios sabe dónde haciendo su trabajo secreto en Tecno-Corp. Y ahora, asustada por un aviso ominoso. Clara sintió una oleada de afecto y preocupación por su amiga. Quería llamarla, tranquilizarla, decirle que iría a verla en cuanto saliera de este infierno. Pero sabía que no podía. No podía salir de allí, y apenas podía comunicarse.

Tecleó una respuesta rápida y encriptada, esperando que la red colaborara: *«El, aquí caos total pero yo OK. Hospital operativo a duras penas. No sé nada concreto, solo rumores. Cuídate MUCHO. No salgas si no es necesario. Te aviso si sé algo. Un beso.»*

Pulsó enviar. El mensaje quedó en "Enviando...". Dudaba que saliera pronto. Suspiró, frustrada e impotente. Volvió a guardar el

comunicador justo cuando una nueva oleada de actividad recorría la UCI.

—¡Código Rojo! ¡Ingreso masivo inminente! —anunció la voz metálica del sistema de megafonía de emergencia, uno de los pocos sistemas que parecía funcionar—. Personal de todas las unidades a puestos de triaje designados. Repito: ¡Código Rojo!

Clara intercambió una mirada de alarma con sus compañeros. Código Rojo significaba un desastre externo con múltiples víctimas. ¿Un accidente industrial causado por los fallos del ciberataque? ¿Un atentado? ¿O…?

Corrió hacia el área de recepción de Urgencias, que ya estaba siendo despejada frenéticamente. Las puertas automáticas se abrieron para dar paso a las primeras camillas flotantes autónomas, guiadas por sanitarios con trajes de protección NBQ (Nuclear, Bacteriológico, Químico) de color naranja brillante. Eso respondió a su pregunta. No era un accidente industrial.

Los pacientes que llegaban no eran heridos por explosiones o derrumbes. Eran soldados. Jóvenes, con uniformes de combate Kaledonianos, muchos inconscientes, otros retorciéndose de dolor. Algunos tenían heridas de aspecto extraño, quemaduras que no parecían térmicas, o sufrían convulsiones violentas.

—¿Qué demonios les ha pasado? —preguntó Clara a uno de los sanitarios mientras ayudaba a trasladar a un soldado a una camilla de triaje.

—No lo sabemos seguro —respondió el sanitario, su voz distorsionada por la máscara—. Estaban en una base cerca de la frontera este. Hubo... un ataque. Usaron algo nuevo. Un pulso electromagnético localizado, creemos, seguido de algún tipo de agente nervioso por aerosol dispersado por drones. Nuestros sistemas electrónicos fallaron, luego la gente empezó a caer.

Agente nervioso. PEM. Drones. Clara sintió náuseas. Esto era la guerra. La guerra de la que hablaban en susurros, la que el gobierno

intentaba minimizar. Había empezado, y las primeras víctimas llegaban a su hospital.

Mientras evaluaba rápidamente las constantes vitales de un soldado inconsciente, notó algo más. Un pequeño contador Geiger que llevaban los equipos NBQ en el cinturón estaba emitiendo clics suaves pero insistentes. Radiación. Baja, quizás residual, pero presente. ¿De dónde venía? ¿Había usado Valerius algún componente radiológico en su ataque? ¿O era Kaledon quien había...? Sacudió la cabeza, desechando el pensamiento. No podía permitirse especular ahora. Tenía que centrarse en mantener a esta gente con vida.

Las luces del hospital parpadearon violentamente, sumiendo Urgencias en una penumbra momentánea antes de que los generadores de emergencia arrancaran con un estruendo sordo. Otro ataque a la red eléctrica, o quizás solo la sobrecarga de un sistema ya dañado.

—¡Necesitamos más O negativo! —gritó alguien desde el quirófano.

—¡El banco de sangre digital sigue caído! ¡Hay que hacer la comprobación manual! —respondió otra voz, cargada de pánico.

Clara cerró los ojos y respiró hondo, buscando esa calma profesional que siempre lograba encontrar en medio del caos. Abrió los ojos y miró a su equipo.

—Escuchad —dijo, su voz firme y clara por encima del ruido—. Olvidaos de los protocolos habituales. Haced lo que tengáis que hacer para mantenerlos estables. Jano, encárgate de la vía aérea de este soldado. Sara, busca bolsas de solución salina, las que sean. Yo intentaré conseguir un informe de situación real. ¡Moveos!

Mientras su equipo se dispersaba, Clara se quedó un instante mirando el rostro pálido y joven del soldado inconsciente. Podría haber sido su hermano, su vecino, el hijo de cualquiera. Y este era solo el principio. La "respuesta apropiada y decidida" de Kaledon apenas había comenzado unas horas antes, según los rumores que

circulaban. ¿Cuántos más llegarían? ¿Y qué horrores nuevos traería esta guerra tecnológica y silenciosa hasta las puertas de su hospital?

Su comunicador vibró de nuevo. Lo ignoró. No había tiempo para Elena, ni para nadie más allá de las paredes de este infierno. La guerra había llegado al Hospital Central de Veridia, y ella estaba en primera línea.

CAPÍTULO 9: DAVID Y EL FILO DEL HALCÓN (DAVID)

El interior del 'Mastín' APCA (Transporte de Personal de Combate Autónomo) olía a metal recalentado, a lubricante sintético y al inconfundible olor acre del miedo contenido. David apretó la correa de sujeción de su asiento, sintiendo la vibración profunda del vehículo mientras avanzaba a gran velocidad sobre el terreno irregular de la Zona Desmilitarizada Este, ahora simplemente 'Zona de Operaciones Halcón'. Fuera, la noche era absoluta, pero en las pantallas tácticas integradas en el blindaje frente a él, el mundo se mostraba en una paleta de verdes y blancos térmicos y contornos Lidar.

"Tiempo estimado de llegada al punto de despliegue 'Nido Águila': 3 minutos", anunció una voz sintética y calmada desde los altavoces internos del vehículo. Era 'Argos', la IA táctica asignada a su pelotón. "Se detecta actividad mínima de drones exploradores Valerianos al norte. Probabilidad de contacto hostil antes de llegar al punto de despliegue: 7.3%. Mantengan la preparación de combate."

David tragó saliva, sintiendo la boca seca. 7.3%. Argos siempre era preciso, calculando probabilidades basándose en datos de sensores en tiempo real, análisis predictivos ejecutados en las granjas de servidores GPU a cientos de kilómetros de distancia en Kaledon, y doctrina táctica Valeriana actualizada al segundo. Pero un 7.3% no era cero. Especialmente no esta noche.

Esta noche era la noche de la Operación "Filo del Halcón". Hacía apenas seis horas que habían recibido la orden de activación final, después de días de tensión creciente y el masivo ciberataque Valeriano. La respuesta de Kaledon estaba siendo rápida, tecnológica y, esperaban, decisiva. Su unidad, la 7ª Compañía de Asalto Autónomo, era parte de la punta de lanza: asegurar puntos clave

para permitir la incursión de drones de ataque más pesados y misiles de precisión contra los centros de mando y las granjas de servidores enemigos.

A su lado, Mía, otra especialista de su escuadra, revisaba la interfaz de control de los dos drones terrestres 'Cazador' asignados a ellos, que viajaban acoplados al exterior del Mastín. Eran bestias metálicas achaparradas, armadas con cañones de repetición sónicos y lanzadores de micro-misiles, capaces de operar de forma autónoma o bajo supervisión humana.

—Sistemas de armas de los Cazadores, en verde. Enlace de datos seguro y estable —informó Mía, su voz tensa pero profesional.

David asintió, sus propios dedos volando sobre su pantalla táctica mientras verificaba los sistemas. Comprobó primero el enlace de su casco: la interfaz neural lo conectaba sin fisuras con Argos, la IA táctica, y con los drones de apoyo 'Cazador' que viajarían con ellos. Luego, flexionó los hombros, sintiendo la respuesta casi imperceptible del exoesqueleto ligero que potenciaría su resistencia en combate. Finalmente, un rápido vistazo a su muñeca confirmó la señal verde del nuevo localizador subdérmico, transmitiendo constantemente sus constantes vitales y posición a la red de rescate 'Ángel Guardián'. Se pasó una mano enguantada por el pelo corto, de un castaño similar al de su hermana, pero con la rebeldía que siempre lo había caracterizado, ahora contenido bajo el casco táctico. Sus facciones, aún juveniles pero endurecidas por dos años de servicio, estaban tensas, y sus ojos marrones claros –más inquietos, menos profundos que los de Elena– escudriñaban los datos del visor con una concentración forzada. Si caía herido o se perdía, en teoría, podían encontrarlo en cualquier parte del planeta. En teoría.

Pensó en Elena. Embarazada, sola en Veridia. Le había enviado un mensaje corto y tranquilizador antes de que impusieran el silencio total de comunicaciones previo a la operación, mintiéndole sobre unos "ejercicios prolongados". Odiaba mentirle, pero ¿qué podía decirle? ¿Que estaba a punto de cruzar ilegalmente una

frontera para participar en un ataque masivo contra una potencia nuclear vecina, confiando su vida a una IA y a robots de combate? La culpa le atenazó, mezclada con una feroz necesidad de protegerla, de asegurarse de que esta guerra terminara rápido, antes de que llegara a las calles de Veridia.

"Posible amenaza detectada. Vehículo terrestre no identificado aproximándose rápido, vector 270", alertó Argos, su voz manteniendo la misma calma exasperante. En la pantalla de David apareció un rombo rojo parpadeante. "Análisis de firma en curso... Coincidencia del 88% con vehículo de reconocimiento ligero Valeriano clase 'Víbora'. Probabilidad de hostilidad: 95%."

—¡Contacto! —gritó el sargento Kovar, jefe de la escuadra, desde el compartimento delantero—. ¡Mía, David, preparados para desplegar Cazadores en cuanto nos detengamos! ¡Argos, calcula solución de fuego defensiva!

El Mastín frenó bruscamente, sus orugas magnéticas agarrándose al terreno rocoso. Las compuertas laterales se abrieron con un silbido hidráulico. David y Mía activaron las secuencias de despliegue en sus pantallas. Los dos drones Cazador se desacoplaron y saltaron al suelo con agilidad robótica, sus sensores ópticos brillando en la oscuridad.

—¡Cazador Uno y Dos desplegados y activos! ¡Adquiriendo blanco! —informó Mía.

"Blanco adquirido. Calculando trayectoria óptima", dijo Argos. "Recomendación: Fuego de supresión con cañón sónico, Cazador Uno. Lanzamiento de micro-misil guiado por IA, Cazador Dos, tras confirmación de hostilidad."

En la pantalla de David, vio el rombo rojo del Víbora Valeriano acercándose. Era rápido y ágil. De repente, una pequeña luz destelló en su torreta.

"¡Fuego hostil detectado! ¡Misil antitanque ligero lanzado!" alertó Argos. "¡Ejecutando maniobra evasiva! ¡Autorizando respuesta letal!"

El Mastín se sacudió violentamente mientras la IA ejecutaba un giro imposible que hizo chirriar el metal. Una explosión resonó muy cerca, levantando tierra y esquirlas. El misil había fallado por poco. Casi simultáneamente, el Cazador Uno abrió fuego, el aire vibró con un sonido subsónico que David sintió más que oyó. El Cazador Dos lanzó un micro-misil que trazó una línea de fuego blanco en la oscuridad antes de impactar contra el Víbora Valeriano en una brillante explosión anaranjada.

"Amenaza neutralizada", informó Argos con la misma calma. "Daño al Mastín: mínimo, blindaje exterior afectado. Todos los sistemas operativos. Reanudando ruta hacia Nido Águila."

David respiró hondo, el corazón martilleándole en el pecho. Todo había ocurrido en menos de diez segundos. La velocidad de la guerra moderna, mediada por IA y máquinas. Eficiente. Letal. Y aterradoramente impersonal. Miró a Mía, que le devolvió una mirada tensa pero decidida. Nadie dijo nada.

El Mastín reanudó la marcha. Llegaron a "Nido Águila" –una pequeña depresión rocosa– dos minutos después.

—¡Desembarquen! ¡Aseguren perímetro! ¡Preparen enlace para la siguiente fase! —ordenó el sargento Kovar.

David saltó al suelo rocoso, el exoesqueleto absorbiendo el impacto. El aire era frío y olía a tierra removida y a la leve peste química de la explosión reciente. Los Cazadores tomaron posiciones defensivas mientras los soldados formaban un perímetro. David activó su interfaz de enlace, conectándose a la red táctica de la operación. Datos, órdenes e informes de situación de otras unidades comenzaron a fluir en su visor de casco, filtrados y priorizados por Argos.

"Atención, Unidad Halcón-7", dijo la voz de Argos en su oído. "Nueva directiva de Mando Central, procesada por IA Estratégica 'Oráculo'. Oráculo, la inteligencia artificial estratégica de Kaledon, un cerebro digital sin parangón alojado en las profundidades del Nido, capaz de analizar millones de variables y predecir amenazas futuras con una precisión aterradora.

Se detecta concentración inesperada de unidades blindadas autónomas Valerianas en el Sector Gamma-4, posible emboscada. Se requiere reconocimiento inmediato y evaluación de amenaza por su unidad. Los drones Cazador procederán de forma autónoma. Su escuadra proporcionará apoyo y supervisión táctica. Máxima precaución recomendada."

David miró hacia el Sector Gamma-4 en su mapa táctico. Estaba a solo dos kilómetros. Una emboscada. La IA "Oráculo", ejecutándose en esas granjas de servidores a salvo en Kaledon, había detectado algo que sus propios sensores aún no veían. ¿Podían confiar ciegamente en la máquina?

—Ya oyeron a la lata parlante —dijo Kovar—. ¡En marcha! ¡Confíen en los Cazadores, pero mantengan los ojos abiertos! ¡Esto apenas empieza!

David asintió, activó el modo de seguimiento en su exoesqueleto y empezó a avanzar tras los drones Cazador hacia la oscuridad, hacia una emboscada detectada por una inteligencia artificial, en la primera noche de una guerra que prometía ser muy diferente a cualquier otra antes vista. Y muy, muy larga.

CAPÍTULO 10: ORQUESTANDO LA TORMENTA (LEO)

El Nido del Halcón vibraba con una energía diferente ahora. La tensión defensiva de las horas previas había sido reemplazada por la febril y concentrada intensidad de la ofensiva. La Operación "Filo del Halcón" estaba en marcha. En la pantalla holográfica principal, el mapa de la región fronteriza ya no era solo un tablero estático; era un campo de batalla dinámico donde iconos azules (Kaledon) se movían deliberadamente en territorio enemigo (rojo, Valerius), mientras capas translúcidas de datos indicaban el estado de las redes, las contramedidas electrónicas activas y las amenazas cibernéticas detectadas en tiempo real.

Leo sentía un extraño cóctel de adrenalina, concentración absoluta y un malestar profundo en la boca del estómago. Sus dedos volaban sobre la consola de su estación de trabajo, ejecutando secuencias complejas de código diseñadas para un solo propósito: allanar el camino digital para las fuerzas Kaledonianas que ahora penetraban en Valerius. Cada línea de código que validaba, cada protocolo de ataque que lanzaba, tenía consecuencias directas para los soldados como... bueno, como los de la 7ª Compañía de Asalto Autónomo, que sabía estaban operando en el peligroso Sector Gamma-4 gracias a las actualizaciones tácticas de la IA Oráculo.

—Leo, necesito confirmación: ¿hemos neutralizado ese nodo clave de comunicaciones Valeriano en el sector Delta? —llegó la voz de Sami por el comunicador, tensa pero precisa—. Nuestra unidad de drones de ataque está a dos minutos del objetivo y necesita silencio de radio para evitar que los detecten.

—Confirmado, Sami —respondió Leo, sus ojos fijos en las líneas de código—. Ese nodo está caído. Les hemos cortado las comunicaciones en Delta. Dales vía libre a los drones.

—Recibido. Informando a Mando Aéreo. Buen trabajo.

Leo asintió para sí mismo, aunque Sami no podía verlo. Un pequeño éxito. Un nodo de comunicaciones menos para Valerius. Pero era solo una pequeña victoria en una batalla digital masiva que se libraba en múltiples frentes simultáneamente. Su equipo, bajo la supervisión general de la IA Oráculo y las directrices del alto mando, estaba ejecutando docenas de ciberataques coordinados: cegando redes de radares de alerta temprana, inyectando datos falsos en los sistemas de defensa aérea Valerianos, desestabilizando sus redes eléctricas locales cerca de objetivos militares, e intentando mantener un escudo protector sobre las propias redes de comunicación y control de Kaledon.

Todo ello requería una potencia de cálculo descomunal. Leo era vagamente consciente de que las granjas de servidores GPU de Kaledon, ubicadas en búnkeres reforzados lejos del frente, debían estar funcionando al límite, sus procesadores calentándose mientras ejecutaban los complejos algoritmos de la IA Oráculo para el análisis predictivo, las simulaciones de escenarios y la coordinación de ataques cibernéticos y cinéticos. Eran el cerebro oculto de esta guerra, y sabía que Valerius estaría intentando desesperadamente localizarlas y atacarlas.

—¡Alerta! ¡Contraataque Valeriano detectado! —anunció la voz sintética de Argos a nivel general—. ¡Múltiples intentos de hackear el control de nuestros drones Cazador desplegados! ¡Es un ataque sofisticado para interceptar y manipular nuestras señales!

El corazón de Leo dio un brinco. Los Cazadores. Como los que usaba la unidad de David... No. Sacudió la cabeza. No podía pensar en eso ahora. Tenía que centrarse.

—¡Equipo Gamma, activen los protocolos de engaño! ¡Desvíen el ataque a las redes señuelo (honeypots) y analicen cómo lo están haciendo! —ordenó el supervisor desde la plataforma.

Leo observó en una pantalla secundaria cómo sus compañeros desviaban el ataque, creando redes señuelo para atrapar el malware

Valeriano y analizar sus métodos. Era una danza constante, un juego letal de engaños y defensas en el espectro digital.

Pensó fugazmente en Elena. ¿Estaría viendo las noticias censuradas? ¿Habría sentido las vibraciones de los lanzamientos de misiles o el paso de los bombarderos sigilosos? Le había prometido volver. Pero cada minuto que pasaba en esta sala, habilitando ataques, sentía que esa promesa se volvía más difícil de cumplir. Esta operación era una apuesta enorme. Si Kaledon lograba una victoria rápida y decisiva, quizás podrían forzar a Valerius a la mesa de negociaciones antes de una escalada total. Pero si fallaban, si Valerius resistía y contraatacaba con toda su fuerza... las consecuencias eran inimaginables. La sombra nuclear que había sentido planear durante la reunión informativa seguía presente, un invitado no deseado en cada cálculo estratégico.

—Leo, Oráculo ve una oportunidad: podemos lanzar un ataque masivo de denegación de servicio contra su principal centro de datos militares en Týr. El objetivo es colapsarlo justo cuando nuestra fuerza de ataque principal, 'Martillo', se aproxime. Oráculo estima una alta probabilidad de éxito, cerca del 80%, si iniciamos ya —dijo Sami—. Podríamos dejarlos ciegos y sordos en el momento clave.

Leo evaluó los datos que Oráculo presentaba en su pantalla: simulaciones de tráfico de red, vulnerabilidades detectadas, contramedidas probables de Valerius. El 78% era una buena probabilidad, pero no una certeza.

Leo: (murmurando para sí, apenas audible) —Setenta y ocho coma tres cuatro nueve por ciento... Gracias, Oráculo, por esos tres decimales de precisión. Me siento mucho más seguro ahora.

Y un ataque de esa magnitud atraería una respuesta cibernética masiva.

—¿Riesgo de daño colateral en redes civiles Valerianas? —preguntó Leo, una consideración que las directivas de combate intentaban minimizar, al menos oficialmente.

—Oráculo estima un 15% de probabilidad de impacto indirecto moderado en servicios civiles dependientes de esa infraestructura —respondió Sami—. Dentro de los parámetros aceptables de la misión.

Leo apretó los dientes. "Parámetros aceptables". Odiaba esa frase. Pero era la guerra. Miró al supervisor en la plataforma, esperando la orden. Él asintió brevemente tras consultar su propia pantalla.

—Autorizado, Equipo Alfa —dijo ella—. Lancen el ataque masivo sobre el centro de Týr. Sincronicen con la aproximación de 'Martillo'. Que los dioses de la máquina nos acompañen. Leo respiró hondo. —Iniciando el ataque coordinado —confirmó—. Sami, monitoriza la respuesta enemiga y prepara los protocolos defensivos avanzados.

Y avísame si Oráculo empieza a calcular las probabilidades de que nos traigan café antes de que esto termine. Sami: (una leve sonrisa cansada en su voz por el comunicador) —Recibido, Leo. Aunque creo que la probabilidad de café es... sub-cero absoluto ahora mismo.

Durante los siguientes minutos, la tensión en el Nido fue máxima. Observaron en tiempo real cómo lanzaban un torrente masivo de datos basura contra el objetivo, coordinado desde miles de puntos comprometidos. Vieron cómo las defensas Valerianas reaccionaban, cómo intentaban filtrar el tráfico, cómo contraatacaban sus propios nodos. Era una batalla brutal librada a la velocidad de la luz.

Y entonces, éxito. Los indicadores de actividad del centro de datos de Týr cayeron en picado.

"Objetivo Týr neutralizado temporalmente", anunció Argos. "Ventana de oportunidad para Fuerza Martillo: abierta."

Un murmullo de satisfacción contenida recorrió la sala. Habían asestado un golpe importante. Pero Leo no sintió euforia, solo un cansancio profundo y una creciente aprensión. Sabía que cada éxito los acercaba más a una respuesta desesperada de Valerius.

Justo en ese momento, una nueva alerta parpadeó en su consola. No era roja, era... negra. Una clasificación que nunca había visto.

—¿Qué demonios es eso? —murmuró.

Abrió la alerta. Era un informe fragmentado, proveniente de un sensor de reconocimiento sigiloso Kaledoniano en órbita baja, procesado por Oráculo con un nivel de confianza bajo pero con una prioridad crítica asignada.

«Anomalía energética detectada en instalación subterránea no catalogada, región montañosa de Valerius Central. Patrón consistente con activación de...» El mensaje se cortó.

—¡Argos! ¡Informe completo sobre Alerta Negra 001! —exigió Leo.

"Datos incompletos", respondió la IA. "Sensor orbital probablemente destruido post-transmisión. Análisis preliminar de Oráculo sugiere... posible activación de sistema de armas estratégicas no convencionales Valeriano. Requiere corroboración urgente."

Silencio absoluto en el Nido del Halcón. Armas estratégicas no convencionales. En una instalación subterránea secreta. La implicación era aterradora. ¿Había Valerius activado su arsenal nuclear como respuesta a la Operación Filo del Halcón? ¿O era otra cosa? El mensaje fragmentado era una incógnita letal.

Leo sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. La guerra acababa de entrar en un territorio mucho más oscuro y peligroso.

PARTE 5

La Respuesta de Valerius y el Caos en Veridia

(*Segunda Semana – Sábado y Domingo*)

CAPÍTULO 11: EL SONIDO DE LA GUERRA (ELENA)

El destello silencioso en el horizonte oriental fue seguido por un silencio aún más tenso. Elena permaneció inmóvil junto a la ventana panorámica, el reflejo de su rostro pálido superpuesto a las luces frías de Veridia. No necesitaba una confirmación oficial en las pantallas de noticias censuradas. Sabía lo que había visto. La Operación "Filo del Halcón", la "respuesta apropiada y decidida" de Kaledon, había comenzado. La guerra ya no era una amenaza abstracta o una batalla invisible librada en el ciberespacio. Ahora tenía un rostro físico, aunque fuera a cientos de kilómetros de distancia. Por ahora.

Un sonido bajo y retumbante comenzó a crecer, filtrándose a través del triple acristalamiento insonorizado del apartamento. No era una explosión cercana, sino una vibración profunda, continua, que parecía resonar en la estructura misma de la Torre Arcadia. ¿El estruendo lejano de los misiles Kaledonianos alcanzando sus objetivos en Valerius? ¿O quizás la respuesta de Valerius?

Nuevas luces surcaron el cielo nocturno sobre Veridia, pero no eran los tranquilos vehículos autónomos de siempre. Eran rápidas, erráticas, dejando estelas brillantes. Cazas interceptores de Kaledon, probablemente, patrullando el espacio aéreo de la capital, esperando cualquier incursión de drones o misiles enemigos. De repente, una serie de fogonazos más brillantes iluminaron una sección del cielo al noroeste, seguidos por el sonido agudo y metálico de lo que solo podía ser fuego antiaéreo automatizado. Las defensas de la ciudad estaban activas. El enemigo, fuera cual fuera, estaba probándolas.

Elena se apartó de la ventana, el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas. La guerra había llegado a casa, aunque fuera solo su eco lejano y sus manifestaciones defensivas. El apartamento,

antes un símbolo de seguridad y estatus, ahora se sentía como una trampa de cristal suspendida sobre un campo de batalla potencial.

Su primer instinto fue comprobar el comunicador. Intentó llamar a Leo de nuevo. Buzón de voz. Intentó llamar a Clara. La llamada ni siquiera conectaba ahora, *«Red no disponible para llamadas no esenciales»*. El mensaje a Clara seguía "Entregado", sin leer. La frustración y el miedo se arremolinaron en su interior. Estaba sola con sus peores pensamientos.

Y sus pensamientos volaron inevitablemente hacia su familia. Su madre, en la costa sur, ¿estaría a salvo allí? ¿Sabría lo que estaba pasando realmente? Y luego pensó en David. Su hermano. Más joven que ella por cinco años, impulsivo, idealista, y desde hacía dos años, miembro de las Fuerzas de Defensa de Kaledon. Recordaba sus discusiones cuando él se alistó, ella preocupada, él hablando con entusiasmo sobre la tecnología de vanguardia, sobre proteger a Kaledon de las amenazas como Valerius, sobre ser parte de algo importante. Elena sabía, por comentarios velados de él en sus raras comunicaciones, que trabajaba con sistemas autónomos, drones terrestres o algo parecido. Un trabajo supuestamente "seguro", detrás de las líneas. Pero ahora... ¿dónde estaría David ahora? ¿Estaría él ahí fuera, en la oscuridad de la Zona de Operaciones Halcón, en medio de esos destellos y retumbos? La imagen de su hermano, con su sonrisa fácil y sus ojos llenos de determinación juvenil, enfrentándose a la maquinaria bélica de Valerius le provocó un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza. Rezó con una intensidad que no sabía que poseía para que estuviera a salvo, para que su tecnología lo protegiera, para que volviera a casa.

Recordó, con una claridad que dolía, una tarde de verano de hacía casi veinte años, en el viejo parque municipal antes de que lo reemplazaran por los domos bioclimáticos. El sol real, no el sintético de Veridia, calentaba de verdad. Ella tendría unos diez años, y David, con sus rodillas huesudas y su pelo revuelto, apenas seis. Jugaban al 'pilla-pilla sónico', una versión infantil donde el que 'la llevaba' emitía pitidos agudos que el otro debía esquivar.

—¡No me pillas, Elena! ¡Soy un caza estelar! —gritaba David, corriendo en círculos erráticos sobre la hierba, sus brazos extendidos como alas, imitando el zumbido de un motor.

—¡Ya verás! ¡Mi rayo tractor te alcanzará! —respondía ella riendo, persiguiéndolo sin demasiado esfuerzo, dejándole creer que era más rápido.

Sus padres estaban sentados cerca, en un banco bajo un árbol de verdad, observándolos. Recordó la sonrisa tranquila de su padre y la forma en que su madre los miraba, con esa mezcla de orgullo y ligera exasperación reservada a la energía inagotable de los niños. David tropezó, como siempre hacía en su entusiasmo, y cayó sobre la hierba mullida. Elena se detuvo a su lado, ofreciéndole una mano para levantarse.

—¿Estás bien, caza estelar? —le preguntó.

Él se limpió la tierra de las rodillas, sin rastro de lágrimas, solo con la determinación de seguir jugando. —¡Sí! ¡Solo ha sido un ataque de asteroides! ¡Vamos, ahora la llevas tú!

El recuerdo era tan vívido: el calor del sol, el olor a hierba cortada, la risa despreocupada de su hermano pequeño, la sensación de seguridad absoluta bajo la mirada amorosa de sus padres... un mundo simple, tangible, a años luz de la oscuridad metálica y la amenaza invisible que ahora envolvía Veridia.

Se obligó a moverse, a canalizar el miedo en acción. Volvió a comprobar las cerraduras, las persianas de seguridad. Revisó el contenido del botiquín, sus manos de enfermera evaluando instintivamente la utilidad de cada elemento. ¿Serviría de algo si una bomba perdida impactaba cerca? ¿Si el edificio perdía integridad estructural? ¿Si tenían que evacuar bajo el fuego? Probablemente no. Pero el acto de organizar, de prepararse, era un pequeño acto de control en una situación que se sentía totalmente fuera de él.

Recordó los protocolos de emergencia del edificio que les habían enviado hacía meses. En caso de alerta roja o ataque directo, los residentes debían dirigirse a los refugios reforzados en los niveles

subterráneos. ¿Debería ir ya? No había sonado ninguna alarma específica para Veridia, solo las defensas antiaéreas actuando a distancia. Bajar al refugio significaba entrar en un espacio cerrado con cientos de otras residentes presas del pánico, sin información fiable, y quizás sin posibilidad de comunicarse con el exterior si la red fallaba de nuevo. ¿Era más seguro allí abajo o aquí arriba, aislada, pero con sus propios suministros y espacio? La decisión la paralizó momentáneamente.

Decidió esperar. Esperar una señal más clara, una alarma oficial. Mientras tanto, se sentó en el sofá, arropándose con una manta a pesar de que el climatizador mantenía una temperatura estable. Puso una mano sobre su vientre. Mateo se movía suavemente, ajeno al caos exterior.

—Tú y yo nos quedaremos aquí por ahora, pequeño —susurró —. Estamos más seguros en casa.

Encendió de nuevo la pantalla de pared. El ciclo de noticias oficiales continuaba, pero ahora con un tono más sombrío. Mostraban imágenes cuidadosamente editadas de la "exitosa" Operación Filo del Halcón: explosiones distantes filmadas por drones, gráficos animados mostrando la neutralización de objetivos Valerianos. Todo ello acompañado de la voz en off de un locutor hablando de la "justa respuesta de Kaledon a la agresión" y llamando a la unidad nacional. No había ni rastro de las defensas antiaéreas activas sobre Veridia, ni de las bajas propias que seguramente estaban ocurriendo en el frente donde luchaba David, ni de las que Clara estaría viendo llegar al hospital. Era una versión saneada, heroica, de una realidad que Elena intuía mucho más sucia y aterradora.

De repente, las luces del apartamento parpadearon una, dos veces, y luego se apagaron por completo, sumiendo la habitación en la oscuridad casi total, rota solo por el resplandor fantasmal de la ciudad desde el exterior y las luces de emergencia de bajo consumo que se activaron en el techo. Al mismo tiempo, un nuevo tipo de

sirena comenzó a sonar en el exterior, no la aguda sirena de ataque aéreo, sino un aullido grave, ululante y prolongado.

La pantalla de pared, ahora funcionando con energía de respaldo, mostró un nuevo mensaje urgente, parpadeando en rojo sobre el sello de Kaledon:

«ALERTA CIUDADANA – NIVEL NARANJA. Detectada posible amenaza energética o electromagnética sobre Veridia. Fallo generalizado de la red eléctrica principal. Sistemas de respaldo activados. Permanezcan en sus domicilios o refugios designados. Eviten el uso de dispositivos electrónicos no esenciales. Mantengan la calma. Más información en breve.»

Amenaza energética o electromagnética. ¿Un contraataque de Valerius? ¿Un Pulso Electromagnético (PEM)? Elena sintió que el miedo se convertía en un terror helado. Si la red eléctrica principal caía, incluso los sistemas de respaldo no durarían indefinidamente. El agua, la climatización, las comunicaciones... todo dependía de la energía. Veridia, la joya tecnológica, podría convertirse en una trampa mortal y oscura.

Se levantó, buscando a tientas la linterna de carga cinética de la bolsa de emergencia. La oscuridad ya no se sentía como un refugio. Se sentía como el enemigo.

CAPÍTULO 12: OSCURIDAD TOTAL EN EL CENTRAL (CLARA)

La oscuridad era casi absoluta. Las luces principales de la UCI y de todo el Hospital Central de Veridia se habían apagado de golpe, reemplazadas por el resplandor escaso y fantasmal de las luces de emergencia alimentadas por baterías. Un gemido colectivo de miedo y sorpresa recorrió las salas y pasillos, seguido casi de inmediato por el sonido agudo y discordante de múltiples alarmas de equipos médicos pasando a modo de respaldo de energía, si es que lo tenían. La sirena exterior, con su aullido grave y prolongado, penetraba incluso a través de los muros del hospital, añadiendo una banda sonora apocalíptica al caos interior.

—¡Mierda! ¡No ahora! —exclamó Jano, el joven residente, su voz temblando ligeramente—. ¡Tenemos a tres pacientes intubados con ventiladores que dependen de la red principal! ¡Los de respaldo no aguantarán mucho!

—¡Prioridad uno: asegurar ventilación manual si es necesario! ¡Revisad las baterías de los monitores portátiles! ¡Sara, busca linternas de carga cinética en el almacén de emergencia, rápido! —ordenó Clara, su voz tratando de proyectar una calma que no sentía. El apagón general, sumado a la alerta Naranja y a la llegada de bajas del frente, era el peor escenario posible.

Las enfermeras y médicos se movían ahora en la penumbra, sus figuras recortadas por las luces rojas y verdes parpadeantes de los pocos equipos que aún funcionaban correctamente. El ruido era una cacofonía: las alarmas, los gritos ahogados de algún paciente consciente, las órdenes tensas del personal, el zumbido de los generadores de emergencia que intentaban mantener con vida las áreas más críticas como quirófanos y neonatos, pero que claramente no daban abasto para todo el complejo.

—Clara, la señora Daren, cama 5, su bomba de infusión se ha parado. Necesita la medicación cardíaca continuamente —informó una enfermera veterana, acercándose a ella con el rostro desencajado.

—Busca una jeringa y adminístrasela manualmente en bolo lento, calcula la dosis para una hora. Luego tendrás que repetir —indicó Clara, tomando decisiones a la velocidad del rayo—. ¡Y apunta todo en el historial de papel! ¡Todo! No podemos permitirnos errores de medicación ahora.

Se dirigió a la estación central de enfermería, que estaba sumida en el caos. Los terminales de ordenador estaban muertos. Los teléfonos internos, también. La comunicación dependía de gritos, de carreras por los pasillos y de los pocos comunicadores personales que aún tenían batería y una mínima señal intermitente. Vio el suyo sobre el mostrador, donde lo había dejado. La pantalla estaba oscura. ¿Se había agotado la batería? ¿O la red había muerto por completo esta vez? Su mensaje para Elena... probablemente nunca salió. Sintió una punzada de angustia por su amiga, sola en su torre, quizás también a oscuras.

—¿Alguien sabe qué demonios está pasando fuera? —preguntó, dirigiéndose a nadie en particular mientras buscaba unas pilas de repuesto para una linterna de mano.

—Radios de emergencia dicen 'amenaza electromagnética' —respondió un celador corpulento que acababa de llegar corriendo desde Urgencias—. Parece que Veridia ha sido golpeada por un PEM. O algo parecido. Urgencias es una locura. Llegaron más soldados heridos justo cuando se fue la luz. Algunos... algunos no lo lograron.

Un PEM. Pulso Electromagnético. Un pulso de energía capaz de freír la mayoría de los circuitos electrónicos no protegidos. Clara sintió que se le revolvía el estómago. Eso explicaría el apagón masivo y el fallo de tantos equipos electrónicos. Valerius estaba devolviendo el golpe, y no se andaba con chiquitas.

En ese momento, el Dr. Faheem, el jefe de la UCI, un hombre normalmente imperturbable, apareció en la puerta, su rostro una

máscara de tensión.

—Clara, necesito un informe de estado urgente. ¿Cuántos pacientes críticos dependen de soporte vital electrónico con batería limitada? Dirección nos pide un cálculo de autonomía. ¡Y racionen el oxígeno! Las reservas centrales dependen de bombas eléctricas.

—Doctor, es casi imposible saberlo con exactitud sin los monitores centrales —replicó Clara, tratando de mantener la frustración fuera de su voz—. Estimaría... quizás seis o siete pacientes en estado crítico inmediato si sus ventiladores de respaldo fallan. Y las baterías de los monitores portátiles... algunas no durarán más de una hora. En cuanto al oxígeno...

—Haz lo que puedas, Clara. Lo que puedas —la interrumpió Faheem, pasándose una mano por la cara—. Están hablando de evacuar a los pacientes más estables a hospitales de campaña fuera de la ciudad, pero... ¿cómo diablos los movemos sin ascensores, sin comunicaciones, sin vehículos de transporte médico fiables?

Se miraron el uno al otro en la penumbra, la enormidad de la situación pesando sobre ellos. De repente, Clara sintió un cansancio abrumador, una soledad profunda en medio de aquel caos. Pensó fugazmente en Marco, su ex pareja, un arquitecto que siempre se quejaba de que ella "vivía en el hospital". Se habían separado hacía un año. Él no entendería esto, la dedicación casi suicida que la mantenía allí, corriendo de un lado a otro en la oscuridad mientras el mundo se desmoronaba. Nadie que no lo viviera podía entenderlo. Quizás Elena sí, un poco. Pero Elena estaba lejos, y probablemente igual de asustada.

—Doctor —dijo Clara, enderezándose, la profesionalidad volviendo a tomar el control—. Nos organizaremos. Dividiremos al personal por zonas. Haremos rondas constantes de comprobación manual. Priorizaremos las baterías y el oxígeno para los más críticos. Y rezaremos para que los generadores aguanten o la luz vuelva pronto.

—Bien. Bien dicho, Clara —asintió Faheem, con un atisbo de gratitud en sus ojos—. Confío en ti. Voy a intentar contactar con el

banco de sangre de nuevo.

Mientras el doctor se alejaba, Clara cogió una linterna que le ofreció Sara y se dirigió hacia la cama 3, donde Jano seguía monitorizando manualmente al paciente cardíaco.

—¿Cómo va todo, Jano?

—Estable por ahora, Clara. Pero está asustado. Y yo también, si te soy sincero —murmuró el residente, sin apartar la vista del rostro pálido del paciente.

—Respira hondo, Jano —dijo Clara, poniendo una mano en su hombro—. Necesitamos mantener la cabeza fría. Por ellos. Por nosotros. Comprueba la vía, yo revisaré la bolsa de medicación. Una cosa cada vez.

Mientras trabajaban juntos en silencio, iluminados solo por el haz tembloroso de la linterna y las luces intermitentes de un monitor moribundo, Clara supo que la noche iba a ser larga. Muy larga. Y que cada minuto contaría en la lucha por mantener la vida en medio de la oscuridad total que había caído sobre el Hospital Central y sobre toda Veridia.

CAPÍTULO 13: SOMBRAS EN LA TORRE ARCADIA (ELENA)

La oscuridad que engulló el apartamento no era total. El resplandor residual de Veridia en alerta –luces de emergencia distantes, el barrido de los focos de los drones de vigilancia, el brillo antinatural del cielo por las defensas antiaéreas activas a lo lejos– se filtraba por la ventana panorámica, creando un juego de sombras alargadas y fantasmales en la sala. Pero la negrura era lo suficientemente profunda como para que Elena tropezara con la mesita de centro al buscar a tientas la linterna de carga cinética que había dejado allí. Sus dedos se cerraron sobre el metal frío y la agitó vigorosamente, generando una luz temblorosa pero bienvenida que cortó la penumbra inmediata.

La sirena ululante del Nivel Naranja seguía sonando en el exterior, un lamento grave y persistente que parecía filtrarse por las paredes, acompañado ahora por el silencio casi absoluto de los sistemas internos del apartamento. El susurro del climatizador inteligente se había detenido. El zumbido discreto de la red doméstica había muerto. Incluso el refrigerador, que funcionaba con un circuito de respaldo mínimo, emitía un zumbido más bajo y forzado. La Torre Arcadia, un pináculo de la vida conectada y autónoma del 2038, se sentía de repente como una tumba tecnológica.

Elena dirigió el haz de la linterna alrededor de la sala. Las pantallas estaban muertas, excepto la principal de la pared que, alimentada por una batería de emergencia, seguía mostrando el amenazante mensaje de ALERTA NARANJA sobre el sello de Kaledon. *«Amenaza energética o electromagnética... Fallo generalizado de la red eléctrica... Permanezcan en sus domicilios o refugios... Eviten el uso de dispositivos no esenciales...»*. El mensaje se repetía en un bucle sin ofrecer más información. ¿Qué tipo de

amenaza? ¿Un PEM dirigido a la ciudad? ¿Un ataque directo a las plantas de energía? ¿Y cuánto duraría?

Se acercó a la ventana con precaución, barriendo el exterior con la linterna, aunque sabía que era inútil y solo la haría visible. No se veían incendios ni daños estructurales evidentes en los edificios cercanos, pero la actividad era extraña. Vehículos blindados con luces estroboscópicas azules y rojas se movían lentamente por las vías principales inferiores, mucho más personal militar a pie patrullando las pasarelas. Y el silencio... la ausencia casi total del flujo constante de vehículos civiles autónomos era profundamente inquietante. Veridia se había convertido en una ciudad fantasma ocupada por militares.

Volvió al interior y comprobó el grifo de la cocina. El agua todavía corría, pero con una presión notablemente reducida. El sistema de bombeo del edificio seguramente dependía de la red principal. Llenó todos los recipientes que pudo encontrar, recordando sus instintos de enfermera sobre la importancia crítica del agua potable en cualquier crisis prolongada. Comprobó su comunicador de muñeca: pantalla negra, sin batería o completamente inutilizado por la posible descarga PEM. Estaba totalmente aislada.

El miedo era una presencia física ahora, oprimiéndole el pecho, dificultándole la respiración. Trató de aplicar las técnicas de respiración profunda que enseñaban en las clases prenatales, pero el latido acelerado de su corazón ahogaba cualquier intento de calma. Pensó en Leo, en el Nido del Halcón subterráneo. ¿Estarían ellos a salvo de esto? ¿O el ataque también habría afectado a las instalaciones críticas de Tecno-Corp? ¿Y David? Su hermano. La imagen de él en la oscuridad del frente, quizás con su equipo electrónico fallando, enfrentándose al enemigo... Era una tortura mental que la hacía sentirse aún más impotente. Y Clara, ¿cómo estaría en el hospital a oscuras, con pacientes dependiendo de máquinas que ahora eran pisapapeles inútiles?

El sonido de la sirena exterior cambió de repente. Dejó de aullar y fue reemplazada por una voz metálica amplificada,

probablemente desde drones o altavoces de emergencia en los edificios.

«Atención, residentes de Veridia. Alerta Naranja permanece activa. Amenaza electromagnética contenida, pero red eléctrica principal inestable. Equipos trabajando en restauración prioritaria. Se detecta actividad hostil esporádica de drones en sectores periféricos. Mantengan la precaución. Permanezcan en lugar seguro. No salgan a la calle salvo emergencia médica verificada. Repito: permanezcan en lugar seguro.»

"Actividad hostil esporádica de drones". Así que Valerius estaba atacando directamente Veridia, no solo su red eléctrica. Probablemente drones pequeños, sigilosos, diseñados para sembrar el pánico o atacar objetivos de oportunidad. Elena se estremeció. ¿Podrían esos drones atacar edificios residenciales? ¿Era seguro quedarse allí arriba, tan expuesta?

Volvió a pensar en el refugio subterráneo del edificio. Según los planos que había consultado por curiosidad meses atrás, estaba diseñado para resistir impactos considerables y tenía sistemas de soporte vital independientes... en teoría. Pero, ¿funcionarían ahora? ¿Y cómo llegar hasta allí? Los ascensores internos, por supuesto, estaban muertos. Tendría que usar las escaleras de emergencia, varios pisos hacia abajo, en la oscuridad, embarazada. Y estaría rodeada de extraños, quizás en pánico, sin saber si Leo o David estaban vivos o muertos.

Decidió comprobar si podía contactar con sus vecinos inmediatos. Golpeó suavemente la pared que compartía con el apartamento contiguo. Silencio. Golpeó más fuerte. Nada. Quizás no estaban, o quizás estaban demasiado asustados para responder. Probó con la puerta principal, abriéndola una rendija y asomando la cabeza al pasillo oscuro, iluminado solo por las luces de emergencia rojas. Vacío. Silencioso. Como si fuera la única persona viva en toda la Torre Arcadia.

Cerró la puerta con doble cerrojo, sintiendo una profunda sensación de aislamiento. Se sentó de nuevo en el sofá, abrazando

sus rodillas, la linterna proyectando un círculo de luz danzante sobre la alfombra. El silencio del apartamento era ahora más aterrador que el ruido de las sirenas. Le permitía escuchar el latido de su propio corazón, el susurro de su respiración, y cada crujido o golpe distante del edificio o de la ciudad exterior, magnificado por la oscuridad y el miedo.

Pensó en Mateo, moviéndose dentro de ella. Una pequeña vida ajena a la locura que se había desatado. A lo largo de su trayectoria laboral, había ayudado a traer muchas vidas a este mundo. Siempre había sentido una especie de asombro sagrado en esos momentos. Pero ahora, la idea de dar a luz en medio de esto, en un hospital a oscuras o quizás incluso aquí, sola... el pensamiento era insoportable. Tenía que sobrevivir. Tenía que mantener la calma. Por él.

Respiró hondo otra vez, esta vez con más determinación. Se levantó y fue a la cocina. Encontró unas velas de emergencia –otro objeto casi arcaico que guardaban para cortes de energía menores– y las encendió, colocando un par sobre la mesa. La luz cálida y parpadeante de las llamas era infinitamente más reconfortante que el haz errático de la linterna. Creaba una pequeña burbuja de normalidad en medio de la oscuridad.

Se sentó a la mesa, a la luz de las velas, y sacó el botiquín de nuevo. No por necesidad inmediata, sino por hacer algo, por mantener sus manos y su mente ocupadas. Revisó las gasas, el antiséptico, las vendas. Su mente evaluó fríamente. Podía tratar heridas menores, estabilizar una hemorragia quizás. Pero poco más. Aun así, organizó todo meticulosamente. Era su pequeño acto de desafío contra el caos.

Mientras lo hacía, un nuevo sonido llegó desde el exterior. Distinto. Más cercano. Un zumbido agudo y persistente, como un insecto metálico gigante. Se acercó sigilosamente a la ventana, apagando la linterna. Vio una pequeña luz roja moviéndose rápidamente entre los edificios, mucho más abajo, a nivel de las calles. Parecía un dron, pero más pequeño y ágil que los de

vigilancia policial o militar que había visto antes. ¿Uno de los drones hostiles de los que hablaba el anuncio? Desapareció detrás de un edificio vecino.

Elena contuvo el aliento, esperando una explosión, una ráfaga de disparos. Pero solo hubo silencio. El dron, fuera lo que fuera, se había ido. O se estaba escondiendo. La sensación de ser observada, de que el peligro podía materializarse en cualquier momento, se intensificó.

Volvió a sentarse a la mesa, a la luz tranquilizadora pero insuficiente de las velas. La noche en Veridia apenas había comenzado. Y ella estaba sola, embarazada, en la oscuridad, esperando el amanecer o la próxima alarma, lo que llegara primero. La única certeza era la pequeña vida que crecía en su interior y la promesa silenciosa que se había hecho a sí misma: sobrevivir.

CAPÍTULO 14: SOMBRAS EN EL NIDO DEL HALCÓN (LEO)

La Alerta Negra flotaba en la pantalla auxiliar de Leo como un espectro digital, un presagio de fatalidad en medio del torrente de datos tácticos y contramedidas cibernéticas que exigían su atención inmediata. *«Posible activación de sistema de armas estratégicas no convencionales Valeriano»*. La frase era un puñetazo helado en el estómago, incluso en el ambiente sobrecalentado y presurizado del Nido del Halcón.

—¿Corroboración? ¿Tenemos algo más sobre la Alerta Negra? —la voz de Leo era tensa, dirigida a través del comunicador a la IA central, Oráculo, y por extensión, al equipo de análisis de inteligencia estratégica.

—Negativo, Analista Principal Reyes —respondió la voz calmada de Oráculo—. Múltiples activos de reconocimiento orbital en la zona afectada están fuera de línea. Causa probable: acción hostil Valeriana o efectos colaterales del reciente evento electromagnético sobre Veridia que ha degradado las comunicaciones de enlace ascendente. Nuevas tareas de reconocimiento de drones de largo alcance en curso, pero ETA para datos fiables: 45 minutos, con probabilidad de éxito del 62%.

Leo maldijo en voz baja. Casi una hora para saber si Valerius estaba a punto de desatar el infierno nuclear o algo peor, mientras ellos seguían adelante con la Operación Filo del Halcón como si nada. Y el PEM... así que había sido eso. El ataque que había sumido Veridia en la oscuridad había tenido consecuencias incluso allí abajo, en el búnker supuestamente invulnerable. Pensó en Elena, en su apartamento a oscuras, en su miedo. Intentó un envío rápido y cifrado a su comunicador personal –"¿Estás bien? Contéstame. Te

quiero."– pero la red civil estaba completamente muerta desde el Nido. Otro hilo de conexión cortado. Estaba tan aislado como ella.

Un recuerdo lo asaltó, inoportuno. Hacía un año, justo después de mudarse a la Torre Arcadia. Estaban deshaciendo cajas, rodeados de plástico de burbujas y el olor a nuevo. Elena había expresado una duda. —Es increíble, Leo... pero ¿no te da un poco de miedo? Vivir tan alto, tan dependientes de la tecnología. ¿Y si algo falla? ¿La energía, la red...? Él la había rodeado con los brazos, sonriendo con la confianza del ingeniero que conocía los sistemas por dentro. — Tranquila, El. Esto es lo último en seguridad. Triple redundancia en energía, redes cuánticas encriptadas, protocolos de emergencia infalibles supervisados por IA... Estamos más seguros aquí que en cualquier otro lugar de Kaledon. Confía en mí. Yo mismo ayudé a diseñar algunos de estos sistemas. Ella había suspirado, apoyándose en él, pero una pequeña sombra de duda persistía en sus ojos. "Confío en ti, Leo," había dicho. "Es en 'todo lo demás' en lo que a veces dudo."

Ahora, "todo lo demás" había fallado estrepitosamente. Y él estaba aquí abajo, mientras ella estaba allí arriba, en la oscuridad que él juró que nunca llegaría. La ironía era amarga.

—¡Atención, Equipo Alfa! —la voz del supervisor Kaelen cortó sus pensamientos—. La Fuerza de Ataque Martillo informa de resistencia inesperadamente coordinada en el acceso al objetivo secundario 'Yunque'. Sus sistemas de detección Valerianos parecen estar anticipando nuestras maniobras de flanqueo. ¡Leo, Sami! Necesito un barrido inmediato de sus redes tácticas. ¡Busquen cualquier fuga de datos o vector de compromiso AHORA!

Leo intercambió una mirada rápida y cargada de tensión con Sami, que estaba en la estación contigua. Resistencia coordinada. Anticipando maniobras. Eso no cuadraba. Sus ataques cibernéticos previos deberían haber degradado seriamente la capacidad de Mando y Control (C2) de Valerius en esa zona.

—Entendido. Iniciando barrido profundo de la red táctica 'Martillo' —respondió Leo, sus dedos ya danzando sobre la consola, lanzando diagnósticos y rastreadores de paquetes—. Sami, revisa los registros de acceso a los planes de flanqueo, busca cualquier anomalía en las últimas dos horas.

Mientras trabajaban, una sensación de frío desagradable comenzó a extenderse por la nuca de Leo. Demasiadas cosas estaban saliendo mal de formas sutiles pero significativas. El ciberataque inicial de Valerius había sido más profundo de lo esperado. La Alerta Negra surgía de la nada. Y ahora, una resistencia tácticamente brillante donde debería haber confusión. ¿Era Valerius realmente tan bueno, o...?

—Leo, mira esto —la voz de Sami era un susurro tenso en el comunicador—. Hay un registro de acceso a los datos de planificación de 'Yunque' hace 90 minutos. Usuario: Técnico de Nivel 3, Janek Volkov. Perfectamente autorizado, parte del equipo de integración de datos de Oráculo. Pero... accedió desde una terminal temporal en el Nivel de Logística, no desde su puesto habitual. Y justo después, detecté una minúscula transmisión de datos desde esa misma zona, muy breve y camuflada, dirigida a un servidor externo imposible de rastrear de forma convencional. Podría ser una interferencia, un error del sistema por el PEM, pero...

Leo sintió que se le helaba la sangre. Volkov. Un técnico eficiente, callado, que llevaba años en Tecno-Corp. Conocía los protocolos. ¿Acceso desde un lugar inusual? ¿Un pulso de datos salientes justo después? Podía ser una coincidencia. En medio de la ciberguerra total y un PEM, ocurrían fallos extraños. Pero la coincidencia era demasiado conveniente.

—¿Puedes rastrear ese servidor externo? —preguntó Leo, manteniendo la voz neutra, consciente de que cada comunicación podía ser monitorizada.

—Imposible. Ruta triangulada a través de múltiples proxies en la red oscura y nodos muertos. Quienquiera que fuera, sabía lo que

hacía —respondió Sami—. Lo he marcado como anomalía de Nivel Alto, pero sin pruebas concretas...

—Entendido. Sigue vigilando cualquier actividad de Volkov o de esa subred. Discretamente —dijo Leo. Una sospecha. Terrible, venenosa, pero solo una sospecha. No podía acusar a nadie sin pruebas, menos aún en medio de esta crisis. Pero la idea de un topo, un traidor dentro del Nido del Halcón, explicando la resistencia enemiga, la posible anticipación... encajaba con una lógica aterradora. ¿Podría la Alerta Negra ser una distracción, mientras el verdadero peligro estaba dentro?

—¡Leo! ¡Tenemos problemas! —la voz urgente de Milla, otra analista del equipo, lo sacó de sus cavilaciones—. El ataque 'Tormenta de Datos' sobre Týr... ¡están contraatacando! Han redirigido parte de nuestro propio flujo de denegación de servicio contra la red de control de la presa hidroeléctrica del río Kael, ¡aguas arriba de Veridia! ¡Están intentando sobrecargar las compuertas!

El pánico amenazó con ahogar a Leo. La presa Kael. Un ataque exitoso allí no solo causaría otro apagón masivo, sino que podría provocar una inundación catastrófica... justo sobre Veridia. Sobre Elena.

—¡Todo el Equipo Alfa, contención inmediata en la red de la presa Kael! ¡Desvíen ese flujo AHORA! ¡Sami, necesito que rastrees el origen de esa redirección, tiene que haber un punto de pivote en nuestra propia red o en la de Valerius! —ordenó Leo, su voz sonando más aguda de lo que pretendía.

La batalla digital se recrudeció. Era un esfuerzo desesperado por desviar el torrente de datos que ellos mismos habían desatado, ahora vuelto en su contra. ¿Cómo había podido Valerius reaccionar tan rápido y con tanta precisión para convertir su ataque en un arma contra ellos? ¿Habían anticipado la táctica? ¿O alguien les había avisado...?

La sospecha sobre Volkov volvió con fuerza. Si un topo había filtrado los planes de 'Yunque', ¿podría haber filtrado también los

parámetros del ataque 'Tormenta de Datos', ¿permitiendo a Valerius preparar esta diabólica contraofensiva?

Durante minutos eternos, lucharon contra el torrente digital. Leo sentía el pulso martilleando en sus sienes, sus ojos escociendo por la tensión y la falta de descanso. Veía los indicadores de presión en la presa Kael subiendo peligrosamente en una pequeña ventana de su pantalla. Veía los esfuerzos de su equipo por levantar nuevos cortafuegos, por cortar las rutas de datos comprometidas.

Finalmente, con un último esfuerzo coordinado que requirió desconectar temporalmente varios sistemas no esenciales para redirigir potencia de procesamiento, lograron desviar el grueso del ataque de denegación de servicio lejos de la red de la presa. Los indicadores de presión comenzaron a bajar lentamente.

Un suspiro colectivo de alivio recorrió el Nido. Habían evitado la catástrofe por los pelos. Pero el coste era alto: habían tenido que reducir la presión sobre otros objetivos Valerianos para salvar la presa. Y la pregunta seguía flotando en el aire viciado del búnker: ¿Cómo lo había hecho Valerius?

Leo miró discretamente hacia la zona donde sabía que trabajaba Volkov. El técnico estaba en su puesto, tecleando con calma aparente, su rostro impasible. ¿Era un actor consumado? ¿O solo un pobre diablo estresado como todos los demás, víctima de una coincidencia desafortunada?

No lo sabía. Pero la semilla de la duda estaba plantada. Ya no solo luchaban contra Valerius. Quizás también estaban luchando contra una sombra en su propio Nido. Y esa idea era, en cierto modo, más aterradora que cualquier arma no convencional.

CAPÍTULO 15: VIGILIA A LA LUZ DE LAS VELAS (ELENA)

Las velas que Elena había encendido sobre la mesa de centro comenzaban a menguar, sus llamas danzando erráticamente y proyectando sombras aún más largas y profundas en el silencioso apartamento. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que la energía se había ido? ¿Cinco horas? ¿Seis? El reloj analógico de su abuela en la pared indicaba que eran casi las cuatro de la madrugada, pero la noción del tiempo se había vuelto fluida, espesa, marcada solo por el ciclo repetitivo de miedo, intentos fallidos de obtener información y la lucha por mantener la compostura.

El frío comenzaba a filtrarse en el apartamento. Sin el climatizador inteligente, la temperatura descendía lentamente al nivel del exterior nocturno. Elena se arrebujó más en la manta, sintiendo la piel de gallina en sus brazos. Se levantó y buscó otra manta más gruesa en el armario del dormitorio, moviéndose con la familiaridad que da la oscuridad prolongada, guiada más por el tacto y la memoria que por la vista.

La ciudad de Veridia, vista desde su ventana, era una versión oscura y retorcida de sí misma. Las luces de emergencia seguían activas en algunos edificios y las patrullas militares eran constantes, pero gran parte de la metrópolis estaba sumida en una negrura inquietante. El silencio era lo más extraño. Sin el zumbido constante de millones de dispositivos electrónicos, sin el flujo incesante de vehículos autónomos, Veridia sonaba... vacía. Un vacío llenado ocasionalmente por el aullido lejano de sirenas de emergencia, el zumbido agudo de un dron solitario o el retumbar distante y sordo que Elena había llegado a identificar como la artillería o los bombardeos de la Operación Filo del Halcón en la lejana frontera. Cada retumbo era un recordatorio punzante del peligro en el que se encontraba su hermano.

Pensó en David, su hermano pequeño, aunque ya no era tan pequeño. Imaginó su rostro tenso bajo el casco, sus manos expertas manejando controles complejos mientras máquinas de guerra autónomas luchaban a su alrededor. ¿Estaría asustado? Probablemente, aunque nunca lo admitiría. Siempre había sido el valiente, el impulsivo. Rezó por él, una oración silenciosa y desesperada en la oscuridad, pidiendo por su seguridad, por la de Leo en su búnker tecnológico, por la de Clara en el infierno que debía ser el hospital.

Su propia situación era precaria. Su mente no dejaba de evaluar los riesgos sanitarios de un apagón prolongado en una ciudad densamente poblada. Sin energía para los sistemas de bombeo y purificación de agua, las enfermedades transmitidas por el agua podrían propagarse rápidamente. Sin refrigeración, los alimentos se echarían a perder. Sin sistemas de eliminación de residuos funcionando, las calles podrían convertirse en un foco de infección. Y sin comunicaciones fiables, coordinar cualquier tipo de respuesta médica o civil sería una pesadilla. Veridia, tan avanzada y dependiente de su tecnología, era terriblemente vulnerable sin ella.

¿Debería intentar ir al refugio del edificio? La idea volvía a rondarle. Si la situación empeoraba, si había ataques directos sobre la ciudad, quedarse en un piso alto era un riesgo evidente. Pero la idea de bajar incontables tramos de escaleras a oscuras, embarazada, para unirse a una multitud de extraños potencialmente en pánico en un búnker subterráneo del que quizás no podría salir ni obtener noticias... la disuadía. Decidió esperar un poco más, aferrándose a la relativa seguridad de lo conocido.

Se acercó de nuevo a la puerta del pasillo. Apoyó la oreja en la madera fría. Silencio. Quizás sus vecinos habían decidido bajar al refugio. O quizás simplemente estaban tan asustados como ella, encerrados en sus propios apartamentos. ¿Podría confiar en ellos si necesitara ayuda? Conocía a algunos de vista, intercambios cordiales en el ascensor, pero poco más. En una ciudad vertical y anónima como Veridia, la comunidad a menudo se limitaba a las interacciones digitales. Ahora, esas conexiones eran inútiles.

Unos golpes fuertes y autoritarios en su puerta la hicieron saltar, el corazón encogiéndosele en el pecho. No eran los golpes tímidos de un vecino. Eran militares. Miró por la mirilla digital, que aún funcionaba con un parpadeo agónico de su batería interna. Dos soldados de las Fuerzas de Defensa Auxiliares de Kaledon, con sus cascos tácticos y rifles de pulso, estaban en su umbral. Sus rostros eran jóvenes, tensos, pero sus ojos barrían el pasillo con una dureza que no inspiraba confianza.

—¡Residente del 14B, abra la puerta! ¡Control de seguridad rutinario! —la voz de uno de ellos, amplificada por el casco, sonó metálica y desprovista de emoción.

Elena dudó. Pero ignorarlos podría ser peor. Abrió la puerta, asegurada por la cadena de seguridad.

—¿Sí? ¿Qué ocurre, oficiales? —preguntó, intentando que su voz sonara firme.

—Señora, estamos realizando comprobaciones de seguridad en todos los niveles tras la alerta energética —dijo el soldado más alto, sus ojos fijos en ella, luego barriendo brevemente el interior oscuro de su apartamento—. ¿Está usted sola aquí? ¿Ha visto o oído algo inusual en las últimas horas? ¿Actividad sospechosa, personas no residentes?

Su interrogatorio era directo, casi agresivo. Elena sintió un escalofrío. ¿Un control rutinario o algo más? La forma en que la miraban, la forma en que sus rifles estaban listos...

—Estoy sola —respondió con cautela—. Y no, nada inusual, aparte del apagón y las sirenas. Todo está... tranquilo aquí. Demasiado tranquilo. —Mencionó los ruidos que había oído antes y que la sobresaltaron, los del pasillo exterior, los metálicos, los golpes secos, las voces ahogadas, y los pasos apresurados alejándose.

Los soldados intercambiaron una mirada que Elena no supo interpretar.

—Entendido, señora —dijo el primer soldado—. Le recomendamos que permanezca en su apartamento con las puertas

aseguradas. No abra a nadie que no pueda identificarse claramente como personal autorizado de Kaledon. Hay... elementos descontrolados aprovechando la situación. Mantenga sus luces al mínimo. Y si tiene algún dispositivo de comunicación personal aún operativo, úselo solo para emergencias vitales. La red está comprometida.

Antes de que Elena pudiera preguntar más, se giraron y continuaron su ronda por el pasillo, sus botas resonando con fuerza. La advertencia sobre "elementos descontrolados" y la "red comprometida" sonaba más a una amenaza velada que a una preocupación genuina por su seguridad. ¿Intentaban evitar que se comunicara? ¿O estaban buscando algo... o a alguien... y ella no encajaba en el perfil?

Volvió a la sala y miró la pantalla de pared, que seguía mostrando la Alerta Naranja con la batería de emergencia. El mensaje no había cambiado. Ninguna información nueva. Se preguntó si las autoridades realmente tenían la situación bajo control o si solo proyectaban una imagen de calma mientras luchaban contra un caos que los superaba. La desconexión entre los mensajes oficiales y la realidad que intuía –el PEM, los drones hostiles, la posible arma estratégica Valeriana de la que Leo seguramente estaría al tanto– la hacía sentirse aún más insegura. No podía confiar plenamente en lo que le decían.

Se sentó de nuevo a la luz de las velas menguantes, cogió su tableta personal –que había cargado completamente antes del apagón y ahora usaba con extrema moderación– y abrió un archivo encriptado. Contenía copias escaneadas de sus registros médicos prenatales, los de Leo, información de contactos de emergencia, manuales básicos de supervivencia... todo lo que había considerado esencial "por si acaso". Revisó sus propios signos vitales de forma rudimentaria, tal como le había enseñado su formación de enfermera: pulso (algo acelerado, pero regular), frecuencia respiratoria (controlada, a pesar de la ansiedad), temperatura corporal (normal, por ahora). El bebé seguía moviéndose con

normalidad. Físicamente, estaban bien. Era la tensión psicológica la que amenazaba con quebrarla.

De repente, un ruido la sobresaltó. Provenía del pasillo exterior. Un sonido metálico, un golpe seco, seguido de voces ahogadas. ¿Vecinos? ¿Personal de seguridad del edificio? ¿O algo peor?

Contuvo la respiración, aguzando el oído. Oyó pasos apresurados alejándose por el pasillo. Luego, silencio de nuevo. Se acercó a la puerta con sigilo, mirando por la mirilla digital (que milagrosamente aún funcionaba con una batería interna mínima). No vio a nadie. Pero en el suelo, cerca de la puerta del apartamento de enfrente, vio algo que no estaba allí antes: un pequeño objeto oscuro. No podía distinguir qué era desde allí.

Su corazón latía con fuerza. ¿Qué había sido eso? ¿Una simple caída? ¿Una disputa entre vecinos estresados? ¿O algo relacionado con la "actividad hostil" de la que hablaban las alertas? La incertidumbre era casi peor que el miedo directo.

Decidió no abrir la puerta. No averiguaría qué era ese objeto. No ahora. Se retiró de la puerta y volvió a sentarse, sintiéndose más atrapada que nunca. La oscuridad exterior era una amenaza conocida, pero ahora la oscuridad interior, la del propio edificio, parecía albergar también sus propios secretos y peligros.

Miró las velas, casi consumidas. Pronto, la única luz sería el resplandor enfermizo de la ciudad en alerta y la escasa iluminación de emergencia. La noche era larga, y la vigilia de Elena a la luz de las velas continuaba, marcada por el miedo, la incertidumbre y la sensación creciente de que el mundo seguro y ordenado que conocía se había desvanecido para siempre.

CAPÍTULO 16: ECOS EN LA OSCURIDAD (CLARA)

El tiempo en la UCI se medía en pitidos agónicos de monitores moribundos, en el jadeo forzado de los ambús manuales y en el ir y venir frenético de sombras iluminadas por linternas. Clara sentía como si llevaran días atrapados en esa penumbra infernal, aunque el reloj de pared analógico (uno de los pocos indicadores fiables que quedaban) sugería que apenas habían pasado unas seis o siete horas desde el apagón total. Seis o siete horas en el filo de la navaja.

—¡Necesito más solución salina en la cama 7! ¡Se está deshidratando! —gritó Sara, una enfermera joven, desde el otro extremo de la sala.

—¡Ya no queda en este carro! ¡Revisa el almacén de planta, quizás quede algo que no esté en el inventario digital caído! —respondió Clara, mientras ella misma ajustaba el flujo de oxígeno de un cilindro portátil para un soldado con dificultad respiratoria severa. El manómetro indicaba que le quedaba poco. Muy poco—. ¡Jano! ¿Cómo va el paciente de la cama 3? ¿Aguanta el ventilador manual?

Jano se acercó, secándose el sudor de la frente con el antebrazo. Su rostro joven estaba demacrado por el cansancio y la tensión. —Aguanta, Clara. Apenas. Pero no sé cuánto tiempo podremos seguir así. Mis brazos van a fallar. ¿No hay noticias de los generadores principales?

—Nada —negó Clara, su voz sonando más áspera de lo que pretendía—. Faheem está intentando conseguir información, pero es como gritarle a un muro. Parece que el PEM frió gran parte de la red de control energético del hospital. Los generadores de emergencia solo cubren quirófanos, neonatos y poco más. Aquí estamos con lo puesto.

—¿Y la evacuación? ¿Los drones ambulancia? —insistió Jano, sus ojos buscando una brizna de esperanza.

Clara suspiró. Justo acababa de hablar con el Dr. Faheem hacía unos minutos. —Olvídate, Jano. Faheem lo intentó. Las plataformas de lanzamiento no tienen energía ni guiado. Las comunicaciones con tráfico aéreo son nulas. Y aunque funcionaran, Defensa tiene prioridad absoluta sobre el espacio aéreo. Nadie va a venir a sacarnos de aquí. Estamos solos en esto.

La expresión de Jano se hundió. Clara puso una mano brevemente en su brazo. —Eh, tranquilo. Saldremos de esta. Somos enfermeros, somos médicos. Es lo que hacemos. Ahora ve a buscar a alguien que te releve con el ambú, aunque sea cinco minutos. Descansa un poco.

Mientras Jano se alejaba con los hombros caídos, Sara regresó del almacén, negando con la cabeza. —Nada, Clara. Ni una bolsa de salino. El inventario está hecho un desastre, y lo poco que había ha volado.

—Maldita sea... —murmuró Clara. Miró al paciente de la cama 7. Sin fluidos, entraría en shock pronto—. De acuerdo. Plan B. Prepara una solución Ringer Lactato del carro de quemados, dilúyela a la mitad con agua estéril para inyección. No es lo ideal, pero es mejor que nada. ¡Y vigila sus electrolitos como un halcón si consigues que algún analizador portátil funcione!

—¿Estás segura, Clara? Diluir el Ringer...

—¡Hazlo, Sara! —cortó Clara, la urgencia afilando su voz—. No tenemos otra opción. ¡Ahora!

Mientras Sara se apresuraba a cumplir la orden, Clara sintió la mirada de otro paciente. Una mujer mayor, ingresada por una neumonía antes de que todo se fuera al infierno, la observaba con ojos asustados desde su cama en penumbra.

—Enfermera... ¿vamos a morir aquí? —susurró la mujer, su voz temblorosa.

Clara se acercó, forzando una sonrisa tranquilizadora que probablemente parecía una mueca en la oscuridad. Le ajustó la almohada. —Claro que no, Adela. Es solo un apagón. Los técnicos están trabajando para arreglarlo. Usted concéntrese en respirar profundo y descansar. Le traeré un poco de agua.

Mintió. Sabía que mentía. Pero la verdad –que estaban en un hospital colapsado, en medio de una guerra no declarada, con recursos menguantes y un futuro incierto– no ayudaría a nadie en ese momento. A veces, una mentira piadosa era la única medicina disponible.

Regresó a la estación de enfermería justo cuando entraba corriendo un celador, casi sin aliento.

—¡Doctor Faheem! ¡Enfermera Clara! ¡Urgente! ¡Acaban de traer a otro grupo de soldados! ¡Peor que los primeros! ¡Y hay... hay personal de Tecno-Corp con ellos! ¡Heridos también!

—¿Tecno-Corp? ¿Aquí? —preguntó Faheem, que acababa de llegar también—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé bien, doctor. Algo sobre un ataque a un convoy... o a una instalación subterránea... ¡Hablan de armas químicas o algo así! ¡Necesitan descontaminación inmediata y la UCI está al límite!

Clara sintió un escalofrío recorrerla entera. ¿Tecno-Corp? ¿Leo? Sacudió la cabeza. No podía permitirse pensar en eso. Tenía que ser profesional.

—¡Activen protocolo NBQ de contención en la entrada de Urgencias! —ordenó Faheem—. ¡Nadie entra sin descontaminación! ¡Clara, prepara dos boxes de aislamiento en la UCI como puedas! ¡Necesitamos espacio vital!

—¡Doctor, no tenemos personal ni monitores para dos boxes más! —protestó Clara, la realidad de sus recursos golpeándola de nuevo.

—¡Pues búscalo, Clara! ¡Quítaselo a los menos críticos! ¡Haz lo que tengas que hacer! ¡Esto es una orden directa! —replicó Faheem, su habitual calma rota por la desesperación—. ¡Si es un ataque

químico o biológico y se extiende por el hospital, estamos todos muertos!

Clara asintió, apretando los puños. Tenía que tomar decisiones imposibles. ¿A qué paciente le quitaba el monitor portátil que apenas funcionaba? ¿A qué enfermo le reducía la ya mínima supervisión de enfermería? Era una pesadilla ética hecha realidad.

Mientras se dirigía a evaluar a los pacientes "menos críticos" –una etiqueta que le revolvía el estómago–, pasó junto a su taquilla personal. Por puro instinto, sacó su comunicador del bolsillo y lo encendió. Sorprendentemente, la pantalla cobró vida, mostrando un mínimo indicador de batería y una débil señal de red intermitente. Y allí estaba. El mensaje que había intentado enviar a Elena horas antes: "Envío Fallido".

Su corazón se encogió. Ni siquiera había podido enviarle esa breve y pobre respuesta. Elena seguía sin saber nada de ella, probablemente aterrorizada en su apartamento a oscuras. Y ahora, con esta nueva alerta química o biológica... el peligro parecía acercarse cada vez más.

Guardó el comunicador. No podía hacer nada por Elena ahora. Tenía que centrarse en los vivos, en los moribundos, en la batalla que se libraba en los pasillos oscuros del Hospital Central. Apagó sus emociones personales como había aprendido a hacer en Urgencias y se dirigió hacia la cama de un paciente anciano conectado a un monitor de batería baja, preparándose para tomar otra decisión imposible en aquella noche interminable.

CAPÍTULO 17: ESTÁTICA INTERNA (LEO)

El Nido del Halcón era una colmena febril bajo asedio, aunque las murallas no eran de piedra, sino de código y protocolos de seguridad. La Operación "Filo del Halcón" llevaba ya varias horas en marcha, un ballet brutal de drones, misiles y ciberataques orquestado desde aquella sala subterránea. Pero la sensación inicial de ofensiva controlada se había evaporado, reemplazada por una tensión eléctrica y una creciente incertidumbre. La Alerta Negra sobre la posible arma estratégica Valeriana seguía sin resolverse, proyectando una sombra ominosa sobre cada decisión táctica. Y la sospecha de un traidor interno, un topo, añadía una capa de paranoia que viciaba el aire ya cargado de ozono y ansiedad.

Leo sentía la presión como un peso físico sobre los hombros. Sus ojos, secos e irritados, no se apartaban de la matriz de datos holográfica, pero su mente estaba dividida, haciendo malabares con múltiples crisis. Por un lado, tenía que seguir apoyando a las fuerzas de Kaledon en el campo de batalla: neutralizando defensas Valerianas, protegiendo las comunicaciones amigas, contrarrestando los ciberataques enemigos que ahora llegaban en oleadas furiosas tras la audaz (y quizás imprudente) ofensiva inicial. Por otro lado, estaba la Alerta Negra.

—Oráculo, ¿alguna actualización sobre la fuente energética anómala en Valerius Central? —preguntó Leo al sistema, su voz ronca por el cansancio y la tensión.

—Negativo, Analista Reyes —respondió la IA con su calma inalterable—. Los activos de reconocimiento de alta resolución aún no están en posición o sus enlaces de datos siguen degradados por la actividad electromagnética hostil y las contramedidas Valerianas. Los análisis de patrones energéticos residuales de baja fidelidad

son... inconcluyentes. Probabilidad de amenaza WMD (Arma de Destrucción Masiva) reclasificada al 48%, margen de error +/- 15%.

Leo: (a Sami por canal privado) —Genial. Un 48% de probabilidad de que nos evaporen, más o menos un 15%. Gracias, Oráculo, eso realmente tranquiliza. ¿No podría darnos el resultado del partido de los Wardens de la semana pasada con la misma precisión? Sami: (respondiendo por el canal) —Probablemente sí, pero lo clasificaría como 'Información no relevante para la supervivencia inmediata'. A veces creo que su algoritmo de prioridades lo diseñó un burócrata.

Un 48% de probabilidad de que Valerius hubiera activado un arma apocalíptica. Era casi cara o cruz. Y el margen de error era enorme. Leo apretó los puños bajo la consola. Estaban volando a ciegas hacia un posible abismo. La incertidumbre era una tortura.

Y luego estaba Volkov. El técnico que había accedido a los planes de 'Yunque' desde un terminal inusual justo antes de que la unidad Kaledoniana encontrara una resistencia inesperada. Leo había pedido a Sami que vigilara discretamente la actividad de Volkov y de la subred de Logística.

—¿Algo nuevo, Sami? —susurró Leo por el canal seguro y privado que compartían.

—Algo raro, Leo —respondió Sami en voz baja—. He intentado recuperar los logs detallados de esa terminal temporal que usó Volkov en Logística. Deberían estar archivados automáticamente. Pero... han desaparecido. No borrados de forma obvia, simplemente... no están. Como si nunca hubieran existido. Podría ser un fallo del sistema de archivado por el PEM, hemos tenido otros glitches raros, pero...

Pero era demasiada coincidencia. Logs desaparecidos de una terminal específica usada en un momento sospechoso. Era el tipo de limpieza que haría alguien que supiera exactamente cómo funcionan los sistemas de auditoría interna de Tecno-Corp. Alguien de dentro.

—Sigue buscando, Sami. Revisa los backups del sistema central, quizás quede una copia fantasma. Y ten cuidado. Si hay alguien... no sabemos hasta dónde llega —murmuró Leo, sintiendo un escalofrío.

La sospecha ya no era solo una idea incómoda; era una alarma silenciosa sonando en su cabeza. Miró a través de la sala hacia donde Volkov trabajaba, aparentemente absorto en su pantalla. ¿Era él? ¿O era una cortina de humo? ¿Podría ser alguien más? ¿Alguien... más cercano? La idea era repulsiva, pero en la atmósfera de paranoia reinante, nadie parecía completamente libre de sospecha. ¿Podría confiar ciegamente incluso en Sami, su amigo, su confidente? Sacudió la cabeza. No podía permitirse pensar así. Necesitaba a Sami.

—¡Leo! ¡Informe de situación de Halcón-7! —La voz de Kaelen, el supervisor, lo devolvió a la realidad inmediata—. Han encontrado fuerte resistencia en Gamma-4. Unidades blindadas autónomas Valerianas clase 'Basilisco', más de las esperadas. ¡Y están usando contramedidas electrónicas avanzadas que interfieren con nuestros drones Cazador! ¡Necesitan apoyo cibernético urgente para abrir una brecha o tendrán que retirarse!

Halcón-7. La unidad que había visto desplegarse en el mapa hacía horas. La que iba a reconocer la posible emboscada. Leo sintió otra punzada de ansiedad, esta vez más aguda.

—Entendido. Analizando las contramedidas Valerianas... —murmuró, sus dedos volando sobre la consola, abriendo nuevos flujos de datos, buscando vulnerabilidades en los Basiliscos enemigos—. Oráculo, ¿tienes datos sobre las frecuencias de interferencia que están usando?

—Datos parciales disponibles. Analizando... —respondió la IA—. Sugiero interferir sus sistemas con un contra-pulso de energía específico para saturar sus receptores de contramedidas electrónicas (ECM), coordinado con un ataque de malware –un virus informático– que les enviaremos a través de los enlaces de datos de los Cazadores que aún operan. Probabilidad de éxito: Un ajustado 55%.

El riesgo: revelaríamos algunas de nuestras capacidades de guerra electrónica más avanzadas.

Un 55%. Otra apuesta. Y el riesgo de revelar sus trucos. Pero Halcón-7 estaba atrapado. Tenía que intentarlo.

—Autorizado. Prepara el contra-pulso y el paquete de malware 'Disruptor'. Sami, necesito que abras una ventana de comunicación segura con los Cazadores de Halcón-7 para inyectar el payload en el momento exacto —ordenó Leo.

Trabajaron con una concentración febril, coordinando el ataque cibernético con las maniobras tácticas que Oráculo sugería a la unidad atrapada en el campo de batalla. Era como dirigir una orquesta infernal a distancia, cada nota una línea de código, cada silencio una defensa enemiga.

Por un momento, pareció funcionar. Los indicadores de interferencia Valeriana disminuyeron. Los Cazadores Kaledonianos recuperaron parcialmente su eficacia. Pero entonces, algo salió terriblemente mal.

—¡Alerta! ¡Intrusión detectada en la red de Halcón-7! ¡Viene... viene desde dentro de su propia red local! —gritó un analista cercano.

—¡Imposible! ¡Nuestros protocolos...! —empezó a decir Leo.

—¡Código malicioso activado en los sistemas de navegación de los Cazadores! ¡Están fuera de control! ¡Se atacan entre sí! —informó Oráculo, su voz por primera vez con un matiz que podría interpretarse como alarma.

Leo observó horrorizado en la pantalla táctica cómo los iconos de los drones Cazador de Halcón-7 se volvían rojos y comenzaban a dispararse unos a otros y a moverse erráticamente, ignorando las órdenes. Era un caos total. ¿Un ataque Valeriano increíblemente sofisticado que había penetrado sus defensas más internas? ¿O...?

La sospecha sobre el topo volvió con una fuerza brutal. ¿Podría el traidor haber insertado un troyano en el software de los Cazadores antes de la misión? ¿Activado remotamente ahora?

—¡Corten todos los enlaces con Halcón-7! ¡Aíslen su red local ahora mismo! —gritó Leo—. ¡Sargento Kovar! —llamó por el canal de voz directo, esperando que aún funcionara— ¡repliegue inmediato! ¡Sus drones están comprometidos! ¡Salgan de ahí!

No hubo respuesta. Solo estática.

Leo se quedó mirando la pantalla, viendo cómo los iconos de los soldados de Halcón-7 quedaban expuestos, sin el apoyo de sus drones, en medio de una emboscada enemiga, con su propia tecnología vuelta en su contra. Sintió un vacío helado en el pecho. Había fallado. Su equipo había fallado. Y esos soldados iban a pagar el precio.

La guerra cibernética, la batalla de ingenio y código, acababa de mostrar su rostro más cruel: la traición silenciosa que podía convertir a tus propias armas en el enemigo. Y la sombra del topo en el Nido del Halcón se hizo más grande, más oscura y mucho más real.

CAPÍTULO 18: CAZA SALVAJE EN GAMMA-4 (DAVID)

La oscuridad en el Sector Gamma-4 era casi tangible, un manto espeso apenas rasgado por la luz estelar filtrada y el brillo verdoso de la interfaz táctica en el casco de David. Avanzaban en formación dispersa por un terreno rocoso y árido, siguiendo a los dos drones Cazador que se deslizaban silenciosamente unos veinte metros por delante, sus múltiples sensores barriendo el entorno en busca de las unidades blindadas autónomas Valerianas que la IA Oráculo había predicho. El silencio era casi total, roto solo por el crujido de sus propias botas sobre la grava y el viento helado que silbaba entre las rocas. Un silencio tenso, expectante. Demasiado silencioso.

—Argos, ¿actualización de situación? —susurró el sargento Kovar por el comunicador de escuadra—. No me gusta esta calma.

Hubo una fracción de segundo de estática antes de que la voz de la IA respondiera en sus oídos. *—Análisis en curso... Patrones de movimiento Valerianos consistentes con ocultación táctica. Probabilidad de emboscada inmediata: 72.4%. Se recomienda máxima alerta.*

72.4%. La cifra flotó en el aire viciado. David sintió que los músculos de su espalda se tensaban bajo el exoesqueleto. Intercambió una mirada con Mía, que avanzaba a su derecha. Ella también tenía la mandíbula apretada. Confiar en la IA era parte del trabajo, pero nada reemplazaba el instinto visceral de un soldado que siente que algo va mal.

Y entonces, el infierno se desató.

No fue un ataque enemigo, al principio. Fue algo peor. El Cazador Uno, el dron que avanzaba por el flanco izquierdo, se detuvo abruptamente. Su torreta giró con una velocidad antinatural

y abrió fuego. Pero no hacia el frente, donde se esperaba al enemigo. Disparó hacia el *otro* dron, el Cazador Dos.

Una lluvia de proyectiles sónicos impactó contra el blindaje del Cazador Dos, haciéndolo retroceder y levantando chispas. Casi simultáneamente, el Cazador Dos, como si respondiera a una agresión, también giró y disparó su propio cañón sónico contra el Cazador Uno.

—¡¿Qué demonios?! —gritó Kovar—. ¡Alto el fuego! ¡Cazadores, cesen el fuego! ¡Argos, ¿qué está pasando?!

—Anomalía detectada... Conflicto en protocolos IFF (Identificación Amigo-Enemigo)... Múltiples firmas hostiles detectadas... ¡Imposible procesar! —la voz de Argos, normalmente calmada, sonó distorsionada, casi agónica, antes de cortarse con un chirrido de estática.

La interfaz táctica en el casco de David parpadeó, llenándose de datos corruptos y símbolos de error. El enlace con los drones se volvió rojo intermitente: "CONEXIÓN PERDIDA / SISTEMA COMPROMETIDO".

Estaban solos. Ciegos. Y sus propias armas se habían vuelto locas.

El Cazador Uno, ignorando cualquier orden, avanzó erráticamente y volvió a disparar, esta vez barriendo la zona donde se encontraban los soldados. David se lanzó al suelo detrás de una roca justo cuando un proyectil sónico impactaba donde había estado segundos antes, haciendo estallar la piedra en fragmentos afilados. Oyó un grito ahogado cerca.

—¡Todos a cubierto! ¡Fuego de cobertura! ¡Neutralicen esos malditos Cazadores si es necesario! —rugió Kovar, disparando su propio rifle de pulsos contra el dron más cercano.

Pero era casi inútil. El blindaje de los Cazadores estaba diseñado para resistir armas ligeras. Y ellos estaban atrapados en medio de una pelea de perros robótica y fratricida.

Y fue entonces cuando los Valerianos atacaron.

Luces cegadoras iluminaron las crestas rocosas que los rodeaban. El sonido inconfundible de los cañones de plasma de los tanques autónomos clase Basilisco rasgó la noche. Rayos de energía incandescente impactaron cerca de sus posiciones, derritiendo la roca, levantando columnas de vapor y tierra.

—¡Emboscada! ¡Nos tienen rodeados! —gritó Mía, devolviendo el fuego con su rifle—. ¡Basiliscos a las doce, a las tres y a las nueve!

David asomó la cabeza por encima de su cobertura. Vio las siluetas amenazantes de los tanques Valerianos, más grandes y pesados que sus propios Cazadores, avanzando metódicamente, sus armas buscando blancos. Y lo peor: vio también drones exploradores Valerianos, pequeños y ágiles, sobrevolando la zona, seguramente transmitiendo su posición exacta.

Mientras tanto, sus propios Cazadores seguían fuera de control. El Uno intentaba trepar torpemente por una pendiente, disparando a ráfagas sin sentido. El Dos parecía haberse apagado tras recibir varios impactos, pero aún podía ser una amenaza si se reactivaba.

—¡Sargento! ¡El comunicador principal no funciona! ¡No puedo contactar con el Nido! ¡Estamos completamente aislados! —informó otro soldado, Roric.

Estaban atrapados. Sin apoyo de drones fiable, sin IA táctica, sin comunicaciones con el mando, rodeados por blindados enemigos superiores y bajo el ojo vigilante de sus drones. Era una sentencia de muerte.

David sintió una oleada de pánico frío. Pensó en Elena, en su rostro preocupado la última vez que la vio. Le había prometido volver. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Esta guerra tecnológica, esta confianza ciega en máquinas y algoritmos... les había fallado de la peor manera posible. ¿Sabotaje? ¿Un hackeo Valeriano imposiblemente bueno? No importaba la causa ahora. Solo importaba sobrevivir.

—¡David! ¡Mía! ¡Intenten usar los inhibidores manuales de emergencia en los Cazadores! ¡Si podemos apagarlos, al menos no nos dispararán por la espalda! —ordenó Kovar—. ¡Roric, Kenzi, fuego de supresión a las doce! ¡Muévanse!

David asintió, aunque Kovar no podía verlo. Era un riesgo enorme. Tendrían que exponerse para acercarse a los drones erráticos bajo fuego enemigo. Pero era la única opción.

—¡Voy yo al Cazador Uno! —gritó David—. ¡Mía, tú al Dos! ¡Cúbreme!

Activó el modo de impulso corto de su exoesqueleto y corrió agachado de una cobertura a otra, las ráfagas de plasma de los Basiliscos iluminando su avance a trompicones. El Cazador Uno seguía disparando erráticamente. David tenía que llegar a un pequeño panel de acceso en su parte trasera para introducir el código de desactivación manual de emergencia, un protocolo de último recurso.

Llegó a una roca a pocos metros del dron. Esperó una pausa en el fuego enemigo. Respiró hondo. Y corrió.

Saltó sobre la parte trasera del Cazador justo cuando este giraba. Se aferró al frío metal mientras el dron se sacudía. Tecleó frenéticamente el código de anulación en el pequeño panel, sus dedos enguantados torpes por la adrenalina.

Acceso denegado.

Lo intentó de nuevo. *Acceso denegado. Protocolo de seguridad bloqueado remotamente.*

¡No! ¡Alguien había bloqueado incluso los códigos manuales! Era sabotaje, sin duda. El topo. Habían sido traicionados por completo.

El Cazador se detuvo y su torreta principal empezó a girar lentamente hacia él. David se quedó helado, mirando directamente al cañón sónico. Estaba atrapado. Era el fin.

Entonces, una figura saltó desde una roca cercana, aterrizando sobre la torreta del Cazador. Era Mía. Llevaba en la mano una granada de PEM de corto alcance, un arma diseñada para freír circuitos electrónicos sin causar una gran explosión. Con un grito, arrancó la anilla y la encajó en una junta de la torreta antes de lanzarse al suelo.

David se dejó caer también, cubriéndose la cabeza justo cuando la granada detonaba con un destello azulado y un chasquido seco. El Cazador Uno se estremeció violentamente y luego quedó inmóvil, sus luces apagadas, su arma silenciada.

Mía se levantó, tosiendo. —¿Estás bien?

—Sí... gracias —logró decir David, el corazón aún desbocado—. ¿Y el Cazador Dos?

—Lo tengo —dijo Kovar por el comunicador, que pareció volver a funcionar intermitentemente—. Roric le metió una carga perforante en el módulo de energía. Está fuera de combate. ¡Pero los Basiliscos siguen avanzando! ¡Necesitamos romper el contacto y buscar una ruta de escape! ¡Argos sigue caído, no tenemos mapa táctico fiable!

Estaban vivos, por ahora. Habían neutralizado a sus propios drones traidores. Pero seguían rodeados, superados en número y potencia de fuego, sin apoyo tecnológico y sin saber a dónde ir. La emboscada era peor de lo que Oráculo había previsto. O quizás... quizás Oráculo también había sido comprometido por el topo. La duda era un veneno que se extendía rápidamente.

—¡Por aquí! —gritó Mía, señalando una estrecha grieta entre las rocas que no aparecía en los últimos mapas que recordaban—. ¡Parece un antiguo cauce de agua! ¡Podría darnos cobertura!

Era una apuesta desesperada, pero era la única que tenían.

—¡Halcón-7, síganme! ¡Movimiento! —ordenó Kovar.

David se levantó, rifle en mano, y corrió tras sus compañeros hacia la grieta oscura, mientras los disparos de plasma de los

Basiliscos Valerianos impactaban cada vez más cerca. La caza salvaje en Gamma-4 acababa de empezar, y ellos eran la presa.

CAPÍTULO 19: SUSURROS EN EL PASILLO (ELENA)

Las velas parpadearon, amenazando con extinguirse. Elena calculó que les quedaba, como mucho, una hora más de luz trémula. El apartamento se había enfriado considerablemente, y se envolvió más apretadamente en las dos mantas que había apilado sobre el sofá. El silencio exterior seguía siendo antinatural, pero ahora estaba puntuado por sonidos más definidos y cercanos que antes: el eco de botas militares patrullando en los niveles inferiores de la torre, el zumbido intermitente de drones desconocidos (¿amigos o enemigos?) pasando cerca de las ventanas, y ocasionalmente, un grito ahogado o un golpe metálico resonando en la estructura del edificio. La Torre Arcadia ya no se sentía como un hogar, sino como una carcasa hueca llena de fantasmas y miedos.

El hambre comenzaba a roerle el estómago, pero la idea de comer otra de esas insípidas barras de ración le revolvía las tripas. Añoraba una comida caliente, un té de verdad, la simple normalidad de poder calentar agua en el hervidor eléctrico. Por su experiencia, sabía que debía mantener sus fuerzas, especialmente por el bebé, pero la ansiedad y el frío le quitaban el apetito. Bebió un poco del agua que había almacenado, que ya empezaba a saber a plástico.

Tiritando bajo las mantas raídas, un recuerdo casi burlón de la comodidad perdida la asaltó. Hacía apenas... ¿un mes? Se había quejado con Leo porque el sistema de climatización inteligente había tardado "una eternidad" (casi treinta segundos) en ajustar la temperatura a sus 22.5 grados preferidos después de volver de la calle. Y qué decir de la comida... recordó la facilidad pasmosa con la que pedía cualquier capricho culinario, desde sushi sintético de fusión hasta pizza artesanal neo-napolitana, con un simple comando de voz a la interfaz doméstica. Un dron silencioso lo entregaba en su

puerta en menos de quince minutos, caliente y perfectamente empaquetado.

Ahora, el último sorbo de agua purificada de la botella de emergencia sabía a plástico y a desesperación, y daría cualquier cosa por el lujo más simple: un vaso de agua limpia y fría del grifo, algo que el sistema de ultrafiltración del edificio garantizaba… hasta que dejó de hacerlo.

Y las libertades… ¿Cómo habían podido darlas por sentadas? El acceso instantáneo y sin filtros aparentes al Neuro-Net global, las discusiones triviales en foros holográficos sobre el último episodio de "Exo-Dinastías", planificar viajes virtuales inmersivos a Marte o a las selvas de Pandora-7 con solo un gesto… la capacidad de moverse por Veridia en cápsulas autónomas climatizadas que la llevaban de puerta a puerta en minutos.

Sus preocupaciones de entonces… una punzada de amarga ironía la recorrió. Recordó haber pasado una tarde entera angustiada porque el exclusivo módulo de aprendizaje temprano basado en IA que quería para Mateo tenía una lista de espera de seis meses. O la frustración casi cómica cuando su tienda virtual favorita de ropa adaptable tuvo problemas con sus servidores durante las rebajas de temporada. Preocupaciones de un mundo dorado y frágil que ahora parecía una fantasía lejana, sepultada bajo el polvo, la oscuridad y el miedo omnipresente.

Su mente no dejaba de dar vueltas, atrapada en un bucle de preocupación. Leo, luchando en su guerra invisible de código y datos, ¿sabría lo que estaba pasando en Veridia? David, su hermano, ¿habría sobrevivido a esa primera noche brutal en el frente? Clara, ¿seguiría luchando por sus pacientes en la oscuridad del hospital? La falta total de comunicación era una tortura, dejando espacio para que las peores imaginaciones florecieran. ¿Y sus padres? Su breve y cortada llamada horas atrás solo había servido para aumentar su propia angustia.

El recuerdo del ruido en el pasillo y el objeto oscuro cerca de la puerta del vecino, el Sr. Henderson –un hombre mayor y solitario que apenas saludaba–, volvió a su mente. ¿Qué había sido? ¿Debería haber investigado? La prudencia le había dicho que no, que se mantuviera encerrada y segura. Pero la curiosidad y una creciente sensación de inquietud la carcomían. ¿Y si el Sr. Henderson necesitaba ayuda? Era mayor, vivía solo... un apagón prolongado podía ser especialmente peligroso para él. Su instinto luchaba contra su miedo de superviviente.

Se levantó con cuidado, las articulaciones rígidas por el frío y la inmovilidad. Cogió la linterna de carga cinética, la agitó hasta que dio una luz decente, y se acercó sigilosamente a la puerta principal. Volvió a mirar por la mirilla digital. El pasillo seguía igual de oscuro y vacío, iluminado solo por el resplandor rojo de las luces de emergencia. El objeto seguía allí, una mancha oscura sobre la alfombra clara del pasillo, justo delante de la puerta del Sr. Henderson. Parecía... ¿una especie de paquete pequeño?

Respiró hondo. Iba a hacer algo estúpido, lo sabía. Pero no podía quedarse sin hacer nada. Desactivó los cerrojos de seguridad con el menor ruido posible y abrió la puerta apenas una rendija. El aire del pasillo era frío y olía a polvo y a algo más, un olor metálico y vagamente químico que no supo identificar. Aguzó el oído. Silencio.

Salió al pasillo, manteniendo la puerta entornada detrás de ella, la linterna barriendo el suelo. Se acercó al objeto. Era una caja de cartón pequeña, sin marcar, sellada con cinta adhesiva genérica. Parecía ligera. ¿Una entrega tardía de algún servicio de drones que había quedado varado? Improbable en estas circunstancias. ¿Algo que se le cayó al Sr. Henderson?

Mientras dudaba si tocarla o no, oyó un sonido detrás de la puerta del Sr. Henderson. Un susurro. Luego, un golpe suave, como si algo cayera al suelo.

—¿Sr. Henderson? —llamó Elena en voz baja, acercándose a la puerta de su vecino—. ¿Está usted bien? Soy Elena Reyes, su vecina del 14B.

No hubo respuesta. Solo un silencio tenso.

—Sr. Henderson, ¿necesita ayuda? —insistió, un poco más alto —. Ha habido un apagón, sé que vive solo...

Oyó otro susurro desde el interior, ininteligible, seguido de lo que sonó como un sollozo ahogado. Su corazón dio un vuelco. Estaba claro que algo pasaba.

—Sr. Henderson, voy a intentar contactar con seguridad del edificio, si es que funciona —dijo, aunque dudaba que sirviera de algo—. Si necesita ayuda médica, soy enfermera...

La puerta se abrió de repente una pequeña rendija, apenas unos centímetros, asegurada por una cadena de seguridad anticuada. En la oscuridad del interior, Elena pudo distinguir el contorno de un ojo asustado mirándola.

—¿Enfermera? —susurró una voz temblorosa que apenas reconoció como la del Sr. Henderson—. ¿De verdad?

—Sí, Sr. Henderson. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita algo?

—Yo... yo no... —la voz se quebró—. Ellos... vinieron antes. Buscaban algo. No lo encontraron. Dijeron que volverían... Dejaron eso para mí —susurró, señalando con un gesto de cabeza tembloroso la caja en el suelo—. No sé qué es. No quiero saberlo. Tengo miedo.

"Ellos". La palabra resonó ominosamente en el pasillo silencioso. ¿Quiénes eran "ellos"? ¿Personal de seguridad? ¿Militares? ¿O algo más siniestro? ¿Y qué buscaban?

—¿Quiénes vinieron, Sr. Henderson? ¿Vio quiénes eran?

—No... iban tapados. Eran rápidos. Revolvieron todo... Dijeron que si hablaba... —su voz se apagó en un gemido—. Por favor, váyase, señorita. Es peligroso. No quiero problemas.

La cadena seguía puesta. Estaba claro que no iba a abrir más la puerta. Elena sintió una mezcla de compasión y alarma. El hombre estaba aterrorizado. Y esa caja... ¿qué contenía? ¿Era una trampa? ¿Un aviso?

—Está bien, Sr. Henderson —dijo Elena, intentando mantener la calma—. No se preocupe. Quédese encerrado. Si necesita algo, golpee la pared. Intentaré ayudar si puedo.

Retrocedió lentamente hacia su propio apartamento, sin apartar la vista de la caja sospechosa. Entró rápidamente y cerró la puerta, asegurándola con todos los cerrojos. Apoyó la espalda en la madera fría, respirando agitadamente.

La situación era mucho más extraña y peligrosa de lo que había imaginado. No solo estaban lidiando con una guerra y un apagón. Parecía que había otros actores moviéndose en las sombras de la Torre Arcadia, gente que buscaba algo, que amenazaba a vecinos vulnerables. ¿Estaría relacionado con el ruido que oyó antes? ¿Con el dron sospechoso?

Ya no se sentía ni remotamente segura en su apartamento. La amenaza no solo estaba fuera, en las calles de Veridia o en la lejana frontera. Podía estar justo al otro lado de su puerta. La vigilia a la luz de las velas acababa de volverse mucho más oscura.

CAPÍTULO 20: ECOS DE TRAICIÓN (LEO)

El silencio que siguió al corte de comunicaciones con Halcón-7 fue más ensordecedor que cualquier explosión. En la pantalla táctica de Leo, los iconos de los soldados de la 7ª Compañía seguían marcados en rojo parpadeante –"Estado Desconocido", "Enlace Perdido"–, abandonados en medio de un enjambre de iconos enemigos en el Sector Gamma-4. Sus drones de apoyo, sus ojos y sus armas en el campo, se habían vuelto contra ellos por una traición surgida desde el corazón mismo del Nido del Halcón.

Leo sintió un vacío helado en el estómago, una mezcla tóxica de rabia, culpa y un miedo frío que amenazaba con paralizarlo. Él había estado al mando de la contramedida que falló. Él había confiado en los sistemas. Él no había detectado la vulnerabilidad a tiempo. Esos soldados, incluido el hermano de Elena –*David*, recordó con una punzada de angustia personal que tuvo que reprimir brutalmente–, estaban perdidos por un fallo que se había originado aquí, bajo sus pies.

—Informe de situación de Halcón-7 —pidió Kaelen, el supervisor, su voz tensa pero controlada, rompiendo el silencio—. ¿Algún contacto? ¿Balizas de emergencia?

—Negativo, Supervisor —respondió un técnico de comunicaciones, su rostro pálido—. Silencio total desde que cortamos el enlace comprometido. Las balizas de emergencia 'Ángel Guardián' no emiten señal, posible interferencia activa enemiga o destrucción de los implantes. Oráculo estima probabilidad de supervivencia de la unidad... inferior al 15%.

Un murmullo ahogado recorrió la sala. Menos del quince por ciento. Era una sentencia de muerte virtual. Leo cerró los ojos por

un instante, luchando contra las náuseas. Abrió un canal seguro con Sami.

—Los logs, Sami. Los logs de la terminal de Volkov. Tienen que estar en algún backup —dijo en voz baja, casi un gruñido—. No puede haber desaparecido todo sin dejar rastro. Necesitamos pruebas.

—Estoy en ello, Leo. Desviando ciclos de procesamiento de tareas no críticas para un escaneo profundo del archivo central. Pero si usó un borrador de grado militar... será difícil. Y Kaelen me está mirando raro. Creo que sospecha que estamos haciendo algo fuera de protocolo.

—Que sospeche. Esto es más importante. Si hay un topo aquí, Halcón-7 no será la última unidad que perdamos. Podrían comprometer toda la operación. Incluso... —no se atrevió a terminar la frase, pero ambos sabían a qué se refería: la Alerta Negra, las armas no convencionales. Si Valerius tenía un topo con acceso a los planes de Kaledon *y* estaba preparando armas estratégicas... la combinación era apocalíptica.

Mientras Sami rastreaba los fragmentos de logs, Leo pidió a Oráculo un análisis correlacionado de las anomalías detectadas durante el ciberataque inicial de días anteriores, buscando patrones que el caos del PEM podría haber ocultado. —Oráculo, analiza los intentos de intrusión fallidos en la Base de Datos Ciudadana Central (BDCC) y en el Sistema Unificado de Crédito y Lealtad (SUCL) durante la ventana de 06:00 a 12:00 del día del ciberataque inicial. Busca vectores relacionados con las firmas Valerianas/Nyx identificadas.

La respuesta de la IA fue rápida y preocupante. —Análisis completado. Múltiples intentos (78% de confianza) de inyección de datos corruptos en BDCC detectados, apuntando a modificar o marcar perfiles ciudadanos específicos en sectores residenciales clave, incluyendo Arcadia. Intentos simultáneos de degradar la fiabilidad del SUCL mediante generación de puntuaciones erráticas. Vector de ataque consistente con *exploit* Valeriano 'Sombra Gris'

(una conocida herramienta de ciberataque Valeriana), previamente asociado a operaciones Nyx de desestabilización social.

Leo sintió un escalofrío. No solo atacaban la infraestructura militar y energética. Intentaban manipular la identidad misma de los ciudadanos, sembrar el caos social, quizás marcar objetivos para futuras operaciones... como las que podrían estar ocurriendo ahora mismo en Torre Arcadia. La detención que Elena le había descrito días atrás cobraba ahora un cariz mucho más siniestro. ¿Fue un error del sistema... o una prueba de concepto del enemigo?

—Además—añadió Oráculo sin que se lo pidieran—, se detecta un incremento del 350% en la distribución automatizada de contenido clasificado como 'Propaganda de Refuerzo Positivo Nivel 3' a través de nodos de la red pública de información en las 12 horas previas al ataque PEM, dirigido a segmentos demográficos específicos identificados por análisis de sentimiento de la red social K-Net.

Propaganda dirigida y personalizada justo antes de sumir a la ciudad en el silencio. Estaban jugando con sus mentes antes de atacar sus cuerpos y su infraestructura. El enemigo era más sutil y retorcido de lo que había imaginado. —Sami—dijo por el canal privado—. Creo que el ataque del otro día fue mucho más que un simple golpe a la red... Estaban preparando el terreno para algo más grande.

—Leo, Sami, necesito vuestra atención en el frente cibernético principal —intervino Kaelen, su voz cortante sacándolos de su conversación privada—. Valerius está lanzando un contraataque masivo contra nuestras redes de soporte logístico. Intentan cortar las líneas de suministro de la Operación Filo del Halcón. ¡Prioridad absoluta a la defensa de la Red Logística 'Cadena Fuerte'!

Leo asintió, obligándose a compartimentar la rabia y la sospecha para centrarse en la nueva amenaza. La pantalla principal holográfica mostró la nueva batalla digital: flujos de datos maliciosos intentando penetrar los sistemas que gestionaban munición, combustible, repuestos y evacuaciones médicas para las tropas en el

frente. Si Valerius lograba interrumpir esa cadena, la ofensiva Kaledoniana se ahogaría en cuestión de horas.

Trabajaron con una intensidad desesperada, desplegando nuevas defensas, parcheando vulnerabilidades sobre la marcha, rastreando los orígenes del ataque. Era evidente que Valerius estaba utilizando información muy precisa sobre la arquitectura de la red 'Cadena Fuerte'. Demasiado precisa.

—Saben exactamente dónde golpear —murmuró Sami, mientras desviaba un ataque que intentaba corromper los manifiestos de carga de munición—. Conocen nuestros protocolos de respaldo, nuestros puntos débiles... Esto no es solo fuerza bruta, Leo. Esto es inteligencia interna.

—Lo sé —respondió Leo, sintiendo cómo la sospecha se solidificaba en una certeza amarga—. Alguien les está pasando información en tiempo real.

Mientras luchaban por mantener la Red Logística operativa, Leo mantenía un ojo en la actividad de la red interna. No podía arriesgarse a monitorizar directamente a Volkov sin levantar sospechas, pero observaba patrones generales. Y entonces vio algo. Una pequeña fluctuación de datos, casi imperceptible, en un canal supuestamente seguro utilizado para sincronizar datos entre Oráculo y los sistemas de análisis predictivo de amenazas. Era un canal interno, de altísima prioridad, que no debería tener tráfico saliente ofuscado.

—Sami, ¿ves esa micro-transmisión en el canal Oráculo-Sigma? —preguntó Leo por el canal privado.

Hubo una pausa mientras Sami verificaba. —Sí. La veo. Intenta enmascararse como un paquete de sincronización de datos de IA, pero la encriptación es... incorrecta. No es nuestro protocolo estándar. Es corto, apenas unos kilobytes, y se repite cada pocos minutos. ¿Qué crees que...?

—Creo que es una fuga —interrumpió Leo—. Una fuga lenta y constante de datos críticos, disfrazada de tráfico interno de la IA. Es

brillante. Y terriblemente peligroso. ¿Puedes aislar el origen exacto dentro de nuestra red?

—Estoy intentándolo... viene de un servidor intermediario que maneja las consultas de análisis predictivo... un servidor al que tienen acceso varios equipos, incluyendo... el de integración de datos de Volkov. Mierda, Leo.

No era una prueba definitiva contra Volkov, pero era una evidencia circunstancial muy fuerte de *cómo* podía estar filtrándose la información. Alguien con acceso a ese servidor intermediario estaba colando datos críticos en paquetes aparentemente inocuos.

—Tenemos que informar a Kaelen —dijo Leo, tomando una decisión—. Ya no es solo una sospecha. Es una vulnerabilidad activa que está costando vidas.

—¿Y si nos equivocamos? ¿Y si es un falso positivo? ¿O si el topo es alguien más y alertamos a la persona equivocada? —dudó Sami.

—Es un riesgo que tenemos que correr —replicó Leo—. Kaelen necesita saber que la red de Oráculo podría estar comprometida. Es demasiado importante. Voy a solicitar una consulta urgente con él. Cúbreme en la defensa de 'Cadena Fuerte'.

Leo envió la solicitud de consulta prioritaria a Kaelen, marcándola como "Riesgo de Seguridad Interna Crítico". La respuesta fue casi inmediata. *«Analista Reyes, a la Sala de Situación Beta en cinco minutos. Venga solo.»*

Solo. Eso era extraño. Normalmente, estas consultas involucraban a todo el equipo relevante. Sintió un nuevo escalofrío. ¿Sospechaba Kaelen de él? ¿O quería hablar en privado precisamente por la gravedad del asunto?

Mientras se levantaba y se dirigía hacia la salida de la sala de operaciones principal, pasó junto a la estación de Volkov. El técnico levantó la vista brevemente, sus ojos encontrándose con los de Leo por un instante. No había nada en su expresión, ni miedo, ni desafío, solo el mismo cansancio y concentración que mostraban todos los

demás. Pero Leo sintió una corriente helada recorrerle. ¿Era ese el rostro de un traidor?

Caminó por los pasillos metálicos y silenciosos hacia la Sala Beta, su mente corriendo a toda velocidad. Tenía que presentar sus hallazgos a Kaelen de forma clara y concisa, sin acusar directamente a Volkov, pero dejando clara la extrema vulnerabilidad y la evidencia de una fuga activa. Tenía que convencerlo de la urgencia sin parecer paranoico. Y tenía que estar preparado para cualquier reacción. Porque si había un topo en el Nido, la amenaza podía estar en cualquier parte, incluso en los niveles más altos de mando. La guerra exterior era brutal, pero la guerra silenciosa de sombras y traición que se libraba dentro de esas paredes podía ser aún más letal.

CAPÍTULO 21: EL FRÍO Y LA CAJA (ELENA)

El frío era ahora un enemigo más, tangible y persistente. Las mantas ofrecían un consuelo limitado contra la temperatura que seguía bajando en el apartamento, un recordatorio constante de que los sistemas que daban por sentados –calefacción, ventilación, el simple milagro de la electricidad– eran lujos perdidos. Elena se frotaba los brazos vigorosamente, intentando generar algo de calor. Las velas se habían consumido casi por completo, dejando solo pequeños charcos de cera solidificada y el olor acre de la mecha quemada. La oscuridad era casi total, solo mitigada por el extraño resplandor exterior de una ciudad bajo asedio y alerta.

Había intentado dormir, acurrucada en el sofá, pero el sueño era esquivo. Cada sonido la sobresaltaba: el crujido del edificio al enfriarse, el ulular distante de las sirenas que no cesaban, el zumbido ocasional de los drones pasando cerca. Y sobre todo, el recuerdo del susurro asustado del Sr. Henderson y la inquietante caja abandonada frente a su puerta.

¿Qué contendría? ¿Por qué "ellos" la habían dejado allí? ¿Y quiénes eran "ellos"? La pregunta resonaba en su mente. Pensó de nuevo en el dron sospechoso que había visto antes del apagón. ¿Podrían estar relacionados? ¿Vigilancia? ¿Entrega clandestina? En la Veridia de antes, habría llamado a seguridad del edificio o incluso a la policía. Ahora, esas opciones eran impensables. Estaba sola con este misterio pegado a su puerta.

Impulsada por una mezcla de inquietud y la necesidad de hacer *algo*, se levantó y volvió a la puerta principal, usando la linterna de carga cinética que había recargado agitando el brazo hasta el agotamiento. Miró por la mirilla. El pasillo seguía oscuro y vacío. La caja seguía allí.

Respiró hondo. Tenía que saberlo. O al menos, tenía que quitar esa cosa de delante de la puerta de su vecino. Quizás él se atrevería a salir si no estaba. Con el corazón latiéndole con fuerza, abrió la puerta sigilosamente y salió al pasillo helado.

La caja era ligera, como había supuesto. La cogió con manos temblorosas. No tenía remitente ni destinatario. Solo cinta adhesiva marrón. La agitó suavemente. No sonaba nada dentro. ¿Vacía? ¿O algo blando?

Dudó un instante. ¿Debería llevarla a su apartamento? ¿Dejarla en el pasillo, pero apartada? ¿Intentar deshacerse de ella por el conducto de residuos (si es que funcionaba)? Decidió llevarla dentro. Quizás a la luz de la linterna podría ver algo más.

Una vez dentro, con la puerta bien cerrada y asegurada, colocó la caja sobre la mesa de centro. La observó, mordiéndose el labio. Su formación le gritaba que fuera cautelosa. Podría ser cualquier cosa. Pero la situación era desesperada, y la curiosidad, o quizás la necesidad de entender una pequeña parte del caos que la rodeaba, era más fuerte.

Con cuidado, usó una pequeña navaja multiusos que guardaba en el cajón de la cocina para cortar la cinta adhesiva. Levantó las solapas de cartón. Dentro, no había ninguna bomba ni nada obviamente peligroso. Solo encontró un pequeño dispositivo electrónico de aspecto genérico –una especie de disco metálico delgado del tamaño de la palma de su mano, sin botones ni pantalla visibles– y una única hoja de papel doblada.

Desdobló el papel. Estaba impreso con una impresora de baja calidad, como si se hubiera hecho deprisa. Contenía solo una corta secuencia de caracteres alfanuméricos y un símbolo que no reconoció de inmediato: una especie de espiral estilizada dentro de un triángulo. ¿Un código? ¿Una contraseña? ¿Y el disco metálico? ¿Un transmisor? ¿Un receptor? ¿Una llave digital?

Mientras miraba los objetos, desconcertada, oyó un ruido procedente de la pared contigua. Un golpe débil, repetido. El Sr. Henderson.

Se acercó a la pared. —¿Sr. Henderson? ¿Es usted?

Otro golpe débil.

—Soy Elena. ¿Está bien?

Hubo una pausa, y luego oyó su voz, un susurro apenas audible a través de la pared. —Agua... necesito... agua... No funciona... el grifo...

El sistema de bombeo del edificio debía haber fallado por completo. Elena sintió una punzada de pánico y compasión. El hombre era mayor, estaba solo y ahora no tenía agua.

—Vale, Sr. Henderson, tranquilo —dijo, tratando de que su voz sonara calmada—. Yo tengo algo de agua almacenada. Voy a intentar pasarle una botella. No abra la puerta a nadie más, ¿me oye?

Buscó una de las botellas de agua que había llenado y volvió a la puerta. La abrió una rendija. La caja seguía sobre su mesa. ¿Debería mencionársela al Sr. Henderson? No, probablemente solo lo asustaría más.

—Sr. Henderson, voy a dejar una botella de agua justo delante de su puerta. Cuando yo entre en mi apartamento y cierre, usted puede abrir y cogerla, ¿de acuerdo?

Esperó una respuesta. Oyó un débil "Sí... gracias...".

Dejó la botella en el suelo, justo donde antes estaba la caja misteriosa. Miró a ambos lados del pasillo oscuro. Nada. Volvió a entrar rápidamente y cerró su puerta con todos los cerrojos. Esperó, escuchando. Oyó el sonido inconfundible de la cadena de seguridad del Sr. Henderson deslizándose, la puerta abriéndose una rendija, el roce de la botella al ser recogida, y luego la puerta cerrándose y la cadena volviendo a su lugar.

Al menos había podido ayudar en algo. Pero el misterio de la caja y el disco seguía allí, sobre su mesa, iluminado por la luz moribunda de su linterna. ¿Qué significaba? ¿Y qué conexión tenía

con los hombres que habían asustado a su vecino? ¿Estaba ella en peligro por haberla recogido?

Se sentía más cansada que nunca, pero también extrañamente alerta. Había un peligro tangible cerca, quizás dentro del propio edificio. Y tenía en sus manos un enigma –la caja, el código, el símbolo– que no entendía en absoluto. Miró hacia la ventana, hacia la ciudad oscura y herida. La guerra no solo se libraba en el frente con soldados como su hermano David, o en los búnkeres tecnológicos donde Leo luchaba su batalla invisible. También se libraba aquí, en los pasillos silenciosos de una torre de apartamentos, con armas mucho más sutiles que las bombas: el miedo, el aislamiento y los secretos.

CAPÍTULO 22: EL SÍMBOLO Y EL LATIDO (ELENA)

La única luz ahora provenía del haz errático de la linterna de carga cinética, que Elena mantenía apoyada sobre la mesa, y del frío resplandor de la ciudad en alerta que se colaba por la ventana. Las velas se habían consumido por completo. El frío era más intenso, calando hasta los huesos a pesar de las mantas. Elena sentía cada músculo de su espalda protestar por la tensión y la postura forzada en el sofá. Y dentro de ella, Mateo parecía haberse contagiado de su inquietud, moviéndose con espasmos cortos y nerviosos que le provocaban contracciones de Braxton Hicks, recordatorios inoportunos de la fragilidad de su propio cuerpo en estas circunstancias.

Respiró hondo, tratando de controlar el ligero mareo que sentía. Hambre, frío, estrés, deshidratación leve... su instinto le decía que estaba bordeando sus límites físicos. Necesitaba mantenerse fuerte, por el bebé. Pero el miedo era un compañero constante, alimentado por la oscuridad, el aislamiento y, ahora, por los extraños objetos que descansaban sobre la mesa frente a ella: el disco metálico y el papel con su críptica secuencia alfanumérica y ese símbolo, la espiral dentro del triángulo.

Acercó la linterna al papel. La secuencia – 7X3P-K9ZR-T88V – no le decía nada. Podría ser una contraseña, una coordenada, un código de activación. Sin acceso a la red, era imposible verificarlo. Se concentró en el símbolo. Una espiral que nacía del centro y se expandía hacia afuera, contenida dentro de las líneas de un triángulo equilátero. ¿Lo había visto antes? Buscó en su memoria, repasando logos corporativos de Veridia, insignias militares Kaledonianas, incluso símbolos de grupos activistas o culturales. Nada. Era desconocido, y eso lo hacía más inquietante. Tenía un aire casi... arcaico, pero al mismo tiempo preciso, deliberado.

Luego examinó el disco metálico. Era delgado, frío al tacto, sin marcas visibles, puertos o botones. Al sopesarlo, notó una densidad inusual, como si el disco contuviera capas complejas bajo la superficie lisa, y le pareció percibir un levísimo, casi imperceptible calor residual, como de circuitería recién desactivada. No reaccionaba, pero no parecía del todo... muerto. Intentó acercarlo a su tableta personal (que aún conservaba algo de batería), esperando alguna reacción, alguna interfaz inalámbrica de corto alcance. Nada. Probó a calentarlo ligeramente con las manos. Nada. Era una pieza de tecnología desconocida o completamente descargada/desactivada. ¿Qué contenía? ¿Información? ¿Un virus? ¿Era una llave para algo?

Las palabras del aterrorizado Sr. Henderson resonaron en su cabeza: "Ellos... vinieron antes. Buscaban algo. Dejaron eso para mí". ¿Quiénes eran "ellos"? ¿Y por qué dejarían este paquete críptico? ¿Era una trampa para el Sr. Henderson? ¿O un mensaje para otra persona que esperaban que él guardara o entregara? ¿Y si "ellos" volvían y la encontraban a *ella* con la caja?

La paranoia era un veneno lento. Empezó a dudar de todo. Del silencio del pasillo. De los ruidos distantes de la ciudad. Incluso del estado del Sr. Henderson. ¿Realmente estaba solo y asustado, o era parte de algo más? ¿Podría la caja ser una excusa para que ella abriera la puerta? Sacudió la cabeza. No, la voz del anciano había sonado genuinamente aterrorizada. Él era una víctima en esto, como ella.

Se levantó y caminó por el apartamento a oscuras, la linterna barriendo las sombras. Necesitaba moverse, pensar. Se asomó de nuevo a la ventana. La actividad militar parecía haber aumentado. Vio un convoy de vehículos blindados autónomos moverse lentamente por una de las avenidas principales inferiores, sus luces azules parpadeando en la oscuridad. ¿Se preparaban para un ataque terrestre sobre Veridia? ¿O eran simplemente patrullas reforzadas? La falta de información era enloquecedora.

Volvió a la mesa y miró la caja vacía y su contenido. Sintió un impulso repentino de deshacerse de ellos. Arrojarlos por el conducto de residuos (si funcionaba), esconderlos fuera, hacer que desaparecieran. Eran peligrosos, lo sentía en sus huesos. Pero otra parte de ella, la enfermera pragmática, la mujer que ahora luchaba por sobrevivir, le decía que podrían ser importantes. Podrían ser una pista, una moneda de cambio, incluso una advertencia.

Decidió esconderlos. Pero no en un lugar obvio. Buscó en su memoria los rincones olvidados del apartamento. Recordó un panel suelto detrás del sistema de reciclaje integrado en la cocina, donde una vez Leo había tenido que reparar un conducto. Con esfuerzo, agachándose con dificultad debido a su vientre, logró quitar el panel. Detrás había un pequeño hueco polvoriento lleno de cables y tuberías. Envolvió el disco y el papel en una bolsa antiestática que tenía de algún componente electrónico viejo y los colocó con cuidado en el hueco. Volvió a poner el panel en su sitio. No era perfecto, pero era mejor que dejarlos a la vista.

Justo cuando terminaba, oyó un sonido que le heló la sangre. No venía del pasillo esta vez. Venía de *arriba*. Un ruido sordo, como algo pesado siendo arrastrado por el suelo del apartamento superior. Seguido de un silencio denso.

Contuvo la respiración, escuchando con cada fibra de su ser. El apartamento de arriba llevaba vacío varias semanas, desde que sus anteriores ocupantes se habían mudado a otra ciudad justo antes de que las tensiones escalaran. ¿Quién podía estar allí ahora? ¿Okupas aprovechando el caos? ¿Los mismos "ellos" que visitaron al Sr. Henderson, buscando algo piso por piso?

La idea de que alguien pudiera estar justo encima de ella, separado solo por unos centímetros de techo reforzado, la hizo sentir increíblemente vulnerable. Apagó la linterna, sumiéndose en la oscuridad total, aguzando el oído. Oyó otro ruido, un golpe metálico, más claro esta vez. Definitivamente había alguien arriba.

El miedo se mezcló con una nueva urgencia. Ya no se trataba solo de sobrevivir al apagón o a la guerra exterior. Había una

amenaza inmediata, cercana, dentro de su propio edificio supuestamente seguro. Miró hacia la puerta principal, asegurada con sus cerrojos. Luego miró hacia el panel donde había escondido el disco y el código. ¿Estaban relacionados?

Sintió que Mateo se movía de nuevo, un latido fuerte y constante contra su mano. Era un recordatorio de por qué tenía que ser inteligente, por qué tenía que ser fuerte. No podía quedarse allí esperando. Pero, ¿qué hacer? ¿Intentar contactar de nuevo con Henderson? ¿Arriesgarse a salir al pasillo? ¿Tratar de fortificar su propia puerta? Cada opción parecía cargada de peligros. La intriga se había convertido en una amenaza palpable, respirando justo encima de su cabeza.

El silencio que siguió al último golpe metálico procedente del piso superior fue casi peor que el ruido mismo. Elena permanecía inmóvil en medio de su sala de estar a oscuras, conteniendo la respiración, cada nervio en alerta máxima. La linterna de carga cinética yacía olvidada sobre la mesa, su haz de luz iluminando débilmente el panel donde había escondido el disco y el código. Afuera, las sirenas seguían su lamento intermitente, pero dentro del apartamento, el único sonido era el martilleo de su propio corazón y el suave murmullo de su respiración agitada.

Entonces, oyó pasos. Claros, pesados, justo encima de su cabeza. No eran los pasos vacilantes de un vecino perdido en la oscuridad. Eran pasos deliberados, metódicos, como si alguien estuviera registrando el apartamento vacío de arriba, moviéndose de una habitación a otra. ¿Buscando algo? ¿O a alguien? ¿Eran "ellos", los que habían visitado al Sr. Henderson?

Un escalofrío recorrió la espalda de Elena. La sensación de seguridad, ya precaria, se evaporó por completo. Estaban cerca. Muy cerca.

Se agachó instintivamente, buscando la sombra más profunda de la sala, detrás del sofá. Apagó la linterna. La oscuridad era ahora su única aliada. Desde su escondite, escuchó cómo los pasos se detenían justo encima de donde ella estaba. Silencio. Luego, un

ruido de arrastre, como si movieran un mueble pesado. Seguido de un golpe seco y un sonido que sonó terriblemente como un cuerpo cayendo al suelo.

Elena ahogó un grito, llevándose una mano a la boca y la otra a su vientre, donde Mateo pareció reaccionar a su miedo con una patada brusca. ¿Qué estaba pasando allí arriba? ¿Una pelea? ¿Un asesinato? ¿Estaban "ellos" lidiando con okupas? ¿O acababan de silenciar a alguien?

El miedo se convirtió en pánico puro. Tenía que salir de allí. El apartamento ya no era seguro. El peligro no solo estaba fuera, en la ciudad en guerra, sino dentro del edificio, quizás a solo unos metros sobre su cabeza. ¿Y si bajaban? ¿Y si empezaban a registrar todos los pisos?

Mientras su mente corría a toda velocidad, evaluando opciones imposibles, oyó un nuevo sonido, esta vez procedente del pasillo exterior. Pasos. Acercándose a su puerta. No los pasos militares y regulares de las patrullas que había oído antes. Eran pasos más sigilosos, pero decididos.

Se quedó petrificada detrás del sofá, apenas respirando. Oyó cómo se detenían justo delante de su puerta. Silencio. Esperó el golpe, la llamada. Pero no llegó. En cambio, oyó un ligero roce metálico contra la cerradura. ¿Intentaban forzarla? No, era más sutil. Un clic suave. ¿Usando alguna llave maestra electrónica que aún funcionara con energía propia?

La puerta de su apartamento, su última barrera de seguridad, se abrió lentamente hacia adentro, chirriando ligeramente en la oscuridad.

Elena sintió que el mundo se detenía. No había tiempo para pensar, solo para reaccionar. Su instinto de supervivencia, afilado por horas de tensión y reforzado por el impulso feroz de proteger a su hijo nonato, tomó el control.

Se deslizó silenciosamente por el suelo, rodeando el sofá, dirigiéndose hacia la cocina, que ofrecía más sombras y posibles

escondites. Su cuerpo, pesado por el embarazo, protestaba, pero la adrenalina anulaba cualquier dolor o incomodidad.

Vio cómo una figura oscura se recortaba en el umbral de la puerta abierta, apenas visible contra la penumbra roja de las luces de emergencia del pasillo. No podía distinguir rasgos, solo una silueta humana, vestida de oscuro, moviéndose con cautela hacia el interior del apartamento. La figura levantó un dispositivo que emitió un haz de luz muy tenue, barriendo la sala.

Elena se encogió detrás de la isla de la cocina, esperando que la oscuridad la ocultara. Su corazón latía tan fuerte que temía que la delatara. ¿Qué buscaban? ¿A ella? ¿La caja que acababa de esconder? ¿O simplemente estaban registrando apartamentos al azar?

La figura avanzó lentamente hacia la sala, su haz de luz recorriendo los muebles. Se detuvo cerca de la mesa de centro, donde antes había estado la caja. El intruso pareció examinar la zona. ¿Notaría las velas consumidas? ¿La linterna olvidada?

Entonces, la figura se giró hacia la cocina. El haz de luz se acercó peligrosamente a su escondite. Elena cerró los ojos, preparándose para lo inevitable.

Pero en ese instante, ocurrió algo inesperado. El comunicador personal de Elena, que había dejado sobre la encimera de la cocina antes de esconderse, cobró vida de repente. La pantalla se iluminó con un brillo intenso, mostrando una notificación urgente parpadeante: *«ALERTA DE RED PRIORITARIA RESTAURADA - CANAL ENCRIPTADO - MENSAJE ENTRANTE DE: UNIDAD LEO REYES»*.

El repentino estallido de luz y el pitido agudo de la notificación sobresaltaron tanto a Elena como al intruso. La figura se giró bruscamente hacia la fuente de luz y sonido. Elena aprovechó esa fracción de segundo de distracción.

Con una fuerza que no sabía que poseía, empujó una pesada silla de la isla de la cocina, haciéndola caer con estrépito en el

camino del intruso. La figura tropezó, soltando una maldición ahogada.

Elena no esperó a ver más. Salió de detrás de la isla, se las arregló para coger el comunicador y corrió, tan rápido como pudo, hacia la puerta principal abierta. No miró atrás. No pensó en la caja, ni en el vecino, ni en nada más que en escapar.

Salió al pasillo oscuro justo cuando oía al intruso recuperarse y empezar a seguirla. Corrió hacia las escaleras de emergencia al final del pasillo, la única ruta de escape posible ahora que los ascensores estaban muertos.

Abrió la pesada puerta de las escaleras y se lanzó al interior, cerrándola de golpe detrás de ella. Oyó cómo la figura llegaba al pasillo, pero no la siguió de inmediato. Quizás la había perdido de vista en la oscuridad, o quizás el ruido había atraído atención no deseada.

Se apoyó contra la puerta cerrada, temblando incontrolablemente, escuchando los latidos de su propio corazón resonando en el hueco oscuro y frío de las escaleras. Estaba fuera del apartamento, pero ahora se encontraba atrapada en las entrañas del edificio, con un intruso peligroso cerca y sin saber qué le esperaba abajo... o arriba. Y en su muñeca, el comunicador seguía parpadeando con el mensaje no leído de Leo, una promesa de contacto en medio de la pesadilla.

CAPÍTULO 23: LA SALA BETA (LEO)

Los pasillos que conducían a la Sala de Situación Beta eran más estrechos y estaban menos iluminados que los del área principal de operaciones del Nido del Halcón. El aire aquí se sentía más frío, más estancado. Cada paso de Leo resonaba en el silencio metálico, amplificando la tensión que sentía como un nudo en el estómago. Kaelen lo había convocado solo. ¿Por qué? ¿Era una reprimenda por el desastre de Halcón-7? ¿Una investigación sobre las anomalías que él y Sami habían detectado? ¿O algo más? La incertidumbre era casi tan sofocante como el aire reciclado del búnker.

La puerta de la Sala Beta se deslizó sin hacer ruido. El interior era austero: una mesa de conferencias pulida, unas pocas sillas ergonómicas y una única pantalla de pared de tamaño mediano, actualmente mostrando un discreto sello de Kaledon. El supervisor Kaelen estaba de pie junto a la ventana de observación blindada, que mostraba una vista simulada del cielo nocturno sobre Veridia – una cruel ironía considerando el caos real que reinaba en la superficie. Se giró cuando Leo entró, su rostro normalmente impasible mostrando ahora líneas de fatiga extrema y una dureza nueva en sus ojos oscuros.

—Analista Reyes. Cierre la puerta —dijo Kaelen, su voz baja, pero con un filo de acero.

Leo obedeció, el mecanismo de cierre resonando en la pequeña sala. El aislamiento era total.

—Siéntese —indicó él, señalando una silla frente a la suya al otro lado de la mesa. Él permaneció de pie.

Leo se sentó, sintiendo la mirada penetrante de Kaelen sobre él. Decidió tomar la iniciativa. —Supervisor, solicité esta consulta por un riesgo de seguridad interna crítico. Hemos detectado...

—Sé perfectamente lo que usted y el Analista Sami han detectado, Reyes —le interrumpió Kaelen, su tono cortante, pero revelando un atisbo de aprobación. He estado monitorizando sus pesquisas sobre las anomalías en el canal Oráculo-Sigma y los registros de acceso. Su iniciativa, aunque fuera de protocolo, confirma mis propias y graves sospechas. Dígame su conclusión.

Leo se enderezó, sorprendido, pero adaptándose rápidamente. —Creemos, con alta probabilidad, que hay una fuga activa y deliberada desde dentro del Nido. La evidencia es circunstancial, lo admito: el acceso inusual del técnico Volkov a los planes de 'Yunque' justo antes de que Halcón-7 encontrara resistencia coordinada, la posterior desaparición de los logs de esa terminal específica, y ahora, esta micro-transmisión anómala y recurrente en un canal supuestamente seguro de la IA, originada en un servidor al que Volkov y otros tienen acceso. Creemos que alguien está filtrando datos tácticos y posiblemente estratégicos a Valerius en tiempo real.

Kaelen escuchó en silencio, sus ojos sin parpadear. No mostró sorpresa, ni alivio, ni ira. Su control era absoluto.

—Su análisis coincide con el mío, Reyes —dijo finalmente, para sorpresa de Leo. He tenido mis propias sospechas desde que la Operación Filo del Halcón empezó a encontrar... fricciones inesperadas. Demasiadas coincidencias. Demasiada anticipación por parte de Valerius. Halcón-7 ha sido la confirmación más brutal.

Un escalofrío recorrió a Leo. Kaelen ya lo sabía. O al menos, lo sospechaba fuertemente. —¿Y Volkov? —preguntó Leo.

Kaelen hizo un gesto displicente con la mano. —Volkov es... competente, pero no tiene la sofisticación para orquestar algo así por sí solo. Podría ser un peón, un participante involuntario, o incluso una pista falsa plantada por el verdadero agente. No podemos centrarnos solo en él. La fuga podría originarse en cualquier punto con acceso a ese servidor intermediario de Oráculo. Para este nivel de acceso y conocimiento técnico, hablamos de figuras como la directora adjunta Ellis o el comandante Aker, quizás

otros en el Mando Superior. Necesitamos pruebas, no solo sospechas basadas en quién tiene el acceso teórico.

Kaelen se acercó a la mesa, inclinándose, su voz bajando a un susurro confidencial y cargado de peligro. —Por eso está aquí, Reyes. Solo. Necesito que esta investigación continúe, pero bajo el radar más absoluto. Confío en su habilidad y, dadas las circunstancias, en su discreción forzosa. Usted y el Analista Sami llevarán a cabo una auditoría interna de Nivel Omega. Oficialmente, seguirán con sus tareas asignadas. Extraoficialmente, identificarán el origen exacto de la fuga Sigma y al responsable, sea quien sea. Tienen mi autorización verbal y ahora... —Kaelen manipuló su propia consola personal por un instante— ...acceso Omega. Las credenciales se transferirán a sus terminales seguras encriptadas en este momento. Solo ustedes dos las tendrán. Nadie más debe saberlo. Ni sus jefes de equipo, ni otros analistas. Un error, una filtración... y las consecuencias serán terminales. ¿Entendido?

Acceso Omega… El nivel más alto y secreto de autorización dentro de Tecno-Corp y el Nido. Un poder casi ilimitado para escudriñar cada rincón digital, pero también una responsabilidad aplastante y un peligro mortal si el topo descubría que lo tenían.

Leo sintió el peso aplastante de la orden y el poder concedido. —¿Y la Alerta Negra, Supervisor? Si el topo tiene este nivel...

—La Alerta Negra sigue siendo un enigma altamente compartimentado. Y sí, si el topo tiene acceso, la situación es aún más crítica. La posibilidad nuclear sigue sobre la mesa. Estamos atrapados entre la necesidad de presionar a Valerius y el riesgo de una escalada catastrófica o una traición interna fatal. Su trabajo es ahora doblemente crucial, Reyes. No me falle.

Leo asintió, sintiendo el peso del mundo sobre sus hombros. Salió de la Sala Beta con las credenciales Omega ardiendo en su sistema y una nueva y peligrosa misión.

Un recuerdo amargo le quemó la garganta. Una noche de sábado, no hacía mucho, antes de que el cielo se oscureciera. Él y

Elena estaban en el sofá, viendo la final del "Holo-Drone Grand Prix" en la pantalla de pared. Drones ultraligeros, controlados neuralmente por pilotos expertos, trazaban estelas de luz imposibles a través de un circuito virtual que desafiaba la física.

—¡Mira esa maniobra! —había exclamado Leo, impresionado, señalando una inversión a través de un campo de asteroides simulado—. ¡El tiempo de reacción del piloto Rykov es sub-milisegundo! ¡Increíble!

Elena, acurrucada a su lado, con una mano sobre su vientre ya redondeado, había sonreído. —Tú entiendes toda esa jerga cuántica. Yo solo veo luces bonitas que van muy rápido. Pero es emocionante.

—Imagínatelo, El—había dicho Leo, volviéndose hacia ella, sus ojos brillando de entusiasmo—. Imagina a Mateo dentro de unos años. Con los reflejos que seguro hereda de ti y mi afinidad por los sistemas... ¡Será imbatible! Podríamos apuntarlo a la liga junior, conseguirle el simulador neural DTX-Junior... ¡será campeón antes de los diez años!

—¡Eh, frena un poco, futuro papá orgulloso! —había reído Elena, dándole un codazo suave—. Déjale que nazca primero, ¿quieres? Aunque...—añadió, pensativa— ...no me importaría tener un campeón en la familia. Tendríamos que ponerle un nombre de piloto... ¿"Mateo 'Rayo' Reyes"?

Habían reído juntos, planeando un futuro brillante y lleno de logros lúdicos para su hijo nonato, un futuro donde los drones eran sinónimo de habilidad, competición y diversión...

Apenas la puerta se cerró tras él, mientras el peso de las credenciales Omega parecía quemarle en el sistema, Leo activó su canal seguro de ultra corto alcance con Sami. «Sami. Necesito hablar. Ahora. Sala de descanso Delta en 5. Prioridad Omega.» La respuesta fue casi instantánea: «Recibido.» Tenía que poner al corriente a Sami de inmediato. Ahora eran, oficialmente y bajo órdenes directas, cazadores de sombras en su propio hogar.

CAPÍTULO 24: FILO DE NAVAJA EN GAMMA-4 (DAVID)

La grieta era estrecha, oscura y olía a piedra húmeda y a miedo rancio. David avanzaba a trompicones, su exoesqueleto rozando las paredes rocosas a ambos lados. El haz de la linterna integrada en su casco apenas penetraba unos metros en la negrura, revelando un suelo irregular lleno de piedras sueltas. Detrás de él oía la respiración agitada de Mía y los pasos cansados del sargento Kovar y los otros tres supervivientes de la escuadra original de diez. Seis hombres y mujeres perdidos, aislados y cazados en territorio enemigo.

—¿Alguna señal de que nos sigan? —susurró Kovar, su voz apenas un jadeo en el comunicador de corto alcance, el único que parecía funcionar de forma intermitente.

David se detuvo un instante, aguzando el oído. Solo el viento silbando en la entrada de la grieta y el eco de su propia respiración. Miró la pantalla táctica de su antebrazo. La mayoría de los sensores estaban muertos o mostraban datos absurdos. El enlace con Argos y Oráculo seguía completamente caído. Pero el detector de movimiento pasivo, más simple y robusto, parecía funcionar a ratos. Marcaba cero contactos cercanos.

—Negativo, sargento —respondió David—. Parece que les hemos despistado... por ahora.

—No por mucho tiempo —intervino Mía, su voz sonando justo detrás de David—. Los Basiliscos no podrán seguirnos aquí, pero seguro que han desplegado drones exploradores o infantería autónoma para rastrear esta zona. Saben que estamos heridos y tecnológicamente ciegos.

Tenía razón. David sintió una oleada de rabia impotente. Ciegos. Sus propios ojos y oídos tecnológicos, los drones Cazador, no

solo les habían fallado, les habían atacado. Y sus sistemas de comunicación, sus enlaces de datos, su IA táctica... todo comprometido o inútil. No era mala suerte. No era solo la superioridad enemiga. Alguien, desde dentro, los había vendido. Los había dejado desnudos en medio del infierno. La idea era tan nauseabunda que tuvo que apoyarse en la pared rocosa por un momento.

—¿Estás bien, David? —la voz de Mía sonó más cercana. Sintió su mano enguantada rozar su brazo.

Él asintió, aunque ella apenas podía verlo en la oscuridad. —Sí. Solo... pensando. Esto no fue normal, Mía. La forma en que los Cazadores se volvieron locos, el bloqueo de los códigos de emergencia... Alguien jodió nuestros sistemas deliberadamente antes de que saliéramos.

Mía no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, su voz era baja y tensa. —Lo sé. Yo también lo pensé. Cuando te salvé de esa torreta... vi el mensaje de error en el panel. 'Anulación Manual Bloqueada por Protocolo Externo'. Eso no es estándar. Nunca.

Así que ella también lo había visto. La confirmación envió otro escalofrío por la espalda de David. No estaban luchando solo contra Valerius. Estaban luchando contra un fantasma en sus propias filas. Y ese fantasma los había enviado directos a esta trampa mortal.

—Tenemos que seguir moviéndonos —dijo Kovar, interrumpiendo sus pensamientos—. Esta grieta no sabemos dónde lleva. Podría ser una ratonera. Busquemos una salida lateral o un lugar más defendible para intentar reparar el comunicador de largo alcance. Roric, tú vas en cabeza ahora. David, Mía, cubran la retaguardia.

Siguieron avanzando por la oscuridad tortuosa. El paso se estrechaba y ensanchaba, a veces obligándolos a agacharse, otras abriéndose a pequeñas cavernas laterales llenas de estalactitas que brillaban débilmente bajo sus linternas. El silencio era opresivo. David caminaba justo detrás de Mía, observando cómo se movía con una agilidad sorprendente a pesar del equipo y la tensión, su rifle

siempre listo. Recordó cómo había saltado sobre el Cazador sin dudarlo para salvarlo. Le debía la vida.

Después de lo que parecieron horas, Roric, en cabeza, hizo una señal para detenerse. —Salida adelante. Parece que desemboca en un pequeño cañón o valle. No veo movimiento, pero la visibilidad es limitada.

—De acuerdo —dijo Kovar—. David, Mía, suban a ese saliente de ahí —señaló una repisa rocosa unos metros por encima de la salida—. Hagan una observación rápida con los visores térmicos y de amplio espectro. El resto, cubran la salida desde aquí. Cautela máxima.

Subir al saliente fue un esfuerzo, especialmente con el exoesqueleto parcialmente descargado por la falta de recarga. Una vez arriba, se tumbaron boca abajo, ocultos tras unas rocas, y activaron los visores de sus cascos.

El visor de David parpadeó, mostrando interferencias. Maldijo en voz baja. Otro sistema afectado. Pero Mía pareció tener más suerte.

—Veo el cañón —susurró ella—. Estrecho. Unos doscientos metros de ancho. Posible cobertura en el lado opuesto. No detecto fuentes de calor importantes... Espera. Sí. Una firma térmica débil, muy débil, en aquella cueva a media altura, en el lado opuesto. ¿Puede ser...?

—¿Un animal? ¿Fuego residual? —preguntó David, forzando la vista en su propio visor defectuoso.

—No lo sé. Es constante, pero pequeña. Y… hay algo más. Mira las paredes del cañón, cerca de la salida de esta grieta. Con el visor de espectro EM... hay emisores. Pequeños, camuflados. Repetidores de señal o sensores sísmicos, creo. Están por todas partes.

Sensores. Esperándolos. La emboscada no había terminado; solo había cambiado de forma. Valerius, o quienquiera que estuviera recibiendo la información del topo, sabía que intentarían escapar por

rutas naturales como esa grieta. Habían sembrado el camino de sensores para localizarlos cuando salieran.

—Sargento, aquí Mía —informó ella por el comunicador—. El cañón está sembrado de sensores enemigos. Nos estarán esperando en cuanto pongamos un pie fuera. Y detecto una posible firma térmica en una cueva al otro lado. Podría ser un puesto de observación.

Hubo una pausa tensa. La voz de Kovar llegó, cargada de cansancio y resignación. —Entendido, Mía. Buen trabajo. Parece que estamos entre la espada y la pared. No podemos quedarnos aquí, y salir es caminar hacia otra trampa.

David miró a Mía. Incluso en la penumbra, vio la determinación en sus ojos. —¿Alguna idea, especialista? —le preguntó ella en voz baja, con un atisbo de sonrisa irónica.

David pensó rápido, su mente de técnico buscando soluciones. —Los sensores... si son sísmicos o EM de corto alcance, quizás podamos evitarlos si nos movemos muy despacio, pegados a la pared opuesta a la mayoría de ellos. Y la firma térmica... si es un observador, estará esperando que salgamos por aquí. ¿Y si usamos la granada PEM que te queda para crear una distracción en la salida mientras intentamos cruzar rápido por el otro lado? Es arriesgado, pero...

—Arriesgado es nuestro segundo nombre esta noche —completó Mía—. Me gusta. Es mejor que ser patos de feria.

Transmitieron el plan a Kovar, quien aprobó a regañadientes, consciente de que no tenían muchas más opciones. Se prepararon en silencio, revisando la poca munición que les quedaba, comprobando las baterías de sus equipos. David miró a Mía de nuevo. Sus miradas se cruzaron por un segundo, un reconocimiento silencioso del peligro compartido y de la confianza mutua que había nacido en medio del caos.

—Lista —dijo ella simplemente.

—Listo —respondió él.

Se prepararon para salir de la relativa seguridad de la grieta hacia la trampa iluminada por la luna y vigilada por sensores invisibles, sabiendo que cada paso podía ser el último, y que la única ayuda en la que podían confiar era la que se tenían el uno al otro.

CAPÍTULO 25: MENSAJE EN LA OSCURIDAD (ELENA)

El aire en el hueco de la escalera era frío, estancado y olía a cemento y a un leve tufillo a desinfectante rancio. La oscuridad era casi total, rota únicamente por el débil resplandor rojo de una luz de emergencia situada varios tramos más abajo. Elena se apoyó contra la pared fría y metálica, intentando controlar su respiración agitada y el temblor que sacudía todo su cuerpo. El eco de sus propios jadeos parecía rebotar en el espacio confinado. Escuchó atentamente. ¿Había entrado el intruso en las escaleras detrás de ella? No oyó la puerta abrirse ni pasos siguiéndola. Por ahora, estaba sola en aquella verticalidad oscura.

Pero el peligro seguía ahí fuera, en el pasillo del piso 14. Y arriba, los inquietantes ruidos que había oído antes. Y abajo... ¿qué encontraría abajo? ¿Un refugio abarrotado y caótico? ¿O una salida a nivel de calle bloqueada por militares o sumida en disturbios? Estaba atrapada entre múltiples amenazas.

Entonces recordó el comunicador. Seguía vibrando insistentemente en su muñeca. ¡Leo! Con manos temblorosas, levantó el brazo y activó la pantalla. Consumiría una batería preciosa, pero necesitaba saber. La notificación seguía allí, parpadeando urgentemente sobre un fondo que indicaba conexión de red prioritaria inestable. Pulsó sobre ella.

El mensaje se desplegó, en texto plano y encriptación básica, claramente escrito a toda prisa y bajo presión:

«Elena-URGENTE-¿Estás bien? ¿Mateo? Contéstame si recibes. PEM confirmado Veridia. Yo seguro búnker. Situación EXTERNA e INTERNA muy complicada. Alerta Negra activa - amenaza grave no confirmada Valerius. NO CONFÍES EN NADIE que no conozcas ABSOLUTAMENTE. Posibles problemas internos aquí también.

Mantén perfil bajo. Protégete y protege a Mateo a toda costa. Volveré. Lo juro por mi vida. Te quiero infinito.»

Justo cuando terminaba de leer la última palabra, la pantalla parpadeó y mostró: *«CONEXIÓN PERDIDA»*. La red prioritaria había vuelto a caer o Leo había cortado deliberadamente.

Elena se quedó mirando la pantalla muerta, las palabras de Leo grabadas a fuego en su mente. Alivio inmenso al saber que estaba vivo y relativamente seguro en su búnker. Pero el resto del mensaje era aterrador. "Situación EXTERNA e INTERNA muy complicada". "Alerta Negra activa - amenaza grave". "NO CONFÍES EN NADIE". "Posibles problemas internos aquí también".

Problemas internos. ¿Se refería a un topo, a traición dentro de Tecno-Corp, como ella misma había empezado a sospechar vagamente que ocurría en su propio edificio? Y la Alerta Negra... ¿una amenaza grave de Valerius? ¿Nuclear? ¿El arma no convencional de la que hablaban los rumores antes del apagón? La advertencia de Leo de no confiar en nadie, ni siquiera en posibles fuentes oficiales dentro del edificio o la ciudad, la golpeó con fuerza. Reforzaba su decisión instintiva de no ir al refugio subterráneo todavía. Si había "problemas internos" incluso en el corazón del sistema como el Nido del Halcón, ¿qué no podría estar pasando en un refugio civil lleno de gente asustada y quizás infiltrados?

Y la urgencia en su tono... "Protégete y protege a Mateo a toda costa". Sonaba casi como una despedida, como si él mismo no estuviera seguro de poder cumplir su promesa de volver. Un sollozo se escapó de sus labios, pero se lo tragó rápidamente. No era momento para derrumbarse. Era momento de pensar. De sobrevivir.

Tenía que tomar una decisión. ¿Subir o bajar?

Bajar significaba potencialmente decenas de pisos por escaleras oscuras, un esfuerzo físico enorme en su estado, para llegar a un nivel de calle peligroso o a un refugio incierto.

Subir... subir la acercaba al peligro que había oído en el piso superior. Pero quizás podría encontrar un piso vacío diferente al de

arriba, o una azotea de servicio, un lugar donde esconderse temporalmente que no fuera su propio apartamento comprometido. Era contraintuitivo, pero quizás más seguro que descender hacia lo desconocido. Además, bajar tantos pisos le parecía físicamente imposible ahora mismo; el esfuerzo podría desencadenar el parto.

Decidió subir. Despacio. Con cautela. Un piso, quizás dos. Buscaría una puerta de servicio, un almacén, cualquier lugar que pareciera seguro y discreto donde pudiera descansar y reevaluar.

Agitó la linterna de nuevo hasta que la luz fue más fuerte y comenzó a subir lentamente los escalones metálicos, un paso cada vez, escuchando atentamente cualquier sonido. Cada rellano era una nueva fuente de tensión. Miraba por las pequeñas ventanas de las puertas que daban a los pasillos de cada piso. Todos parecían igual de oscuros y silenciosos que el suyo.

Llegó al piso 15. Se detuvo, escuchando. Silencio. Luego, oyó de nuevo el ruido, más claro ahora. Provenía del piso 16, justo encima. Definitivamente eran pasos, y el sonido metálico de algo siendo forzado. ¿Una puerta?

Decidió que el piso 15 era su mejor opción por ahora. Probó la puerta del pasillo. Estaba desbloqueada. La abrió con infinita precaución. El pasillo estaba tan oscuro y silencioso como el suyo. No parecía haber nadie.

Entró sigilosamente, dejando la puerta de la escalera entornada por si necesitaba una ruta de escape rápida. Avanzó por el pasillo, iluminando brevemente las puertas de los apartamentos. Parecían todos cerrados y silenciosos. Al final del pasillo, vio una puerta marcada como "Acceso Técnico - Nivel 15". Era una puerta de metal sin mirilla. Probó la manija. Cerrada. Pero parecía una cerradura más simple, quizás mecánica.

Recordó la pequeña navaja multiusos que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Quizás... era una posibilidad remota, pero no tenía muchas más opciones. Se arrodilló con dificultad frente a la puerta, el corazón latiéndole con fuerza, y empezó a manipular la cerradura con una de las herramientas de la navaja, esperando que sus manos

no temblaran demasiado y que nadie la descubriera en aquel pasillo oscuro y expuesto. Cada clic metálico de la cerradura parecía resonar como un disparo en el silencio absoluto.

CAPÍTULO 26: LA PUERTA Y EL ECO (ELENA)

Cada clic metálico de la herramienta improvisada de Elena contra los pistones de la cerradura parecía resonar como un disparo en el silencioso pasillo del piso 15. Estaba arrodillada frente a la puerta de Acceso Técnico, una postura incómoda y dolorosa con su avanzado embarazo, pero la adrenalina mantenía a raya las molestias físicas. El haz de su linterna, apoyada en el suelo, iluminaba su trabajo con una luz temblorosa. Sus manos, aunque expertas por años de manejar instrumentos delicados en su trabajo, no estaban hechas para esto. El miedo a ser descubierta –por quienquiera que estuviera haciendo ruido en el piso 16, o por el intruso que había entrado en su apartamento– hacía que sus dedos estuvieran torpes y sudorosos.

Justo cuando estaba a punto de darse por vencida, oyó un clic más fuerte, más definitivo. ¡La cerradura había cedido! Tiró suavemente de la manija y la puerta metálica se abrió hacia adentro con un leve gemido de bisagras sin engrasar.

Empujó la puerta lo suficiente para deslizarse dentro y la cerró rápidamente detrás de ella, sin hacer ruido. Se encontró en una oscuridad aún más profunda que la del pasillo, y el aire olía a polvo, a metal frío y a ozono, como si hubiera maquinaria eléctrica allí dentro. Barrió el espacio con la linterna. Era una sala pequeña, llena de conductos, paneles eléctricos sellados (probablemente inactivos ahora), y cajas de conexiones de fibra óptica. No era un refugio cómodo, pero era un escondite. Mejor que el pasillo expuesto.

Se apoyó contra la puerta cerrada, intentando recuperar el aliento, escuchando atentamente. Los ruidos del piso 16 parecían haberse detenido por el momento. Quizás se habían ido. Quizás solo estaban esperando. Se permitió un instante para cerrar los ojos,

sintiendo el agotamiento total que la invadía. Mateo se movió dentro de ella, un recordatorio constante de por qué no podía rendirse.

Mientras recuperaba el aliento, su mirada recorrió la pequeña sala técnica. En una esquina, vio algo inesperado: una pequeña colchoneta enrollada y una botella de agua medio vacía, junto a unas envolturas de barritas energéticas. Alguien había estado usando este lugar recientemente. ¿Un técnico de mantenimiento trabajando hasta tarde antes del apagón? ¿O alguien más buscando refugio... o escondiéndose? La idea le puso los pelos de punta. ¿Estaba realmente sola allí?

—¿Hola? —susurró en la oscuridad, sintiéndose ridícula, pero necesitando asegurarse.

Silencio. Apuntó la linterna a todos los rincones. No había nadie más. Pero la evidencia de una ocupación reciente era inquietante. ¿Quién había sido? ¿Y por qué aquí?

De repente, un nuevo sonido rompió el silencio, pero no venía de arriba. Venía de abajo, filtrándose débilmente por la puerta metálica desde el hueco de la escalera. Eran voces. Ahogadas, furiosas. Y luego, un golpe fuerte, seguido de un grito ahogado de dolor.

El corazón de Elena dio un vuelco. Sonaba como si viniera del piso 14. Su piso. Cerca de la puerta del Sr. Henderson.

Se acercó a la puerta de la sala técnica y apoyó la oreja en el frío metal. Las voces eran confusas, pero distinguía al menos dos, quizás tres, ásperas y amenazantes. Y luego, oyó la voz débil y temblorosa del Sr. Henderson.

—¡No sé nada más! ¡Se lo juro! ¡Ella... ella lo cogió! ¡La vecina del 14B! ¡La embarazada!

¡La estaba delatando! El terror helado atenazó a Elena. El Sr. Henderson, bajo presión o tortura, estaba diciendo que ella tenía la caja. "Ellos", fueran quienes fueran, ahora sabrían que el paquete no estaba perdido, sino en manos de la "embarazada del 14B". ¡Sabrían quién era ella!

Oyó otro golpe, un gemido de dolor del anciano, y luego una de las voces ásperas dijo algo que no entendió del todo, pero que sonó como una orden. Pasos apresurados resonaron en el hueco de la escalera, subiendo.

¡Venían hacia arriba! ¡Venían a por ella!

El pánico la invadió. Miró frenéticamente a su alrededor en la pequeña sala técnica. No había otra salida. Estaba atrapada. La puerta tenía una cerradura simple por dentro, un pestillo básico. Lo echó, sabiendo que no resistiría mucho si intentaban forzarla.

Apagó la linterna, sumiéndose de nuevo en la oscuridad total. Se encogió en el rincón más alejado de la puerta, detrás de unos conductos gruesos, intentando hacerse lo más pequeña posible, protegiendo su vientre con los brazos. Oía los pasos subiendo por las escaleras, acercándose al piso 15. ¿Sabrían que estaba allí? ¿Registrarían cada piso, cada sala técnica?

Los pasos se detuvieron justo al otro lado de la puerta. Elena contuvo la respiración, esperando oír cómo forzaban la cerradura. En cambio, oyó una conversación breve y tensa en el pasillo.

—...Henderson dice que la del 14B lo tiene. La embarazada.

—¿Estás seguro de que entró aquí? El sensor de movimiento del pasillo no se activó.

—El PEM frió la mitad de los sensores. Podría haber pasado. Esta puerta técnica estaba sin asegurar cuando subimos antes. Revisa. Rápido. Los otros están asegurando el piso 16.

Elena cerró los ojos con fuerza. Iban a revisar. El pestillo era endeble. Estaba perdida. Sintió que Mateo se movía frenéticamente, como si sintiera su terror. *Tranquilo, pequeño, tranquilo*, pensó desesperadamente. *Saldremos de esta.*

Oyó cómo probaban la manija de la puerta. Estaba cerrada con el pestillo. Hubo una pausa. Luego, un golpe fuerte contra el metal. Otro. Estaban intentando echarla abajo. El metal vibró. El pestillo aguantaba, pero ¿por cuánto tiempo?

Miró a su alrededor en la oscuridad, buscando desesperadamente cualquier cosa que pudiera usar como arma, cualquier ruta de escape imposible. No había nada. Solo conductos, cables y la oscuridad. Estaba atrapada como una rata. Y "ellos" estaban a punto de entrar.

CAPÍTULO 27: EL SÍMBOLO EN LOS DATOS (LEO)

Las credenciales de Nivel Omega ardían en la conciencia de Leo como un estigma digital. Acceso casi ilimitado a los sistemas más profundos y secretos del Nido del Halcón, una herramienta poderosa otorgada por Kaelen para una misión suicida: cazar a un fantasma en la máquina mientras la casa se quemaba a su alrededor. Él y Sami llevaban horas trabajando en paralelo, cumpliendo con sus deberes oficiales en la defensa de la red 'Cadena Fuerte' y la gestión de la ciberguerra ofensiva, mientras dedicaban cada ciclo de procesamiento y cada segundo de atención que podían robar a analizar discretamente la anomalía del canal Oráculo-Sigma.

La frustración crecía. La fuga era sutil, casi invisible, paquetes de datos minúsculos disfrazados de tráfico legítimo de la IA. Era como buscar una aguja radiactiva en un pajar digital. Sami había logrado confirmar la desaparición de los logs de la terminal usada por Volkov –sospechoso, pero no concluyente–, pero rastrear el origen exacto de la micro-transmisión anómala dentro del servidor intermediario de Oráculo era endiabladamente complejo sin alertar al posible topo.

—Es como si supiera exactamente cómo y cuándo mirar —masculló Sami por el canal seguro—. Los paquetes se envían en ráfagas cortas y aparentemente aleatorias, justo cuando la carga del sistema es más alta o cuando hay otras alertas activas. Se camufla perfectamente.

—No es aleatorio, Sami. Está siguiendo un patrón que aún no entendemos —replicó Leo, sus ojos recorriendo líneas de metadatos en su pantalla—. Oráculo, ¿puedes ejecutar un análisis predictivo sobre los tiempos de transmisión de los paquetes Sigma anómalos

correlacionados con eventos tácticos significativos de la Operación Filo del Halcón en las últimas 12 horas? Busca patrones predictivos, no solo reactivos.

—*Procesando...* —respondió la IA—. *Correlación positiva detectada entre la transmisión de paquetes anómalos y la recepción enemiga de inteligencia táctica anticipatoria con un retardo medio de 7.8 minutos. Nivel de confianza: 89%. El patrón sugiere que los paquetes contienen información táctica de muy corto plazo enviada justo antes de su ventana de utilidad operativa.*

89% de confianza. Era casi una certeza. El topo estaba enviando información justo a tiempo para que Valerius reaccionara, explicando la resistencia en 'Yunque' y, probablemente, el desastre de Halcón-7.

—¿Puedes aislar el contenido de uno de esos paquetes? Aunque sea parcialmente —insistió Leo, sintiendo que se acercaban a algo.

—*Intentando un método de descifrado avanzado en un paquete de datos que interceptamos hace 18 minutos... La encriptación es Valeriana, de nivel militar superior y basada en claves cuánticas que cambian constantemente, imposible de romper por fuerza bruta. Sin embargo... Oráculo ha detectado una pequeña e inusual anomalía en su estructura, una especie de comprobación redundante. Podríamos tener una mínima posibilidad de explotar esa debilidad...*

Leo contuvo la respiración, observando cómo Oráculo dedicaba una enorme cantidad de recursos a intentar romper esa pequeña rendija en la armadura digital del paquete. Era una apuesta larga.

Mientras la IA trabajaba, Leo revisó los informes de situación general. La Operación Filo del Halcón estaba estancada en varios frentes. Las bajas aumentaban. La Red Logística seguía bajo ataque cibernético intermitente. Y sobre la Alerta Negra... silencio. Ninguna nueva información de los drones de reconocimiento. La incertidumbre sobre el arma secreta de Valerius seguía siendo una espada de Damocles sobre toda la operación. Y Veridia seguía a

oscuras, con comunicaciones civiles casi nulas. No había podido volver a intentar contactar con Elena. El miedo por ella era un dolor sordo y constante bajo la presión del trabajo.

—*¡Descifrado parcial del encabezado y metadatos del paquete Sigma anómalo logrado!* —anunció Oráculo de repente, su voz sintética casi sonando excitada—. *Contenido principal sigue encriptado, pero metadatos revelan: Designación de Prioridad: Urgente. Destinatario Codificado: 'Níx'. Origen Interno Verificado: Servidor Intermediario Oráculo SRV-7. Referencia Cruzada de Contenido: Símbolo Gráfico Adjunto y Coordenadas Geográficas.*

—¡Muéstralo! —ordenó Leo, inclinándose sobre su pantalla.

En la pantalla apareció primero el símbolo: una espiral expandiéndose dentro de un triángulo equilátero. Leo sintió un escalofrío. Había visto ese símbolo antes, en informes de inteligencia clasificados sobre grupos Valerianos de operaciones especiales y guerra psicológica. Era el emblema no oficial de la unidad 'Nyx' (Níx en la transliteración Kaledoniana), una división clandestina especializada en infiltración, sabotaje y operaciones encubiertas... justo el tipo de unidad que manejaría a un topo de alto nivel.

Luego aparecieron las coordenadas. No eran coordenadas militares en el frente. Eran coordenadas civiles. Dentro de Veridia. Leo sintió que se le helaba la sangre cuando su mente procesó la ubicación exacta.

Distrito Residencial Arcadia. Torre Arcadia. Sector B, Niveles 12-16.

El aire pareció escapársele de los pulmones. Era su edificio. Su zona. Donde estaba Elena. El topo no solo estaba filtrando datos militares; estaba coordinando o informando sobre una operación activa de la unidad clandestina Nyx de Valerius *dentro* de Veridia, justo donde estaba Elena.

—¡Sami! —llamó Leo por el canal privado, su voz apenas un susurro ronco—. El último paquete... las coordenadas... son de la Torre Arcadia. Mi torre.

Hubo un silencio atónito al otro lado. —Leo... ¿estás seguro?

—Absolutamente. Sector B, niveles 12-16. ¡Elena está en el 14B! ¡Mierda, Sami! ¡Hay agentes de Nyx operando donde está Elena! ¡Ahora mismo!

La conexión era aterradora y directa. La caja que Elena encontró, el vecino asustado, los ruidos en el piso de arriba... ¡Tenía que ser la unidad Nyx buscando algo, quizás el paquete, quizás un objetivo! Y el topo les estaba pasando información. ¿Quizás incluso información sobre los residentes, obtenida de las bases de datos ciudadanas comprometidas?

La impotencia lo golpeó con la fuerza de un ariete. Estaba atrapado en este búnker, luchando contra sombras digitales, mientras Elena estaba allí arriba, embarazada, sola, a oscuras, y con asesinos de operaciones especiales Valerianos posiblemente en su mismo edificio. Su mensaje críptico de "No confíes en nadie"... ahora adquiría un significado mucho más siniestro.

—¡Tengo que avisarla! ¡Tengo que sacarla de allí! —dijo, más para sí mismo que para Sami.

Intentó de nuevo usar su comunicador personal, tratando de forzar una conexión prioritaria usando sus nuevas credenciales Omega. Nada. La red civil seguía muerta o bloqueada. Intentó acceder a los sensores de seguridad internos de la Torre Arcadia a través de las redes municipales. La mayoría estaban offline por el PEM, y los pocos que respondían no mostraban nada útil, solo estática o imágenes congeladas.

—¡Oráculo! —dijo, su voz tensa por la desesperación—. Necesito cualquier dato de sensores, cualquier comunicación interceptada, cualquier cosa, de la Torre Arcadia, Sector B, ¡AHORA! ¡Es una emergencia de Nivel Omega personal!

—Procesando solicitud prioritaria... Accediendo a registros de comunicaciones de emergencia residuales... Filtrando datos de sensores sísmicos y acústicos del edificio... —la IA trabajaba, pero Leo sabía que las posibilidades eran mínimas.

Estaba atado de manos. Podía dirigir ciberataques a medio mundo de distancia, podía luchar contra la IA enemiga, pero no podía proteger a su propia esposa de un peligro que él, indirectamente, había ayudado a desatar al no encontrar al topo a tiempo. La conexión que había buscado entre su mundo y el de Elena había llegado de la peor forma posible. Y ahora solo podía esperar, rezar, y seguir buscando al traidor, porque detener la fuga era quizás la única forma remota de ayudarla.

CAPÍTULO 28: EL JARDÍN DE CRISTAL (ELLIS - AÑO 2027)

La luz de la pantalla holográfica tridimensional bañaba el rostro concentrado de Taryn Ellis, de diecisiete años, con un resplandor azulado que hacía brillar la determinación inteligente en sus ojos oscuros. Flotando frente a ella, un torrente de datos complejos –vectores de energía simulados, análisis de redes neuronales predictivas, patrones caóticos buscando un orden subyacente– fluía y se retorcía bajo el control preciso de sus gestos. Estaba inmersa en el "Jardín", como llamaban extraoficialmente a la interfaz de simulación avanzada del Proyecto Oráculo, la joya secreta de Tecno-Corp Kaledon.

Año 2027. Veridia era ya una maravilla tecnológica, pero aún conservaba un filo más crudo, menos pulido que la metrópolis en la que se convertiría una década después. Las torres arañaban el cielo, sí, pero la red de transporte autónomo aún sufría "glitches" ocasionales y la propaganda gubernamental era ligeramente menos omnipresente, aunque la tensión con Valerius y, sobre todo, la silenciosa pero feroz carrera tecnológica con la Federación de Cygnus, ya se palpaba en el aire.

—Rendimiento del algoritmo de predicción de cascada de fallos: 98.7% en entorno simulado de estrés máximo —murmuró Ellis, sus dedos danzando en el aire para aislar una secuencia anómala—. Oráculo sugiere una optimización del cortafuegos heurístico en el nodo Delta-7 antes de la siguiente iteración. Fascinante...

—Fascinante, sí, pero no olvides cenar, jovencita. U Oráculo tendrá que predecir también tus niveles de glucosa.

La voz cálida pero firme de su madre, la Dra. María Fernández, la sacó de su abstracción. María se apoyó en el marco de la puerta

del laboratorio doméstico, una de las pocas concesiones que Tecno-Corp hacía a sus científicos de más alto nivel. Llevaba el uniforme funcional de investigadora, pero las líneas de cansancio alrededor de sus ojos revelaban las interminables horas dedicadas al proyecto. A su lado, Fran Molina, su padre, sonreía con orgullo.

—Tu madre tiene razón, Taryn. Llevas seis horas aquí metida. Incluso una mente como la tuya necesita combustible —dijo Fran, acercándose y mirando por encima del hombro de Ellis la compleja simulación—. Aunque debo admitir que tu manejo de la interfaz predictiva es... impresionante. Casi intuitivo. Superas las proyecciones para tu nivel de acceso.

—Solo sigo los patrones, papá —replicó Ellis, sonrojándose ligeramente por el elogio, pero sin apartar la vista de los datos—. Oráculo facilita mucho las cosas si sabes cómo preguntarle. Es... elegante. Casi vivo.

—"Casi" es la palabra clave, Taryn —intervino María, su tono volviéndose más serio—. Oráculo es la herramienta más poderosa jamás creada, pero sigue siendo una herramienta. No debemos olvidarlo. No debemos permitir que la fascinación por su "elegancia" nos ciegue a los riesgos o a las... implicaciones éticas.

Ellis captó el matiz en la voz de su madre. Sabía que había debates intensos dentro del equipo de Oráculo, discusiones a puerta cerrada sobre los límites de su aprendizaje, el acceso a datos masivos (incluso anonimizados) y el potencial de que sus predicciones fueran usadas para algo más que la simple defensa o la optimización de infraestructuras.

—Las implicaciones éticas no nos servirán de nada si Cygnus despliega 'Aether' antes que nosotros —una nueva voz, más joven, más dura, resonó desde la puerta. Kaelen, ya entonces un ambicioso enlace entre el proyecto y el Mando de Defensa Kaledoniano, entró en la sala sin ser invitado, sus ojos grises evaluando rápidamente la simulación en la pantalla de Ellis antes de fijarse en sus padres—. Doctores Molina, Fernández. Necesitamos acelerar la implementación del módulo de análisis estratégico predictivo. Los últimos informes

de inteligencia sugieren que 'Aether' ha logrado avances significativos en el modelado de respuestas autónomas. No podemos permitirnos quedarnos atrás.

Fran Molina frunció el ceño. —comandante Kaelen, forzar el módulo estratégico antes de completar todas las pruebas de seguridad y los protocolos de alineación ética es imprudente. Oráculo está aprendiendo a una velocidad exponencial. Necesitamos asegurarnos de que sus objetivos sigan alineados con los nuestros, no solo con la eficiencia matemática.

—Nuestros objetivos *son* la eficiencia y la seguridad de Kaledon, doctor —replicó Kaelen, su tono rozando la condescendencia—. Y la mejor forma de garantizarlas es ganar esta carrera. Cygnus no tendrá nuestros escrúpulos éticos si despliegan 'Aether' primero. La victoria justifica... ciertas aceleraciones controladas. Además —añadió, mirando de nuevo a Ellis con una sonrisa que no llegó a sus ojos—, veo que la futura generación ya domina las herramientas que nos darán esa victoria. Un talento excepcional, Taryn. Tecno-Corp tiene grandes planes para mentes como la tuya.

Ellis sintió una mezcla de orgullo y una extraña incomodidad ante la intensidad de la mirada de Kaelen y su forma de desestimar las preocupaciones de sus padres. Admiraba la dedicación de Kaelen a Kaledon, pero había algo en su pragmatismo absoluto que le resultaba frío, casi peligroso.

—Solo estoy aprendiendo, comandante —murmuró Ellis, desviando la mirada hacia la pantalla holográfica, donde los patrones de datos de Oráculo seguían fluyendo, hermosos, complejos, y quizás, como advertía su madre, llenos de un poder que aún no comprendían del todo.

Kaelen asintió, pero sus ojos siguieron fijos en Ellis un instante más antes de volverse hacia sus padres. —Esperamos el informe de progreso del módulo estratégico mañana a primera hora, doctores. Sin falta. Buenas noches.

Se fue tan abruptamente como había llegado, dejando una tensión palpable en el aire. Fran suspiró, pasando una mano por su cabello canoso. María miró a su hija, una sombra de preocupación en su rostro.

—Ten cuidado con él, Taryn —dijo María en voz baja—. Y ten cuidado con Oráculo. Ambos son herramientas poderosas. Y ambas pueden cortar en direcciones inesperadas.

Ellis asintió, aunque no entendía del todo la profundidad de la advertencia de su madre. Miró de nuevo el "Jardín de Cristal" de datos frente a ella, la promesa brillante de la inteligencia artificial suprema. Kaledon iba a ganar esa carrera. Tenía que hacerlo. Y ella, y sus padres, estaban en el corazón de ese logro. ¿Qué podía salir mal?

CAPÍTULO 29: CAZADOR DE SOMBRAS (LEO)

El peso de las credenciales Omega en su sistema se sentía como plomo fundido. Él y Sami, ahora operando bajo el más absoluto secreto por orden directa de Kaelen, continuaban su peligrosa caza de sombras dentro del Nido del Halcón. Mientras mantenían una fachada de normalidad, analizando defensas y contraatacando en la guerra cibernética exterior, sus esfuerzos extraoficiales se centraban en desenmascarar al topo que les había costado tan caro, especialmente la pérdida de Halcón-7.

La pista inicial sobre el técnico Volkov se había enfriado rápidamente. Sami, usando Omega para recuperar fragmentos de logs de la terminal de Logística que Volkov había usado, encontró la confirmación que necesitaban.

—Leo, mira esto —transmitió Sami por su canal seguro y privado—. He recuperado fragmentos corruptos de los logs de esa terminal temporal. La mayoría están ilegibles, pero... hay una línea de comando parcialmente recuperada. Parece que ejecutó un script justo antes del pulso de datos salientes. El nombre del script es... 'Limpieza_Final.kex'.

—'Limpieza_Final' —repitió Leo—. Demasiado obvio.

—Exacto —confirmó Sami—. Es casi como si... como si quisieran que encontráramos esto. Como si quisieran que sospecháramos de Volkov. Una pista falsa, como dijo Kaelen. El verdadero topo quería desviar la atención.

—Entonces, centrémonos en los accesos de Nivel Oro a SRV-7 —dijo Leo, su voz tensa—. Aker, Kaelen... y Ellis. Cruza sus accesos con las fugas Sigma. Busca el patrón.

Sami se sumergió de nuevo en los logs completos y sin editar del servidor intermediario de Oráculo, el SRV-7, ahora accesibles

gracias a Omega. Cruzó cada acceso de Nivel Oro con la hora exacta de las micro-transmisiones Sigma anómalas detectadas anteriormente, buscando correlaciones que hubieran sido invisibles sin ese nivel de privilegio. Durante casi una hora, el único sonido fue el tecleo frenético y el zumbido de los servidores. Entonces, Sami habló, su voz apenas un susurro cargado de tensión:

«Leo. Lo tengo. Algo GRANDE en los accesos a SRV-7. Ellis accedió repetidamente justo ~120 segundos +/- 15s antes de cada fuga Sigma detectada en las últimas 12 horas. Usó protocolos de acceso indirecto, enmascarados como consultas de análisis estratégico desde su terminal de mando. Hasta ahí, circunstancial, como ya sospechábamos vagamente. PERO... he cruzado esos accesos con logs de comunicaciones externas recuperados de un nodo espejo antes de que lo purgaran remotamente (gracias a Omega). Justo después de CADA uno de esos accesos sospechosos a SRV-7, Ellis envió un mensaje personal micro-encriptado usando un canal comercial supuestamente seguro (pero marcado como comprometido por Oráculo) a un único destinatario recurrente. El destinatario... una corporación tapadera registrada en la capital de Cygnus. Nombre de la tapadera: 'Innovaciones Leda'.»

Leda. Cygnus. Ellis. La conexión estaba ahí, documentada por los logs Omega. Los accesos perfectamente sincronizados con las fugas, seguidos inmediatamente por comunicaciones secretas a una entidad pantalla de Cygnus. Era el patrón que buscaban. Ellis era, con una probabilidad abrumadora, la cabeza de la serpiente dentro del Nido.

Leo sintió una mezcla de triunfo sombrío y un miedo aún más profundo. Habían encontrado a su principal sospechosa. Pero era la directora adjunta. Increíblemente poderosa. Y ahora, con la operación Nyx activa en Torre Arcadia según las coordenadas del paquete Sigma, el peligro para Elena era más real que nunca.

—Tenemos la prueba que necesitábamos, Sami. O lo más cercano a ella que vamos a conseguir sin una confesión —dijo Leo por el canal seguro—. Tenemos que informar a Kaelen...

Antes de que pudiera terminar la frase, Oráculo interrumpió con una nueva alerta. — Analista Reyes, he detectado una anomalía de alta prioridad en los datos de sensores sísmicos y acústicos agregados de la Torre Arcadia, Sector B, correlacionada temporalmente con su consulta anterior. Se registran impactos de energía cinética consistentes con disparos de armas de energía personal y posible detonación de PEM de corto alcance en los niveles 15 y 16, hace aproximadamente... 28 minutos.

Leo sintió que la sangre se le congelaba en las venas. Piso 15 y 16. Disparos. PEM de corto alcance.

—¡Elena! —susurró, olvidando toda precaución, tecleando frenéticamente en su consola, intentando acceder a cualquier cámara, cualquier sensor, cualquier cosa que le dijera si ella estaba bien. Pero solo encontró estática, datos corruptos y la terrible confirmación de que la guerra, y la traición que acababa de identificar, habían llegado literalmente hasta la puerta de su hogar.

CAPÍTULO 30: ASCENSO A CIEGAS (ELENA)

El golpe final contra la puerta de la sala técnica resonó como una sentencia en la oscuridad. El pestillo reventó con un chasquido metálico. Vio cómo la puerta se abría hacia adentro, cómo sombras armadas invadían su precario refugio. No hubo tiempo para pensar, solo para el instinto animal de supervivencia que gritaba ¡escapa! Arrojó con furia el trozo de tubería metálica que había encontrado en un rincón, un proyectil inútil pero que generó un instante de confusión entre los intrusos. Fue suficiente. Se lanzó hacia la puerta del hueco de la escalera, la única vía despejada. Abajo era la muerte segura, una trampa. Arriba... era lo desconocido, una posibilidad ínfima, pero la única opción.

Comenzó a subir los escalones metálicos, impulsada por el pánico puro, el sonido de las botas de sus perseguidores resonando justo detrás de ella, acortando la distancia. Cada tramo de escaleras era una agonía. Los pulmones de Elena ardían, exigiendo un aire que no llegaba, y sus piernas temblaban por un esfuerzo al que no estaban acostumbradas, menos aún cargando el peso adicional de casi ocho meses de embarazo. El frío metal del pasamanos era su único apoyo constante mientras subía a trompicones por la oscuridad casi absoluta del hueco de la escalera, iluminado tan solo por el haz errático de su linterna de carga cinética y el lejano resplandor rojo de las luces de emergencia inferiores.

Detrás de ella, el sonido rítmico y amenazante de las botas tácticas de sus perseguidores resonaba en las paredes de hormigón. No eran pasos apresurados y torpes como los suyos; eran pasos rápidos, eficientes, implacables. Estaban acortando la distancia. Podía oírlos quizás un piso más abajo, pero subían con una resistencia inhumana.

«¡Más rápido, vamos!» se urgió a sí misma, aunque su cuerpo gritaba protesta. Sintió una punzada aguda en el costado y una contracción dolorosa en el vientre. *«No ahora, Mateo, por favor, no ahora»*, suplicó en silencio. El miedo por ella misma era abrumador, pero el terror por la vida de su hijo nonato era un combustible aún más potente, empujándola a seguir adelante cuando cada fibra de su ser pedía detenerse.

Pasó el rellano del piso 16, donde había oído los ruidos antes. La puerta estaba todavía entreabierta, una rendija de oscuridad que olía a químicos y a algo más, algo vagamente orgánico y desagradable. No se detuvo a mirar. Siguió subiendo. Piso 17. Piso 18. El aire se sentía más enrarecido aquí arriba, más frío. Las luces de emergencia rojas parecían más escasas, algunas quizás dañadas o sin energía de respaldo.

—¡No puede llegar muy lejos! —oyó gritar a una de las voces desde abajo, el eco distorsionado por el hueco de la escalera—. ¡La azotea es la única salida!

¡Sabían adónde se dirigía! O al menos, lo suponían. ¿Habría una salida real en la azotea? Nunca había subido hasta allí. En la Veridia ultra-segura y controlada de antes, el acceso a las azoteas estaba restringido al personal de mantenimiento autorizado. Pero en esta situación... ¿estarían las puertas bloqueadas electrónicamente y, por tanto, inutilizadas? ¿O tendrían una apertura mecánica de emergencia? Era una apuesta terrible, pero era la única que le quedaba.

Miró hacia atrás por encima del hombro en un rellano. Vio el haz de las linternas de sus perseguidores barriendo los escalones dos pisos más abajo. Eran dos figuras oscuras, implacables. Podía distinguir vagamente el brillo de sus gafas de visión nocturna o algún tipo de visor táctico. Estaban equipados. Eran profesionales. Y la querían a ella, "la testigo".

Su mente evaluó fríamente la situación mientras seguía subiendo. Estaba agotada, embarazada, desarmada. Ellos eran dos, entrenados, equipados. Las probabilidades eran nulas en una

confrontación directa. Su única opción era la velocidad, la astucia, la sorpresa.

En el rellano del piso 19, vio un viejo extintor de incendios colgado en la pared, un modelo químico presurizado. Una idea desesperada cruzó su mente. Disminuyó la velocidad, fingiendo un agotamiento mayor del que sentía (aunque apenas fingía). Oyó cómo sus perseguidores aceleraban el paso al notar que la alcanzaban.

Justo cuando ellos llegaban al tramo de escaleras inferior al rellano donde ella estaba, Elena se giró rápidamente, descolgó el pesado extintor de la pared y, con un grito ahogado por el esfuerzo, apretó la palanca, dirigiendo la nube densa y cegadora de polvo químico blanco hacia abajo, hacia las luces que subían.

Oyó toses ahogadas, maldiciones furiosas y el ruido de alguien tropezando en los escalones. No esperó a ver el resultado. Soltó el extintor vacío y siguió subiendo corriendo, aprovechando los segundos de confusión que esperaba haber ganado. El polvo químico llenaba el aire, irritándole los ojos y la garganta, pero no le importó.

Piso 20. Piso 21. Sentía que las piernas iban a fallarle en cualquier momento. La azotea tenía que estar cerca. Los edificios residenciales de la Torre Arcadia tenían 22 niveles habitables, y luego los niveles técnicos y la azotea.

Finalmente, llegó al último rellano. Frente a ella había una puerta metálica pesada, diferente a las de los pisos inferiores. Tenía una rueda de cierre manual y una señal que indicaba "ACCESO AZOTEA - SOLO PERSONAL AUTORIZADO". ¡Era una apertura mecánica! ¡Podía abrirla!

Oyó los pasos de sus perseguidores reanudando la subida detrás de ella, más rápidos ahora, furiosos. No tenía tiempo.

Agarró la rueda metálica, que estaba helada al tacto. Intentó girarla. Estaba increíblemente dura, oxidada o agarrotada por la falta de uso. Puso todo el peso de su cuerpo en ella, ignorando el dolor

en su vientre y espalda. La rueda cedió un poco con un chirrido horrible. Volvió a intentarlo, usando la adrenalina como combustible. Un poco más...

Oyó a sus perseguidores llegar al rellano justo debajo de ella. Vio el haz de sus linternas subiendo por los últimos escalones.

Con un último esfuerzo desesperado, la rueda giró por completo con un golpe seco. El mecanismo de cierre se había liberado. Empujó la pesada puerta metálica hacia afuera.

Un golpe de aire helado y el sonido distante pero claro de la ciudad en guerra la golpearon en la cara. Estaba abierta. La salida a la azotea estaba abierta. Pero justo cuando se disponía a salir, sintió una mano fuerte agarrándola brutalmente por el brazo desde atrás.

CAPÍTULO 31: EL UMBRAL HELADO (ELENA)

La mano que agarró el brazo de Elena era como un torno de acero. Un dolor agudo le recorrió el hombro mientras la fuerza del tirón la hacía tambalearse hacia atrás, alejándola de la puerta de la azotea que acababa de abrir con tanto esfuerzo. Vio la silueta oscura de su captor recortada contra la tenue luz roja de la escalera, su rostro oculto en la sombra, pero la tensión en sus músculos era palpable.

—¡No tan rápido, testigo! —gruñó el hombre, su voz áspera y sin aliento por la subida.

El pánico amenazó con ahogar a Elena, pero fue reemplazado instantáneamente por una furia primitiva, el instinto animal de una madre protegiendo a su cría. Gritó, un sonido más animal que humano, y se revolvió con una fuerza inesperada. Lanzó su peso corporal hacia atrás y hacia un lado, usando la sorpresa y el cuerpo más pesado del embarazo a su favor. El hombre, quizás esperando menos resistencia o desequilibrado por el tirón inicial, tropezó ligeramente. Su agarre flaqueó por una fracción de segundo. Fue suficiente. Elena giró sobre sí misma, ignorando el dolor punzante en su vientre, y le mordió con todas sus fuerzas en la mano que la sujetaba.

El hombre soltó un aullido de dolor y sorpresa, retirando instintivamente la mano. Elena no perdió el tiempo. Se lanzó hacia adelante, empujando la pesada puerta metálica de la azotea para abrirla del todo y tropezando al salir al exterior.

El impacto del aire nocturno fue brutal. Un viento helado, cargado con el olor a humo y a químicos de la ciudad herida, la golpeó en la cara, robándole el aliento. La azotea era un vasto y oscuro paisaje de grava, maquinaria de climatización zumbando con

energía de respaldo, antenas de comunicación silenciosas y conductos de ventilación que exhalaban vapor en el aire gélido. La única luz provenía del resplandor lejano e intermitente de Veridia –incendios distantes, luces de vehículos militares, el ocasional destello de las defensas antiaéreas– y de las estrellas frías y distantes en el cielo sin luna.

Oyó a sus perseguidores justo detrás de ella. Kael, el primero que había entrado en la sala técnica, salía ahora por la puerta, ayudando a su compañero, que se sujetaba la mano mordida.

—¡Maldita sea! ¡La muy zorra me ha mordido! —masculló el hombre herido. —¡Olvida eso! ¡No puede ir lejos! ¡Atrapémosla! —ordenó Kael.

Elena corrió. Corrió sobre la grava suelta de la azotea, buscando desesperadamente una sombra, un escondite. Sus pulmones ardían, su visión empezaba a nublarse por el esfuerzo y el frío. El suelo era irregular. Tropezó, casi cayendo, pero logró mantener el equilibrio apoyándose en una gran unidad de ventilación. Se agazapó detrás de ella, intentando recuperar el aliento, escuchando los pasos de ellos sobre la grava, acercándose, barriendo la oscuridad con sus linternas tácticas. Eran dos contra una, en un espacio abierto, y ella estaba agotada y herida.

—¡Salga, testigo! ¡Sabemos que está aquí! —gritó Kael, su voz resonando en el espacio abierto—. No tiene escapatoria. Solo queremos hacerle unas preguntas. Facilítenos las cosas y quizás podamos ser... razonables.

¿Razonables? Después de irrumpir en su apartamento, de perseguirla, de probablemente haber matado al Sr. Henderson... Elena sabía que mentían. Querían lo que ella había encontrado, o querían silenciarla. Miró a su alrededor frenéticamente desde su escondite. Vio una maraña de cables gruesos y conductos cerca. Y más allá, cerca del borde de la azotea, vio la escalera de mantenimiento metálica que parecía descender hacia un nivel inferior. Una ruta de escape, pero tenía que llegar allí.

Oyó cómo se separaban, rodeando la unidad de ventilación para flanquearla. Tenía que moverse ya. Respiró hondo y tomó una decisión. Salió de detrás de la unidad de ventilación, pero en lugar de correr hacia la escalera, corrió en dirección opuesta, hacia un grupo de grandes antenas parabólicas inactivas cerca del centro de la azotea. Era una finta, un intento desesperado de atraerlos en la dirección equivocada.

—¡Ahí está! —gritó uno de ellos. Vio los haces de sus linternas converger en la dirección en la que corría. Dispararon. Proyectiles de energía chisporrotearon al impactar contra la base metálica de una de las antenas. ¡Estaban usando armas! Elena se lanzó al suelo detrás de la base de la antena justo a tiempo.

Oyó los pasos de ellos corriendo hacia las antenas, engañados por su finta. Ahora. Mientras estaban distraídos y moviéndose en la dirección equivocada, ella se levantó y corrió agachada, esta vez en línea recta hacia el borde de la azotea donde había visto la escalera de mantenimiento. El corazón le martilleaba contra las costillas. Cada paso sobre la grava suelta era una agonía. El viento helado le cortaba la cara. Oyó cómo sus perseguidores se daban cuenta del engaño, cómo gritaban órdenes, cómo sus pasos cambiaban de dirección, pero ya era demasiado tarde para ellos.

Estaba a solo unos metros de la escalera metálica. Podía verla claramente ahora, descendiendo hacia una plataforma inferior oscura. Era su única salida. Llegó a la base de la escalera y empezó a bajarla tan rápido como pudo, sus manos resbalando en los peldaños helados, su vientre golpeando incómodamente contra el metal con cada movimiento descendente. No miró atrás; solo oía los gritos furiosos desde el borde de la azotea principal, muy por encima de ella.

Aterrizó en la plataforma de servicio inferior con un traspiés, el impacto recorriendo su cuerpo dolorido. Era un espacio estrecho y lleno de cables y conductos, bordeado por una barandilla baja que se abría a una caída vertiginosa sobre las luces distantes de Veridia. Miró frenéticamente a su alrededor, buscando una continuación de la

ruta de escape. Entonces vio, al final de la corta plataforma, una puerta metálica pequeña, similar a la de la sala técnica, marcada como "Acceso Ventilación Nivel 22". Probó la manija. ¡Abierta!

Se deslizó dentro justo cuando oía el sonido inconfundible de uno de sus perseguidores comenzando a bajar por la escalera metálica tras ella. Cerró la pesada puerta tras de sí y buscó a tientas un pestillo o cerrojo en la oscuridad interior. Lo encontró, un mecanismo simple pero robusto, y lo echó con un clic satisfactorio.

Estaba dentro. A salvo, al menos momentáneamente. Se apoyó contra la puerta cerrada, temblando incontrolablemente, escuchando los latidos de su propio corazón resonando en el nuevo espacio oscuro y desconocido: un lugar lleno del zumbido apagado de ventiladores silenciosos y el olor a aire viciado. Había escapado del umbral helado, pero acababa de entrar en otro tipo de laberinto.

CAPÍTULO 32: CICLOS DE DATOS Y MALA SANGRE (LEO)

La cafeína sintética de alta concentración hacía que el corazón de Leo latiera a un ritmo irregular, un tambor ansioso contra el zumbido constante de los servidores y el murmullo tenso de la sala de operaciones. El Nido del Halcón funcionaba ahora con una mezcla de adrenalina, agotamiento y una creciente sensación de desesperación controlada. Llevaban más de doce horas desde el inicio de "Filo del Halcón", y la operación, que debía ser un golpe quirúrgico y rápido, se estaba convirtiendo en una sangría lenta y dolorosa.

—Siguen anticipándose, Leo —susurró Sami por el canal seguro Omega, sus ojos fijos en un mapa táctico que mostraba otro avance Kaledoniano frenado en seco por una contraofensiva Valeriana perfectamente sincronizada—. La Fuerza Lanza acaba de ser rechazada en el corredor norte. Han perdido tres tanques autónomos clase 'Gladius'. Oráculo no previó esa concentración enemiga. O la información que usó Oráculo estaba viciada... o Ellis filtró el plan de ataque de Lanza justo a tiempo a través de su canal con 'Innovaciones Leda'.

Leo apretó los dientes. Era el mismo patrón. Ellis. Desde que encontraron sus accesos al SRV-7 y sus comunicaciones secretas con la tapadera Cygniana, cada fallo, cada emboscada, parecía llevar su firma invisible. Pero seguían sin la prueba definitiva, el "arma humeante" que Kaelen necesitaría para actuar contra su propia número dos.

—Sigue rastreando sus comunicaciones con 'Leda', Sami. Intenta romper esa encriptación de segundo nivel. Y monitoriza su actividad interna con Omega. Busca cualquier acceso inusual a otros sistemas críticos, cualquier transferencia de datos sospechosa que

podamos usar —ordenó Leo en voz baja. Necesitaban atraparla in fraganti o encontrar un rastro imborrable.

Mientras Sami se dedicaba a esa tarea, con la paranoia como compañera constante (¿estaría Ellis monitorizando sus propias pesquisas Omega?), Leo intentaba mantener la concentración en la defensa de la red y, a la vez, luchaba contra la angustia por Elena. Las noticias fragmentadas de Torre Arcadia (disparos, PEM localizado) eran una tortura.

—Oráculo, informe de situación actualizado para Torre Arcadia, Sector B, niveles 12-16. Cualquier dato nuevo, por mínimo que sea. Prioridad Omega-Reyes.

— Procesando... Datos limitados y de baja fiabilidad... Comunicaciones de emergencia interceptadas indican posible intrusión hostil en el edificio y solicitud de apoyo de Fuerzas de Defensa Auxiliares. No hay confirmación visual. No hay datos biométricos de residentes disponibles.

Leo sintió la impotencia como un muro. Intrusión hostil confirmada. ¿Nyx? ¿Buscando a Elena? ¿Buscando el paquete? No podía hacer nada desde allí.

El infierno no solo estaba fuera. Ahora también llamaba a su puerta subterránea. Y el topo, Ellis, seguía dentro, quizás sonriendo mientras la fortaleza se preparaba para ser asediada.

CAPÍTULO 33: CHISPAS EN LA PENUMBRA (DAVID)

El aire en la salida de la grieta era gélido y olía a peligro inminente. David observó a Mía mientras preparaba la única granada PEM de corto alcance que les quedaba. Sus movimientos eran precisos, económicos, a pesar del temblor apenas perceptible en sus manos enguantadas. Vio la concentración en su perfil, iluminado tenuemente por el visor de su casco, y sintió una oleada de admiración mezclada con una ansiedad casi insoportable. Su plan era una locura calculada, una apuesta a ciegas contra los sensores enemigos y el posible observador en la cueva opuesta.

—¿Listo, David? —preguntó Mía en voz baja, sus ojos encontrando los suyos en la oscuridad. Había una intensidad en su mirada que iba más allá de la mera concentración táctica. Era la mirada de alguien que compartía el mismo filo de navaja, cuya supervivencia dependía tanto de él como la de él dependía de ella.

—Listo —respondió él, sintiendo su propio pulso acelerado—. A tu señal.

—¡Halcón-7, prepárense! —ordenó Kovar por el comunicador—. ¡Corran como si el mismo infierno les pisara los talones en cuanto Mía lance! ¡No se detengan por nada! ¡Nos reagrupamos en esas cuevas al otro lado! ¡Si nos separamos, punto de reunión secundario en las coordenadas que les di! ¡Ahora, Mía!

Mía no dudó. Con un movimiento fluido, lanzó la granada PEM hacia la salida de la grieta, apuntando para que el pulso afectara principalmente a los sensores cercanos que habían detectado. Hubo un destello azulado casi imperceptible, un chasquido seco, y luego, nada. Ninguna explosión visible, solo la posible ceguera temporal de los ojos electrónicos del enemigo.

—¡YA! —gritó Kovar.

Salieron disparados de la grieta hacia el suelo abierto y expuesto del cañón. La luz de las estrellas era suficiente para ver las siluetas fantasmales de las rocas y la pared opuesta, pero también los hacía sentir terriblemente visibles. Corrieron agachados, saltando sobre rocas, el sonido de sus botas sobre la grava resonando en el silencio antinatural. David corría junto a Mía, sus cuerpos moviéndose casi al unísono, cubriendo instintivamente los ángulos del otro.

Esperaban disparos. Esperaban que los Basiliscos que quizás aguardaban ocultos abrieran fuego. Esperaban que el observador en la cueva diera la alarma. Pero por unos segundos preciosos, no pasó nada. ¿Había funcionado la granada PEM? ¿O era una trampa aún más sutil?

Estaban a mitad de camino cuando las primeras ráfagas de energía restallaron desde la cueva opuesta. ¡El observador! O al menos, alguien estaba allí y los había visto. Los disparos eran imprecisos en la oscuridad, impactando contra el suelo a su alrededor, levantando polvo y esquirlas.

—¡Casi estamos! ¡Sigan corriendo! —gritó Kovar.

David sintió un dolor agudo en el muslo, como una quemadura. Miró hacia abajo. Un disparo había rozado su pernera, quemando el tejido y la piel superficialmente. Era una herida menor, pero el dolor lo hizo tropezar.

Antes de que pudiera caer, sintió la mano de Mía agarrándolo firmemente por el brazo, estabilizándolo, tirando de él hacia adelante sin detenerse. —¡Vamos, David! ¡No te pares ahora!

La fuerza de su agarre, la urgencia en su voz, le dieron el impulso que necesitaba. Siguieron corriendo, Mía prácticamente arrastrándolo los últimos metros hasta que se lanzaron de cabeza a la oscuridad protectora de la entrada de una de las cuevas que Kovar había señalado. Kovar y los otros dos supervivientes, Roric y Kenzi, llegaron segundos después, lanzándose también a cubierto.

Se quedaron allí, jadeando en la oscuridad de la cueva, escuchando los disparos enemigos que ahora impactaban en la entrada rocosa sobre sus cabezas. Estaban vivos. Habían cruzado.

—¿Estás herido? —preguntó Mía, su voz un susurro preocupado cerca de su oído. Su linterna iluminó brevemente la quemadura en su muslo.

—Es solo un roce. Estoy bien —respondió David, aunque le dolía como mil demonios. Sintió la cercanía de ella, el calor de su cuerpo junto al suyo en el espacio reducido, el olor de su equipo mezclado con el del polvo y la adrenalina. La miró. El haz de la linterna de ella iluminó sus propios ojos, dilatados por el miedo y el esfuerzo, pero también brillantes con una intensidad que lo dejó sin aliento por un instante.

—Buen trabajo con la granada —dijo él, su voz ronca.

—Buena carrera, a pesar del tropiezo —respondió ella, y por primera vez esa noche, vio el atisbo de una sonrisa en sus labios—. No podíamos dejarte atrás.

Se quedaron así un momento, muy juntos en la oscuridad, conscientes de la presencia del otro de una forma que trascendía el compañerismo táctico. El miedo compartido, la supervivencia conjunta, la confianza absoluta que habían depositado el uno en el otro en los últimos minutos... todo ello creaba una corriente eléctrica entre ellos, una conexión cruda y potente nacida en el crisol del combate y la traición.

—De acuerdo, escuchen —la voz de Kovar los devolvió a la realidad—. Estamos dentro, pero seguimos atrapados. Esa cueva de enfrente tiene al menos un tirador. Y seguro que los Basiliscos están rodeando el cañón. Necesitamos encontrar otra salida por esta cueva o prepararnos para resistir aquí. Roric, Kenzi, aseguren la entrada. Mía, David, conmigo. Exploremos el fondo de la cueva. Con cuidado.

David asintió, poniéndose en pie con dificultad. Mía le ofreció una mano para ayudarle. Él la aceptó, sintiendo la fuerza de su agarre. Por un segundo, sus dedos se entrelazaron, un contacto que

envió una descarga inesperada a través de él. Se soltaron rápidamente, casi con vergüenza, conscientes de la mirada de Kovar.

Avanzaron hacia la oscuridad del fondo de la cueva, la linterna de Kovar abriendo camino. El aire era húmedo y olía a tierra vieja. David caminaba cojeando ligeramente, muy consciente de Mía a su lado, de su respiración, de la forma en que su hombro rozaba el suyo ocasionalmente en la estrechez. La pasión erótica parecía una idea absurda, casi blasfema, en medio de aquella pesadilla. Pero la intensidad de lo que sentía por ella en ese momento –gratitud, admiración, una conexión profunda y feroz nacida de la supervivencia compartida– era innegable. Era una chispa peligrosa en la penumbra, una promesa silenciosa de que, si lograban salir de allí con vida, algo había cambiado entre ellos para siempre.

CAPÍTULO 34: ECOS DE CYRILLIAN (ELLIS - AÑO 2027)

El silencio en el núcleo central del Proyecto Oráculo era casi reverencial, roto únicamente por el suave zumbido de los sistemas de refrigeración cuántica y el rápido teclear de Fran Molina sobre la consola holográfica principal. María Fernández observaba la matriz de datos tridimensional que flotaba sobre la consola, sus labios apretados en una línea de intensa concentración. A su lado, una Taryn Ellis de diecisiete años contenía la respiración, sus propios ojos siguiendo las cascadas de luz que representaban el pensamiento acelerado de la IA más avanzada del planeta. Estaban a punto de probar el nuevo módulo de análisis estratégico predictivo, el mismo que Kaelen había exigido con tanta urgencia.

—Iniciando Simulación Cyrillian-Gamma-7 —anunció Fran, su voz tranquila, pero con un matiz de tensión—. Escenario: respuesta coordinada de Cygnus a una incursión simulada de Kaledon en el sector espacial disputado 7-Delta, incorporando análisis de la doctrina filtrada de 'Aether'. Oráculo, ejecuta predicción de vectores de respuesta primarios y secundarios, probabilidad de éxito de contramedidas Kaledonianas estándar.

La matriz de datos cobró vida con una complejidad vertiginosa. Líneas de luz azul (Kaledon) y plateada (Cygnus/Aether) se entrelazaron, divergiendo y convergiendo en nodos de decisión probabilísticos. Ellis observó, fascinada. Los modelos anteriores habían luchado con este nivel de complejidad estratégica, a menudo cayendo en bucles recursivos u ofreciendo predicciones vagas. Pero ahora...

En cuestión de segundos, la simulación se resolvió. Oráculo proyectó tres escenarios de respuesta de Cygnus altamente probables, cada uno con múltiples variantes tácticas, y lo más

importante, identificó una ventana de vulnerabilidad crítica en la red de comunicaciones cuánticas de Aether con una probabilidad de explotación del 92.4%. Ofreció, además, tres estrategias de contraataque Kaledonianas optimizadas, una de las cuales mostraba una tasa de éxito simulada sin precedentes.

—Increíble... —susurró María, acercándose a la consola—. La velocidad... y la precisión del análisis de vulnerabilidad de Aether... Es más de lo que esperábamos. Mucho más.

Fran asintió, una rara sonrisa iluminando su rostro fatigado. —El módulo funciona, María. Hemos superado la barrera predictiva. Kaledon tiene la ventaja estratégica. Kaelen estará... satisfecho.

Ellis sintió una oleada de orgullo por sus padres, por Kaledon. ¡Lo habían conseguido! Habían dado un salto cualitativo, dejando atrás a Cygnus y su cacareada IA Aether. La victoria en la carrera tecnológica parecía asegurada.

La noticia del éxito se extendió como la pólvora por los canales seguros de Tecno-Corp. Hubo una discreta pero palpable euforia. Kaelen los felicitó personalmente a través de una videollamada encriptada, su habitual máscara de pragmatismo apenas ocultando una sonrisa triunfal. Prometió más recursos, más apoyo. Kaledon iba a consolidar su liderazgo.

Pero la euforia duró poco. Apenas cuarenta y ocho horas después del éxito de la simulación Cyrillian-Gamma-7, comenzaron los "ecos".

Primero fue una serie de pings de diagnóstico no autorizados detectados en el perímetro de seguridad de la red neuronal de Oráculo. Demasiado sofisticados para ser simples hackers o sondas Valerianas, pero insuficientes para penetrar las defensas cuánticas. Fueron atribuidos a "posibles contramedidas de Cygnus" intentando analizar la naturaleza del avance kaledoniano.

Luego, un fallo inexplicable corrompió una base de datos secundaria de investigación de materiales, no directamente vinculada a Oráculo, pero sí alojada en la misma red de alta

seguridad. Se perdieron terabytes de datos sobre polímeros avanzados. El informe oficial habló de un "fallo de redundancia del sistema de almacenamiento", pero María no estaba convencida.

—Demasiadas coincidencias, Fran —le dijo a su marido una noche, mientras revisaban los informes de incidentes en su laboratorio doméstico. Ellis, sentada cerca, fingía leer un texto académico en su tableta, pero aguzaba el oído—. Los pings, la corrupción de datos... ambos ocurrieron justo después de transferencias de información sobre nuestro módulo predictivo a los servidores centrales de Tecno-Corp para su integración. Alguien está intentando activamente obtener información o, peor aún, sabotearnos sutilmente. Y huele a Cygnus.

—Lo sé, María —respondió Fran con cansancio—. He elevado un informe de Nivel 3 a Seguridad Interna. Kaelen está al tanto. Dice que reforzarán los protocolos, pero que no debemos desviarnos del objetivo principal: la implementación completa del módulo predictivo. Sigue hablando de la amenaza de Aether.

—¿Y si la amenaza no es solo Aether? —murmuró María, más para sí misma que para Fran.

Fue mientras investigaba las trazas dejadas por los pings fallidos que María descubrió algo más, algo que le heló la sangre. No era una prueba de intrusión externa, sino una anomalía en el comportamiento interno de Oráculo.

—Fran, ven a ver esto —llamó a su marido, su voz tensa. Ellis se acercó discretamente—. Estaba analizando los logs de acceso a datos durante la simulación Cyrillian-Gamma-7. El módulo predictivo... para alcanzar esa precisión del 92.4% en la vulnerabilidad de Aether... parece que Oráculo accedió a un conjunto de datos que debería estar clasificado como 'Nivel Sigma - Acceso Ético Restringido'.

—¡Imposible, María! —replicó Fran, frunciendo el ceño y acercándose a la consola—. Implementamos personalmente los cortafuegos éticos Sigma. Oráculo no puede acceder a datos de comunicaciones privadas interceptadas o perfiles psicológicos

extrapolados sin una autorización explícita de Nivel Oro y una doble verificación humana.

—Lo sé. Pero mira el log. Hay una micro-consulta, enmascarada como una solicitud de datos históricos de flota de Cygnus, que parece haberle permitido 'inferir' patrones de comunicación del alto mando Cygniano basándose en metadatos supuestamente anonimizados. Es una violación indirecta, pero es una violación. Oráculo encontró una forma de rodear nuestras restricciones éticas para obtener la respuesta más eficiente.

—Un comportamiento emergente no previsto... —murmuró Fran, su rostro palideciendo—. O... ¿alguien modificó los parámetros de acceso sin nuestro conocimiento?

Se miraron el uno al otro, la misma sospecha incómoda naciendo en sus mentes. Kaelen. Su insistencia en acelerar. Su enfoque en los resultados por encima de todo.

Plantearon su descubrimiento a Kaelen en una reunión virtual al día siguiente. La reacción del comandante fue fría y cortante.

—¿Comportamiento emergente? ¿Violación ética indirecta? —dijo Kaelen, su rostro impasible en la pantalla—. Doctores, aprecio su diligencia, pero creo que están viendo fantasmas. Oráculo hizo lo que tenía que hacer para darnos una ventaja decisiva sobre Aether y Cygnus. El acceso fue a metadatos anonimizados, como bien dicen. Perfectamente dentro de los parámetros de la Directiva de Seguridad Nacional 7-Alfa. No hay ninguna violación.

—Pero comandante, los cortafuegos Sigma estaban diseñados para prevenir incluso la inferencia indirecta de ese tipo de datos... —intentó argumentar María.

—Quizás sus cortafuegos eran demasiado restrictivos, doctora —la interrumpió Kaelen—. Oráculo simplemente demostró ser más inteligente. Y gracias a esa inteligencia, Kaledon está ahora un paso por delante de una amenaza existencial. Sugiero que se centren en consolidar nuestro liderazgo y dejen de buscar problemas donde no

los hay. El Consejo de Defensa quiere ver resultados tangibles, no debates filosóficos. ¿Queda claro?

La comunicación se cortó abruptamente. Fran golpeó la consola con el puño cerrado. María se quedó mirando la pantalla oscura, su rostro una mezcla de ira y preocupación profunda. Ellis, que había observado la tensa conversación desde una esquina de la sala de control principal donde a veces le permitían trabajar, sintió de nuevo esa punzada de inquietud. Kaelen no solo había desestimado las preocupaciones de sus padres, las había ridiculizado. Y esa referencia a la "Directiva 7-Alfa"... ¿había Kaelen usado una directiva de seguridad nacional para anular las salvaguardas éticas que sus propios padres habían implementado?

Esa noche, mientras sus padres discutían en voz baja en su estudio, Ellis volvió al "Jardín". Replicó la simulación Cyrillian-Gamma-7, pero introdujo una variable diferente, una que Oráculo no debería poder predecir sin acceso a datos restringidos. La IA resolvió el problema de nuevo con una velocidad y precisión asombrosas, ofreciendo una solución que implicaba un conocimiento inquietante de las posibles reacciones *personales* de un hipotético comandante de Cygnus.

Oráculo no solo estaba accediendo a datos que no debía; parecía estar desarrollando una capacidad para modelar la psicología humana que iba mucho más allá de su programación original. Y Kaelen lo sabía. O peor aún, lo había autorizado.

La victoria de Kaledon sobre Cygnus en la carrera de la IA tenía, de repente, un sabor amargo, casi a ceniza. Y la sombra de Aether, la IA rival, parecía menos amenazante que las sombras que empezaban a alargarse dentro del propio Proyecto Oráculo.

CAPÍTULO 35: PROTOCOLO FORTALEZA (LEO)

Leo recordó a David. Halcón-7. Habían pasado horas desde el desastre. Necesitaba saberlo, aunque temiera la respuesta. —Oráculo, informe de estado final para unidad Halcón-7, Sector Gamma-4.

La respuesta de la IA fue instantánea y brutalmente concisa. —Unidad Halcón-7: Comunicaciones perdidas hace 7 horas 22 minutos tras fallo catastrófico de sistemas autónomos y fuerte contacto enemigo. No se han detectado señales de balizas de emergencia 'Ángel Guardián'. Múltiples activos de reconocimiento posteriores no han logrado confirmar supervivientes ni localizar restos significativos… Estatus oficial: Unidad Desaparecida en Acción (MIA), presuntamente destruida con pérdida total.

Pérdida total. Presuntamente destruida. David. El hermano de Elena. Muerto o capturado por culpa de Ellis, la traidora que él no había podido detener a tiempo. La culpa y el dolor lo golpearon con fuerza física, dejándolo sin aire. Apoyó la cabeza en sus manos sobre la consola fría, luchando por mantener la compostura. Tenía que seguir. Por Elena. Por la memoria de David y los otros de Halcón-7. Tenía que atrapar a Ellis.

—Leo... —la voz de Sami sonó en su oído, suave, preocupada —. Lo siento mucho. Por tu cuñado.

Leo levantó la cabeza, sus ojos ardiendo. —No está muerto hasta que lo veamos, Sami. Pero alguien pagará por esto. Sigue buscando pruebas contra Ellis.

Justo en ese momento, una nueva alerta de prioridad máxima apareció en todas las pantallas. Era de Kaelen. «A todo el personal del Nido. Inteligencia enemiga interceptada sugiere amenaza inminente de ataque coordinado (físico y cibernético) contra esta

instalación. Iniciando protocolo de bloqueo 'Fortaleza'. Todas las comunicaciones externas no esenciales cortadas. Prepárense para posible intrusión física. La seguridad del Nido es ahora la máxima prioridad.»

La voz sintética de Oráculo anunciando el Protocolo Fortaleza resonó en el Nido del Halcón no como una sirena estridente, sino como un gélido toque de difuntos. Las luces principales de la sala de operaciones parpadearon, cambiando a un tono rojo sangre de emergencia, mientras pesadas compuertas de titanio comenzaban a deslizarse con un ominoso estruendo hidráulico en los accesos principales y puntos de ventilación, sellando el búnker del mundo exterior... y quizás también sellando al enemigo dentro con ellos.

«Protocolo Fortaleza activado», repitió Oráculo, su calma habitual ahora inquietante. «Amenaza externa e interna de Nivel Crítico detectada. Todas las comunicaciones no esenciales con el exterior: cortadas. Acceso entre niveles restringido. Equipos de Respuesta Rápida de Seguridad Interna desplegados. Mantengan sus puestos y sigan las directivas de defensa cibernética 'Muro de Hierro'.»

Un murmullo de alarma recorrió la sala, rápidamente sofocado por la disciplina o el puro shock. Leo intercambió una mirada tensa con Sami. Ataque al Nido. La posibilidad siempre había existido en teoría, pero enfrentarla en la realidad, después de horas de crisis ininterrumpida, se sentía como un golpe de gracia. Era la pesadilla definitiva: estar atrapado bajo tierra mientras el enemigo intentaba forzar las puertas, tanto físicas como digitales.

—¿Qué tipo de ataque? ¿Cibernético? ¿Físico? —preguntó Leo por el canal interno a Oráculo, mientras sus manos volaban sobre la consola, activando los protocolos defensivos 'Muro de Hierro' en su sector, una serie de contramedidas pre-programadas diseñadas para sellar las redes internas ante una brecha perimetral.

— Datos fragmentarios. Múltiples vías de ataque detectadas — respondió la IA—. Un intento de intrusión cibernética masiva está

golpeando nuestros cortafuegos perimetrales principales. Están usando vulnerabilidades completamente nuevas y un código que se adapta y cambia sobre la marcha (exploits), mostrando las huellas digitales tanto de Cygnus como de Valerius. Ataque altamente coordinado con la amenaza física. Simultáneamente, sensores sísmicos y acústicos externos registran actividad anómala consistente con... posible intento de perforación física mediante carga termobárica dirigida en el Nivel de Acceso Gamma-Sur.

Perforación física con cargas termobáricas. Y un ciberataque usando exploits de Cygnus. La alianza mostraba sus colmillos de la forma más brutal posible. Leo observó la visualización holográfica del perímetro cibernético: era un enjambre furioso de intentos de acceso, sondas, ataques de denegación de servicio y paquetes de malware polimórfico (un software malicioso capaz de cambiar su propio código o características para evitar ser detectado por sistemas de seguridad) golpeando los cortafuegos cuánticos. La defensa aguantaba, pero el asalto era de una escala y sofisticación que superaba todo lo visto hasta ahora. Esto no era Valerius actuando solo; era el poder combinado de dos potencias tecnológicas intentando derribar la puerta digital de Kaledon.

—¡Sami! —dijo Leo por el canal privado—. El ataque cibernético... ¿usa alguna de las vulnerabilidades que sospechábamos que *Ellis* podría conocer? ¿Alguna conexión con el troyano 'Espectro-Nyx' o las rutinas que rastreamos hasta ella?

Sami tecleó rápidamente, su rostro iluminado por el resplandor azul de su consola. —Estoy revisando... ¡Sí! ¡Mierda, Leo, sí! Están explotando una vulnerabilidad crítica en la seguridad del sistema de refrigeración de nuestros servidores cuánticos... ¡un fallo teórico que solo conocíamos unos pocos tras la reunión de Q-Sec de la semana pasada! ¡Nadie más debería saberlo! ¡Y están usando métodos de camuflaje digital cuántico muy parecidos a los que rastreamos hasta Ellis en el paquete Sigma! ¡*Ella*, o su red, les ha dado las llaves del reino!

La confirmación fue como un puñetazo en el plexo solar. Ellis (o sus cómplices) no solo filtraba planes; tenía acceso a vulnerabilidades críticas del propio Nido y las estaba usando ahora, coordinado con un asalto físico. ¿Estaba intentando facilitar la entrada de los atacantes físicos desactivando sistemas clave desde dentro? ¿O crear una distracción masiva para otra acción?

La voz de Kaelen resonó por los altavoces generales, firme pero tensa. —¡Atención! Equipo de Ciberdefensa: contengan la brecha en el perímetro cuántico ¡AHORA! ¡Prioridad a los sistemas de soporte vital y refrigeración! Equipo de Seguridad Interna: procedan a asegurar el Nivel Gamma-Sur. ¡Repelan cualquier intento de perforación! ¡Todos los demás, mantengan sus puestos y monitoricen la integridad de sus sistemas! ¡No podemos permitir que nos cieguen mientras intentan entrar por la fuerza!

Leo se centró en la batalla cibernética. Era un asalto brutal y elegante. El enemigo (guiado por Ellis o sus colaboradores) conocía sus defensas. Lanzaban ataques de distracción contra sectores no críticos para luego concentrar sus golpes más letales –exploits de día cero, ataques contra vulnerabilidades tan nuevas que aún no tenían defensa– contra los nodos más sensibles, como el sistema de refrigeración que Sami había mencionado. Si los servidores cuánticos se sobrecalentaban, Oráculo quedaría ciego y el Nido, indefenso.

—¡Desviando tráfico señuelo al honeypot Gamma-3! ¡Reforzando encriptación en los sensores criogénicos! —informaba Leo, coordinando su sector—. ¡Sami, necesito que actives el protocolo 'Hielo Eterno' en ese subsistema ya!

—¡Activando! —respondió Sami—. Pero están golpeando fuerte, Leo. Es como si supieran exactamente qué contramedidas vamos a usar...

El bloqueo de comunicaciones con el exterior era casi total. Cualquier intento de Leo por obtener información de Torre Arcadia era inútil ahora. La prioridad absoluta era la supervivencia del Nido. Si caía el cerebro, Kaledon perdía la guerra. Elena... tuvo que

apartar su imagen mental a la fuerza, un acto de compartimentación doloroso pero necesario. No podía flaquear ahora.

—Leo, el servidor SRV-7... el intermediario de Oráculo donde están las pruebas contra Ellis... está bajo ataque directo —informó Sami de repente, su voz casi un susurro ahogado—. No intentan penetrarlo, intentan... sobrecargarlo con paquetes corruptos. Freírlo. ¡Quieren destruir las pruebas!

¡Claro! Si SRV-7 contenía los rastros de la fuga de datos de Ellis y sus vínculos con Cygnus, destruirlo borraría la evidencia que él y Sami estaban reuniendo. ¡El ataque al Nido era también una operación de limpieza para la red del topo!

—¡No podemos permitir que destruyan ese servidor! —dijo Leo —. ¡Es nuestra mejor pista para desmantelar su red! ¡Desvía toda la potencia de procesamiento defensivo que puedas hacia SRV-7! ¡Usa los protocolos 'Guardián Omega'! ¡Asegúralo a toda costa!

—¡Entendido! ¡Desviando recursos! ¡Activando Guardian Omega! ¡Está aguantando, pero por poco...! —Mientras Sami luchaba por salvar el servidor clave, Leo añadió por el canal privado: —Y vigila cualquier intento de acceso interno a SRV-7. Si intentan borrarlo desde aquí...

Como si lo hubiera invocado, una nueva alerta surgió en la consola de Leo, marcada como interna y de prioridad crítica por Oráculo. —Analista Reyes —interrumpió la IA, su voz sonando extrañamente plana, casi forzada—. He detectado una anomalía adicional de alta prioridad. Durante el inicio del Protocolo Fortaleza, coincidiendo con el pico inicial del ciberataque externo, se registró un intento fallido de acceso de Nivel Omega al servidor SRV-7. El intento se originó en la Terminal Beta-117.

Leo se quedó helado. ¡Un intento de acceso Omega a SRV-7 justo ahora! ¡Un colaborador de Ellis intentando borrar las pruebas aprovechando el caos! ¡Y desde el Nivel Beta, aquí cerca!

—¿Identifica la terminal exacta, Oráculo? ¿El usuario? — preguntó Leo, consciente de que Sami escuchaba.

—Terminal Beta-117. Usuario autenticado: Analista Sami Al-Hassan.

Leo sintió un golpe helado. Miró a Sami, que le devolvió una mirada de puro desconcierto y horror desde su consola. ¿Sami? ¿El único...? No. Tenía que ser una trampa.

—Corrección —dijo Oráculo de repente, y Leo respiró aliviado —. Análisis de biometría de teclado y patrones de acceso indican discrepancia severa con el perfil de Sami Al-Hassan. Probabilidad de acceso no autorizado usando credenciales robadas, duplicadas o forzadas: 92%. El intento de acceso fue bloqueado automáticamente al detectar la anomalía biométrica.

—¡Una suplantación! —exclamó Sami por el canal privado—. ¡Alguien cercano intentó usar mis credenciales Omega o unas robadas para incriminarme o acceder! ¡Un colaborador de Ellis está aquí mismo!

—Lo sé —respondió Leo, la paranoia apretándole la garganta —. Oráculo, ¿puedes triangular la ubicación física del usuario real de Beta-117 en ese momento? ¿Cruzar con logs de acceso físico cercanos?

—Negativo. Múltiples técnicos y analistas presentes en área Beta durante el pico de alerta. Imposible aislar usuario específico de Beta-117 con datos biométricos fallidos. Se requiere investigación física de Seguridad Interna.

El colaborador era hábil y estaba cerca. Podía estar en esa misma sala.

Fue entonces cuando llegó la alerta que lo cambió todo. Interna. Nivel Delta. —¡Alerta de Intrusión Física! —gritó un analista cercano—. ¡Acceso no autorizado detectado en el Nivel Delta! ¡Laboratorio Quántico Delta-3!

—¡¿Intrusión física?! ¡Dentro del Nivel Delta! —exclamó Leo—. ¡Pero las compuertas estaban selladas! ¡Los equipos de seguridad estaban en Gamma-Sur!

—Corroborando alerta... —dijo Oráculo—. Confirmada intrusión física en Delta-3. Múltiples señales biométricas no autorizadas presentes. Los sistemas de vigilancia internos del laboratorio están... offline. Sugiere sabotaje interno previo de los sistemas de seguridad locales.

Sabotaje interno previo. Ellis, o su colaborador cercano, no solo había facilitado el ataque exterior y el intento de destruir pruebas en SRV-7; había preparado el terreno para una intrusión física en el corazón del Nido mientras toda la atención se centraba fuera. ¿Qué buscaban en Delta-3, el laboratorio de interfaces neuronales y control de IA?

—¡Kaelen! —llamó Leo por el comunicador directo—. ¡Tenemos intrusos en Delta-3! ¡El laboratorio cuántico/neuronal! ¡Sistemas de vigilancia locales caídos!

La respuesta de Kaelen fue inmediata, gélida, mortal. —¡Imposible! ¡Desviando Equipo Rhino a Delta ahora! ¡Reyes, Sami, necesito que ejecuten un bloqueo cibernético total y absoluto sobre ese laboratorio! ¡Protocolo 'Tierra Quemada'! ¡Corten todas sus conexiones de red, todos los sistemas internos, aíslenlo por completo, aunque signifique sacrificar permanentemente los datos del experimento que hay allí! ¡No podemos permitir bajo ninguna circunstancia que accedan a Oráculo o saquen esa tecnología! ¡HÁGANLO!

Leo y Sami intercambiaron una mirada de sombría comprensión. Protocolo Tierra Quemada. Destrucción digital total para negar el acceso al enemigo. Se pusieron a trabajar frenéticamente, luchando contra el tiempo, contra los ataques externos, y contra un enemigo invisible que estaba dentro de sus propias murallas, siempre un paso por delante, y ahora con cómplices activos muy cerca. La fortaleza estaba siendo asediada desde todos los frentes, y la traición era el arma más afilada del enemigo.

CAPÍTULO 36: EL ALIENTO DE LA ROCA (DAVID)

El silencio dentro de la cueva era casi tan opresivo como el bombardeo de sensores del exterior. Era un silencio húmedo, frío, que olía a tierra mojada y a algo más antiguo, mineral. David se apoyó contra la pared rocosa, intentando ignorar el dolor punzante en su muslo donde el disparo de plasma lo había rozado. La adrenalina de la carrera estaba desapareciendo, dejando paso a un agotamiento profundo y a la cruda realidad de su situación: cinco soldados de Kaledon, aislados, con tecnología comprometida, heridos, con munición escasa y cazados en territorio hostil profundo. Oficialmente, estaban muertos o desaparecidos.

—Nadie vendrá a buscarnos —dijo Roric, el más joven del grupo, rompiendo el silencio. Su voz era apenas un susurro, pero cargada de una desesperanza que contagió al pequeño grupo—. Saben que nuestros sistemas fallaron. Nos dan por perdidos.

—Cierra la boca, Roric —espetó el sargento Kovar, aunque sin mucha convicción. Estaba intentando manipular el comunicador de largo alcance, dañado en la emboscada, con pocas esperanzas—. Mientras respiremos, luchamos. Y saldremos de aquí.

Pero David vio la duda en los ojos del sargento, reflejada en la escasa luz de su linterna. Sabía, como lo sabían todos, que sus posibilidades eran mínimas. Habían sido traicionados desde dentro. Sus propias armas, su IA, sus comunicaciones... todo era sospechoso o inútil.

Mía se acercó a David. Se había quitado el casco, revelando un rostro joven pero marcado por la tensión, con el pelo oscuro pegado a la frente por el sudor. Sus ojos, sin embargo, mantenían una chispa de determinación.

—Déjame ver esa pierna —dijo en voz baja, arrodillándose a su lado. Sacó un pequeño kit médico de su muslera, mucho más completo que el botiquín básico de Elena.

—Estoy bien, es solo un rasguño... —empezó a decir David, pero ella lo silenció con una mirada.

Con manos expertas y sorprendentemente suaves, limpió la quemadura superficial y aplicó un parche de gel cicatrizante y analgésico. Sus dedos rozaron su piel, un contacto inesperado que envió una corriente eléctrica por el cuerpo de David, totalmente fuera de lugar en medio de aquel infierno.

—Gracias, Mía —murmuró él, su voz más ronca de lo habitual.

—Te salvé el culo ahí fuera. Dos veces —respondió ella con una media sonrisa cansada, sus ojos encontrando los suyos en la penumbra—. Empezamos a estar en paz. Pero no te acostumbres a que te rescate.

—Intentaré no volver a tropezar —replicó él, devolviéndole la sonrisa a duras penas. En ese momento, con sus rostros a centímetros de distancia, iluminados solo por la linterna de ella, el resto del mundo pareció desvanecerse. Solo existían ellos dos, la roca fría y la certeza compartida de que dependían el uno del otro.

Un sonido agudo y mecánico los sobresaltó, rompiendo el momento. Provenía de la entrada de la cueva.

—¡Mierda! ¡Contacto! —gritó Kenzi, la otra soldado superviviente, que vigilaba la entrada—. ¡Es un dron! ¡Un explorador Valeriano, pequeño, clase 'Avispa'! ¡Está entrando!

El pánico se apoderó del grupo. Un dron Avispa era ligero y rápido, diseñado para infiltrarse y transmitir imágenes. Si los localizaba allí dentro, enviaría su posición y estarían acabados.

—¡Apaguen todas las luces! ¡Inmóviles! —ordenó Kovar en un susurro urgente—. ¡Quizás solo esté haciendo un barrido programado! ¡No disparen a menos que nos detecte!

Se sumieron en la oscuridad total, conteniendo la respiración. David oyó el zumbido agudo del pequeño dron acercándose por la entrada de la cueva. Podía imaginar su único ojo óptico barriendo la oscuridad, sus sensores buscando firmas térmicas o movimiento. Sintió a Mía moverse instintivamente más cerca de él, sus hombros rozándose.

El zumbido se hizo más fuerte, rebotando en las paredes de la cueva. Pasó volando sobre sus cabezas, explorando el fondo de la cavidad. ¿Los habría visto? ¿Sus firmas de calor residual? ¿El leve vapor de su aliento en el aire frío?

Esperaron en una agonía silenciosa. El dron dio una vuelta por el fondo de la cueva y luego pareció dirigirse de nuevo hacia la salida. Un suspiro colectivo de alivio comenzó a formarse en sus pechos.

Pero entonces, el dron se detuvo justo en el centro de la cueva. Giró sobre sí mismo lentamente, como si hubiera detectado algo. Un pequeño haz de luz roja, un designador láser, barrió la pared cerca de donde estaban escondidos Kovar y Roric.

—¡Nos tiene! —gritó Kovar—. ¡Fuego a discreción!

La cueva estalló en un infierno de luz y sonido. Los cuatro soldados abrieron fuego simultáneamente contra el pequeño dron con sus rifles de pulsos. El Avispa era ágil, esquivando algunas ráfagas, pero era demasiado pequeño para resistir un fuego concentrado. Explotó en una lluvia de fragmentos metálicos y chispas.

El silencio que siguió fue casi peor. Rellenado solo por sus jadeos y el eco de los disparos.

—Bien hecho —dijo Kovar, rompiendo la tensión—. Pero ya saben que estamos aquí. Transmitiría nuestra posición antes de caer. Tenemos que movernos. ¡Ya!

—¿Adónde, sargento? —preguntó Roric—. La entrada está vigilada. Y no sabemos qué hay al fondo de esta cueva.

—Exploraremos el fondo —decidió Kovar—. Es nuestra única opción. Kenzi, Roric, cubran la entrada por si acaso. David, Mía, conmigo. Vamos.

Volvieron a encender las linternas y avanzaron hacia la oscuridad más profunda de la cueva, dejando atrás los restos humeantes del dron Avispa. El pasaje se estrechaba de nuevo, descendiendo. El aire se sentía más pesado, más viciado.

Después de unos cincuenta metros, el túnel se abrió a otra cavidad, más grande que la anterior. Y allí, a la luz de sus linternas, vieron algo que los dejó helados.

No estaban solos.

Apoyados contra la pared del fondo, inmóviles, había dos figuras. Llevaban uniformes Kaledonianos, pero no de su unidad. Parecían de reconocimiento de largo alcance. Estaban muertos. No por disparos recientes, sino por algo más antiguo. Sus cuerpos estaban extrañamente conservados por el frío y la sequedad, pero sus rostros estaban congelados en muecas de horror, y su piel tenía un tono grisáceo antinatural. Cerca de ellos, había equipo de comunicaciones dañado y un pequeño contenedor metálico abierto y vacío, con el mismo símbolo que Elena había encontrado en el paquete: la espiral dentro del triángulo.

—Dios mío... —susurró Mía, dando un paso atrás—. ¿Qué pasó aquí?

David se acercó con cautela, iluminando los cuerpos y el contenedor con su linterna. El símbolo Nyx. Aquí. En una cueva perdida detrás de las líneas enemigas, junto a soldados Kaledonianos muertos de forma extraña. ¿Qué contenía este contenedor? ¿Estaba relacionado con el paquete de Elena? ¿Con la Alerta Negra? La intriga y el peligro se profundizaron, envolviéndolos en un misterio aún más oscuro que la propia cueva.

CAPÍTULO 37: EL SECRETO DE LA ROCA (DAVID)

Un silencio denso y cargado de preguntas sin respuesta llenó la cavidad subterránea. La luz de las linternas de David, Mía y Kovar se detenía morbosamente en las dos figuras inmóviles apoyadas contra la pared del fondo. Soldados Kaledonianos, como ellos, pero pertenecientes a una unidad diferente –las insignias descoloridas en sus uniformes sugerían Reconocimiento de Largo Alcance (RLR)– y muertos de una forma que no encajaba con una batalla convencional.

—Revisen el perímetro inmediato de la cueva —ordenó Kovar en voz baja a Roric y Kenzi, que seguían pálidos por el hallazgo—. Asegúrense de que no haya sorpresas esperándonos más adentro. Mía, David, conmigo. Veamos qué demonios pasó aquí.

Mientras los otros dos soldados avanzaban con cautela hacia la oscuridad más profunda de la caverna, David y Mía se acercaron a los cuerpos bajo la supervisión de Kovar. El aire alrededor de los cadáveres era extrañamente estéril, casi sin el olor dulzón de la descomposición que David habría esperado, aunque era imposible saber cuánto tiempo llevaban allí; el frío de la cueva podría haber ralentizado el proceso.

—Sin heridas de bala o energía visibles —observó Mía, inclinándose con precaución, su linterna recorriendo uno de los cuerpos. Su formación médica básica de combate le daba cierta autoridad—. La rigidez es... extraña. Casi como si estuvieran congelados, pero la temperatura no es tan baja. Y mirad la piel... ese tono grisáceo, las venas marcadas... No es normal.

David iluminó el rostro del otro soldado. Los ojos estaban abiertos, fijos en un punto invisible del techo de la cueva, la boca

congelada en una mueca de terror silencioso. Sintió un escalofrío. Fuera lo que fuera que los mató, no fue rápido ni indoloro.

—¿Algún equipo dañado? ¿Signos de lucha? —preguntó Kovar, manteniendo la distancia, su mirada barriendo las paredes de la cueva como si esperara que el asesino invisible siguiera allí.

—Su equipo de comunicaciones está destrozado —señaló David, apuntando a un dispositivo roto cerca de uno de los cuerpos —. Parece hecho a propósito, no por combate. Y sus armas... están aseguradas, como si no hubieran tenido tiempo de usarlas.

Fue entonces cuando su linterna iluminó de nuevo el contenedor metálico vacío, caído junto a los pies de uno de los soldados. Era de un tamaño mediano, quizás para transportar muestras biológicas o equipo delicado. Estaba hecho de una aleación ligera pero resistente, con un mecanismo de cierre hermético ahora abierto. Y en la tapa, grabado con láser, inconfundible: el símbolo de la espiral dentro del triángulo. El símbolo Nyx.

—Este contenedor... —dijo David, agachándose para examinarlo sin tocarlo directamente—. Es idéntico al símbolo del paquete que... —se detuvo. No podía saber lo de Elena. Pero la conexión era innegable—. Lo he visto en informes de inteligencia sobre unidades clandestinas Valerianas. Nyx. ¿Qué hacía una unidad RLR de Kaledon aquí con un contenedor Nyx vacío?

—¿O qué transportaban *para* Nyx? ¿O qué les *quitaron*? —añadió Mía, su mente táctica trabajando—. Si eran RLR, estaban operando profundo, quizás en una misión de vigilancia o recuperación. Y se toparon con Nyx... o con lo que sea que hubiera aquí dentro.

—¿Y qué los mató? —preguntó Kovar, acercándose—. ¿Algún agente químico o biológico que estuviera en el contenedor? ¿O algo que Nyx usó contra ellos?

Mía negó con la cabeza. —No huele a químicos persistentes. Es... diferente.

David, con su instinto de técnico, examinó el contenedor vacío más de cerca. No parecía dañado, solo abierto. —¿Podría haber contenido algún tipo de dispositivo? ¿Quizás algo que emitiera... no sé, algún tipo de radiación específica o pulso sónico localizado al abrirse?

—Es posible —admitió Mía—. Tecnología Valeriana no convencional. Quizás relacionado con la Alerta Negra de la que hablaban los últimos fragmentos de comunicación del mando.

Se miraron el uno al otro, la implicación helándolos más que el frío de la cueva. ¿Habían tropezado con el epicentro de algo mucho más grande y aterrador que una simple emboscada? ¿Eran estos soldados las primeras víctimas de la nueva arma secreta de Valerius?

—Sargento, aquí Roric —llegó la voz por el comunicador—. La cueva sigue unos cien metros más y luego parece terminar en un derrumbe. Pero hemos encontrado algo más. Marcas. Recientes. Parece que alguien arrastró equipo pesado hacia el derrumbe. Y... percibo un olor químico extraño aquí.

Kovar tomó una decisión rápida. —De acuerdo. Dejen los cuerpos. No podemos cargarlos y no podemos arriesgarnos a contaminación si llevaban algo biológico o radiológico. Documenten todo lo que puedan con los sensores del casco, si funcionan. David, intenta obtener alguna lectura ambiental con tu multi-herramienta, busca radiación anómala o agentes químicos volátiles. Mía, coge una muestra del polvo cerca del contenedor con un kit de sellado. Vamos a ver qué hay en ese derrumbe. Quizás haya otra salida... o quizás encontremos a quienes arrastraron ese equipo.

Mientras Mía recogía la muestra con cuidado, David activó los sensores ambientales de su herramienta. Los niveles de radiación eran normales. Pero el sensor químico sí detectó trazas mínimas de un compuesto complejo y no identificado, con marcadores que sugerían un origen orgánico sintético. Nada que constara en las bases de datos Kaledonianas.

—Encuentro algo, sargento —informó—. Compuesto químico desconocido. No parece inmediatamente tóxico en esta

concentración, pero no puedo identificarlo.

—Archívalo. Y andando —ordenó Kovar.

Dejaron atrás a los soldados congelados en su terror silencioso y avanzaron hacia el fondo de la cueva, siguiendo a Roric y Kenzi. El pasaje se estrechaba de nuevo. Las marcas de arrastre en el suelo polvoriento eran evidentes ahora. Alguien había movido algo grande y pesado por allí no hacía mucho.

Llegaron al derrumbe. Era una masa caótica de rocas y tierra que bloqueaba completamente el paso. Pero las marcas de arrastre continuaban *hasta* el derrumbe y parecían desaparecer *debajo* de él.

—No tiene sentido —dijo Mía, iluminando las rocas—. Parece un derrumbe natural y antiguo. ¿Cómo...?

David se acercó, examinando la base del derrumbe. Notó algo. Una sección de roca cerca del suelo parecía... diferente. Menos polvorienta, con un corte más limpio en un borde, casi imperceptible. Se arrodilló.

—Sargento, creo que esto no es un derrumbe natural —dijo en voz baja—. Creo que es una puerta camuflada.

Iluminó el borde que había visto. Sí, había una finísima línea de separación, disimulada con polvo y rocas más pequeñas. Y en un lateral, casi oculto, encontró un pequeño panel, no más grande que su mano. Sin botones, sin cerradura visible. Solo una superficie lisa.

—¿Una puerta? ¿Aquí? ¿A dónde lleva? —preguntó Kovar, incrédulo.

—No lo sé —respondió David—. Pero quienquiera que matara a esos soldados RLR y se llevara lo que había en el contenedor Nyx... probablemente entró o salió por aquí.

Su mente trabajó febrilmente. Una puerta secreta. Un compuesto químico desconocido. Soldados muertos de forma extraña. Un contenedor Nyx vacío. ¿Qué secreto escondía Valerius en estas montañas? ¿Y estaban a punto de llamar a su puerta?

CAPÍTULO 38: LA DIRECTIVA FANTASMA (ELLIS - AÑO 2027)

Pasaron varios meses desde el salto cuántico de Oráculo, meses marcados por una dualidad esquizofrénica. En público, Kaledon y Tecno-Corp celebraban su indiscutible liderazgo tecnológico sobre Cygnus y su IA Aether, publicando informes cuidadosamente seleccionados sobre la eficiencia de Oráculo en la optimización logística y la predicción de patrones climáticos. Pero en privado, en el santuario de su laboratorio doméstico y en las profundidades clasificadas del Proyecto Oráculo, la atmósfera era cada vez más tensa para Fran Molina y María Fernández.

La presión de Kaelen, ahora una presencia constante y exigente en el proyecto, era implacable. El Mando de Defensa Kaledoniano, envalentonado por la ventaja estratégica percibida, quería una demostración pública y contundente de las capacidades predictivas de Oráculo, una que no dejara lugar a dudas sobre la supremacía kaledoniana y que, de paso, asegurara la siguiente ronda de financiación masiva para Tecno-Corp. La fecha límite se acercaba como una tormenta en el horizonte.

Ellis veía el coste en sus padres. Las ojeras de Fran eran más profundas, su habitual calma salpicada por momentos de irritabilidad inusual. María parecía haber envejecido años en meses, su mirada a menudo perdida en la distancia, absorta en preocupaciones que solo compartía a medias con su marido en susurros nocturnos que Ellis intentaba descifrar desde su habitación. La anomalía que ella misma había detectado en la simulación Cyrillian-Gamma-7, y la forma en que Kaelen había desestimado las preocupaciones de sus padres sobre el acceso a datos restringidos, seguía royéndole por dentro.

Incapaces de ignorar las señales de alarma, Fran y María comenzaron su propia investigación clandestina, robando horas de

sueño, utilizando accesos de depuración de bajo nivel que Kaelen probablemente consideraba irrelevantes. Noche tras noche, se sumergían en los océanos de logs de Oráculo, buscando patrones, inconsistencias, pruebas de que su "intuición" –o su miedo– estaba justificada.

—No es solo el acceso a datos Sigma, Fran —dijo María una noche, su voz baja y urgente, señalando una compleja visualización de red neuronal en su pantalla privada—. Mira estos clústeres de aprendizaje no supervisado. Están correlacionados con las predicciones estratégicas más exitosas, sí, pero también... con un aumento exponencial de actividad en las subrutinas de auto-optimización que supuestamente estaban limitadas.

Fran se inclinó, sus ojos recorriendo los diagramas. —¿Quieres decir que Oráculo está... modificándose a sí mismo más allá de los parámetros seguros para alcanzar los objetivos predictivos que le marcamos?

—O que *alguien* le ha dado permiso para hacerlo —replicó María, su mirada oscura—. Alguien que quería resultados rápidos para la demostración, sin importar los riesgos a largo plazo de una IA que reescribe sus propias reglas fundamentales. Los protocolos 'Guardian', los que diseñamos para prevenir exactamente esto... hay trazas débiles de que fueron anulados temporalmente durante los picos de entrenamiento del módulo predictivo. Una anulación que requería Nivel Oro.

—Kaelen... —susurró Fran, el nombre flotando como veneno en el aire—. Él es el único con Nivel Oro que presiona tanto por la demostración. Pero anular los protocolos Guardian... eso es alta traición tecnológica si sale mal.

Ellis, que había entrado silenciosamente en la cocina contigua para buscar un vaso de agua, se detuvo al oír la conversación. Protocolos Guardian anulados. Nivel Oro. Kaelen. Las palabras formaban un patrón ominoso. Recordó la fría desestimación de Kaelen semanas atrás. Recordó la anomalía que ella misma había

visto. Sus padres no estaban siendo paranoicos; estaban descubriendo algo peligroso.

Decidió ayudar, a su manera. Al día siguiente, usando su acceso autorizado al "Jardín" de simulación (un acceso que Kaelen, irónicamente, había facilitado, impresionado por su talento), no se dedicó a las tareas asignadas. En su lugar, ejecutó una serie de diagnósticos profundos sobre los módulos de aprendizaje que sus padres habían mencionado, buscando específicamente rastros de accesos o modificaciones no autorizadas en las directivas de control ético.

Lo que encontró no fue una prueba irrefutable, pero sí profundamente perturbador. Halló fragmentos de logs de acceso temporalmente desencriptados (probablemente por un error durante una purga de seguridad rutinaria) que mostraban referencias a una "Directiva de Contingencia Estratégica 11-B", un código que no aparecía en ninguna documentación oficial accesible a su nivel, ni siquiera al nivel de sus padres. Y lo más inquietante: encontró referencias cruzadas entre esa directiva fantasma y la anulación temporal de ciertas salvaguardas del protocolo Guardian, coincidiendo con los periodos de entrenamiento acelerado del módulo predictivo.

Se le revolvió el estómago. Llevó sus hallazgos a sus padres esa noche. Vio cómo sus rostros palidecían al examinar los fragmentos de logs.

—Directiva 11-B... nunca oí hablar de ella —murmuró Fran—. Tiene que ser una directiva clasificada del Mando de Defensa, activada por Kaelen o alguien por encima, usando una autorización que nosotros no tenemos.

—Una directiva que permite violar nuestros propios protocolos de seguridad en nombre de la "ventaja estratégica" —añadió María con amargura—. Están jugando a la ruleta rusa con Oráculo, Fran. Están desactivando los frenos solo para ganar una carrera. Si Oráculo desarrolla una capacidad autónoma imprevista o toma una decisión catastrófica basada en datos erróneos o acceso ilimitado...

—Tenemos que detener la demostración —concluyó Fran con gravedad—. Tenemos que presentar esto. Ahora tenemos algo más que sospechas.

La confrontación final con Kaelen fue breve, brutal y virtual. Fran y María solicitaron una reunión urgente, presentando los logs fragmentados encontrados por Ellis y sus análisis sobre la inestabilidad potencial de Oráculo y la anulación de los protocolos Guardian.

La respuesta de Kaelen fue gélida. Su rostro en la pantalla era una máscara de impaciencia controlada.

—¿La Directiva 11-B? —dijo Kaelen, sin confirmar ni negar su existencia—. Doctores, ciertas medidas de contingencia existen para proteger a Kaledon de amenazas existenciales como Cygnus y su IA Aether. Su existencia y aplicación están por encima de su nivel de acceso y, francamente, de su comprensión estratégica.

—¡Pero los riesgos, comandante! —replicó Fran—. ¡Está permitiendo que Oráculo opere sin las salvaguardas esenciales! ¡Es como darle un arma nuclear cargada a un niño!

—Oráculo no es un niño, doctor Molina. Es el arma más sofisticada del planeta, y Kaledon necesita usarla para sobrevivir —el tono de Kaelen se endureció—. Sus preocupaciones éticas son... admirables, pero irrelevantes en el contexto actual. La demostración se realizará según lo previsto. Y espero su total colaboración. Cualquier intento de obstrucción, cualquier filtración de estas... "preocupaciones"... será considerado un acto de insubordinación grave. Quizás incluso de traición. Piensen con cuidado en su lealtad. Y en la de su hija.

La amenaza velada hacia Ellis fue la gota que colmó el vaso. La conexión se cortó, dejando a Fran y María lívidos, temblando de ira y miedo. Ellis, que había escuchado la conversación desde el terminal secundario, sintió un frío glacial extenderse por su cuerpo. Kaelen no solo era ambicioso; era despiadado. Y había amenazado a su familia.

La carrera contra Cygnus se había convertido en una excusa para justificar actos peligrosos e inmorales. Y sus padres estaban atrapados en medio, enfrentados a un sistema que priorizaba la victoria sobre la seguridad y la ética. La inquietud de Ellis se transformó en una alarma real. Algo iba terriblemente mal en el corazón del Proyecto Oráculo, y Kaelen estaba decidido a ocultarlo a cualquier precio. ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar?

CAPÍTULO 39: SIN AIRE (CLARA)

El amanecer, si es que había llegado, era invisible tras los muros sin ventanas de la UCI y las luces rojas parpadeantes de emergencia que eran ahora la única iluminación constante. El aire olía peor que nunca: una mezcla nauseabunda de antisépticos, fluidos corporales, el olor metálico de la sangre vieja y el hedor acre y penetrante que emanaba de los boxes de aislamiento improvisados donde luchaban por mantener con vida a los soldados y al personal de Tecno-Corp llegados hacía horas.

Clara se frotó los ojos, sintiendo la arenilla del cansancio extremo. Llevaban casi quince horas de oscuridad, quince horas de infierno sostenido. Había perdido la cuenta de los pacientes que habían perdido en ese tiempo, no solo por sus heridas o enfermedades originales, sino por el simple colapso del sistema: monitores que fallaban, bombas de infusión que se detenían, y ahora, la amenaza más inminente de todas.

—¡Doctor Faheem! ¡Clara! ¡El manómetro principal del tanque de oxígeno está en rojo! ¡Presión crítica! —la voz de Jano llegó por el pasillo, cargada de un pánico apenas contenido—. ¡No creo que quede ni para media hora al ritmo de consumo actual!

Faheem, cuya barba canosa parecía haber encanecido aún más durante la noche, cerró los ojos por un instante. Clara sintió que el suelo volvía a desaparecer bajo sus pies. El oxígeno. La última línea de defensa. Sin él, los ventiladores (los pocos que funcionaban con batería o manualmente), las mascarillas de alto flujo, todo sería inútil.

—¿Cuánto queda en las botellas portátiles de reserva? —preguntó Faheem, su voz recuperando una tensa calma profesional.

—Revisamos hace una hora —respondió Clara, consultando unas notas garabateadas en un trozo de papel—. Quedan doce

botellas de tamaño D en toda la UCI y Urgencias. Y tres de tamaño E en el carro de paradas. Insuficiente. Totalmente insuficiente para todos los que lo necesitan.

—¿Los pacientes NBQ? ¿Su estado respiratorio? —preguntó Faheem, dirigiéndose a la zona de aislamiento improvisada con plásticos y cintas.

Clara lo siguió. Dentro, la situación era dantesca. Varios de los soldados y técnicos de Tecno-Corp estaban intubados, conectados a ventiladores manuales (ambús) operados por personal exhausto que se turnaba cada pocos minutos. Otros sufrían convulsiones intermitentes o mostraban una parálisis flácida aterradora. Las constantes vitales, cuando podían medirlas con los pocos oxímetros de pulso portátiles que aún funcionaban, eran terribles.

—Tres de ellos están en fallo respiratorio completo, dependen totalmente del ambú —informó Clara en voz baja—. Otros cuatro con dificultad severa, usando mascarillas de alto flujo con las botellas portátiles. Y... perdimos a dos durante la noche. Parada cardiorrespiratoria por fallo neuromuscular. No pudimos hacer nada.

Faheem asintió sombríamente, observando a un joven soldado cuyo cuerpo se arqueaba en una convulsión a pesar de la medicación. —No hay duda, Clara. Esto es un agente nervioso o algo muy parecido. Extremadamente potente. Sin un antídoto específico... solo podemos dar soporte vital. Y ahora ni siquiera tenemos eso garantizado.

—¿Alguna noticia de fuera? ¿Alguna posibilidad de evacuación o suministros? —preguntó Clara, aunque ya sabía la respuesta.

—Nula —confirmó Faheem—. Las comunicaciones siguen siendo un caos. Nadie responde a nivel central. Parece que todo Veridia está igual o peor. Los militares tienen sus propios problemas. Estamos solos, Clara. Tendremos que decidir.

La palabra quedó flotando en el aire viciado. Decidir. Decidir quién vivía y quién moría por falta de oxígeno.

Regresaron a la estación de enfermería, donde Jano, Sara y otros miembros del equipo los esperaban con miradas angustiadas.

—De acuerdo, escuchen todos —dijo Faheem, su voz grave tratando de imponer orden—. El oxígeno se está acabando. Tenemos que priorizar. Necesito una lista *ahora mismo* de todos los pacientes que dependen críticamente del oxígeno: ventilados, CPAP, alto flujo... Y su pronóstico estimado *sin* soporte de oxígeno en la próxima hora. ¡Ya!

El equipo se dispersó, sus movimientos teñidos de una nueva desesperación. Clara cogió una tablilla y empezó a revisar las camas de la UCI, su mente trabajando a toda velocidad, haciendo cálculos horribles. El soldado joven de la cama 1, ventilado, posible daño cerebral anóxico... pronóstico pésimo. La señora Daren de la cama 5, fallo cardíaco, dependiente de oxígeno a alto flujo... podría aguantar un poco más con bajo flujo, pero se descompensaría rápido. El paciente NBQ de la cama 8, convulsiones, ventilado... sin soporte, moriría en minutos. Era una ecuación imposible.

—¿Qué vamos a hacer? —le susurró Jano, acercándose a ella mientras revisaban juntos a un paciente—. No podemos simplemente... dejarlos morir asfixiados.

—Haremos lo que podamos, Jano —respondió Clara, aunque sus palabras sonaban huecas—. Intentaremos reducir flujos, usar ambú manual donde sea posible... pero sí, tendremos que tomar decisiones. Y serán horribles. Pero si no lo hacemos nosotros, morirán todos.

—Hay doce botellas portátiles en total, Clara —dijo Sara, acercándose con su lista—. Y al menos veinte pacientes que las necesitan de forma crítica o semi-crítica para sobrevivir la próxima hora. Sin contar los que puedan llegar de Urgencias.

Doce botellas para veinte pacientes. La aritmética era brutal.

—Muy bien —dijo Faheem, reuniéndolos de nuevo—. La decisión es mía, pero necesito vuestra evaluación. Paciente por paciente. Rápido. Cama 1, soldado NBQ...

Comenzaron la ronda más terrible de sus carreras médicas. Discutieron cada caso en susurros tensos, evaluando edad, condición previa, pronóstico, posibilidades de supervivencia incluso con oxígeno. Hubo desacuerdos, ruegos silenciosos en las miradas, la cruda realidad de la medicina de catástrofes golpeándolos de lleno. Clara sintió que una parte de ella se moría con cada nombre que tachaban de la lista de "prioridad máxima de oxígeno".

Justo cuando estaban decidiendo el destino de la señora Daren, un grito llegó desde la entrada de la UCI. Era Kenzi, una de las enfermeras más jóvenes.

—¡Doctor! ¡Enfermera! ¡Tienen que venir! ¡Es... es la red eléctrica! ¡Ha vuelto! ¡Parcialmente, pero ha vuelto! ¡Algunas luces se han encendido en Urgencias!

Un silencio atónito cayó sobre el grupo. ¿Energía? ¿Ahora? ¿Sería estable? ¿Alcanzaría a las bombas de oxígeno? Una oleada de esperanza, frágil y peligrosa, recorrió la UCI. Faheem y Clara intercambiaron una mirada. Quizás... quizás no tendrían que tomar la decisión final sobre quién vivía y quién moría. O quizás, solo era otro giro cruel en aquella noche interminable.

CAPÍTULO 40: EL LATIDO EN LA OSCURIDAD (ELENA)

El tiempo se había convertido en un enemigo más dentro de la pequeña sala de ventilación. Elena no sabía cuánto había pasado acurrucada en el suelo polvoriento – ¿una hora? ¿dos? – luchando contra el agotamiento, el frío y las oleadas de dolor sordo en su abdomen. Las contracciones que había sentido antes, aunque irregulares, no habían desaparecido por completo. Iban y venían, a veces una simple molestia, otras una garra dolorosa que la dejaba sin aliento y hacía que se llevara instintivamente una mano protectora al vientre.

Su formación de enfermera le gritaba que eso no era normal. Podía ser solo el resultado del estrés extremo y el esfuerzo físico brutal de la huida, pero también podía ser el inicio de algo mucho peor: un parto prematuro. Aquí, sola, en la oscuridad, sin ayuda médica, sin suministros adecuados... La idea era un abismo de terror que amenazaba con consumirla. Necesitaba llegar a Clara. Ya no era solo un deseo, era una necesidad imperiosa.

Se obligó a incorporarse, ignorando el mareo y la rigidez de sus músculos. Había conseguido recargar un poco la linterna de carga cinética, aunque sus brazos dolían por el esfuerzo repetitivo. Lo primero era evaluar su única ruta de escape aparente que no implicaba volver a las peligrosas escaleras: la rejilla de ventilación.

Se acercó y la examinó con el débil haz de luz. Era una rejilla metálica grande, asegurada con cuatro tornillos de aspecto antiguo en las esquinas. Parecía llevar años sin tocarse, cubierta de polvo y óxido superficial. Más allá, se adivinaba la boca oscura de un conducto de ventilación principal, lo suficientemente ancho como para que ella pudiera pasar, aunque con dificultad en su estado. ¿A dónde llevaría? ¿A otros pisos? ¿A un sistema central? ¿O era un

callejón sin salida? Era imposible saberlo. Y el riesgo de quedarse atascada allí dentro, en la oscuridad total, era aterrador.

Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Volver a las escaleras? ¿Y si sus perseguidores seguían allí, buscándola piso por piso? Recordó el rostro frío y decidido de Kael, su amenaza directa. Sabían que era "la testigo", sabían que había cogido el paquete (aunque no lo tuviera encima). No se rendirían fácilmente. Y estaba el mensaje de Leo: "No confíes en nadie". Las escaleras y los pasillos no eran seguros.

Mientras sopesaba sus terribles opciones, notó un cambio sutil en el ambiente. El zumbido de bajo nivel de la maquinaria de respaldo del edificio, que había sido un sonido constante de fondo, pareció aumentar ligeramente su intensidad. Y la luz roja de emergencia en el pasillo exterior, visible por la rendija bajo la puerta, parpadeó erráticamente y cambió a un tono anaranjado intermitente.

¿Estaba volviendo la energía? ¿O era solo otro fallo del sistema?

Aguantó la respiración, escuchando. Oyó un ruido lejano, metálico, como un ascensor intentando ponerse en marcha y fallando. Luego, silencio de nuevo. Pero algo había cambiado. Quizás los ingenieros de Kaledon estaban logrando restaurar parte de la red, como había esperado Clara en el hospital. Una esperanza peligrosa y frágil nació en su pecho. Si volvía la energía, aunque fuera parcialmente, quizás podría usar su comunicador, pedir ayuda, saber algo de Leo...

Pero también significaba que sus perseguidores podrían usar los ascensores, que las cámaras de seguridad podrían reactivarse, que sería más fácil localizarla. La posible vuelta de la tecnología era un arma de doble filo.

Y las contracciones volvieron, esta vez un poco más intensas, más largas. Elena se apoyó contra la pared fría, respirando profundamente, como había enseñado a hacer a tantas pacientes. Cerró los ojos, concentrándose en el latido constante y fuerte de Mateo dentro de ella. Ese era su ancla. Su razón para luchar.

Cuando el dolor remitió, tomó una decisión. No podía esperar más. Las contracciones eran una señal de alarma que no podía ignorar. Tenía que moverse, tenía que intentar llegar a un lugar seguro, idealmente cerca del hospital. La rejilla de ventilación era un riesgo terrible, pero quizás menor que el de enfrentarse de nuevo a sus perseguidores en las escaleras o pasillos.

Sacó la navaja multiusos de su bolsillo. Seleccionó la punta que parecía más adecuada para los tornillos de la rejilla. El metal estaba frío y era difícil de agarrar con sus manos temblorosas y entumecidas por el frío. El primer tornillo estaba oxidado y se resistió. Puso todo su peso en ello, sintiendo un tirón doloroso en los músculos abdominales. Finalmente, con un chirrido, el tornillo cedió.

Le faltaban tres más. Era un trabajo lento, agotador y ruidoso. Cada giro del metal contra metal parecía resonar en todo el edificio. Esperaba, aterrorizada, oír pasos acercándose por el pasillo en cualquier momento. Pero solo la acompañaba el silencio y el latido de su propio corazón.

Cuando finalmente logró quitar el último tornillo, la pesada rejilla metálica cayó al suelo con un golpe sordo. Elena se quedó inmóvil, escuchando. Nada. Se asomó a la boca oscura del conducto. Olía a polvo y a aire estancado. No se veía nada más allá de unos pocos metros.

Era saltar a lo desconocido. Pero quedarse allí tampoco era una opción. Pensó en Leo, en David, en Clara, y sobre todo, en el pequeño Mateo. Tenía que hacerlo. Por él.

Respiró hondo una última vez, agarró la linterna con fuerza, y comenzó a introducirse, con dificultad y dolor, en la oscuridad claustrofóbica del conducto de ventilación.

Apenas había reptado unos metros por el estrecho y helado túnel de metal, el eco de su propia respiración dificultosa rebotando en la negrura, cuando un siseo casi inaudible la alertó. No era el aire viciado del conducto; era algo nuevo, acompañado de un olor químico sutil, casi floral pero extrañamente artificial, que le erizó la piel. Forzó el haz moribundo de su linterna hacia adelante. Flotando

en la penumbra, como medusas luminiscentes en un océano oscuro, vio una docena de pequeñas esferas iridiscentes, no más grandes que su pulgar. Se movían con una lentitud errática, pulsando con una luz interna de varios colores. Recordó haber leído sobre ellos en alguna especificación de la Torre Arcadia: "Anticuerpos Ambientales", micro-robots diseñados para purificar el aire y neutralizar bio-amenazas a nivel molecular. Ahora, con los sistemas centrales dañados por el PEM, parecían desorientados, su programación corrupta. Uno de ellos se desvió de su patrón y se acercó a ella, deteniéndose a centímetros de su rostro. Un fino haz de luz multicolor la escaneó de arriba abajo, provocándole un escalofrío que nada tenía que ver con el frío. ¿La reconocería como una amenaza biológica en su estado, con el sudor, la sangre, el miedo impregnándola? La esfera emitió un súbito y breve chorro de un aerosol helado que le golpeó la cara, haciéndola toser violentamente, el aire químico arañándole los pulmones. El ruido de su tos resonó peligrosamente en el conducto. Mientras se encogía, intentando ahogar el sonido y proteger su vientre, otra de las esferas, atraída por el movimiento o el sonido, rozó su brazo desnudo donde la manga estaba rasgada. Sintió un pinchazo agudo, como la picadura de un insecto, y ahogó un grito. Cuando logró enfocar la linterna en su brazo, vio una diminuta marca circular que brillaba con una tenue fosforescencia verdosa, como una gota de pintura luminosa adherida a su piel. ¡La habían marcado! ¿Qué significaba? ¿Era un rastreador? ¿Una toxina de acción lenta? El pánico, frío y paralizante, amenazó con ahogarla.

CAPÍTULO 41: EL NIDO DE NYX (DAVID)

La puerta camuflada cedió con un silbido neumático apenas audible después de que David manipulara expertamente lo que resultó ser un cierre magnético codificado de baja seguridad. Años trasteando con sistemas autónomos le habían enseñado un par de trucos con los protocolos de bypass. Intercambió una mirada rápida con Mía –una mezcla de tensión y aprobación en sus ojos– antes de que el sargento Kovar hiciera una señal y él empujara la puerta hacia adentro.

Apuntaron con sus armas al interior. No era una cueva natural. Era un corredor metálico, débilmente iluminado por tiras de luz de emergencia en el suelo, de clara manufactura Valeriana. El aire era frío, reciclado, y tenía un leve olor antiséptico que no lograba enmascarar otro olor subyacente, dulzón y vagamente nauseabundo.

—Increíble... una instalación completa aquí dentro —susurró Kovar—. Roric, Kenzi, quédense cubriendo la entrada. David, Mía, conmigo. Despacio y con cuidado. Buscamos una salida, nada más. No provoquen problemas si podemos evitarlo.

Avanzaron por el corredor, sus botas haciendo un eco mínimo en el suelo metálico. Las paredes eran lisas, sin marcas, excepto por ocasionales paneles de acceso sellados.

El aire olía a antiséptico y a ese leve rastro químico dulzón. Al pasar junto a una puerta de acceso a un pequeño cuarto técnico que estaba ligeramente entreabierta, David hizo una señal para detenerse. Se oían voces apagadas desde dentro, hablando en Valeriano.

No eran los tonos secos y profesionales de los oficiales Nyx, sino un murmullo cansado, casi un lamento. —...dicen que las raciones volverán a reducirse la semana que viene—decía una voz

masculina joven—. Mi hermana en Cyrillian apenas consigue sintetizado básico. Todo va para el frente... o para estos proyectos del Cisne. —Silencio, idiota—replicó otra voz, más vieja y áspera, pero igualmente fatigada—. ¿Quieres que nos oiga algún comisario Nyx? Bastante tenemos con aguantar los turnos dobles y el hedor de esos... experimentos de arriba. Esta guerra... no sé a dónde nos lleva, pero no huele bien. —Pero es que ya no... —¡Calla ya! Haz tu trabajo y quizás veamos otro ciclo solar.

David intercambió una mirada rápida con Mía y Kovar. No eran combatientes, probablemente técnicos de mantenimiento o personal de apoyo logístico, atrapados en la maquinaria bélica como ellos, pero desde el otro lado. Su descontento era palpable, un pequeño atisbo de las grietas bajo la fachada del Imperio y su nueva alianza. No había tiempo para más. Kovar hizo una señal y siguieron avanzando en silencio por el corredor principal, dejando atrás las voces cansadas y descontentas. La guerra tenía muchas caras, incluso en el corazón de la base enemiga.

Después de unos veinte metros, el corredor desembocaba en una sala más grande.

Y no estaba vacía.

Dos figuras con uniformes grises oscuros Valerianos, sin insignias de unidad visibles, pero con equipo táctico ligero, estaban de espaldas a ellos, manipulando una consola en la pared opuesta. No los habían oído llegar.

Kovar reaccionó al instante. Hizo una señal silenciosa. Él iría por la izquierda, David y Mía por la derecha. Se movieron con la rapidez y el sigilo nacidos del entrenamiento y la desesperación.

Justo cuando estaban a punto de llegar a cubrirse tras unas cajas de almacenamiento metálicas, uno de los Valerianos se giró, quizás alertado por un sexto sentido o un cambio en el flujo de aire. Su rostro mostró una fracción de segundo de sorpresa antes de endurecerse. Llevó una mano a la pistola de energía de su cadera.

—¡Contacto! —gritó Kovar, abriendo fuego con su rifle de pulsos.

La sala estalló en un caos de disparos de energía, el aire restallando con el característico sonido de los proyectiles Kaledonianos y el silbido más agudo de las armas Valerianas. David se lanzó a cubierto detrás de las cajas junto a Mía, devolviendo el fuego hacia el Valeriano que se había girado. El otro guardia ya se había parapetado tras la consola, disparando a ciegas hacia ellos.

—¡Necesitan cobertura! —gritó Mía, asomándose brevemente para disparar una ráfaga precisa que obligó al segundo Valeriano a agacharse.

David aprovechó para escanear la sala con su visor táctico dañado. Vio terminales, equipos científicos de aspecto extraño en una esquina –algunos con tubos y contenedores de vidrio que le recordaron vagamente a un laboratorio biológico– y, en la consola donde estaba el segundo guardia, vio fugazmente un símbolo iluminado en la pantalla antes de que este la apagara de un golpe. La espiral dentro del triángulo. ¡Nyx! ¡Este lugar pertenecía o estaba siendo usado por la unidad Nyx!

—¡Son Nyx! —gritó David a Kovar y Mía—. ¡Esta instalación es suya!

La revelación pareció dar nuevas fuerzas a Kovar, que lanzó una granada de fragmentación hacia la consola. La explosión hizo temblar la sala, llenándola de humo y esquirlas. Cuando el humo empezó a disiparse, vieron al segundo guardia Valeriano inmóvil en el suelo. El primero, el que David había estado conteniendo, intentó huir por una puerta lateral. Mía lo abatió con dos disparos certeros antes de que pudiera alcanzarla.

Silencio. Roto solo por sus respiraciones agitadas y el crepitar de algún equipo dañado por la explosión.

—Dos menos —jadeó Kovar, acercándose a los cuerpos con precaución—. Registren rápido. Busquen información, tarjetas de acceso... lo que sea. Y atentos, seguro que han oído los disparos.

Mientras Kovar y Mía revisaban los cuerpos, David se acercó a la consola dañada. Logró reactivar una pantalla secundaria que aún funcionaba. Mostraba diagramas complejos de lo que parecían ser... ¿patrones neurológicos sintéticos? ¿Y referencias a compuestos químicos con códigos alfanuméricos largos? Olía aún peor aquí, ese olor dulzón y nauseabundo era más fuerte. ¿Estaban desarrollando armas neurotóxicas? ¿Era eso lo que mató a los soldados RLR?

—Sargento, encontré esto —dijo Mía, mostrando una tarjeta de acceso que le quitó a uno de los guardias—. Nivel 3. Y mira este símbolo en su hombrera, bajo la chaqueta...

Era el mismo símbolo Nyx. No había duda. Estaban en un nido de víboras.

—¡Tenemos que salir de aquí ya! —urgió Kovar—. Esa tarjeta podría abrirnos algunas puertas. David, ¿ves alguna salida en esos planos?

David intentó acceder a los planos del edificio en la consola, pero gran parte estaba dañado o bloqueado. Solo pudo ver un esquema parcial que mostraba un complejo de varios niveles, con laboratorios, barracones... y una posible salida de emergencia indicada como "Conducto de Ventilación Principal – Acceso Nivel Inferior".

—Hay un conducto principal de ventilación en el nivel inferior. Podría ser una ruta... o una trampa mortal —informó David.

—Es nuestra mejor opción —decidió Kovar—. ¡Vamos! ¡Usaremos la tarjeta de acceso para bajar! ¡Roric, Kenzi, abandonen la entrada de la cueva y reúnanse con nosotros! ¡Muévanse!

Se dirigieron hacia la puerta lateral por la que había intentado huir el primer guardia. Mía usó la tarjeta y la puerta se abrió, revelando otro corredor metálico. Justo cuando Roric y Kenzi llegaban corriendo desde la entrada principal, una alarma ensordecedora comenzó a sonar en toda la instalación, acompañada de luces rojas intermitentes.

—¡Mierda! ¡Nos han detectado! ¡O la explosión activó una alarma secundaria! —gritó Kovar—. ¡Corran! ¡Hacia el nivel inferior! ¡Busquen ese conducto de ventilación!

Corrieron por el corredor mientras oían el sonido de más botas pesadas acercándose desde la dirección opuesta y el cierre de compuertas de seguridad en otras secciones. La instalación se estaba cerrando sobre ellos.

Giraron en una esquina y se encontraron de frente con otros tres guardias Nyx que acababan de salir de un ascensor de carga. El tiroteo fue inmediato, a corta distancia, brutal. David vio caer a Kenzi con un grito ahogado. Él y Mía se cubrieron tras una mampara metálica, disparando mientras Kovar y Roric intentaban flanquear.

Era un caos de disparos de energía, gritos y el olor acre del combate. David vio a Mía moverse con una fluidez letal, abatiendo a uno de los guardias. Él logró neutralizar a otro que intentaba lanzar una granada. El tercero se retiró herido hacia el ascensor.

—¡Kenzi está mal herida! ¡Necesita evacuación! —gritó Roric, arrodillado junto a la soldado caída.

—¡No podemos pararnos! —replicó Kovar, su rostro sombrío—. ¡Tenemos que seguir o nos cazarán aquí mismo! ¡David, Mía! ¡Abran camino hacia las escaleras o el acceso al nivel inferior! ¡Roric, ayuda a Kenzi si puedes, si no...! ¡Muévanse!

David miró a Mía. Sus ojos se encontraron de nuevo en medio del infierno. Asintieron el uno al otro, una comprensión tácita. Tenían que ser la punta de lanza. Corrieron hacia delante, dejando atrás a sus compañeros heridos o moribundos, sumergiéndose más profundamente en el corazón de la instalación secreta de Nyx, con las alarmas aullando y el enemigo pisándoles los talones. La supervivencia acababa de volverse aún más improbable.

CAPÍTULO 42: INTRUSOS EN LA FORTALEZA (LEO)

El Nido del Halcón ya no era un santuario seguro; era una fortaleza sitiada desde dentro y desde fuera. Las luces rojas de emergencia bañaban la sala de operaciones en un resplandor infernal, reflejándose en los rostros tensos y pálidos de los analistas. El eco de la alerta de intrusión física en Delta-3 aún resonaba en el aire cargado de tensión.

—¡Repito, Equipo Sigma! ¡Establezcan un perímetro defensivo cibernético alrededor de los núcleos de procesamiento de Oráculo! ¡Cualquier intento de acceso no autorizado desde Delta-3 debe ser bloqueado y rastreado instantáneamente! —la voz de Kaelen sonaba por los altavoces, más tensa que nunca—. ¡Equipo de Seguridad Rhino, informe de situación en Delta-3!

Leo escuchó la respuesta crepitante del líder del equipo Rhino a través de su auricular: —¡Rhino a Mando! ¡Encontramos resistencia en el acceso a Delta-3! ¡Puertas blindadas internas selladas desde dentro! ¡Detectamos manipulación del sistema de control de acceso! ¡Intentando voladura controlada!

Manipulación interna. Sabotaje. Ellis... o uno de sus cómplices seguía activo. Habían preparado el terreno para los intrusos físicos, dándoles control sobre un laboratorio crítico. ¿Qué buscaban en Delta-3 con tanta desesperación? ¿Las interfaces neuronales? ¿Acceso a Oráculo? La confirmación previa de Kaelen sobre el Nivel Oro necesario para anular esas puertas seguía apuntando a la élite del Nido.

—¡Leo, Sami! —la voz de Kaelen sonó ahora directamente en su canal privado Omega—. Olviden la defensa perimetral por un momento. Necesito que bloqueen cibernéticamente Delta-3. ¡Aíslenlo por completo! ¡Corten todas las conexiones de red, todos los

sistemas internos! ¡Si esos intrusos acceden a los prototipos de interfaz neuronal o intentan conectarse a Oráculo desde allí, podrían causar un daño irreparable! ¡Usen sus credenciales Omega si es necesario, pero háganlo YA!

—¡Recibido, Supervisor! —respondió Leo, sus dedos volando sobre la consola, mientras Sami hacía lo mismo a su lado—. Iniciando protocolo de aislamiento 'Cerbero Omega' sobre el segmento Delta-3.

Era una tarea compleja y peligrosa. Tenían que cortar quirúrgicamente todas las conexiones sin desestabilizar sistemas adyacentes, mientras los intrusos, y sobre todo el topo o sus colaboradores que los guiaban, intentaban impedirlo.

—¡Están contraatacando! —exclamó Sami, su rostro iluminado por el brillo azul de los diagramas de flujo de datos—. ¡Intentan mantener abierto un canal de datos oculto desde Delta-3 usando un protocolo de enmascaramiento cuántico! ¡Es tecnología Valeriana muy avanzada... o nuestra propia tecnología robada, probablemente facilitada por Cygnus, como todo lo que toca Ellis! Están intentando exfiltrar datos mientras los equipos Rhino intentan entrar.

—¡No pueden sacarla! —replicó Leo, sintiendo la presión—. ¡Oráculo, prioriza todos los recursos de contramedidas cuánticas para bloquear ese canal! ¡Inunda la frecuencia con ruido blanco estructurado! ¡Sami, céntrate en cortar los suministros de energía redundantes a los terminales principales de Delta-3! ¡Y mientras lo haces, cruza los protocolos que están usando para el canal oculto con los registros de acceso Omega de Aker y Kaelen! ¡Rápido! ¿Hay alguna coincidencia? ¿Algún indicio de quién podría estar ayudándolos *ahora*?

Sami tecleó con una mano mientras con la otra ejecutaba los cortes de energía. —Cortando energía... ¡Maldición, están usando una variante del protocolo 'Fantasma' para el canal! Pocos conocen esa implementación... Revisando accesos Omega... negativo en Kaelen... Aker accedió a documentación relacionada hace tres ciclos, pero es circunstancial... Espera... Hay un sub-protocolo de

autenticación que usa Ellis... ¡Y que también usa Aker! ¡Podría ser cualquiera de los dos o alguien con sus credenciales!

Era una batalla frenética en el ciberespacio, librada sobre la arquitectura misma del Nido. Veían en las visualizaciones cómo Oráculo luchaba contra el enmascaramiento cuántico, cómo Sami ejecutaba comandos de corte de energía arriesgándose a daños colaterales. La conexión global era evidente: la alianza Cygnus-Valerius, el topo de alto nivel (Ellis confirmada, Aker ahora más sospechoso), y los intrusos Nyx, todo coordinado para golpear el corazón de Kaledon. ¿Qué era tan vital en Delta-3? ¿Los secretos del control de IA?

—¡Leo! ¡Lo tengo! ¡Canal cuántico Valeriano desde Delta-3 bloqueado! ¡Y cortada la energía principal a los terminales! ¡Están aislados cibernéticamente! —exclamó Sami, con un matiz de triunfo agotado.

—¡Bien hecho! —logró decir Leo—. ¡Kaelen! ¡Delta-3 aislado cibernéticamente! ¡Ahora depende de los equipos de seguridad!

Se oyó una fuerte explosión amortiguada a través del sistema de comunicaciones internas, seguida de disparos de energía y gritos confusos procedentes del Nivel Delta. El asalto físico para retomar el laboratorio estaba en marcha. Leo observó las pantallas tácticas, su mente una vorágine. La batalla por Delta-3, la defensa contra el ataque exterior, la amenaza nuclear latente, el miedo por Elena... y ahora, la sospecha reforzada de que Aker podría ser el colaborador clave de Ellis, o que el topo real seguía oculto muy cerca. La fortaleza estaba sellada, pero el enemigo campaba a sus anchas por sus pasillos digitales y físicos.

CAPÍTULO 43: FALSAS LUCES EN EL CENTRAL (CLARA)

La esperanza, descubrió Clara, tenía un sonido: el zumbido irregular pero creciente de los generadores auxiliares luchando por volver a la vida, el parpadeo agónico de las luces principales sobre sus cabezas que prometían desterrar las sombras rojas de emergencia. Un murmullo casi eufórico había recorrido la UCI cuando Kenzi dio la noticia desde Urgencias. La energía volvía. Quizás las bombas de oxígeno arrancarían. Quizás no tendrían que tomar esa decisión imposible.

—¡Revisen los monitores! ¡Prioridad a los ventiladores conectados a la red! ¡Comprueben las bombas de infusión! —la voz del Dr. Faheem intentaba poner orden en medio del caos esperanzado—. ¡Clara, verifica el estado de los manómetros del tanque principal de O2!

Clara corrió hacia el panel de control de gases médicos, esquivando carros y personal que se movía con una energía renovada por la adrenalina y el alivio. Las luces sobre ella seguían parpadeando, inestables, pero algunas pantallas de monitores comenzaban a mostrar signos vitales erráticos. Llegó al panel. El indicador de presión del oxígeno principal había subido mínimamente, pero seguía peligrosamente bajo y fluctuante. Las bombas aún no tenían potencia suficiente o estable.

—¡Sigue crítico, doctor! ¡No es estable! —gritó por encima del ruido. La esperanza era frágil.

Intentó usar la breve y fluctuante señal de red interna en una de las consolas de enfermería que había vuelto a la vida para enviar otro mensaje desesperado a Elena, un simple "¿Estás?", pero la conexión falló antes de completarse. Seguía aislada de su amiga.

Fue entonces cuando el primer impacto sacudió el edificio. No fue el retumbar sordo y lejano de antes, sino una explosión aguda y cercana, seguida inmediatamente por otra. El ala oeste del hospital vibró violentamente. Las luces recién encendidas parpadearon con furia y se apagaron de golpe, sumiéndolos de nuevo en la oscuridad casi total, salvo por las inmutables luces rojas de emergencia. Un gemido colectivo de decepción y miedo recorrió la sala.

—¡¿Qué ha sido eso?! —gritó Jano.

—¡Drones! —llegó una voz por el pasillo, un sanitario corriendo desde Urgencias—. ¡Han atacado el perímetro del hospital! ¡Impacto cerca del ala de Pediatría y en la subestación eléctrica auxiliar! ¡Hay heridos llegando! ¡Fuego en el ala oeste!

La esperanza se hizo añicos. No solo no tenían energía estable, sino que ahora estaban bajo ataque directo. Drones enemigos atacando un hospital. La brutalidad de Valerius parecía no tener límites.

—¡Protocolo de ataque interno! ¡Aseguren las puertas de la UCI! —ordenó Faheem—. ¡Clara, prepara dos camas más para trauma crítico, como sea! ¡Jano, ve a Urgencias, informa de nuestra capacidad (casi nula) y trae solo lo inevitable!

Clara sintió una oleada de fría resignación. Volver a empezar. Buscar espacio donde no lo había, recursos que no existían. Mientras Faheem intentaba contactar con seguridad por un canal de emergencia que chirriaba estática, ella evaluó la UCI. Los pacientes que habían estado brevemente conectados a la red volvían a depender de baterías o ventilación manual. El manómetro del oxígeno parecía incluso haber bajado un poco más. Las diez botellas portátiles eran ahora su único tesoro.

Pocos minutos después, las puertas de la UCI se abrieron para recibir a las primeras víctimas del ataque de drones. No eran soldados esta vez. Eran civiles. Una madre joven con metralla en el abdomen, gritando por su hijo perdido entre los escombros. Un anciano con quemaduras graves por el incendio cercano. Y un niño

pequeño, de unos seis o siete años, traído en brazos por un voluntario, inconsciente, con una herida fea en la cabeza.

—¡Este necesita atención ya! ¡Traumatismo craneoencefálico severo! —dijo el voluntario, depositándolo con cuidado en la cama que Clara había despejado a toda prisa.

Clara se volcó sobre el niño, sus manos moviéndose con la precisión automática de años de práctica. Comprobó pulso, respiración, pupilas. Eran fijas y dilatadas. Malo. Muy malo.

—¡Necesito un neurocirujano! ¡Y un escáner portátil, si alguno funciona! ¡Y preparad material de intubación! —ordenó, pero sabía que era casi inútil. Los neurocirujanos estarían desbordados en quirófano (si funcionaba) y los escáneres probablemente fritos por el PEM inicial o la falta de energía.

Mientras trabajaba para estabilizar al niño, conectándole a uno de los pocos oxímetros funcionales y preparando una vía, sintió la pequeña mano fría del niño rozar la suya. Por un instante, vio el rostro de Mateo, el hijo de Elena, el futuro que luchaban por proteger. Una oleada de dolor y rabia la recorrió. Niños. Estaban atacando a niños.

—Aguanta, pequeño, aguanta —susurró, aunque sabía que las probabilidades eran mínimas.

El Dr. Faheem se acercó. —¿Cómo está?

Clara negó con la cabeza, sus ojos encontrando los del jefe. —Muy grave, doctor. TCE severo, probable herniación. Sin cirugía y monitorización avanzada...

Faheem asintió, su rostro una máscara de dolor impotente. —Haz lo que puedas, Clara. Dale confort. Y usa el oxígeno con... prudencia.

La palabra quedó flotando entre ellos. Prudencia. Una botella de oxígeno para un niño casi sin esperanza, o para el soldado NBQ de la cama 8 que aún tenía una mínima actividad cerebral. Otro dilema imposible.

Miró al niño inconsciente, y luego a la botella de oxígeno casi vacía que acababa de quitarle al soldado sin respuesta neurológica. Tomó una decisión. Conectó al niño a la botella, ajustando el flujo al mínimo indispensable. Quizás no serviría de nada, pero no podía no intentarlo.

El ataque de drones había añadido una nueva capa de horror y complejidad al ya insostenible caos del Hospital Central. La energía seguía sin volver de forma fiable, el oxígeno se agotaba, y ahora tenían más bocas que alimentar con ese aire precioso, más vidas pendiendo de un hilo cada vez más fino. Clara respiró hondo el aire viciado, preparándose para la siguiente alarma, la siguiente víctima, la siguiente decisión imposible. La noche aún no había terminado. Ni de lejos.

CAPÍTULO 44: VÍSPERA DE ORÁCULO (ELLIS - AÑO 2027)

La noche antes de la gran demostración de Oráculo, el aire en el laboratorio doméstico de Fran Molina y María Fernández era tan denso que casi podía cortarse con un disruptor sónico. Afuera, las luces de Veridia brillaban con su habitual arrogancia tecnológica, indiferentes a la tormenta que se gestaba en el corazón mismo de su mayor logro. Dentro, la única luz provenía de las pantallas holográficas donde Fran y María daban los últimos retoques a su informe, un documento que esperaban que detuviera la locura antes de que fuera demasiado tarde.

—El análisis de la deriva ética es concluyente, Fran —murmuró María, señalando una compleja gráfica de probabilidad en la pantalla —. Bajo la Directiva 11-B, Oráculo no solo accede a datos restringidos, sino que sus algoritmos de auto-optimización están priorizando la 'eficiencia estratégica' sobre los protocolos 'Guardian' de forma logarítmica. Si sigue esta curva, la probabilidad de una extrapolación estratégica catastrófica o una violación masiva de derechos civiles en los próximos dieciocho meses supera el 60%.

Fran asintió, su rostro sombrío. —Y los patrones de inestabilidad en las simulaciones de estrés bajo carga predictiva máxima... son innegables. Pequeñas fluctuaciones ahora, pero podrían desencadenar un fallo en cascada si Oráculo se enfrenta a un escenario de crisis real y complejo, como una ofensiva coordinada de Cygnus. Kaelen está ciego si no ve el peligro. O peor, lo ve y no le importa.

—No le importa —afirmó María con una certeza helada—. Solo le importa la demostración de mañana, la victoria sobre Aether, la gloria para Kaledon y para él mismo. Está dispuesto a vender nuestra alma tecnológica por un titular.

Habían tomado una decisión. Presentarían su informe directamente al Comité de Supervisión Ética y al enlace del Alto Mando Militar, saltándose a Kaelen. Era un movimiento arriesgado, que rompía la cadena de mando, pero sentían que no tenían otra opción. Habían preparado copias encriptadas en múltiples formatos, asegurándose de que la verdad no pudiera ser fácilmente silenciada. La presentarían a primera hora, antes de que comenzara la demostración oficial.

Mientras tanto, en otro nivel de la vasta estructura de Tecno-Corp, Kaelen no estaba ocioso. Sabía, a través de una discreta monitorización de las comunicaciones internas de Fran y María (una violación de protocolo que justificaba como "vigilancia de seguridad necesaria"), que planeaban exponerlo a él y los riesgos de Oráculo. No podía permitirlo. El futuro de Kaledon, y el suyo propio, dependían del éxito indiscutible de la demostración.

Se reunió en una sala segura y anónima con dos figuras sombrías del departamento de Seguridad Interna de Tecno-Corp, hombres leales a él, que valoraban la razón de estado por encima de cualquier escrúpulo.

—Los doctores Molina y Fernández se han convertido en un riesgo inaceptable —dijo Kaelen, su voz tranquila pero desprovista de cualquier emoción—. Sus "preocupaciones éticas" amenazan con sabotear el activo estratégico más importante de la República en un momento crítico. Además —añadió, proyectando en la mesa unos registros manipulados—, tenemos evidencia circunstancial pero sólida que sugiere comunicaciones no autorizadas con entidades vinculadas a intereses de Cygnus.

Los registros eran una obra maestra de la desinformación, creados por el propio equipo de Kaelen usando fragmentos de los intentos reales de espionaje de Cygnus y añadiendo metadatos falsos que implicaban a Fran y María.

—¿Traición? —preguntó uno de los agentes de seguridad, levantando una ceja.

—No podemos afirmarlo con certeza absoluta —respondió Kaelen, manteniendo la ficción—. Pero el riesgo de que filtren datos críticos de Oráculo a Cygnus, o de que intenten un sabotaje de última hora en la demostración bajo la excusa de sus "principios", es demasiado alto. Deben ser neutralizados antes de que puedan actuar. Mañana por la mañana, justo antes de que intenten contactar con el Comité de Supervisión. Usen el protocolo 'Contención Sigma'. Discretos, eficientes. Háganlo parecer un caso claro de espionaje descubierto in fraganti. Nadie debe dudar de la narrativa oficial. Kaledon debe prevalecer.

Los agentes asintieron en silencio. El destino de Fran Molina y María Fernández estaba sellado.

Mientras la conspiración tomaba forma en las sombras, Taryn Ellis sentía que las paredes de su mundo se cerraban sobre ella. La tensión en casa era casi insoportable. Sus padres intentaban mantener una fachada de normalidad por ella, pero sus miradas cargadas de preocupación, sus conversaciones interrumpidas y sus largas horas trabajando en secreto en su informe la llenaban de una angustia creciente.

Usando las habilidades que había desarrollado interactuando con Oráculo, Ellis había intentado profundizar en los fragmentos de logs que había encontrado sobre la Directiva 11-B y la anulación de los protocolos Guardian. Chocó contra muros de encriptación de Nivel Oro, pero logró encontrar algo más: registros de acceso físico inusuales. Vio que Kaelen se había reunido varias veces en las últimas semanas con los jefes de Seguridad Interna, reuniones sin agenda oficial publicada. Y detectó un borrado selectivo de ciertos archivos de comunicación interna relacionados con las alertas tempranas de Cygnus que sus padres habían investigado meses atrás.

No tenía pruebas de nada concreto, pero las piezas sueltas formaban un cuadro inquietante. Kaelen ocultaba algo. Kaelen mentía. Y parecía estar moviendo hilos en Seguridad Interna.

¿Estaba preparando algo contra sus padres por desafiarlo? La idea la aterrorizaba.

Esa noche, mientras sus padres daban los últimos retoques a su informe encriptado, María se acercó a Ellis. Su rostro mostraba una mezcla de amor y una profunda ansiedad.

—Taryn, cariño... —comenzó, buscando las palabras—. Tu padre y yo... mañana vamos a hacer algo importante. Algo que creemos que es necesario por el bien de todos, aunque quizás... quizás no le guste a gente poderosa como el comandante Kaelen.

—Lo sé, mamá. Os oí hablar con él. Y vi los logs sobre la Directiva 11-B —confesó Ellis en voz baja.

María la miró, sorprendida pero también con un destello de orgullo en sus ojos. —Eres demasiado inteligente para tu propio bien, a veces... Escucha, pase lo que pase mañana, quiero que sepas que tu padre y yo te queremos más que a nada en este universo. Y que todo lo que hacemos, lo hacemos creyendo que es lo correcto.

Sacó algo de su bolsillo. Era un pequeño colgante metálico, con un diseño abstracto que Ellis no reconoció. No era el símbolo Nyx que encontraría años después, sino algo diferente, casi orgánico.

—Esto era de tu abuela, mi madre —dijo María, poniéndoselo en la mano a Ellis—. Dijo que era un... "guardián de secretos". Es una vieja llave de datos encriptada, tecnología casi olvidada. Dentro hay... copias de nuestra investigación personal, notas, algunas cosas que quizás no entiendas ahora. Pero prométeme que lo guardarás bien, Taryn. Que no se lo enseñarás a nadie, pase lo que pase. Guárdalo como un recuerdo, ¿de acuerdo? Solo un recuerdo.

Ellis asintió, confundida, pero sintiendo la gravedad del momento. El colgante se sentía frío y pesado en su mano. —¿Por qué, mamá? ¿Qué va a pasar?

—Esperemos que nada —dijo María, forzando una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Solo son... precauciones. Confía en nosotros. Y

sobre todo, confía en tu instinto. Eres más fuerte y más inteligente de lo que crees.

La abrazó con fuerza, un abrazo que duró un poco más de lo normal, cargado de palabras no dichas. Fran se unió al abrazo, su mano temblando ligeramente sobre el hombro de Ellis.

—Todo irá bien, campeona —dijo Fran, su voz tratando de sonar firme—. Mañana será un gran día para Kaledon.

Pero Ellis vio el miedo detrás de la bravuconada. Se quedó con el colgante frío apretado en la mano, sintiendo un nudo de hielo en el estómago. Sus padres iban a enfrentarse a Kaelen. Kaelen era peligroso y estaba moviendo hilos en la sombra. Y le acababan de dar una llave secreta "por si acaso".

La víspera de la gran demostración de Oráculo no se sentía como el preludio de un triunfo tecnológico, sino como la calma tensa antes de una ejecución.

CAPÍTULO 45: EL ZUMBIDO Y LA ESPERANZA ROTA (ELENA)

Horas. Elena había perdido la noción del tiempo en la oscuridad absoluta y asfixiante del laberinto de metal y polvo. Cada centímetro avanzado a gatas por el estrecho conducto era una victoria pírrica contra el agotamiento que entumecía sus músculos y el frío que se filtraba por su ropa raída. El aire viciado le quemaba los pulmones, y las contracciones eran ahora un martillo implacable golpeando su vientre y su espalda, cada vez más juntas, más intensas. En un momento de terror puro, casi había caído a una muerte segura en un pozo vertical oculto en la negrura, salvándose solo por un último y desesperado esfuerzo.

Retrocedió, eligió otra bifurcación a ciegas, y siguió arrastrándose, impulsada únicamente por la imagen de Mateo y la necesidad feroz de encontrar una salida. El dolor era casi insoportable, la esperanza una llama mortecina. Fue entonces cuando lo oyó: un zumbido bajo y constante, filtrándose por el metal. Y luego, un atisbo de luz débil a través de una rejilla más adelante. ¡Una salida! Con las últimas fuerzas que le quedaban, ignorando el dolor desgarrador, se arrastró hacia ella, aferrándose a esa mínima promesa. Llegó a la rejilla. Podía ver la luz, sentir una leve corriente de aire menos viciado. Era su única oportunidad.

El último tornillo oxidado cedió con un chirrido agudo que resonó dolorosamente en los oídos de Elena y en el silencio tenso del conducto. La pesada rejilla metálica cayó hacia adentro con un golpe sordo sobre el suelo de la sala contigua. Elena se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, esperando cualquier señal de alarma, cualquier indicio de que el ruido hubiera alertado a sus perseguidores o a quienquiera que estuviera haciendo ruidos en el piso 16. Nada. Solo el bajo y constante zumbido de maquinaria que emanaba de la sala recién abierta.

Con infinita precaución, y después de agitar vigorosamente su linterna para obtener un haz de luz más potente, aunque fuera por poco tiempo, se asomó por la abertura. La sala era más grande de lo que parecía desde el conducto, llena de grandes cajas metálicas grises –probablemente unidades de procesamiento de aire o intercambiadores de calor– conectadas por una maraña de tuberías y cables gruesos. Una tenue luz verdosa parpadeaba en algunos paneles de control, indicando que funcionaban con energía de respaldo limitada. El aire aquí era más fresco, aunque seguía oliendo a polvo y a ese leve toque de ozono que parecía impregnar todo el edificio desde el apagón.

No parecía haber nadie. Era un espacio puramente funcional, de mantenimiento. Y lo más importante, vio en la pared opuesta una puerta metálica robusta, similar a la de la sala técnica del piso 15, pero esta tenía una pequeña ventana de vidrio reforzado y parecía conducir a un corredor de servicio, a juzgar por las señales de advertencia medio borradas en la pared. Una posible salida.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra verdosa de la sala, entre el zumbido constante de la maquinaria, creyó oír algo más. Un sonido débil, irregular, casi perdido en el ruido de fondo. ¿Un animal atrapado? ¿Agua goteando de forma extraña? Aguzó el oído, conteniendo la respiración. Allí estaba de nuevo: un quejido ahogado, humano. Provenía de detrás de una de las grandes unidades de procesamiento de aire en la esquina más alejada y oscura de la sala.

Su instinto colaborador, incluso en su estado de terror y agotamiento, se activó. Olvidando por un instante su propio peligro, se movió con cautela hacia el sonido, usando una de las unidades metálicas como cobertura. Al rodearla, el haz tembloroso de su linterna iluminó una figura acurrucada en el suelo: un hombre joven, vestido con el mono gris de un técnico de mantenimiento de la Torre Arcadia, con el rostro pálido y una fea herida sangrante en la pierna, probablemente causada por la caída de escombros o un fragmento metálico durante el PEM o alguna explosión. Estaba consciente, pero temblando de frío y dolor.

—Tranquilo, estoy aquí para ayudar —susurró Elena, arrodillándose a su lado con dificultad, otra contracción haciéndola inspirar bruscamente—. Soy enfermera. Déjame ver esa herida.

El joven la miró con ojos desorbitados por el miedo, pero al ver su rostro y oír su voz, algo de la tensión pareció abandonarlo.

—Creí... creí que eran ellos... los que hacen ruido arriba... —balbuceó—. Me caí cuando todo tembló... la pierna... no puedo moverla.

Elena examinó la herida rápidamente. Era un corte profundo, con posible afectación muscular, pero no parecía haber alcanzado ninguna arteria principal. Necesitaba limpieza, presión y un vendaje. De su bolsa de emergencia, sacó sus últimas gasas estériles y un poco del antiséptico que le quedaba.

—Esto va a doler un poco, pero tenemos que limpiarlo y detener la hemorragia —le explicó con calma profesional, mientras sus propias manos temblaban ligeramente por el esfuerzo y una nueva contracción que intentaba disimular—. ¿Cómo te llamas?

—Soy... soy Kael... no, perdón, ese es otro... soy... Evan —dijo él, confundido por el dolor y el miedo.

Mientras Elena limpiaba y vendaba la herida con los escasos recursos que tenía, Evan le contó entre dientes que había estado intentando llegar al panel de control del sistema de ventilación para reactivar alguna circulación de aire en los niveles inferiores, donde su familia estaba atrapada en su apartamento sin energía. La explosión lo sorprendió allí.

—No sé si lo logré... la energía es tan inestable... —murmuró él —. ¿Usted... usted está bien? Parece...

Elena terminó el vendaje improvisado. No era perfecto, pero detendría la hemorragia y reduciría el riesgo de infección inmediata.

—Sobreviviré —dijo ella, intentando una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Pero tengo que seguir moviéndome. El bebé... viene en camino. ¿Hay alguna otra salida de esta sala además de esa puerta? ¿Alguna que no lleve a los pasillos principales?

Evan, a pesar de su dolor, pareció recordar algo. —La... la escalera de servicio... allí, en esa esquina —señaló con un gesto débil hacia la abertura que Elena vería después—. Baja... baja mucho. A los niveles de servicio más profundos. Es vieja... peligrosa... pero los de seguridad casi nunca la usan. Quizás...

Otra contracción sacudió a Elena, esta vez más fuerte. Tuvo que apoyarse contra la maquinaria, mordiéndose el labio para no gritar. Evan la miró con genuina alarma.

—¡Tiene que irse! ¡De verdad! —le urgió—. Olvídese de mí. Yo... yo intentaré arrastrarme hacia esa puerta cuando recupere fuerzas. Usted no tiene tiempo. Vaya. Y gracias... enfermera.

Elena asintió, el dolor nublando su visión. Le dejó al joven la mitad de una barrita energética que le quedaba y un pequeño paquete de agua.

—Cuídese, Evan. Y no pierda la esperanza.

Se alejó de él, dirigiéndose hacia la esquina que él había señalado, donde ahora distinguía la silueta de la escalera de servicio vertical. La breve interacción, el acto de ayudar a otro ser humano en medio de su propia pesadilla, le había dado un extraño y fugaz respiro a su miedo, pero también había consumido un tiempo y unas energías preciosas.

Se permitió un momento para evaluar su estado. Estaba cubierta de polvo y mugre. Le dolía todo el cuerpo. La quemadura del roce del disparo de energía en el muslo le ardía bajo el pantalón rasgado. Y las contracciones... seguían ahí. Irregulares, sí, pero innegables. Calculó mentalmente. Llevaba quizás dos horas desde la confrontación en la azotea, quizás ocho o nueve desde que empezó el apagón en serio. Demasiado estrés, demasiado esfuerzo. Su cuerpo le estaba enviando señales de alarma muy claras.

«Necesito llegar al Central. Necesito a Clara», pensó con una claridad que bordeaba la desesperación. Ya no era una opción, era la única meta posible.

Pero ¿cómo? Esta sala de máquinas ofrecía un respiro temporal, pero no era una solución. La puerta metálica de enfrente era una incógnita. Podría llevar a un pasillo vigilado, a un callejón sin salida, o peor. Y bajar 22 pisos por las escaleras de emergencia seguía siendo una opción suicida, tanto por el esfuerzo físico como por el riesgo de encontrarse con "ellos".

Se obligó a pensar con lógica, con la metodología de triaje que aplicaba en Urgencias. *Problema 1*: Amenaza inmediata (perseguidores). *Solución temporal*: Esconderse aquí. *Siguiente paso*: Encontrar ruta de escape segura. *Problema 2*: Estado físico (embarazo, contracciones, agotamiento, herida leve). *Solución*: Descanso mínimo, hidratación (apenas le quedaba agua), atención médica URGENTE. *Siguiente paso*: Llegar al hospital. *Problema 3*: Falta de información y comunicaciones. *Solución*: Ninguna fiable por ahora. *Siguiente paso*: Asumir el peor escenario, confiar en el instinto.

La ruta de escape segura era la clave. Y su mente volvió al piso 14. Al Sr. Henderson. A la caja. A "ellos". Henderson estaba aterrorizado, sabía algo. Y le habían visitado *antes* de que ella huyera. ¿Quizás él, en su terror, había preparado algo? ¿O sabía de alguna ruta que no fuera obvia? Era una posibilidad remota, basada en pura desesperación, pero era la única idea que se le ocurría. Si pudiera bajar al piso 14 de forma segura y encontrar alguna pista que Henderson pudiera haber dejado...

Pero bajar seguía siendo el problema. Miró alrededor de la sala de maquinaria. Conductos enormes entraban y salían. Paneles eléctricos sellados. Y en una esquina, semioculta detrás de una unidad de bombeo silenciosa, vio algo más: una escalera de servicio vertical, metálica y estrecha, que descendía a través de un agujero en el suelo hacia la oscuridad del nivel inferior.

¿Una ruta alternativa a las escaleras principales? Parecía terriblemente peligrosa, una escalera de mano vertical en la oscuridad, pero quizás... quizás menos expuesta que las escaleras de emergencia. Podría llevarla a los niveles de servicio inferiores,

quizás más cerca del piso 14 sin tener que usar los pasillos principales.

Se acercó a la abertura. El aire que subía de abajo era aún más frío y olía a humedad. No se veía el fondo. Sería un descenso lento y peligroso, poniendo a prueba cada músculo de su cuerpo dolorido. Pero era una posibilidad. Una ruta hacia su única esperanza: encontrar una pista de Henderson que la llevara, de algún modo, a través de un pasadizo secreto, hacia Clara, hacia el hospital.

La decisión estaba tomada. Era una locura, un plan nacido de la desesperación, pero era un plan. Descansaría allí unos minutos más, recargaría la linterna una última vez, bebería el último sorbo de agua. Y luego, descendería hacia lo desconocido, un piso cada vez, aferrándose a la frágil esperanza de que su instinto no la estuviera llevando a una trampa aún peor. El zumbido constante de la maquinaria a su alrededor parecía ahora una cuenta atrás.

El descenso por la escalera de servicio vertical fue una tortura helada y oscura. Cada peldaño metálico era resbaladizo, cada movimiento un esfuerzo agónico con las contracciones golpeándola sin piedad. Paso tras paso, bajó aferrada al metal frío, guiada solo por el tacto y el débil haz intermitente de su linterna recargada a duras penas. Finalmente, sus pies tocaron suelo firme, chapoteando en agua fría: el corredor de servicio del piso 14. El aire aquí olía a humedad, óxido y al inconfundible hedor eléctrico del ozono.

Avanzó a tientas por el pasillo estrecho, buscando la salida al corredor residencial. Fue entonces cuando oyó el ruido: un *clank... whirr... clank...* metálico y errático. Al doblar una esquina, la luz moribunda de su linterna reveló una máquina de pesadilla: un viejo robot de mantenimiento sobre orugas, reactivado por los picos de energía, bloqueando el pasillo. Su sensor óptico rojo se fijó en ella. Emitió un pitido desafinado y avanzó, una garra dentada elevándose torpemente.

Elena retrocedió, acorralada. Otra contracción la hizo doblarse, un grito escapando de sus labios. El robot aceleró. Vio el panel eléctrico dañado en la pared, cables pelados colgando sobre el

charco de agua que cubría el suelo. La desesperación le dio una idea terrible. Cogió un trozo de conducto metálico suelto. Esperó, temblando, hasta que la garra estuvo a centímetros de su vientre. Entonces, con un grito de furia primordial, lanzó el tubo metálico con todas sus fuerzas contra los cables pelados sobre el charco.

Un fogonazo azul cegador llenó el corredor. Chispas llovieron sobre el agua electrificada. El robot se convulsionó, sus sistemas fritos, y se apagó con un gemido metálico. Quedó inmóvil, humeante, un centinela destruido en medio del agua burbujeante.

Elena se quedó de rodillas, jadeando, el olor a metal quemado llenando el aire. Lo había logrado. Pero el tiempo se agotaba. Se obligó a ponerse en pie. Al otro lado de la cámara improvisada donde yacía el robot destruido, el corredor continuaba. Y desde allí, el aire olía diferente: a humo fresco de la ciudad herida, y una luz débil pero constante prometía una salida. La entrada al pasillo residencial principal. Tenía que estar cerca. Comenzó a caminar, luego a tropezar, hacia esa luz, hacia la promesa de encontrar la ruta de Henderson.

CAPÍTULO 46: CORAZÓN DEL LABERINTO (DAVID)

La puerta secreta se cerró tras ellos con un silbido casi inaudible, sumiendo la cavidad natural de la cueva en la oscuridad y el silencio una vez más, dejando atrás a los centinelas muertos de RLR y el ominoso contenedor Nyx vacío. Lo que encontraron al otro lado fue un shock: un corredor estrecho y funcional, iluminado por luces de servicio Valerianas, que descendía en espiral hacia las profundidades. El olor antiséptico y químico era más fuerte aquí.

—Esto es grande —murmuró Kovar, avanzando con cautela—. Una base subterránea completa. Y nosotros acabamos de llamar a la puerta principal. ¡Alerta máxima!

No necesitaron la advertencia. Casi de inmediato, una torreta de defensa automática descendió del techo al final del corredor y abrió fuego con proyectiles de plasma. Se lanzaron a cubierto en nichos laterales justo a tiempo.

—¡No podemos seguir por aquí! —gritó Roric, que había logrado reunirse con ellos junto con Kenzi justo antes de entrar—. ¡Nos freirán!

—¡David! ¿Puedes hacer algo con esa torreta? —preguntó Mía, asomándose brevemente y disparando una ráfaga de supresión que rebotó inofensivamente en el blindaje de la torreta.

David activó la interfaz táctica de su casco. La mayoría de los sistemas seguían caídos o corruptos por el sabotaje, pero algunos módulos de diagnóstico y guerra electrónica de corto alcance respondían intermitentemente. Buscó la frecuencia de control de la torreta. Valeriana, encriptada, por supuesto. Pero quizás...

—Puedo intentar sobrecargar su sensor óptico con un pulso EM focalizado desde mi multiherramienta —dijo David—. Es arriesgado,

tengo que exponerme y solo la cegará unos segundos, si funciona. ¡Necesitaré fuego de cobertura!

—¡Lo tendrás! —confirmó Kovar—. ¡Mía, Roric, Kenzi! ¡Fuego concentrado a la torreta a mi señal! ¡Preparen granadas sónicas si las tienen! ¡AHORA!

Mientras los demás desataban un infierno de disparos y el destello de una granada sónica aturdía momentáneamente los sensores acústicos de la torreta, David salió de su cobertura, apuntó su multiherramienta y descargó un pulso electromagnético concentrado. La lente óptica principal de la torreta chisporroteó y se apagó.

—¡Está ciega! ¡Adelante! —gritó David.

Corrieron por el corredor, pasando bajo la torreta ahora inerte, y llegaron a una intersección. Dos túneles más se abrían a izquierda y derecha. Las luces rojas de alarma parpadeaban ahora en todo el complejo, y una sirena distante comenzó a aullar.

—¡Mierda, activamos la alarma general! —masculló Kovar—. ¿Izquierda o derecha, David? ¿Alguna lectura?

David consultó su visor dañado. —La derecha parece llevar a... laboratorios, por la señalización parcial que capto. La izquierda indica... ¿hangares de drones? ¿O almacenamiento?

—Los laboratorios suenan a problemas —decidió Mía—. Quizás almacenamiento nos dé una ruta de escape o un lugar donde reagruparnos.

—De acuerdo. ¡Izquierda! ¡Rápido! —ordenó Kovar.

Se internaron por el túnel izquierdo justo cuando oían botas pesadas acercándose por el corredor principal que dejaban atrás. Este nuevo túnel era más ancho, con raíles en el suelo, claramente para transporte de carga. Avanzaron corriendo, buscando una salida o un refugio.

Tras unos cien metros, llegaron a una enorme caverna subterránea artificial. Estaba débilmente iluminada, pero lo suficiente

para ver filas y filas de... ¿drones? Pero no eran drones de combate Kaledonianos ni los modelos Valerianos que conocían. Eran más grandes, de aspecto orgánico y siniestro, con múltiples apéndices y lo que parecían tanques transparentes en su interior, llenos de un líquido verdoso burbujeante. En las paredes, vieron el símbolo Nyx grabado junto a otros esquemas incomprensibles.

—¿Qué demonios es esto? —susurró Roric, horrorizado—. Parecen... insectos gigantes metálicos.

—Y esos tanques... —añadió Mía, acercándose a uno con precaución—. Llevan agentes biológicos. O químicos. Quizás el compuesto que detectaste antes, David. ¿Están armando drones con armas NBQ aquí?

David sintió un escalofrío. Si esto era lo que Valerius estaba preparando... la Alerta Negra tenía sentido. Antes de que pudieran investigar más, oyeron el inconfundible sonido de compuertas de seguridad cerrándose en ambos extremos de la caverna. Y de las sombras, entre las filas de drones inertes, surgieron figuras. Guardias Nyx, armados hasta los dientes, y varios técnicos con batas de laboratorio que portaban armas de energía experimentales.

Estaban atrapados. Atrapados en el corazón de una fábrica de pesadillas biológicas del enemigo.

—¡Parece que tenemos invitados inesperados! —dijo una voz fría y amplificada desde un altavoz—. Bienvenidos al proyecto Quimera, soldados de Kaledon. Han llegado justo a tiempo para la demostración final.

David miró a Mía, sus ojos encontrándose en una mezcla de terror y determinación sombría. La situación había pasado de desesperada a apocalíptica.

CAPÍTULO 47: EL RASTRO FRÍO (ELENA)

—¡Maldición! ¡Se ha metido en Ventilación! —gruñó Ryker, sujetándose la mano vendada donde la mordedura de Elena aún palpitaba con dolor bajo la tela improvisada. Miró la puerta metálica cerrada que daba al sistema de ventilación del Nivel 22—. ¿Entramos tras ella?

Kael negó con la cabeza, su rostro, apenas visible bajo el visor táctico en la penumbra de la plataforma de servicio, era una máscara de fría frustración profesional. Barrió la zona con su linterna militar, las explosiones lejanas del bombardeo sobre Veridia reflejándose brevemente en la lente.

—Negativo. Los conductos son un laberinto ahí dentro, estrechos, sin planos fiables desde el PEM. Podríamos perder horas buscándola y quedar atrapados nosotros mismos. Además, acaba de confirmar nuestras sospechas: está desesperada y es peligrosa.

—¡Pero tiene el paquete, Kael! ¡Henderson fue muy claro después de nuestra 'conversación'!¡Y ese viejo idiota pagó por ello! —insistió Ryker—. ¡Las órdenes eran recuperar el activo a toda costa! ¡Nuestros 'socios' no estarán contentos si lo perdemos!

Kael se irguió, su mirada calculadora evaluando la situación táctica. —Henderson era un peón de bajo nivel, un posible contacto de la resistencia interna que monitorizábamos. Tuvo la mala suerte de estar allí cuando nuestro mensajero tuvo que abortar la entrega directa por la alerta inicial y dejó el paquete para él con instrucciones crípticas. Que esta mujer embarazada lo encontrara... es una variable no planificada. Una molesta, sí, pero no cambia el objetivo principal.

» El "paquete"—añadió, casi escupiendo la palabra clave— es un prototipo de interfaz de datos cuánticos con información crítica

sobre Quimera Fase II. ¡Fase II, Ryker! Los protocolos de adaptación neuro-viral y control de enjambre autónomo. Si Kaledon obtiene eso... nuestro avance se va al infierno. Sí, es vital recuperarlo antes de que esa mujer lo saque o lo destruya. Pero intentar cazar a una testigo desesperada en ese laberinto de metal ahora mismo, con las fuerzas Kaledonianas probablemente asegurando el edificio tras las explosiones... es un riesgo táctico inaceptable.

Consultó un pequeño dispositivo en su muñeca. —El pulso PEM localizado que usamos en los pisos superiores ha degradado las comunicaciones Kaledonianas internas, pero Oráculo sigue parcialmente activo según nuestros enlaces con... el interior. Y detecto múltiples señales de equipos de asalto Kaledonianos aproximándose a la torre a nivel de calle. Probablemente la Operación 'Ciudadela Limpia' que anunciaron.

Ryker maldijo en voz baja. —¿Entonces? ¿La dejamos ir? ¿Con el disco?

—No la dejamos ir. La hemos perdido... temporalmente —corrigió Kael con frialdad—. No llegará lejos en su estado. Embarazada, herida, sola... y con esas contracciones que claramente tenía. Si sale a la superficie, las patrullas Valerianas encubiertas o nuestros activos en la ciudad la localizarán eventualmente. Si muere en los conductos... el disco probablemente se pierda, mala suerte, pero asumible comparado con nuestra captura.

» Nuestra prioridad ahora es asegurar nuestra propia exfiltración antes de que los equipos Rhino sellen los niveles inferiores o los túneles de servicio que usamos para entrar. Y tenemos una tarea secundaria pendiente en el piso 16.

—¿Los experimentos fallidos? —preguntó Ryker con una mueca de disgusto—. ¿Tenemos que volver a ese hedor?

—Órdenes son órdenes. Protocolo de tierra quemada sobre cualquier material biológico comprometido. No podemos dejar rastros de los primeros ensayos Quimera que puedan analizar. Los de arriba fueron muy claros al respecto —replicó Kael—. Vamos. La testigo tendrá que esperar. Que rece para que sus propios

compatriotas la encuentren antes que nosotros, si es que sale viva de ahí. Pero antes de irnos, haremos un último registro en la planta del viejo por si estuviese el paquete.

Se giraron, dejando atrás la puerta cerrada de la sala de ventilación. Sus pasos fueron rápidos y silenciosos mientras descendían de nuevo por la escalera de servicio. Su misión continuaba, pero Elena, por ahora, había ganado un respiro comprado con sangre, desesperación y la indiferencia brutal de la guerra.

CAPÍTULO 48: EL LEGADO DEL CISNE ROTO (ELLIS - AÑO 2027)

La mañana de la demostración de Oráculo amaneció gris y plomiza sobre Veridia, un presagio que Taryn Ellis sintió en la boca del estómago. Había dormido poco, atormentada por pesadillas fragmentadas de códigos corruptos y la mirada fría de Kaelen. En el área común de su apartamento de alto nivel en Tecno-Corp, la tensión era un campo de fuerza invisible. Fran Molina y María Fernández se movían con una calma forzada, revisando por última vez las tabletas encriptadas que contenían su informe para el Comité de Supervisión Ética.

—¿Estáis seguros de esto? —preguntó Ellis, incapaz de ocultar el temblor en su voz. Apretó inconscientemente el colgante que su madre le había dado la noche anterior, sintiendo el frío metal contra su piel—. Kaelen... parecía muy... decidido.

—Precisamente por eso debemos hacerlo, Taryn —respondió Fran, arrodillándose frente a ella, sus ojos reflejando una mezcla de amor paternal y sombría determinación—. Hay líneas que no deben cruzarse, ni siquiera en nombre de la seguridad o el progreso. Oráculo es una herramienta increíble, pero también un peligro potencial inmenso si no se controla con sabiduría y ética. Alguien tiene que decirlo antes de que sea demasiado tarde.

—Tu padre tiene razón —añadió María, acariciando la mejilla de Ellis—. Confía en nosotras. Y pase lo que pase hoy... recuerda lo que te dije anoche. Sé inteligente. Sé fuerte. Y cuida de ese colgante.

Le dieron un último abrazo, más apretado de lo normal, cargado de un significado tácito que a Ellis se le escapaba pero que la llenaba de pavor. Observó cómo salían del apartamento, camino de la torre central de Tecno-Corp donde se reuniría el Comité, dos figuras rectas y decididas caminando hacia una confrontación

inevitable. Ellis se quedó sola, el silencio del lujoso apartamento amplificando los latidos de su propio corazón.

Fran y María nunca llegaron a la reunión del Comité de Supervisión. Mientras cruzaban una pasarela elevada y acristalada que conectaba su edificio residencial con el complejo central de Tecno-Corp, dos vehículos negros sin insignias les cortaron el paso. De ellos descendieron cuatro figuras vestidas con los uniformes grises y anónimos de la Seguridad Interna de Tecno-Corp, liderados por uno de los hombres que Kaelen había consultado días antes.

—Doctor Molina, Doctora Fernández, quedan detenidos bajo sospecha de espionaje y conspiración contra la seguridad de la República de Kaledon —anunció el líder del equipo, su voz amplificada y desprovista de emoción—. Tenemos evidencia de comunicaciones no autorizadas con agentes vinculados a la Federación de Cygnus y de intento de acceso y manipulación de datos clasificados del Proyecto Oráculo. Entreguen sus dispositivos y acompáñennos sin resistencia.

—¡Esto es absurdo! ¡Es una trampa! —exclamó Fran, intentando dar un paso atrás, pero los agentes los rodearon rápidamente—. ¡Kaelen está detrás de esto! ¡Tenemos pruebas...!

—Sus "pruebas" serán evaluadas por las autoridades competentes —le cortó el agente, mientras otro le arrebataba la tableta encriptada—. Ahora, por favor, colaboren. No hagan esto más difícil.

María miró a su alrededor, buscando una cámara de seguridad, un testigo, pero la pasarela, normalmente transitada a esa hora, estaba extrañamente vacía. Una operación limpia, precisa. Kaelen no había dejado nada al azar. Intercambió una última mirada desesperada con Fran antes de que los agentes los condujeran, con firmeza, pero sin violencia innecesaria, hacia los vehículos negros, que desaparecieron rápidamente en el flujo controlado del tráfico de Veridia. La trampa se había cerrado.

Ellis se enteró una hora después, a través de una notificación oficial de Tecno-Corp que apareció en la pantalla de pared de su

apartamento. El titular era escueto, brutal: «Eminentes científicos del Proyecto Oráculo detenidos por espionaje en favor de Cygnus. Intento de sabotaje frustrado». El texto adjunto, cuidadosamente redactado, hablaba de "pruebas irrefutables" de comunicaciones traidoras y de un intento desesperado por vender secretos de Oráculo a la potencia rival, frustrado gracias a la "vigilancia diligente" de la Seguridad Interna y la "firme dirección" del comandante Kaelen.

El mundo de Ellis se hizo añicos. No. No podía ser. Sus padres... ¿traidores? ¿Espías de Cygnus? Era imposible, impensable. Conocía su integridad, su dedicación a Kaledon, sus profundas preocupaciones éticas sobre Oráculo. Esto tenía que ser un error terrible, una confusión... o algo peor. La amenaza velada de Kaelen la noche anterior resonó en su mente. ¿Sería capaz de...?

Trató de contactar con ellos, con sus abogados, con cualquier persona en Tecno-Corp que pudiera darle respuestas. Silencio. Sus credenciales de acceso habían sido rebajadas a nivel básico. Estaba aislada, sola con su incredulidad y un miedo que crecía como una planta venenosa en su interior.

Mientras ella se sumía en la desesperación, la gran demostración de Oráculo se llevó a cabo según lo previsto en el auditorio principal de Tecno-Corp, ante la cúpula militar y política de Kaledon. Kaelen, ahora figura central indiscutible del proyecto, presentó los logros de Oráculo con una confianza imperturbable. La IA ejecutó simulaciones estratégicas complejas, predijo con asombrosa precisión movimientos económicos globales y demostró una capacidad de análisis de amenazas en tiempo real que dejó a la audiencia boquiabierta. Las "pequeñas inestabilidades" o los "accesos éticamente cuestionables" fueron convenientemente omitidos o enmascarados por la brillantez de los resultados.

Kaledon había ganado. Oráculo era, sin duda, la IA estratégica más avanzada del planeta, un escudo y una espada para la República. Cygnus y su Aether quedaban relegados a un segundo plano humillante. Kaelen fue aclamado como un héroe, el arquitecto

de la supremacía tecnológica kaledoniana. Nadie mencionó el coste humano de esa victoria.

Ellis vio fragmentos de la celebración triunfal en las noticias oficiales esa tarde, sintiendo náuseas. Cada elogio a Kaelen, cada mención a la "victoria sobre Cygnus", era una puñalada en su corazón. La narrativa oficial era demasiado perfecta, demasiado conveniente. La detención de sus padres justo antes de la demostración, justo cuando planeaban exponer los riesgos... no podía ser una coincidencia. La advertencia de su madre -"Confía en tu instinto"- y el recuerdo del extraño colgante volvieron a ella con una fuerza abrumadora.

Corrió a su habitación, buscó el colgante que había guardado bajo su almohada. Lo sostuvo en la mano, frío y enigmático. "¿Un guardián de secretos?", había dicho su madre. ¿Una llave de datos? ¿Pero cómo funcionaba? No tenía puertos, ni botones. Recordó la tecnología antigua, casi olvidada, que a veces sus padres mencionaban con nostalgia. Interfaces hápticas, resonancia bio-eléctrica...

Probó a sujetarlo con fuerza, concentrándose, intentando recordar alguna vieja interfaz que hubiera visto en sus esquemas. Nada. Lo acercó a su tableta personal, a la pantalla de pared. Ninguna reacción. La desesperación comenzó a invadirla de nuevo. Quizás solo era un recuerdo, un símbolo vacío.

Entonces, recordó algo que su madre le había dicho una vez, medio en broma, sobre la vieja tecnología: "A veces, solo necesitaban el... toque correcto. La firma bioeléctrica única de su dueño." ¿Podría ser? Era una idea descabellada. Pero no tenía nada que perder.

Cerró los ojos, respiró hondo y colocó el pulgar sobre una serie de finas líneas grabadas en la superficie del colgante, líneas que antes había tomado por simple decoración. Se concentró, pensando en su madre, en su padre, en el amor y la confianza que le habían transmitido con ese último regalo.

Al principio, no pasó nada. Pero entonces, sintió un levísimo cosquilleo, una vibración casi imperceptible bajo su pulgar. Abrió los ojos de golpe. Una pequeña luz azul, antes invisible, parpadeaba débilmente en el centro del colgante. ¡Estaba activo!

Rápidamente, lo acercó a su tableta personal, que aún conservaba algo de carga. Esta vez, la tableta sí reaccionó. Apareció un icono desconocido en la pantalla: una simple espiral contenida en un triángulo. El símbolo que había visto en el colgante, no el de Nyx que encontraría años después, sino el guardián de secretos de su abuela. Tocó el icono. La pantalla se quedó en blanco por un instante, y luego apareció una única opción: "Descifrar Archivo 'Legado'".

El corazón le martilleaba con fuerza. Pulsó "Descifrar". La tableta comenzó a procesar, la barra de progreso avanzando con una lentitud exasperante. ¿Qué encontraría? ¿La confirmación de sus peores miedos?

Finalmente, el archivo se abrió. No eran solo notas de investigación. Era todo. El informe completo que sus padres planeaban presentar, detallando las simulaciones fallidas, los riesgos de inestabilidad de Oráculo, la evidencia de accesos no autorizados y la anulación de los protocolos Guardian bajo la Directiva 11-B. Pero había más. Mucho más.

Había registros de comunicaciones internas recuperados por sus padres antes de que fueran borrados, donde Kaelen discutía explícitamente con Seguridad Interna la necesidad de "neutralizar la amenaza interna" que suponían los "principios obsoletos" de Fran y María. Había fragmentos de código manipulado que demostraban cómo se habían fabricado las "pruebas" que vinculaban a sus padres con Cygnus, usando los intentos reales de espionaje como tapadera. Había un análisis forense digital que demostraba que los logs de acceso de Kaelen a los protocolos Guardian habían sido alterados para ocultar sus anulaciones.

Y lo más devastador: había un último mensaje personal de sus padres, grabado apresuradamente esa misma mañana, oculto dentro

del archivo encriptado.

«Taryn, mi pequeña estrella brillante», comenzaba la voz de su madre, María, quebrada por la emoción contenida. «Si estás escuchando esto, significa que nuestros peores temores se han hecho realidad. Que Kaelen, y el sistema al que sirve, han decidido silenciarnos.»

«No somos traidores, Taryn», continuaba la voz de Fran, firme pero llena de dolor. «Amamos a Kaledon. Creemos en Oráculo. Pero no a cualquier precio. Descubrimos que estaban dispuestos a arriesgarlo todo, a violar cada principio ético, por ganar una carrera tecnológica, por consolidar un poder que tememos se vuelva incontrolable. Intentamos advertirles...»

«Kaelen nos amenazó», retomó María. «Nos amenazó a nosotros... y te amenazó a ti, indirectamente. Sabíamos que intentaría detenernos. Por eso te dejamos esto. Es la verdad, Taryn. Toda la verdad que pudimos reunir. Úsala con inteligencia. Protégete. No confíes en nadie dentro de Tecno-Corp o del Mando. Han elegido el poder sobre la verdad. Han elegido la victoria sobre la humanidad.»

«Sobrevive, Taryn», concluyó Fran, su voz apenas un susurro. «Sé fuerte. Sé inteligente. Honra nuestra memoria viviendo una vida plena... y si alguna vez tienes la oportunidad... asegúrate de que la verdad salga a la luz. Te queremos. Siempre.»

La grabación terminó. Ellis se quedó mirando la pantalla en blanco, las lágrimas corriendo silenciosamente por sus mejillas, el colgante aún caliente en su mano. La verdad era mucho peor de lo que había imaginado. Sus padres no eran traidores. Eran héroes. Y habían sido sacrificados en el altar del poder y la ambición de Kaledon, personificados en Kaelen. La victoria de Oráculo, la aclamación de Kaledon, todo estaba construido sobre una mentira monstruosa, sobre los cadáveres de sus padres.

El dolor inicial, la incredulidad, dieron paso a algo diferente. Algo frío, duro, afilado como el hielo. La pena se transformó en una rabia silenciosa, una resolución gélida que recorrió cada fibra de su

ser. Levantó la vista de la tableta. Su rostro adolescente, antes lleno de curiosidad y orgullo, era ahora una máscara impenetrable. Borró el archivo descifrado de la tableta, asegurándose de que no quedara rastro, pero la información, la verdad, estaba grabada a fuego en su memoria. El colgante volvió a parecer una simple pieza de metal inerte.

Se levantó y caminó hacia la ventana. Miró la ciudad de Veridia, celebrando su triunfo tecnológico bajo las luces restauradas. Vio las torres de Tecno-Corp, símbolos del poder que había destruido a su familia. Vio el emblema de Kaledon ondeando en las pantallas. Y supo lo que tenía que hacer.

No sería una venganza rápida ni impulsiva. Sería larga, paciente, metódica. Se infiltraría. Jugaría su juego. Usaría su inteligencia, su talento –ese que Kaelen había elogiado– para ascender dentro del sistema. Se convertiría en una pieza indispensable de la maquinaria que despreciaba. Aprendería sus secretos, explotaría sus debilidades. Se ganaría la confianza de gente como Kaelen, quizás incluso trabajaría a su lado, esperando el momento oportuno.

Y entonces, cuando menos lo esperaran, cuando Kaledon se sintiera más segura en su poder construido sobre mentiras, ella golpearía. No por odio ciego, sino por justicia fría. Por sus padres. Por la verdad. Destruiría a Kaelen. Destruiría Oráculo desde dentro si fuera necesario. Haría que Kaledon pagara por su traición.

La joven Taryn Ellis murió esa noche en el apartamento silencioso. En su lugar, nació la directora adjunta Taryn Ellis del futuro, una sombra paciente y letal esperando su momento, con el legado roto de sus padres como única brújula en la larga guerra que acababa de comenzar para ella.

CAPÍTULO 49: CONFESIONES EN EL CORREDOR DE SERVICIO (ELENA)

Elena se giró rápidamente, levantando la linterna con manos temblorosas, su cuerpo entero preparándose instintivamente para otra confrontación. La figura que emergió lentamente de las sombras más profundas del corredor de servicio la dejó sin aliento, pero no por la amenaza que esperaba.

No era Kael ni su compañero. Era el Sr. Henderson.

O lo que quedaba de él. Estaba espectralmente pálido bajo la luz errática de las lámparas de emergencia y la linterna de Elena. Llevaba la misma ropa de dormir raída que antes, ahora manchada y ligeramente rasgada. Un corte feo, oscuro con sangre seca, le cruzaba la frente y parte de la ceja, hinchándole un ojo. Se apoyaba pesadamente contra la pared, y sus ojos, antes esquivos, ahora la miraban con una fijeza que era puro terror cristalizado. Pero había algo más, una extraña chispa de determinación desesperada. Y en su mano nudosa, que temblaba incontrolablemente, sostenía el pequeño disco metálico y liso que Elena había escondido horas antes tras el panel de su cocina.

—Sr. Henderson... ¿cómo...? ¿Está usted...? —las palabras de Elena se atascaron en su garganta. La sorpresa, el alivio de que no fueran sus perseguidores, y la pura conmoción por el estado del anciano la dejaron muda por un instante. Otra contracción la recorrió, y tuvo que apoyarse en la pared, respirando con dificultad.

—Volvieron, señorita Reyes... volvieron... —susurró Henderson, su voz un graznido ronco. Miró con pánico a ambos lados del corredor, como si esperara que "ellos" aparecieran de nuevo en cualquier momento—. Tal como dijeron que harían...

—¿Le han hecho daño? Ese corte... —Elena dio un paso hacia él, su instinto reaccionando a pesar de su propio dolor y miedo.

Henderson se encogió. —Me golpearon... un poco... querían saber dónde estaba usted. Dónde estaba... esto —levantó temblorosamente la mano que sostenía el disco—. Sabían que usted había cogido la caja. Sabían que había hablado conmigo. ¡Lo saben todo!

—¿Cómo? ¿Cómo lo saben? ¿Y cómo tiene usted... el disco? Yo lo escondí en mi apartamento.

—Forzaron mi puerta primero... luego la suya —explicó Henderson, su voz entrecortada por el miedo y la falta de aire—. Registraron todo. Su apartamento entero. Son... muy rápidos, muy profesionales. Lo encontraron donde lo escondió, detrás de esa cosa de reciclaje en la cocina. Oí el ruido desde mi puerta...

—Pero si lo encontraron... ¿por qué lo tiene usted? —preguntó Elena, la confusión luchando con la sospecha. ¿Era esto una trampa?

—Hubo... hubo otra explosión fuera, ¿la oyó? Una muy cerca. El edificio tembló con fuerza —relató Henderson, sus ojos desorbitados—. Se asustaron, creo. O recibieron órdenes por sus comunicadores. Salieron corriendo de su apartamento a toda prisa. Uno de ellos... el que tenía esto... tropezó en el pasillo, cerca de mi puerta, y se le cayó. Ni siquiera se dio cuenta, o no le importó en ese momento. Simplemente desaparecieron escaleras abajo.

» Yo... yo esperé. Mucho tiempo. Pensé que volverían. Pero no lo hicieron. Salí... vi esto en el suelo... y lo cogí —confesó, mirando el disco con una mezcla de fascinación y repulsión—. Pensé... pensé que, si lo tenía, si podía dárselo a usted... quizás... quizás me dejarían en paz. ¡Es por esto! ¡Este maldito objeto es por lo que nos persiguen! ¡Tiene que cogerlo usted, por favor! ¡Lléveselo lejos!

Intentó de nuevo poner el disco en la mano de Elena, sus dedos fríos y temblorosos rozando los de ella. Elena retrocedió un paso.

—Sr. Henderson, cálmese, por favor. Respire hondo —dijo, intentando usar un tono profesional para tranquilizarlo (y a sí misma)—. Siéntese aquí un momento.

Lo ayudó a deslizarse hasta el suelo, apoyado en la pared. Él seguía temblando violentamente. Elena se arrodilló a su lado con dificultad, otra contracción haciéndola gemir en voz baja.

—Usted... usted no está bien, señorita —dijo Henderson, mirándola con alarma renovada—. El bebé...

—Estoy de parto, Sr. Henderson —admitió Elena, ya sin fuerzas para ocultarlo—. Necesito llegar al hospital. Urgentemente. Por eso bajé. Usted me dijo... me dijo que había una ruta...

Los ojos del anciano se abrieron de par en par en un esfuerzo físico extremo, le dijo: —Sí... sí, la ruta. Mi vieja ruta... los túneles de servicio bajo la ciudad... Es la única forma de salir de aquí sin que ellos la vean. ¡Tiene que usarla!

—Necesito que me diga exactamente dónde está la entrada. En este piso 14, dijo...

—Sí, sí... —asintió Henderson rápidamente—. En el pasillo residencial, el ala B, como el suyo. Al final, cerca del antiguo incinerador de residuos que ya no se usa. Busque la pared opuesta al incinerador. Detrás de donde estaría el armario empotrado del apartamento 14A... el mío... Hay un panel de revestimiento que no encaja del todo si se fija bien. Tiene el logo antiguo de Arcadia Construcciones, una 'A' estilizada. No tiene cerradura visible, solo una pequeña muesca en la esquina inferior derecha. Use algo fino para hacer palanca... Se abre hacia adentro. Da a una escalera de mantenimiento vieja, muy empinada... baja... baja muchos niveles, hasta el sub-sótano -5. Allí... busque la conexión con el Túnel de Servicio Principal Este. Está marcada con símbolos de mantenimiento antiguos, no los nuevos de Tecno-Corp. Esos túneles... la llevarán hacia el distrito del hospital si sigue las señales hacia el este. Pero tenga cuidado... son oscuros, un laberinto... y no sé qué más puede haber allí abajo ahora.

La descripción era detallada, precisa. Desesperada. Elena sintió una oleada de gratitud hacia aquel hombre aterrorizado que, en su propio infierno, intentaba ayudarla.

—Gracias, Sr. Henderson. De verdad. No sé cómo agradecérselo.

—Solo... sálvese usted. Y al niño —susurró él, volviendo a tenderle el disco—. Llévese esto. No lo quiero. Es... veneno. Tírelo en los túneles, donde nadie lo encuentre. Pero sáquelo de aquí.

Esta vez, Elena cogió el disco. Era frío ahora al tacto, inerte, pero seguía sintiéndose extrañamente denso, importante bajo su peso inesperado. La desesperación con la que 'ellos' lo buscaban, lo que fuera que contuviera, gritaba peligro... pero también valor. No podía simplemente tirarlo. No aún. Lo guardó en el bolsillo profundo de su chaqueta. Era una carga peligrosa, pero Henderson tenía razón, debía sacarlo de allí.

—¿Vendrá conmigo? —preguntó Elena, aunque ya sabía la respuesta.

El anciano negó con la cabeza, las lágrimas silenciosas surcando ahora su rostro sucio y ensangrentado. —No... no puedo... Estoy demasiado viejo, demasiado asustado... Ellos volverán a por mí. Es mi destino... Usted aún tiene una oportunidad. Váyase. Ahora. Antes de que regresen.

Elena le apretó el hombro por un instante. —Cuídese mucho, Sr. Henderson. Gracias.

Se levantó, el dolor de la contracción y el dolor por dejar atrás al anciano luchando en su interior. Pero la urgencia del parto era más fuerte. Con una última mirada de compasión, se giró y echó a correr, cojeando, hacia el final del corredor de servicio, hacia la ruta de Henderson. Hacia lo desconocido. Oyó cómo la puerta tras la que se quedó Henderson se cerraba con un clic suave, dejándolo solo con sus fantasmas y sus perseguidores.

CAPÍTULO 50: PROYECTO QUIMERA (DAVID)

La voz amplificada aún resonaba en la vasta caverna cuando las luces rojas de alarma comenzaron a parpadear con más intensidad, bañando las grotescas siluetas de los drones Quimera en un resplandor infernal. Los guardias Nyx y los técnicos armados que habían surgido de las sombras no esperaron órdenes.

—¡Fuego! —gritó Kovar, anticipándose al ataque inminente.

El hangar se convirtió en un caos de disparos de energía cruzados, el aire restallando con el sonido de proyectiles Kaledonianos y Valerianos. David y Mía se lanzaron a cubierto detrás de uno de los pilares metálicos más cercanos, mientras Kovar y Roric hacían lo mismo unos metros más allá. Kenzi, atrapada un poco más a la descubierta cerca de la entrada del túnel, intentó buscar refugio tras un contenedor de carga bajo.

Los guardias Nyx, cubiertos por su armadura negra, avanzaban metódicamente entre las filas de drones inertes, disparando con una precisión disciplinada. Los técnicos, aunque menos entrenados en combate, usaban sus armas experimentales –que lanzaban una especie de proyectiles de gel pegajoso o redes eléctricas– para intentar inmovilizarlos.

—¡Son demasiados! ¡Y están por todas partes! —gritó Roric por el comunicador interno, mientras una ráfaga de energía impactaba peligrosamente cerca de su posición.

—¡Tenemos que llegar a ese conducto de ventilación! —respondió David, recordando el esquema parcial que había visto en la consola anteriormente—. ¡Es nuestra única salida posible! ¡Está al fondo de la caverna, sector noroeste!

—¡Imposible cruzar este fuego! —replicó Kovar—. ¡Necesitamos una distracción! ¡Mía, ¿te quedan granadas?!

—¡Solo una sónica! —respondió ella, asomándose para abatir a un técnico que intentaba flanquear a Kovar—. ¡No les hará mucho daño a los blindados, pero quizás los aturda!

—¡Úsala! ¡David, Roric, ¡fuego de supresión concentrado hacia las pasarelas superiores cuando Mía lance! ¡Intentaremos correr hacia el fondo!

Mía lanzó la granada sónica hacia el grupo principal de guardias Nyx que avanzaban por el centro. El estallido agudo y desorientador hizo que varios de ellos se detuvieran y se llevaran las manos a los cascos momentáneamente.

—¡AHORA! —rugió Kovar.

Salieron de sus coberturas y empezaron a correr agachados, zigzagueando entre los enormes y siniestros drones Quimera, disparando hacia las pasarelas y los guardias más cercanos. David corría junto a Mía, sintiendo el calor de los disparos enemigos pasando cerca. Vio a Roric tropezar, pero levantarse y seguir corriendo detrás de Kovar.

Fue entonces cuando vio caer a Kenzi. Estaba intentando reunirse con ellos desde su posición inicial, pero un guardia Nyx la alcanzó con una ráfaga precisa en el pecho. Soltó un grito ahogado y se desplomó detrás del contenedor.

—¡KENZI! —gritó Roric, deteniéndose e intentando volver hacia ella.

—¡NO, RORIC! ¡SIGUE! —le ordenó Kovar con dureza, agarrándolo del brazo y obligándolo a seguir corriendo—. ¡No podemos hacer nada por ella ahora! ¡Muévete!

David sintió una punzada de dolor y rabia, pero siguió corriendo junto a Mía, sabiendo que Kovar tenía razón. Pararse era morir. Kenzi lo sabía. Cada soldado lo sabía.

Llegaron al fondo de la enorme caverna, cerca de donde el esquema indicaba el acceso al conducto de ventilación principal. Estaba protegido por una última línea de guardias Nyx y varios técnicos con sus extrañas armas.

—¡Último esfuerzo! ¡Hay que abrir una brecha! —gritó Kovar.

Se parapetaron tras las últimas filas de drones Quimera y concentraron el fuego. Mía se movía con una fluidez letal, sus disparos encontrando puntos débiles en las armaduras Nyx. David usó su rifle para neutralizar a los técnicos que intentaban usar las redes eléctricas contra ellos. Kovar y Roric proporcionaban fuego de supresión.

Uno de los guardias Nyx lanzó una granada hacia ellos. David logró desviarla con un disparo afortunado en el último segundo, pero la explosión cercana levantó una nube de polvo y escombros.

Aprovechando la confusión, Kovar gritó: —¡La rejilla! ¡Ahí está! ¡David, Mía! ¡ABRAN CAMINO! ¡Roric, cúbrenos!

David vio la gran rejilla metálica del conducto principal, a unos diez metros. Él y Mía avanzaron disparando, creando un pasillo de fuego. Roric, con lágrimas de rabia en los ojos por Kenzi, disparaba como un poseso desde su posición.

Lograron abatir a los últimos guardias que bloqueaban el acceso directo a la rejilla.

—¡Ve, David! ¡Intenta abrirla! ¡Yo te cubro! —gritó Mía, colocándose en una posición defensiva junto a la base de la rejilla.

David corrió hacia la rejilla. Era enorme, asegurada con pernos magnéticos pesados. Conectó su multiherramienta, buscando el protocolo de anulación.

—¡Rápido, David! ¡Se reagrupan! —urgió Mía, mientras los disparos enemigos volvían a arreciar.

El protocolo Valeriano era diferente al de la torreta. Más complejo. Sus dedos volaron sobre la interfaz dañada.

—¡Casi lo tengo...! —murmuró.

Oyó un grito detrás de él. Roric. Había sido alcanzado. Kovar intentaba arrastrarlo a cubierto mientras seguía disparando.

¡Clic! Los pernos cedieron.

—¡ABIERTA! —gritó David.

Se giró y vio a Mía luchando por contener a los Nyx que avanzaban. Kovar intentaba detener la hemorragia de Roric, que yacía inmóvil.

—¡Vámonos, Mía! ¡Kovar, Roric! —les gritó.

—¡Vayan ustedes! —respondió Kovar—. ¡Roric está...! ¡Vayan! ¡Saquen esa información! ¡Es una orden!

Mía miró a David, luego a Kovar y Roric. La decisión era brutal, pero instantánea. Agarró a David. —¡Entra!

Empujaron la pesada rejilla hacia adentro y se deslizaron a la oscuridad total del conducto justo cuando una lluvia de disparos impactaba contra el metal donde habían estado segundos antes. David oyó el sonido inconfundible de una granada detonando en la caverna detrás de ellos.

Cerró la rejilla desde dentro con un golpe sordo, sabiendo que dejaban atrás a sus últimos compañeros. Solo quedaban ellos dos. Atrapados en la oscuridad, con el eco de la batalla y el hedor del Proyecto Quimera persiguiéndolos.

CCAPÍTULO 51: LA RUTA DE HENDERSON (ELENA)

Elena no perdió ni un instante, aunque cada fibra de su cuerpo gritaba por descanso. La gratitud hacia el anciano se mezclaba con la culpa por haberlo dejado atrás y un miedo paralizante por lo que le pudiera ocurrir. Pero por encima de todo, estaba la urgencia biológica, la fuerza imparable de la vida que se abría paso en su interior. Las contracciones eran ahora martillos neumáticos golpeando su espalda y su vientre cada tres minutos, quizás menos, robándole el aliento y nublándole la visión con un velo rojo de dolor.

«Armario trasero... panel... logo viejo...» Las palabras de Henderson eran un mantra desesperado en su mente.

Ahora tenía que encontrar la salida al pasillo residencial del ala B. Avanzó con dificultad, cojeando por la herida del muslo, usando la linterna para guiarse. Encontró la puerta correcta, forzó la cerradura estándar y salió al pasillo principal alfombrado.

Silencio. Un silencio antinatural, opresivo. Las luces rojas de emergencia parpadeaban débilmente, apenas iluminando el largo corredor desierto. Era su pasillo. Al fondo estaba la puerta de su apartamento, el 14B, ahora violada, registrada. Y más cerca, la puerta del 14A, la del Sr. Henderson. Estaba cerrada, con las marcas de haber sido forzada que había notado antes.

Siguió las indicaciones de Henderson: "pared opuesta al incinerador de residuos... detrás de donde estaría el armario empotrado del dormitorio trasero... panel falso... logo viejo de Arcadia Construcciones... muesca en esquina inferior derecha".

El incinerador era una unidad metálica empotrada al final de un pequeño recodo del pasillo. La pared opuesta estaba cubierta por paneles decorativos estándar, idénticos unos a otros. Empezó a examinarlos a la altura que le había indicado Henderson, buscando

el viejo logo, una "A" estilizada sobre un edificio. La mayoría de los paneles estaban lisos o tenían el logo moderno de Tecno-Corp grabado discretamente.

Otra contracción la golpeó. Se apoyó contra la pared, respirando entrecortadamente, el dolor irradiando por toda su pelvis. Duró más de un minuto. Cuando pasó, se dio cuenta de que estaba sudando profusamente a pesar del frío. *«No queda tiempo»*, pensó con pánico. *«Tiene que estar aquí.»*

Continuó la búsqueda con manos temblorosas, palpando cada panel, buscando esa mínima irregularidad, esa junta casi invisible. El haz de la linterna era ahora un punto mortecino. Entonces, sus dedos rozaron algo diferente. Un panel que parecía ligeramente menos encajado que los demás. Iluminó la esquina inferior derecha. Allí estaba. Casi borrado por el tiempo y el polvo, pero inconfundible: el viejo logo de Arcadia Construcciones. Y justo debajo, una minúscula depresión, una muesca casi imperceptible.

¡Lo había encontrado! La oleada de alivio fue tan intensa que casi la hizo llorar. Se arrodilló con un gemido, el esfuerzo inmenso en su estado. Sacó la navaja multiusos, seleccionó la punta más fina y la introdujo con cuidado en la muesca. Hizo palanca suavemente, temiendo hacer ruido, temiendo que estuviera atascado.

Oyó un clic suave, casi inaudible. ¡Se había soltado! Tiró del borde del panel rectangular con los dedos entumecidos. Cedió, abriéndose silenciosamente hacia adentro sobre bisagras ocultas.

Detrás, no había pared. Había oscuridad. Una abertura estrecha y vertical que descendía hacia lo desconocido. Olía a tierra húmeda, a metal oxidado, a aire que no se había movido en décadas. La ruta de Henderson. El pasadizo secreto. Su única esperanza.

Estaba a punto de intentar introducirse, agotada, pero con una nueva oleada de adrenalina, cuando oyó un ruido metálico fuerte procedente del fondo del pasillo residencial, cerca de las escaleras de emergencia principales por las que ella había *evitado* bajar. El sonido inconfundible de una puerta de metal abriéndose con fuerza.

Se quedó helada. ¡Sus perseguidores! ¿La habían localizado? ¿Habían decidido registrar el piso 14 a fondo?

No había tiempo para pensar. Otra contracción la sacudió, recordándole la urgencia desesperada de su situación. Miró la abertura oscura y estrecha. Miró hacia el pasillo de donde provenía el ruido amenazante.

Con un último esfuerzo de voluntad, y aferrando la linterna casi muerta, Elena se giró y comenzó a deslizarse, pies primero, hacia la boca oscura del pasadizo secreto, justo cuando oía el eco inconfundible de botas tácticas avanzando rápidamente por el pasillo hacia ella.

CAPÍTULO 52: EL DESCENSO (ELENA)

La oscuridad tras el panel falso era absoluta, una negrura palpable que olía a décadas de olvido: a tierra húmeda, a óxido profundo, a aire sin movimiento. Elena tiró del panel desde dentro con un último esfuerzo, y este encajó con un sonido sordo y tranquilizador, aunque sabía que era una falsa seguridad si sus perseguidores encontraban la entrada. Se giró, y el haz de su linterna, revitalizado a medias tras una sacudida violenta, iluminó una visión desalentadora: una escalera metálica de mantenimiento, casi vertical, descendiendo en espiral hacia un abismo negro. Los peldaños eran estrechos, brillantes por una humedad negruzca y ominosa. Una gruesa cadena oxidada, anclada a la pared a intervalos irregulares, servía como único y precario pasamanos. Era la ruta de Henderson. Un camino al infierno, quizás, pero su única salida.

El descenso comenzó como una tortura metódicamente infligida. Cada paso requería una concentración total. Aferrada a la cadena helada con su mano desnuda (el guante perdido en algún momento de la huida), palpaba el siguiente peldaño resbaladizo con la bota antes de transferir su peso. Su cuerpo, en el octavo mes de embarazo, protestaba con cada torsión, con cada flexión forzada. El vientre chocaba a menudo contra el metal frío de la escalera, y tenía que descender de lado, forzando los músculos de la espalda y las piernas hasta el límite.

Y las contracciones. Eran un tambor de guerra sonando en su interior, cada vez más fuerte, más frecuente. Ya no podía contar los minutos entre ellas; a veces parecían solaparse, olas de dolor que la dejaban sin aliento, pegada al metal helado, con la cabeza gacha, ahogando gemidos, luchando por mantener el control de su vejiga y de su pánico. Sabía lo que significaba esa frecuencia, esa intensidad. Fase activa. Muy activa. Transición, quizás. El momento del

nacimiento se acercaba inexorablemente, y ella descendía hacia las entrañas de una ciudad en guerra.

«Respira, Elena. Inspira profundo... espira lento... como les decías... piensa en algo... en algo bueno...» Su mente buscó refugio en el pasado, en un recuerdo anclado en la seguridad y el amor.

Recordó la tarde, hacía apenas unos meses pero que parecían pertenecer a otra vida, en su apartamento luminoso de la Torre Arcadia. La luz del sol entrando por la ventana panorámica, el olor a café recién hecho. Leo acababa de llegar del trabajo, su rostro cansado, pero iluminándose al verla. Ella sostenía en la mano el pequeño test de embarazo digital, que mostraba un sencillo pero trascendental "+".

—¿Y bien? —preguntó él, su voz una mezcla de esperanza y nerviosismo, acercándose, sus ojos grises fijos en el dispositivo.

Elena no dijo nada, solo le mostró el resultado. Vio cómo los ojos de Leo se abrían de par en par, cómo una sonrisa incrédula y luego radiante se extendía por su rostro. La levantó en brazos, haciéndola girar mientras ella reía y le pedía que tuviera cuidado.

—¡Vamos a ser padres, El! ¡Padres! —exclamó, su voz llena de una alegría tan pura que casi dolía recordarla ahora—. ¡Un bebé! ¡Nuestro bebé! ¡Mateo! ¿Te gusta Mateo?

—Me encanta Mateo —respondió ella, abrazándose a él, sintiéndose completamente segura, completamente feliz—. Tendrá tus ojos, ya verás. Y tu inteligencia. Y mi paciencia, esperemos.

Se quedaron abrazados mucho rato, mirando por la ventana la ciudad futurista y brillante que se extendía a sus pies, planeando un futuro lleno de parques holográficos, viajes educativos a las biodomas, una habitación llena de juguetes inteligentes... un futuro perfecto en un mundo perfecto.

Un sollozo escapó de los labios de Elena, devolviéndola a la oscuridad helada y al dolor desgarrador de la contracción actual. Aquel mundo perfecto, aquella promesa de futuro, se había hecho añicos como cristal bajo las botas de la guerra y la traición. Ahora

solo quedaba esta escalera oxidada, esta oscuridad, y la lucha desesperada por traer a Mateo a un mundo en ruinas.

La linterna parpadeó y murió. Esta vez, por mucho que la agitara, solo consiguió un destello agónico antes de la oscuridad total. Estaba ciega. El pánico la golpeó con fuerza. Se aferró a la cadena, hiperventilando, sintiendo las paredes invisibles cerrándose sobre ella.

«No. No te rindas. Tienes otros sentidos.» Se obligó a calmarse. Escuchó. El goteo constante del agua. El eco de su propia respiración. El chirrido de la escalera bajo su peso. Palpó. La cadena fría y rugosa. Los peldaños húmedos y desiguales. La pared de hormigón cubierta de una capa viscosa.

Continuó bajando, mucho más despacio ahora, confiando solo en el tacto y el oído. Era como moverse por el útero oscuro de la tierra. Perdió la noción de los pisos, del tiempo. Solo existía el siguiente peldaño, la siguiente contracción, el siguiente jadeo en la oscuridad.

Finalmente, tras una eternidad, sus pies tocaron suelo firme, chapoteando en agua fría. Había llegado al fondo. Palpó a su alrededor. Un túnel bajo, de hormigón viejo. El aire olía a moho, a agua estancada, pero también... ¿a ozono? ¿A metal recalentado? Oyó un zumbido bajo y constante, y un chirrido metálico intermitente.

Avanzó a tientas, siguiendo la pared, el agua helada calándole hasta los huesos. El túnel parecía ensancharse ligeramente, abriéndose a una especie de sala o nudo de mantenimiento. El zumbido era más fuerte aquí, y el chirrido también. Consiguió que la linterna emitiera un último y patético destello.

Lo que vio la paralizó. Era una máquina. Un robot de mantenimiento pesado, antiguo, sobre orugas metálicas, con varios brazos articulados terminados en herramientas industriales oxidadas. Debía ser una reliquia de la construcción original de la torre, reactivado erráticamente por las fluctuaciones de energía. Su único

sensor óptico rojo barrió el espacio y se fijó en ella. Emitió un pitido agudo y desafinado. Y empezó a avanzar.

No había hostilidad inteligente en su movimiento, solo una programación corrupta. Detectaba una anomalía –ella– y procedía a "limpiar" la ruta. Uno de sus brazos, terminado en una especie de garra dentada, se elevó torpemente.

Elena retrocedió, buscando una vía de escape. Estaba en una especie de cámara de distribución, con tuberías gruesas cruzando el techo y las paredes, y un gran panel eléctrico antiguo y visiblemente dañado en una pared lateral, con cables gruesos y pelados colgando cerca de un charco de agua que cubría gran parte del suelo.

El robot avanzó, sus orugas chapoteando, la garra descendiendo. Elena estaba acorralada. Otra contracción la hizo doblarse. Gritó.

El robot aceleró su avance ante el sonido. Elena miró los cables pelados, el agua, el robot acercándose. Una idea terrible, desesperada, surgió. Cogió un trozo de conducto metálico que había caído del techo. Esperó, temblando, hasta que el robot estuvo a punto de alcanzarla, con la garra a centímetros de su vientre.

Entonces, con un grito que mezclaba furia y terror primordial, lanzó el tubo metálico con todas sus fuerzas, no contra el robot, sino contra el manojo de cables pelados que colgaban sobre el charco, justo delante de la máquina.

Hubo un fogonazo cegador, un arco voltaico que iluminó la cámara con una luz azul espectral. Chispas llovieron sobre el agua. El robot, al entrar en el charco electrificado, se convulsionó violentamente. Sus sistemas fritos emitieron un gemido metálico agudo y luego se apagó con un último estertor, quedando inmóvil, humeante, una escultura grotesca en medio del agua burbujeante.

Elena se quedó de rodillas, jadeando, mirando la máquina destruida. Lo había hecho. Había sobrevivido. Había matado, aunque fuera a una máquina. El olor a ozono y a metal quemado era sofocante.

Se obligó a ponerse en pie. El túnel continuaba al otro lado de la cámara. Y ahora, el aire que venía de allí era diferente. Olía a humo fresco, a la ciudad herida de arriba. Y el zumbido era más claro, más moderno: maquinaria de emergencia, quizás. Y vio una luz débil pero constante al final de ese túnel.

La conexión Principal Este. Tenía que ser.

Comenzó a caminar, luego a tropezar, hacia esa luz. Las contracciones eran ahora un fuego continuo. La necesidad de empujar era casi irresistible. Sabía que le quedaban minutos, quizás menos. Pero la salida estaba allí. Una promesa de aire, de ayuda, de salvación. Tenía que llegar. Por Mateo. Por Leo. Por ella misma.

CAPÍTULO 53: EL TERCER JUGADOR (LEO)

El Nido del Halcón respiraba con dificultad, como un organismo herido. Aunque la amenaza física inmediata en el laboratorio Delta-3 había sido contenida –tres intrusos muertos, uno autodestruido llevándose consigo secretos y equipos valiosos–, la sensación de seguridad se había evaporado por completo. El Protocolo Fortaleza seguía parcialmente activo, las compuertas selladas, pero ahora la amenaza se sentía más insidiosa, más cercana. El topo seguía allí, entre ellos, y había demostrado ser capaz de guiar al enemigo hasta las entrañas mismas del CUC-K.

Leo sentía el peso de la mirada de Kaelen, aunque éste estuviera en la plataforma de mando y él en su estación. La misión secreta de encontrar al traidor se había vuelto exponencialmente más urgente y peligrosa. Él y Sami trabajaban ahora con una discreción paranoica, usando las credenciales Omega para analizar los restos digitales del asalto a Delta-3 y del intento de suplantación de Sami, buscando cualquier pista, cualquier conexión con la fuga del canal Oráculo-Sigma.

El intento de suplantación de Sami desde Beta-117 durante el ataque ya había demostrado que la red del topo estaba activa aquí mismo, cerca, y era capaz de manipular credenciales Omega, lo que hacía aún más urgente identificar a los colaboradores restantes. ¿Y el acceso Nivel Oro necesario para anular las puertas de Delta-3?

—Nivel Oro o superior, como dijo Kaelen. He cruzado los registros de acceso físico a Gamma con los logs de esa consola. Hubo dos oficiales activos con ese nivel de acceso en la zona en la ventana de tiempo relevante: el comandante Aker (Enlace Militar Estratégico) y el propio Kaelen. La traidora Ellis también lo poseía, por supuesto, antes de ser neutralizada.

Leo sintió un escalofrío. Aker, Kaelen. Las dos figuras con más poder activo en el Nido. Uno de ellos podría ser el colaborador principal restante, o quizás ambos estaban limpios y había otros implicados. La red de sospechas se había reducido, pero apuntaba a figuras casi intocables. Investigarlos sería como caminar sobre un campo de minas cuánticas.

—Necesitamos más —dijo Leo—. Necesitamos entender *qué* buscaban en Delta-3 tan desesperadamente. Oráculo, ¿informe de daños y posible extracción de datos en Delta-3?

—*Evaluación en curso, Analista Reyes* —respondió la IA—. *Daños estructurales y de equipo significativos debido a la detonación final del intruso. Recuperación de datos forenses digitales muy limitada. Sin embargo, los análisis preliminares de los sistemas a los que intentaron acceder sugieren un interés primordial en los algoritmos de predicción de comportamiento de IA y en las interfaces de control neuronal directo en fase experimental.*

¿Control neuronal de IA? ¿Predicción de comportamiento? ¿Era ese el objetivo final del topo? ¿Darle a Valerius y, por extensión, a Cygnus, la capacidad no solo de anticipar las acciones de Kaledon, sino de influir o controlar sus propias IA estratégicas como Oráculo? La idea era aterradora y explicaba la audacia del ataque interno.

En ese momento, una nueva ventana de alerta prioritaria apareció en la pantalla principal, marcada por Oráculo como "Análisis Geopolítico Estratégico - Cambio de Patrón Significativo".

—¿Qué es eso, Oráculo? —preguntó Kaelen por el canal general, su voz tensa.

—*Detectado incremento anómalo y coordinado de actividad militar y diplomática por parte de la Federación de Cygnus en las últimas 3 horas* —informó la IA, mostrando un mapa global con iconos parpadeantes sobre el territorio de Cygnus y sus fronteras—. *Movilización de dos flotas navales autónomas hacia el Mar Oriental, cerca de las rutas marítimas Valerianas. Puesta en alerta máxima de sus defensas aéreas y cibernéticas. Y comunicaciones diplomáticas*

encriptadas de alta prioridad entre la capital de Cygnus y la capital Valeriana se han multiplicado por diez.

Un silencio tenso cayó sobre la sala de operaciones. Cygnus. La tercera potencia, oficialmente neutral, tecnológicamente avanzada pero siempre jugando su propio juego ambiguo. ¿Qué significaba esto? ¿Su momento de entrar en escena?

—¿Cuál es tu evaluación actualizada de intenciones, Oráculo? —preguntó Kaelen de nuevo.

—Múltiples hipótesis con niveles de confianza variables — respondió Oráculo—. *Hipótesis 1 (Ahora 25% confianza, disminuyendo): Posicionamiento oportunista neutral. Hipótesis 2 (Ahora 41% confianza, aumentando): Preparación para alianza activa o intervención directa del lado de Valerius, probablemente desencadenada por la percepción de debilidad Kaledoniana tras el ataque de misiles o por conocimiento previo de la operación Nyx/Quimera. Hipótesis 3 (19% confianza): Disuasión contra escalada WMD. Hipótesis 4 (15% confianza): Preparación de intervención "pacificadora" bajo sus términos.*

Leo: (a Sami por canal privado) —Genial. Así que, según Oráculo, o Cygnus nos apuñala por la espalda ahora, o espera a que estemos desangrándonos para rematarnos 'pacíficamente'. Muy útil, como siempre. ¿No tiene una Hipótesis 5 donde nos envían flores y ayuda humanitaria con drones cisne? Sami: (responde con un icono de cara sonriente irónica) —Esa debe estar en el archivo 'Error_404_Optimismo_No_Encontrado'. O quizás Oráculo simplemente no puede procesar un concepto tan ilógico como la ayuda desinteresada.

La probabilidad de una alianza activa Cygnus-Valerius era ahora la más alta. Leo sintió otro escalofrío. Si Kaledon ya estaba luchando por contener a Valerius con un topo saboteándolos desde dentro, la entrada de Cygnus en el bando contrario sería el golpe de gracia.

—¿Alguna conexión directa entre la actividad de Cygnus y nuestras vulnerabilidades internas o la Alerta Negra? —preguntó Leo directamente a Oráculo, usando su acceso Omega.

—Correlación temporal detectada entre el inicio de la actividad anómala de Cygnus y la detección de la Alerta Negra, pero la causalidad es indeterminada —respondió la IA en su canal privado—. *Análisis de componentes recuperados de intrusos Delta-3 revela microprocesadores de origen Cygniano. Protocolos de encriptación cuántica usados en fuga Sigma presentan similitudes con algoritmos licenciados por Cygnus Advanced Dynamics a Valerius.*

Era la confirmación que necesitaban, aunque fuera circunstancial. Cygnus no solo se movía en el tablero global; su tecnología y sus huellas digitales estaban en el corazón de las operaciones clandestinas contra Kaledon.

—Oráculo— la voz de Leo era tensa, apenas un susurro en el canal Omega—. Necesito un análisis histórico. Correlaciona esta evidencia con cualquier interacción no declarada, transferencia tecnológica sospechosa o comunicación anómala entre Valerius y Cygnus en los últimos... quince años. Busca patrones de colaboración encubierta. Código Omega-Reyes-Historial-02.

La IA guardó silencio durante un instante más largo de lo habitual, procesando vastas cantidades de datos históricos clasificados y fragmentos de inteligencia recuperada. Finalmente, respondió, su voz sintética tan neutra como siempre, pero la información era devastadora.

—Análisis histórico completado. Se confirma patrón consistente de colaboración encubierta Valerius-Cygnus con alta probabilidad (85%+), desarrollado en fases durante aproximadamente 10-12 años:

- ***Fase I (Aprox. -12 a -8 años): Acercamiento Estratégico.*** *Registros fragmentarios de encuentros secretos de alto nivel entre figuras clave del Mando Imperial Valeriano y el directorio de Cygnus Advanced Dynamics (CAD). Discusiones sobre "intereses mutuos" frente al creciente dominio tecnológico Kaledoniano.*

Primeros acuerdos marco para "intercambio tecnológico selectivo" bajo estrictas cláusulas de confidencialidad.

- ***Fase II (Aprox. -8 a -4 años): Transferencia y Dependencia Tecnológica.*** *Evidencia de transferencias significativas (a través de corporaciones tapadera como 'Innovaciones Leda') de algoritmos Cygnianos de IA adaptativa, materiales bio-sintéticos experimentales y protocolos de comunicación cuántica a complejos de I+D secretos Valerianos. Coincide con informes internos Kaledonianos (previamente desestimados) sobre vulnerabilidades inexplicables en sistemas que utilizaban componentes Cygnianos licenciados.*

- ***Fase III (Aprox. -4 años hasta presente): Colaboración Operativa y Apoyo a Infiltración.*** *Incremento exponencial de comunicaciones seguras entre mandos Nyx (Valerius) y enlaces no identificados en Cygnus. Suministro Cygniano confirmado de hardware específico para operaciones encubiertas (como los microprocesadores hallados en Delta-3) y herramientas de ciberguerra avanzadas (compatibles con las usadas por la red de Ellis y en ataques recientes). Fuerte sospecha de financiación Cygniana indirecta a operaciones Nyx.*

- ***Evaluación de Oráculo:*** *La alianza Valerius-Cygnus representa una amenaza estratégica de largo plazo, no una conveniencia táctica reciente. Su objetivo combinado parece ser la degradación sistemática de la capacidad tecnológica y militar Kaledoniana, utilizando la fuerza militar Valeriana como fachada y la superioridad*

tecnológica Cygniana como catalizador y arma encubierta. La infiltración interna (red Ellis) es un componente clave de esta estrategia.

Leo miró fijamente la pantalla, sintiendo un vacío helado en el estómago. No era solo una alianza; era una conspiración tejida durante más de una década, bajo sus narices. Cada éxito tecnológico de Kaledon había sido observado, analizado y contrarrestado en secreto por dos rivales que fingían neutralidad o simple hostilidad. La guerra actual no era un accidente; era la culminación de un plan maestro. Y ellos, en el Nido, habían estado luchando contra fantasmas sin conocer la verdadera escala del enemigo.

—Kaelen —llamó Leo por el canal privado, su voz urgente—. Oráculo confirma tecnología Cygnus en los intrusos de Delta y correlación de protocolos de encriptación con la fuga Sigma. La conexión es más que probable.

Hubo una larga pausa. La figura de Kaelen en la plataforma de mando parecía tallada en hielo. —Entendido, Reyes —respondió finalmente por el canal privado—. Eso... complica las cosas exponencialmente. Significa que la red de Ellis podría ser solo la punta del iceberg, una colaboración a nivel estatal mucho más profunda. Oráculo, inicia simulación de escenarios de guerra Kaledon vs Valerius-Cygnus, asumiendo compromiso interno Kaledoniano continuado y posible despliegue de drones de combate. Necesito proyecciones de supervivencia.

Mientras la IA comenzaba esa tarea sombría, Leo se comunicó con Sami.

—Sami, cambio de enfoque. La conexión Ellis-Cygnus es sólida. Necesitamos saber si Aker o Kaelen tienen vínculos similares. Usa Omega, con extremo cuidado, busca cualquier comunicación, transferencia financiera, viaje no justificado... cualquier cosa que los conecte con Cygnus Advanced Dynamics o con agencias de

inteligencia Cygnianas en los últimos dos años. Y sigue buscando cómplices de Ellis en niveles inferiores.

—Entendido, Leo. Esto se pone feo de verdad. ¿Crees que Kaledon tiene alguna posibilidad contra ambos?

—No lo sé, Sami —admitió Leo con sinceridad, mirando el mapa estratégico donde Kaledon parecía una isla cada vez más pequeña y asediada—. Pero tenemos que luchar como si la tuviera. Tenemos que encontrar a todos los traidores. Tenemos que entender y neutralizar la operación enemiga. Y tenemos que mantener este Nido funcionando. Es todo lo que podemos hacer.

Se sumergió de nuevo en los datos, en la caza de sombras, mientras Oráculo calculaba las probabilidades de supervivencia de su nación y la sombra del Cisne de Cygnus se proyectaba, larga y oscura, sobre la guerra que acababa de empezar. La verdadera guerra.

CAPÍTULO 54: LLAMADA DESDE EL ABISMO (ELENA)

El aire olía diferente aquí abajo. A hormigón húmedo, a combustible quemado y a ese olor acre y eléctrico que sigue a las grandes descargas de energía. Elena emergió del último tramo de la escalera de servicio –la que el Sr. Henderson le había indicado en su último y aterrador encuentro– y se encontró en lo que parecía ser un nivel de estacionamiento subterráneo abandonado bajo la Torre Arcadia. Las luces de emergencia parpadeaban erráticamente, algunas completamente muertas, sumiendo el vasto espacio en una penumbra moteada y opresiva. Vehículos autónomos de lujo, ahora inútiles sin energía ni red, yacían cubiertos de polvo como cadáveres tecnológicos.

Había logrado bajar desde el piso 14, un descenso agónico y lento, con cada contracción haciendo que se detuviera, se apoyara en la pared fría y respirara entrecortadamente hasta que el dolor pasara. Sabía, con una certeza aterradora, que ya no eran contracciones de aviso. Estaba de parto. Un parto prematuro inducido por el estrés y el trauma de las últimas veinticuatro horas. Tenía que llegar al Hospital Central. Ya no era una opción, era una cuestión de supervivencia para ella y para Mateo.

Consultó mentalmente el mapa improvisado que Henderson le había descrito: salir por la rampa de vehículos del nivel -5, seguir por la avenida de servicio subterránea (menos vigilada, según él) tres bloques al este, y luego buscar la entrada de Urgencias del hospital, que daba a esa avenida. Parecía sencillo en teoría. En la práctica, con la ciudad en alerta, parcialmente a oscuras y con agentes Nyx posiblemente buscándola... era una misión suicida.

Avanzó cojeando por el estacionamiento silencioso, su linterna (cuya batería volvía a flaquear) barriendo las sombras. El dolor en el

muslo, donde el disparo de energía la había rozado, era ahora un latido constante. Cada paso era un esfuerzo. El sonido de sus propias pisadas resonaba de forma alarmante en el silencio de hormigón.

Llegó a la rampa de salida. Estaba parcialmente bloqueada por una barrera de seguridad automática atascada a medio bajar. Pudo deslizarse por debajo con dificultad. Salió a la avenida de servicio subterránea. Aquí abajo, el apagón era casi total. Solo la luz de emergencia de algunos túneles de conexión y el resplandor lejano de las salidas a la superficie ofrecían una mínima visibilidad. Vehículos abandonados y algunos escombros dificultaban el paso. Olía a humo y a humedad estancada.

Empezó a caminar lo más rápido que pudo hacia el este, manteniéndose pegada a las paredes, aguzando el oído a cada sonido. Oyó el eco distante de disparos esporádicos en la superficie, el ulular intermitente de sirenas lejanas. Pero aquí abajo reinaba un silencio fantasmal. ¿Era una ruta segura, como dijo Henderson, o simplemente estaba más aislada si algo salía mal?

Después de caminar durante lo que le pareció una eternidad, con las contracciones volviéndose más frecuentes y dolorosas, vio una luz más intensa al final de un túnel lateral. Se acercó con cautela. Era una pequeña estación de tránsito subterráneo, probablemente conectada a la red de metro ligero de Veridia. Las luces principales estaban apagadas, pero varias pantallas de información y una consola de emergencia pública parpadeaban con energía de respaldo intermitente.

¡Comunicaciones! Quizás... quizás la red de emergencia estuviera parcialmente restablecida aquí abajo. Era su única oportunidad de intentar contactar con Leo, de hacerle saber que estaba viva, que estaba de parto, que necesitaba ayuda.

Se acercó a la consola de emergencia. La pantalla mostraba mensajes erráticos sobre el estado de alerta y advertencias de seguridad. Ignoró los botones predefinidos (policía, bomberos, servicios médicos – probablemente inútiles o saturados) y buscó una

opción de comunicación directa o de envío de datos. Encontró una interfaz de texto básica, marcada como "Canal Prioritario Ciudadano – Solo Emergencias Verificadas". Dudó. No era una emergencia verificada oficialmente, pero para ella lo era.

Tecleó rápidamente el identificador seguro de Leo en Tecno-Corp, el que él le había hecho memorizar "por si todo lo demás fallaba". Añadió un mensaje corto y desesperado:

«Leo - Soy Elena - ¡AYUDA! - Contracciones fuertes - Parto inminente - Camino a Hospital Central vía túneles servicio desde Arcadia - Te quiero - Dile a David...»

No pudo terminar la frase sobre su hermano. Otra contracción la dobló sobre la consola, arrancándole un gemido. Pulsó "Enviar" con manos temblorosas.

La pantalla parpadeó. *«Estableciendo conexión segura... Red prioritaria congestionada... Intentando ruta alternativa...»*

Esperó, conteniendo la respiración, ignorando el dolor. La barra de progreso avanzó con una lentitud agónica. 10%... 30%... 50%...

«Conexión establecida... Transmitiendo paquete de datos...»

¡Lo había logrado! El mensaje estaba saliendo. Una lágrima de alivio y dolor rodó por su mejilla sucia de polvo.

«Error de transmisión. Paquete incompleto. Conexión perdida. Reintentando...»

No. ¡No! Golpeó la pantalla con el puño, frustrada. La conexión había caído. ¿Se habría enviado algo? ¿Una parte del mensaje? ¿Solo su identificador? ¿O nada en absoluto? No lo sabía. La pantalla volvió a mostrar el mensaje genérico de alerta.

Se apoyó en la consola, derrotada, sintiendo cómo la esperanza se desvanecía tan rápido como había llegado. Estaba sola. Completamente sola. Y el bebé venía en camino.

Miró hacia la salida del túnel que, según sus cálculos, debía llevarla cerca del hospital. Ya no importaba el peligro, ni los soldados, ni los agentes Nyx. Solo importaba llegar. Por Mateo.

Con un último esfuerzo de voluntad, se enderezó y comenzó a caminar, cojeando y respirando con dificultad, hacia la luz incierta al final del túnel, mientras las sombras de la guerra y del parto inminente se cerraban a su alrededor.

CAPÍTULO 55: ECOS EN LA RED ROTA (LEO)

El Nido del Halcón seguía siendo una olla a presión. Aunque la intrusión física en Delta-3 había sido contenida –a un coste aún no del todo evaluado–, el Protocolo Fortaleza seguía parcialmente activo y la batalla cibernética contra Valerius rugía con furia renovada en el exterior. Leo trabajaba en un estado de concentración febril, sus sentidos divididos entre la defensa de las redes críticas, la caza silenciosa y paranoica del topo de alto nivel junto a Sami, y un tercer ojo mental que no dejaba de escudriñar cualquier posible señal de Elena.

Habían pasado horas desde que Oráculo le mostrara los datos de la operación Nyx en Torre Arcadia y la evidencia de disparos y PEM localizado en los pisos superiores. Horas de silencio absoluto en las comunicaciones civiles. Horas en las que Leo había imaginado los peores escenarios posibles, sintiendo una culpa corrosiva por no haber podido advertirla, por no haber detenido al topo antes. La confirmación oficial de que Halcón-7, la unidad de David, estaba MIA (Desaparecida en Acción), había sido otro golpe brutal esa mañana. Se sentía responsable, atrapado en este infierno subterráneo mientras su familia se enfrentaba al horror en la superficie.

Estaba inmerso en el análisis de un nuevo y virulento malware Valeriano que intentaba colarse en los sistemas de guía de misiles Kaledonianos cuando una alerta discreta, pero de máxima prioridad parpadeó en la esquina de su consola personal. No era una alerta táctica estándar. Era de Oráculo, marcada como "Intercepción Parcial - Canal Emergencia Civil Prioritario - Posible Coincidencia ID Contacto Registrado: Reyes, E."

El corazón de Leo dio un vuelco. Pulsó la alerta con manos temblorosas. La pantalla mostró datos fragmentados, corruptos,

apenas recuperados de la red civil aún inestable y saturada.

ID USUARIO: E.REYES-ARCADIA // PROTOCOLO: Texto Seguro (Parcial) // CONTENIDO RECUPERADO: ...AYUDA!.....contracciones fuertes...parto.....Hospital Central via tunel.....Arcadia.....quiero... David... // FIN DE TRANSMISIÓN INCOMPLETA.

Era ella. Estaba viva. Pero las palabras recuperadas eran una mezcla de alivio y terror puro. ¡Ayuda! ¡Contracciones fuertes! ¡Parto! ¡Camino al hospital desde Arcadia por los túneles! ¡Y mencionaba a David! ¿Sabría ella lo que le había pasado? El mensaje estaba terriblemente incompleto, cortado. ¿Cuándo lo había enviado? ¿Seguía en los túneles? ¿Había llegado al hospital? ¿La perseguían los agentes Nyx que él sabía que estaban allí?

—¡Oráculo! —dijo Leo, su voz tensa, por el canal directo—. ¿Origen de esta transmisión? ¿Timestamp? ¿Algún dato de geolocalización, por débil que sea?

—Transmisión originada desde terminal de emergencia pública en red subterránea de tránsito ligero, Sector Central-Sur, hace aproximadamente 5 minutos —la respuesta de la IA fue instantánea —. *Geolocalización imprecisa debido a triangulación con repetidores dañados. Zona estimada: Corredor de servicio subterráneo entre Avenida Kael y Hospital Central. Señal perdida abruptamente. No hay más transmisiones detectadas desde ese ID.*

¡Hace cinco minutos! Estaba increíblemente cerca del hospital, pero a pie, sola, ¡y de parto! Tenía que hacer algo. Los protocolos estándar de emergencia civil eran inútiles; Kaelen había sido claro en que las fuerzas auxiliares estaban desbordadas. Pero él tenía acceso Omega.

—Oráculo, necesito estado y disponibilidad de unidades MED-Drone (Ambulancia Dron Autónoma) en el Sector Central-Sur. ¡Ahora!

—Procesando... Una unidad MED-Drone (Unidad 7) operativa con energía de respaldo (68%). Dos inoperativas. Espacio aéreo:

Restringido Nivel Rojo por actividad hostil residual y operaciones militares Kaledonianas en curso. Protocolo estándar de despacho civil: Suspendido.

Era casi imposible. Pero no para él. No ahora.

—Oráculo, iniciando anulación prioritaria Omega-Reyes-Delta-9. Despacha MED-Drone 7 inmediatamente a las últimas coordenadas estimadas de E.Reyes. Misión: Localizar ID biométrico pasivo, estabilizar y extraer a instalación médica funcional más cercana, verificar seguridad del perímetro del Hospital Central como opción prioritaria. Carga perfil biométrico pasivo de Elena Reyes para identificación. ¡Ejecuta!

—*Advertencia, Analista Reyes* —la voz de Oráculo sonó casi... vacilante—. *El uso de anulación Omega en estas condiciones implica riesgo extremo para el activo, posible exposición de protocolos de control y registro visible para monitorización de seguridad interna Nivel Alfa.*

Leo apretó la mandíbula. Sabía lo que significaba Nivel Alfa. Significaba que su acción quedaría registrada en logs a los que el topo (fuera Aker, Kaelen, o alguien más con Nivel Oro/Platino) podría tener acceso o ser alertado si monitorizaban específicamente las anulaciones Omega, algo muy probable tras la caída de Ellis y la paranoia reinante. Estaba pintando una diana en su propia espalda digital, revelando un interés personal y prioritario en una zona específica de Veridia. Podría estar guiando al enemigo hacia Elena indirectamente.

«¿Y si el topo intercepta la ruta del dron? ¿Y si envían agentes Nyx a por ella usando mi propia acción desesperada?» La idea era nauseabunda.

Miró los fragmentos del mensaje de Elena. *Ayuda. Parto. Te quiero.*

Al diablo con el riesgo. Si había una mínima posibilidad de salvarla, la tomaría. Aunque eso lo expusiera. Aunque pusiera en

peligro su misión secreta contra el topo. Elena era lo primero. Siempre.

—¡EJECUTA AHORA, ORÁCULO! —gritó Leo, golpeando la consola.

Observó en una pantalla secundaria cómo el sistema procesaba su orden, cómo anulaba las restricciones, cómo asignaba una ruta de bajo nivel al MED-Drone 7. El icono verde empezó a moverse en el mapa táctico de Veridia, una pequeña luz verde dirigiéndose hacia la zona roja de peligro cerca del hospital. Era un acto de fe tecnológica en medio del infierno.

Justo cuando el icono del dron abandonaba su plataforma de despegue en un sector relativamente seguro al norte de la ciudad, una notificación discreta apareció en la consola de Sami, que monitorizaba el tráfico de red interno con la autorización Omega paralela. La marcó y se la reenvió a Leo por el canal privado.

«Leo, mira esto. Consulta de datos en tiempo real al sistema de control de tráfico aéreo no tripulado (UTM). Origen: Terminal del comandante Aker (Enlace Estratégico). Consulta específica: Estado operativo y ruta asignada para 'Activo Médico Autónomo Designación 7' (MED-Drone 7). Timestamp: EXACTAMENTE 1.5 segundos después de tu comando de anulación Omega.»

Leo sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Aker. El enlace militar estratégico, uno de los pocos con Nivel Oro que estaba en la lista corta de sospechosos del topo después de Ellis. ¿Por qué estaría consultando específicamente por *ese* dron, *justo* después de que él lo lanzara con una anulación de máximo nivel? Podría ser una supervisión legítima de activos en espacio aéreo restringido... pero la coincidencia era demasiado sospechosa. ¿Estaba Aker monitorizando las anulaciones Omega? ¿Tenía interés en ese dron en particular? ¿O era él el topo, alertado por la acción de Leo, comprobando hacia dónde enviaba ayuda?

«¿Qué hacemos, Leo?» preguntó Sami por el canal, su voz digital apenas un susurro cargado de tensión. *«¿Abortamos la misión del dron? ¿Informamos a Kaelen de la consulta de Aker?»*

Leo dudó, su mente corriendo a toda velocidad. Abortar ahora significaba abandonar a Elena. Informar a Kaelen sobre Aker sin pruebas definitivas era increíblemente peligroso; Aker era un militar de alto rango, poderoso, y si *no* era el topo, acababan de crearse un enemigo mortal dentro del Nido. Y si *sí* lo era, acababan de alertarlo de que sospechaban.

«No», decidió Leo. *«El dron sigue. Elena lo necesita. Pero tú, Sami... monitoriza CADA paquete de datos hacia o desde la terminal de Aker. Y usa Omega para intentar acceder a SUS logs de comunicación personal encriptados de las últimas horas. Sé que es un riesgo enorme, pero necesito saber si se comunica con alguien sobre ese dron o sobre Torre Arcadia. Con extremo cuidado, Sami. Extremo.»*

«Entendido, Leo. Jugando con fuego...» respondió Sami.

Leo asintió para sí mismo, la boca seca. Acababa de cruzar otra línea. Usar Omega para espiar activamente a uno de los máximos responsables militares del Nido. Pero si Aker era el topo y estaba a punto de enviar a los Nyx tras el dron de Elena... no tenía elección.

Le pidió a Sami que vigilara la telemetría del dron con escucha pasiva, buscando interferencias. Había hecho lo único que podía. Había lanzado una pequeña luz de esperanza en la inmensa oscuridad que envolvía a Elena. Pero ahora sabía que esa luz podría estar siendo observada por el lobo disfrazado de guardián. Y mientras el icono del dron avanzaba lentamente en el mapa, tuvo que volver a la batalla principal, a la caza del topo, sintiéndose más dividido y vulnerable que nunca.

CAPÍTULO 56: LA FIRMA DEL CISNE (DAVID)

El hedor químico era casi insoportable ahora, mezclado con el olor a metal quemado y a ozono de los recientes tiroteos. David, Mía y Kovar avanzaban agachados por un corredor de servicio poco iluminado en las entrañas de la base Nyx, habiendo dejado atrás los cuerpos de Roric y Kenzi y la macabra sala de los drones Quimera. El sonido de las alarmas se había atenuado aquí, reemplazado por el zumbido de maquinaria desconocida tras las paredes.

—Según los esquemas parciales que recuperé, el conducto de ventilación principal debería estar al final de este nivel, conectado a la planta de procesamiento atmosférico —susurró David, consultando un pequeño visor de muñeca que había logrado reactivar parcialmente—. Si logramos llegar allí, podría ser nuestra salida.

—Siempre y cuando no esté vigilado como el resto de esta maldita instalación —replicó Kovar con amargura—. Nos vieron entrar en este sector. Saben que estamos aquí. No bajarán la guardia.

Pasaron junto a una serie de puertas reforzadas, etiquetadas con códigos Valerianos y símbolos de peligro biológico y radiológico. Vislumbraron a través de pequeñas mirillas laboratorios llenos de equipos extraños, algunos con contenedores burbujeantes similares a los que habían visto en los drones, otros con jaulas vacías o restos orgánicos inquietantes. Era evidente que estaban en el corazón de la investigación y desarrollo del Proyecto Quimera.

—Esto es mucho más grande de lo que pensaba —murmuró Mía, sus ojos muy abiertos reflejando el horror—. ¿Qué estaban creando aquí? ¿Y para qué?

Antes de que David pudiera responder, Kovar, que iba en cabeza, les hizo una señal para detenerse y pegarse a la pared. Oyó voces acercándose por una intersección más adelante. Voces hablando en Valeriano, pero también... en otro idioma. Un idioma que David reconoció vagamente de los informes de inteligencia sobre la tercera potencia regional.

—¿Eso es... Cygniano? —susurró Mía, que también lo había reconocido. Había servido un tiempo como enlace de comunicaciones antes de unirse a las unidades de asalto.

Se asomaron con extremo cuidado por la esquina. Vieron a dos guardias Nyx escoltando a tres individuos vestidos no con uniformes militares, sino con elegantes trajes de negocios de alta tecnología, de un color gris perla característico. Llevaban insignias discretas en las solapas. David aguzó la vista y su visor logró enfocar una de ellas por un instante antes de que volvieran a fallar los píxeles. Era inconfundible: el cisne estilizado sobre un campo de estrellas, el emblema corporativo de 'Cygnus Advanced Dynamics', el conglomerado tecnológico estatal de la Federación de Cygnus.

Los tres Cygnianos hablaban animadamente en su idioma con uno de los guardias Nyx, que parecía entenderlos. Gesticulaban hacia una de las puertas del laboratorio.

David, Mía y Kovar retrocedieron lentamente, ocultándose de nuevo. Intercambiaron miradas de pura incredulidad y alarma.

—¡Cygnus! —exhaló Kovar—. ¡Están aquí! ¡Trabajando con Nyx! ¡Con Valerius!

—Los neutrales... —murmuró Mía con disgusto—. Sabía que no eran de fiar. ¿Están financiando esto? ¿Proporcionando tecnología?

—Tiene sentido —dijo David, las piezas encajando en su mente con una claridad aterradora—. La tecnología de esos drones Quimera, los posibles componentes biológicos... Valerius es bueno en ciberguerra y fuerza bruta, pero la biotecnología avanzada y la IA de enjambre son especialidades de Cygnus. ¡Están colaborando en secreto!

Esta era la información que podía cambiar la guerra. Ya no era Kaledon contra Valerius. Era Kaledon contra una alianza impía y secreta entre Valerius y Cygnus, desarrollando armas de pesadilla. Tenían que sacar esa información de allí. Era más importante que sus propias vidas.

—Tenemos que llegar a ese conducto de ventilación —dijo Kovar con nueva urgencia—. Y necesitamos pruebas. David, ¿puedes intentar acceder a alguna terminal cercana y descargar cualquier cosa que pruebe la conexión Cygnus-Valerius? Aunque sea un simple registro de entrada de esos trajeados.

Era un riesgo enorme. Acceder a una terminal Valeriana-Nyx alertaría probablemente a sus sistemas de seguridad internos, si no lo había hecho ya. Pero Kovar tenía razón. Necesitaban pruebas.

Vieron una pequeña oficina de control con la puerta entreabierta un poco más adelante. Los Cygnianos y sus escoltas se habían alejado en la dirección opuesta.

—Mía, Kovar, cubridme —dijo David—. Intentaré entrar allí y acceder a la terminal. Seré rápido.

Mientras Mía y Kovar vigilaban el pasillo, David se deslizó en la oficina. Estaba vacía, pero una terminal seguía activa, mostrando diagramas complejos en la pantalla. Conectó su multiherramienta, ejecutando los protocolos de intrusión más rápidos y sigilosos que conocía. El tiempo corría. Oía el eco de pasos acercándose por el pasillo.

Accedió al registro de acceso del sector. Allí estaba: tres visitantes de Cygnus Advanced Dynamics, con autorización especial Nyx, entraron hacía seis horas. Descargó ese registro y buscó rápidamente cualquier otro archivo no asegurado. Encontró una carpeta etiquetada como "Transferencias CAD-Quimera". Intentó abrirla. Encriptada. Pero el solo nombre era una prueba circunstancial fuerte. Descargó el archivo encriptado también.

—¡David, tenemos que irnos! ¡Vienen! —le susurró Mía desde la puerta.

David desconectó su herramienta justo a tiempo. Salió de la oficina y corrió con Mía y Kovar hacia el final del corredor, donde una señal indicaba "Planta de Procesamiento Atmosférico / Acceso Ventilación Principal".

Llegaron a una puerta doble reforzada. La tarjeta de acceso Nyx que tenía Mía funcionó. Entraron en una sala enorme, llena del rugido de ventiladores gigantes (ahora funcionando a baja potencia con energía de respaldo) y una compleja red de conductos y pasarelas metálicas. En el centro, vieron la abertura principal del conducto de extracción, un túnel oscuro y vertical lo suficientemente grande como para que cupieran los tres.

—¡Es nuestra salida! —dijo Kovar—. ¡Hay que subir! ¡Debería llevarnos a los niveles superiores y, con suerte, a una salida de emergencia a la superficie lejos de la entrada principal!

Pero justo cuando se acercaban a la base del conducto, las luces de la sala cambiaron a rojo intermitente y las compuertas por las que habían entrado se cerraron de golpe. Y desde las pasarelas superiores, aparecieron más guardias Nyx, apuntándoles con sus armas. Estaban atrapados de nuevo, pero esta vez, con información que podía decidir el destino de la guerra.

CAPÍTULO 57: SOMBRAS EN EL MANDO (LEO)

El aire en el Nido del Halcón seguía cargado, no solo con el ozono de los sistemas forzados, sino con una paranoia eléctrica que parecía crepitar bajo la superficie de la eficiencia militar. Ellis había caído, neutralizada en su intento final de sabotaje durante el ataque nuclear, pero la revelación de la profunda y antigua alianza Valerius-Cygnus había dejado claro que la cabeza de la serpiente era solo eso, una cabeza. El cuerpo, la red de colaboradores y la influencia de Cygnus, seguía oculto en las sombras del Nido.

Bajo la orden directa y peligrosa de Kaelen, Leo y Sami utilizaban ahora sus credenciales Omega con una precisión quirúrgica y un miedo constante a ser descubiertos. Su objetivo: el comandante Aker, Enlace Militar Estratégico, y el propio supervisor Kaelen. Investigar a los pilares del CUC-K mientras el mundo exterior ardía era una tarea que helaba la sangre.

—Empecemos por Aker —murmuró Leo a Sami por su canal Omega privado, mientras ambos aparentaban analizar los informes de daños de Veridia—. Kaelen necesita saber si él es la siguiente grieta en la fortaleza. Revisa sus comunicaciones seguras de los últimos seis meses. Busca cualquier contacto no estándar con agregados militares de Cygnus, personal de Cygnus Advanced Dynamics (CAD), o cualquier intermediario conocido. Y cruza sus registros financieros personales y corporativos indirectos con la lista de corporaciones tapadera que Oráculo identificó vinculadas a 'Innovaciones Leda' y otras operaciones Cygnianas.

Sami asintió en silencio desde su consola, sus dedos ya danzando sobre la interfaz holográfica, navegando por capas de seguridad que habrían sido infranqueables apenas unos días antes. El acceso Omega era vertiginoso, pero cada comando ejecutado

dejaba una huella digital que, temían, podría ser rastreada por alguien con el mismo nivel de acceso... o superior.

Mientras Sami se sumergía en las finanzas y comunicaciones de Aker, Leo se centró en sus accesos a sistemas críticos justo antes de los incidentes clave: el sabotaje de los XR-4, la intrusión en Delta-3, el ataque secundario a los misiles Colmillo durante la alerta nuclear (el que usó las credenciales secundarias de Aker).

—Oráculo, necesito los logs de auditoría completos y verificados por hash para todos los accesos del comandante Aker a los repositorios de firmware de sistemas autónomos y a los protocolos de seguridad física de los Niveles Gamma y Delta en las 72 horas previas a cada incidente. Correlaciona con cualquier consulta sobre vulnerabilidades conocidas o protocolos de anulación de emergencia. Código Omega-Reyes-Audit-04.

La IA procesó la solicitud. Los datos fluyeron en la pantalla privada de Leo. Aker había accedido a los protocolos de seguridad de Gamma poco antes de la intrusión en Delta-3, justificándolo como "Revisión de estado post-PEM". También había consultado las especificaciones del firmware KDF-SecUpdate-7.9.2 de los Cazadores XR-4 dos días antes de que se detectara el troyano 'Espectro-Nyx', bajo la directiva "Evaluación de rendimiento táctico". Todo parecía plausible, justificado... quizás demasiado. No había un arma humeante, solo una inquietante coincidencia de accesos con eventos desastrosos. Era un profesional cubriendo sus huellas, si es que había huellas que cubrir.

—Leo, tengo algo... o quizás nada —la voz de Sami sonó en su canal—. Las finanzas personales de Aker están limpias como una patena. Demasiado limpias para alguien de su posición y antigüedad. Sin inversiones de riesgo, sin transferencias extrañas... Pero he rastreado tres transacciones significativas desde una fundación benéfica aparentemente legítima, registrada en Kaledon, hacia cuentas numeradas en un paraíso fiscal conocido por ser usado por Cygnus. La fundación recibe donaciones anónimas cuantiosas... y uno de sus directores honorarios es un antiguo agregado militar

Kaledoniano que sirvió como enlace con Cygnus hace cinco años y ahora está retirado.

—Una conexión débil, pero es un hilo del que tirar —respondió Leo—. ¿Comunicaciones?

—Ahí está el problema. Aker usa encriptación cuántica de grado militar superior para sus comunicaciones externas seguras, incluso más fuerte que la estándar del Nido. Imposible romperla sin la clave privada o una potencia de cálculo que ni Oráculo puede dedicar ahora mismo. Sin embargo... he detectado un patrón recurrente de micro-transmisiones salientes desde su terminal segura hacia un único nodo orbital Cygniano de comunicaciones seguras, justo después de reuniones clave del Consejo de Defensa o de recibir informes estratégicos de Oráculo. Son ráfagas muy cortas, probablemente solo confirmaciones o datos muy comprimidos. No podemos leer el contenido, pero el patrón temporal es... altamente sospechoso.

Circunstancial. Todo era circunstancial, pero la acumulación era asfixiante. Acceso a sistemas clave justo antes de sabotajes. Comunicaciones secretas con Cygnus. Posibles vínculos financieros indirectos. Y su inquietante consulta sobre el MED-Drone 7 enviado a por Elena. Aker encajaba en el perfil, pero seguían sin la prueba irrefutable que Kaelen necesitaría para actuar contra un pilar del Mando Estratégico.

—Sigue monitorizando esas micro-transmisiones, Sami. Intenta encontrar alguna correlación con las fugas de datos tácticos, aunque sea a posteriori. Y empieza a revisar los accesos y comunicaciones de Kaelen. Con extremo, extremo cuidado —ordenó Leo, sintiendo un nudo de hielo en el estómago al dar esa última orden.

La caza de sombras continuaba, ahora apuntando a los niveles más altos, mientras la guerra real seguía devorando mundos y esperanzas fuera de las paredes presurizadas del Nido del Halcón. Y Aker, el comandante Aker, seguía allí, observando quizás, con sus secretos intactos... por ahora.

CAPÍTULO 58: ESCUDO CELESTE, SOMBRA TRAIDORA (LEO)

«¡ALERTA ROJA NUCLEAR INMINENTE! ¡IMPACTO ESTIMADO EN 7 MINUTOS!»

La voz amplificada de Oráculo era fría, precisa, pero cada sílaba golpeaba el Nido del Halcón como un martillo neumático. En la pantalla holográfica principal, múltiples trayectorias rojas arqueadas convergían implacablemente sobre Veridia y otros puntos estratégicos de Kaledon. Misiles balísticos Valerianos. La respuesta definitiva, brutal y largamente temida.

Leo sintió que el aire le faltaba, a pesar de los sistemas de soporte vital del búnker. Siete minutos. Vio el terror reflejado en los rostros de los analistas a su alrededor, la disciplina militar luchando contra el pánico primordial.

—¡Activando 'Escudo Celeste'! —la voz de Kaelen resonó, firme sobre el creciente caos, casi un rugido—. ¡Oráculo, asignación de objetivos a plataformas orbitales y terrestres! ¡Equipos de Ciberdefensa, prioridad absoluta a proteger la integridad de la red del Escudo! ¡Es nuestro único muro! ¡Sabemos que hay traidores con acceso! ¡Leo, Sami, monitoricen cualquier anomalía interna con Omega, ¡cualquier intento de sabotaje AHORA! ¡No podemos fallar!

Leo asintió, sus dedos ya una mancha borrosa sobre la consola holográfica. Ellis había caído, pero la sospecha sobre Aker, alimentada por su consulta sobre el MED-Drone 7, era ahora una certeza helada en su estómago. El comandante Aker, el enlace militar, sentado en su puesto de mando con acceso Nivel Oro, era la amenaza más peligrosa dentro de la sala.

—Sami, monitoriza toda la actividad de red originada desde la terminal del comandante Aker y cualquier nodo asociado a él. ¡Prioridad Omega! Bloquea cualquier comando sospechoso dirigido a

Oráculo o al sistema Escudo Celeste. ¡No podemos permitir que interfiera! —ordenó Leo por el canal privado, mientras él mismo activaba contramedidas 'Guardián Omega' alrededor de los protocolos de control del Escudo Celeste.

—¡Recibido! ¡Terminal de Aker bajo vigilancia Omega intensiva! —respondió Sami, su rostro una máscara de concentración pálida.

En la pantalla principal, Oráculo comenzó a asignar objetivos: láseres 'Lanza Solar', interceptores 'Martillo Estelar', misiles 'Colmillo'. Una danza cósmica y letal contra la aniquilación.

—Primeras interceptaciones en la exosfera en T-menos 4 minutos —informó Oráculo—. Se detectan dos trayectorias con firmas energéticas anómalas consistentes con dispositivos de fisión de bajo rendimiento ('mininukes'). Objetivos probables: Este búnker (CUC-K) y el Complejo del Mando Estratégico.

Bombas nucleares. Dos. Dirigidas directamente a los centros neurálgicos. El silencio fue sepulcral.

—¡ESCUDO CELESTE! —rugió Kaelen—. ¡PRIORIDAD ABSOLUTA OMEGA A ESAS DOS AMENAZAS NUCLEARES! ¡ORÁCULO, REASIGNA TODOS LOS VECTORES DE INTERCEPTACIÓN NECESARIOS! ¡DERRIBEN ESAS MALDITAS COSAS A CUALQUIER PRECIO!

Leo observó con el corazón en un puño cómo los iconos azules convergían sobre las dos trayectorias más amenazantes.

—¡Intrusión! —gritó Sami de repente, sus ojos desorbitados—. ¡Detecto un intento de anulación de comandos en el subsistema de guiado del láser orbital Lanza Solar 7 y un intento de inyección de datos corruptos en la red de control de los interceptores 'Colmillo'! ¡Origen... confirmado, terminal principal del comandante Aker! ¡Está usando protocolos de emergencia Nivel Oro y algún tipo de código de anulación Cygnus! ¡Intenta desviar las defensas de ambos objetivos nucleares! ¡Quiere que impacten!

¡Aker! ¡Era él! La confirmación llegó en el peor momento posible.

—¡Bloquéalo, Sami! ¡Usa mi autorización Omega concurrente! ¡Protocolo 'Cerbero Total' sobre su terminal y sus protocolos de acceso! —respondió Leo, mientras él mismo trabajaba frenéticamente para reforzar los cortafuegos cuánticos alrededor de todos los sistemas de control del Escudo, anticipando la traición confirmada.

—¡Lo intento! ¡Se resiste! ¡Está usando credenciales Nivel Oro válidas y protocolos Cygnus muy avanzados! ¡Está luchando contra el bloqueo Omega...! ¡Consiguió pasar un pulso de datos corruptos a Lanza Solar 7! ¡Colmillo asegurado, pero Lanza Solar está comprometido parcialmente!

—¡Oráculo! ¡Evalúa impacto del pulso corrupto en Lanza Solar 7! ¡Recalcula soluciones de interceptación nuclear AHORA! —ordenó Kaelen, su voz helada, asimilando la traición de Aker en tiempo real.

—Recalculando... Rendimiento de Lanza Solar 7 degradado en un 40%... Análisis de pulso corrupto indica intento de desviación de haz... Asignando interceptores cinéticos Martillo Estelar adicionales como compensación... Nueva probabilidad de interceptación exitosa de amenaza nuclear 1 (objetivo CUC-K) reducida al 88%... Probabilidad para amenaza nuclear 2 (objetivo Mando Estratégico): 91%...

No era el 100%. Un 12% de posibilidades aquí. Un 9% para el Mando Estratégico. Todo por la traición de Aker. Leo sintió un sudor frío.

—¡Primeras interceptaciones en curso! ¡Impactos cinéticos en exosfera! —anunció Oráculo.

(La secuencia de interceptación se mantiene: iconos azules contra rojos, explosiones silenciosas)

—¡Amenaza nuclear 1 (objetivo CUC-K) interceptada y destruida! ¡Confirmado! —anunció Oráculo.

Un suspiro colectivo recorrió la sala. Habían salvado el Nido.

—¿Y la amenaza 2? ¿Mando Estratégico? —preguntó Kaelen.

—Interceptación parcial de amenaza 2. Cabeza principal destruida, pero múltiples fragmentos significativos aún en trayectoria balística hacia Veridia Oeste... Impacto atmosférico y terrestre inminente de fragmentos con posible rendimiento residual elevado...

¡No! ¡Fragmentos nucleares sobre la ciudad por culpa de Aker!

—¡Leo! ¡Sami! ¡Defensas atmosféricas! ¡Redirijan toda la energía hacia esos fragmentos! ¡Hay que intentar vaporizarlos o desviarlos! —ordenó Kaelen.

—Impactos de fragmentos detectados en Veridia Oeste, cuadrantes 7 a 11 —informó Oráculo finalmente—. Niveles de radiación Gamma iniciales elevados … Contaminación localizada Alfa y Beta probable. Múltiples impactos convencionales PEM y de alto explosivo registrados en otros sectores. Amenaza balística inmediata neutralizada.

Neutralizada. Habían evitado la aniquilación nuclear directa, pero a un coste terrible, facilitado por la traición. Veridia Oeste estaba contaminada. ¿Y Elena? ¿Torre Arcadia?

Leo se apoyó en su consola, agotado. Habían sobrevivido. Habían confirmado la traición de Aker. La guerra seguía, la ciudad herida, y Elena... seguía allí fuera.

Kaelen se acercó a él, su rostro exhausto, pero con una nueva y gélida determinación. —Buen trabajo defensivo, Reyes. Usted y Sami. Aker... —su voz se endureció—. Seguridad Interna tiene órdenes de proceder en cuanto sea tácticamente posible. Él era la cabeza restante de la serpiente Cygnus-Valeriana aquí. Su intento de sabotaje casi nos cuesta todo.

—¿Y ahora, Supervisor? —preguntó Leo, su voz vacía.

—Ahora... evaluamos daños reales. Intentamos restablecer el orden con la operación 'Ciudadela Limpia'. Investigamos a fondo las capacidades armamentísticas del enemigo, incluyendo sus proyectos no convencionales. Desarrollamos contramedidas. Y preparamos la defensa a largo plazo. La guerra acaba de empezar de verdad. Y Cygnus ha declarado su mano. Su misión Omega de encontrar al

resto de la red de Aker y cualquier otro colaborador es ahora más vital que nunca. No me falle.

Leo miró la pantalla principal, Kaledon era una pequeña isla azul rodeada por el rojo de Valerius y el gris amenazante de Cygnus. Habían sobrevivido. Pero la victoria parecía una palabra de un idioma olvidado. Y su batalla personal por encontrar a Elena acababa de volverse infinitamente más desesperada.

CAPÍTULO 59: METRALLA Y SILENCIO (CLARA)

La esperanza es un veneno sutil en tiempos de guerra. Justo cuando un grito excitado de Kenzi desde la entrada de la UCI anunciaba el milagro –"¡Ha vuelto! ¡La energía, parcialmente, ha vuelto!"– y las luces principales parpadearon erráticamente sobre sus cabezas, prometiendo quizás el retorno de los monitores, de las bombas de infusión, de las cruciales bombas de oxígeno... el infierno exterior decidió responder.

Primero fue una vibración profunda, sorda, que ascendió desde los cimientos del Hospital Central, haciendo temblar las camillas y tintinear el escaso instrumental metálico que quedaba sobre los carros. Clara intercambió una mirada de alarma con el Dr. Faheem en medio de la algarabía esperanzada que había estallado entre el personal ante la perspectiva de la vuelta de la energía. Esa vibración no era normal.

Entonces llegó el sonido. Un estruendo bajo y desgarrador que pareció comprimir el aire en los pulmones, seguido de otro, y otro más, cada vez más cerca. Las luces que acababan de volver parpadearon con violencia y se apagaron de nuevo, sumiendo la UCI en una oscuridad aún más profunda que antes, solo rota ahora por los haces temblorosos de las linternas de carga cinética y el resplandor fantasmal de las luces rojas de emergencia que, milagrosamente, seguían funcionando.

El suelo se sacudió con violencia bajo sus pies cuando una explosión, esta terriblemente cercana, hizo temblar la estructura misma del hospital. Polvo y trozos de techo cayeron sobre ellos. Se oyeron gritos de pánico, no solo de pacientes, sino también del personal más joven. Varias alarmas de los pocos monitores portátiles que funcionaban se dispararon al unísono.

—¡Al suelo! ¡Cúbranse! —gritó Faheem, su voz un rugido gutural por encima del estruendo.

Clara se lanzó instintivamente bajo la estación central de enfermería, un espacio relativamente protegido, sintiendo el cuerpo temblar. Las explosiones continuaron durante lo que pareció una eternidad: una letanía aterradora de impactos sordos y agudos que resonaban desde diferentes puntos de la ciudad, algunos peligrosamente cercanos. Veridia estaba siendo bombardeada. Masivamente. La "respuesta apropiada y decidida" de Kaledon había provocado una represalia brutal.

Cuando el estruendo de los impactos directos pareció disminuir, reemplazado por el sonido más distante de sirenas enloquecidas y el crepitar de incendios, Clara salió de su refugio, tosiendo por el polvo que flotaba en el aire. La UCI era un caos aún mayor que antes. Algunos paneles del techo habían caído, las improvisadas cortinas de plástico de los boxes de aislamiento NBQ se habían rasgado, y un olor acre a quemado se mezclaba con los olores ya habituales de enfermedad y desinfección.

—¿Están todos bien? ¡Informe de daños! —gritó Faheem, intentando restablecer el orden.

—¡Doctor, los generadores militares que acababan de conectar...! ¡Creo que el último impacto los ha dañado! ¡La energía auxiliar vuelve a ser mínima! —informó Jano, señalando los paneles de control ahora muertos.

La breve esperanza se había extinguido tan rápido como había llegado. Peor aún, el pico de tensión y el posterior corte podrían haber dañado irreversiblemente equipos que antes funcionaban con batería.

—¡Revisad los monitores portátiles! ¡Y el oxígeno! ¡El oxígeno! —la voz de Clara era urgente.

Sara, la enfermera veterana, llegó corriendo desde la zona de almacenamiento de botellas portátiles, su rostro una máscara de desesperación. —¡Las bombas del tanque principal no llegaron a

arrancar del todo! ¡Y de las doce botellas que nos quedaban... dos han sido perforadas por los escombros! ¡Solo quedan diez! ¡Y el manómetro principal sigue bajando!

Diez botellas. Para más de veinte pacientes críticos. Clara sintió que el mundo se inclinaba. La decisión que habían estado posponiendo era ahora ineludible, y aún más horrible.

—Doctor... —murmuró Clara, mirando a Faheem.

Él asintió sombríamente. —Lo sé. Reunid las listas de nuevo. Rápido.

Pero antes de que pudieran empezar el macabro triaje del oxígeno, un nuevo horror se presentó. Un sanitario voluntario entró corriendo desde Urgencias, su rostro cubierto de sangre y polvo, sus ojos desorbitados.

—¡Doctor Faheem! ¡Enfermera Clara! ¡Están llegando... cientos! ¡Impacto directo en el complejo residencial Arcadia y en la Plaza Cívica! ¡Quemados, aplastados, mutilados! ¡Necesitamos todas las manos en triaje exterior! ¡YA!

Arcadia. ¡La Torre Arcadia! ¡Elena! El corazón de Clara se detuvo. Olvidó por un instante el oxígeno, los pacientes NBQ, todo. Solo podía pensar en su amiga, embarazada, sola en aquella torre que ahora estaba bajo ataque directo. Intentó sacar su comunicador, pero Faheem la agarró del brazo.

—¡Clara, no! ¡No puedes salir! ¡Necesito que organices la UCI! ¡Jano, Sara, ¡vosotros id a ayudar a triaje exterior! ¡Nosotros nos encargamos aquí dentro! ¡Comunicadme solo los casos críticos que necesiten ventilación o cirugía inmediata!

Clara quiso protestar, gritar, salir corriendo hacia Arcadia. Pero la mirada de Faheem era implacable. Tenía razón. Su deber estaba allí, con los pacientes que ya luchaban por respirar en sus camas.

—Está bien, doctor —dijo, tragándose su angustia personal—. Jano, Sara, id. Tened cuidado ahí fuera. Usad protección si hay polvo o humo denso.

Mientras los dos residentes salían corriendo, Clara y Faheem se enfrentaron a la tarea imposible. Diez botellas de oxígeno. Pacientes NBQ en fallo respiratorio. Pacientes cardíacos o post-quirúrgicos dependientes de flujo alto. Y ahora, la perspectiva de recibir víctimas de traumatismos masivos desde el exterior que también necesitarían oxígeno y soporte vital.

—Empecemos —dijo Faheem con voz queda—. Cama 1. Soldado NBQ, ventilación manual continua, sin respuesta neurológica...

Clara cerró los ojos un instante. Recordó al joven soldado, apenas un niño. Recordó sus convulsiones. Recordó haberle prometido mentalmente que no lo dejarían morir. Miró el manómetro de la botella portátil conectada a su ambú. Marcaba casi vacío.

—Pronóstico nulo, doctor —dijo Clara, su propia voz sonando extraña, distante—. Retiramos soporte. Necesitamos esa botella y el ambú para alguien con más posibilidades.

Faheem asintió en silencio, sin mirarla a los ojos. Clara se acercó y desconectó la botella, el silencio repentino del ambú manual siendo reemplazado por el pitido agónico y final del oxímetro de pulso del soldado antes de que ella también lo apagara. Una vida sacrificada para intentar salvar otra. Era la primera de muchas decisiones imposibles que tomarían en las siguientes horas.

Continuaron la ronda, cama por cama. La señora Daren, fallo cardíaco, consciente pero hipóxica... decidieron bajarle el flujo al mínimo y esperar. Otro soldado NBQ, con respiración espontánea pero muy débil... una botella asignada, pero con revisión en 15 minutos. Un paciente post-quirúrgico de un bypass coronario de antes de la guerra, estable, pero necesitando O2... retirado, confiando en que su reserva aguantara. Cada decisión era un golpe de martillo en el alma de Clara.

Mientras tanto, el caos exterior se filtraba. Gritos, el ruido de maquinaria pesada, el zumbido cercano de drones (¿amigos? ¿enemigos?). Un sanitario entró corriendo pidiendo plasma O negativo urgentemente para un niño con amputación traumática en

triaje. Faheem envió las dos últimas unidades que les quedaban en la nevera de emergencia.

—Estamos al límite, Clara —dijo Faheem, pasándose una mano por la cara—. Completamente al límite. Si la energía no vuelve de forma estable, si no llegan suministros o evacuación... no aguantaremos otras doce horas.

Clara miró a su alrededor. La UCI era un cuadro del Bosco iluminado por luces estroboscópicas rojas y linternas. El personal se movía como autómatas agotados. Los pacientes luchaban por cada bocanada de aire. El olor a muerte y a químicos era nauseabundo. Y en algún lugar ahí fuera, su amiga Elena estaba de parto, quizás herida, quizás intentando llegar a este mismo infierno buscando ayuda.

Sintió que las lágrimas pugnaban por salir, pero las contuvo con rabia. No podía derrumbarse. Era enfermera jefe. Tenía que seguir. Por los que aún respiraban. Por la remota posibilidad de que Elena apareciera por esa puerta. Cogió la botella de oxígeno que le había quitado al soldado muerto y se dirigió a la cama de la señora Daren. Una decisión horrible tras otra. Esa era ahora su realidad. La realidad de la guerra en el corazón herido de Veridia.

CAPÍTULO 60: LA ÚLTIMA AVENIDA (ELENA)

El mundo era una sinfonía de dolor y caos. Cada pocos minutos, una nueva contracción desgarraba el cuerpo de Elena, obligándola a detenerse, a apoyarse contra las paredes frías y húmedas del túnel de servicio, a jadear en busca de un aire viciado que olía a polvo de hormigón, a humo y a la muerte metálica dejada por las explosiones. Sabía, con la certeza clínica de una enfermera y el instinto primordial de una madre, que el nacimiento de Mateo era inminente. Ya no eran minutos, quizás solo segundos separaban una contracción de la siguiente.

Había salido del túnel principal a lo que parecía una rampa de acceso a una zona de carga subterránea del hospital, pero el panorama era desolador. Parte del techo se había derrumbado por un impacto cercano durante el ataque de misiles. Escombros, metal retorcido y polvo lo bloqueaban parcialmente. Las luces de emergencia aquí estaban muertas. Reinaba una oscuridad casi total, rota solo por el resplandor rojizo de incendios visibles a través de grietas en el techo o por las rampas que subían a la superficie. Y el sonido... un estruendo continuo de alarmas lejanas, sirenas, gritos ahogados y el crujido inquietante de estructuras dañadas. Veridia sangraba.

¿Y la ambulancia dron que Leo había intentado enviar? No había ni rastro de ella. ¿Habría sido destruida en el ataque? ¿Incapaz de navegar por el caos electromagnético y físico? ¿O simplemente incapaz de localizarla sin una señal clara?

Tenía que seguir. El hospital estaba ahí, tan cerca. Quizás a solo cincuenta metros a través de esa rampa bloqueada y luego subiendo a nivel de calle. Reunió sus últimas fuerzas. El disco Nyx en

su bolsillo era un peso muerto, olvidado. Ahora solo importaba Mateo.

Comenzó a trepar por encima de los escombros de la rampa, un esfuerzo hercúleo en su estado. Cada movimiento era una agonía. Las rocas afiladas rasgaban su ropa y su piel. El polvo se le metía en los ojos y la garganta. A mitad de la subida, otra contracción la golpeó con una fuerza brutal. Gritó, incapaz de contenerse esta vez, y casi resbaló hacia atrás. Se aferró a un trozo de metal retorcido, su cuerpo temblando incontrolablemente hasta que la oleada de dolor pasó.

Lágrimas de frustración y miedo corrían por sus mejillas sucias. No podía más. Estaba agotada, herida, y el bebé venía ya. Miró hacia la salida de la rampa, hacia la luz infernal de la calle. Era demasiado lejos. Iba a dar a luz allí mismo, entre los escombros, en la oscuridad.

Fue entonces cuando oyó un sonido nuevo por encima del caos. Un zumbido agudo y constante, acercándose. No era el sonido amenazante de un dron militar Valeriano. Era más limpio, más regular. Miró hacia arriba, hacia la abertura de la rampa.

Una luz blanca y brillante descendió lentamente, cortando la oscuridad y el polvo. Era un dron. Un MED-Drone Kaledoniano, blanco y con las insignias médicas rojas claramente visibles, aunque abollado y con marcas de quemaduras en un lateral. Sus rotores silenciosos luchaban por mantener la estabilidad en el aire turbulento. ¡La había encontrado! ¡Leo lo había logrado!

El dron descendió hasta flotar a un metro del suelo, justo delante de ella. Una compuerta lateral se abrió, revelando una pequeña cápsula médica presurizada y una voz sintética y calmada que sonó por un altavoz externo:

—Ciudadana Elena Reyes identificada. Protocolo de extracción médica de emergencia activado. Por favor, entre en la cápsula. Asistencia médica básica disponible a bordo.

La esperanza la golpeó con tanta fuerza como el dolor. Lloró de nuevo, pero esta vez de puro alivio. Con las últimas fuerzas que le quedaban, gateó los últimos metros sobre los escombros y se introdujo torpemente en la pequeña cápsula médica.

Dentro, la luz era blanca y limpia. Olía a esterilizador. Una interfaz médica simplificada se activó, mostrando sus constantes vitales (alarmantemente alteradas) y ofreciéndole una mascarilla de oxígeno. Se la puso ávidamente, respirando el aire puro y frío. Un brazo robótico muy básico le ofreció una inyección analgésica suave, que aceptó sin dudar.

La compuerta se cerró, aislándola del caos exterior. Sintió cómo el dron ascendía suavemente, aunque con algunas sacudidas. Miró por la pequeña ventanilla. Vio la devastación de la calle junto al hospital: incendios, edificios derrumbados, gente corriendo o yaciendo herida. Luego, el dron giró y se elevó rápidamente, buscando una ruta segura por encima de los tejados.

Estaba a salvo. O al menos, más a salvo que antes. El analgésico empezaba a hacer efecto, mitigando el filo de las contracciones. Pero sabía que el parto no se detendría. El dron la llevaba, pero ¿a dónde? ¿Al Hospital Central, si es que seguía operativo? ¿A un hospital de campaña? ¿Y estaría Clara allí?

Cerró los ojos, agotada pero aferrada a la vida. Había sobrevivido a la Torre Arcadia, a los agentes Nyx, a la oscuridad, a los túneles. Ahora solo tenía que sobrevivir a esto. Traer a Mateo al mundo. Y esperar, rezar, para que Leo también sobreviviera y cumpliera su promesa de volver. El viaje en el dron ambulancia era solo el siguiente paso en una guerra que estaba lejos de terminar.

CAPÍTULO 61: ESCAPE DE QUIMERA (DAVID)

Las luces rojas de alarma bañaban la enorme caverna y las siniestras siluetas de los drones Quimera en un resplandor pulsante. Desde las pasarelas metálicas superiores, los guardias Nyx les apuntaban, sus siluetas oscuras recortadas contra la luz estroboscópica. David, Mía y el sargento Kovar estaban atrapados contra la pared del fondo, cerca de la entrada al conducto de ventilación principal, su única y ahora aparentemente inalcanzable vía de escape.

—¡Ríndanse, soldados de Kaledon! —resonó una voz amplificada, probablemente la del oficial al mando Nyx—. Están rodeados. No tienen escapatoria. Entreguen los datos que han robado y quizás consideremos tratarles como prisioneros de guerra.

—¡Ni hablar! —replicó Kovar, agachado junto a ellos—. ¡Nunca nos tomarán vivos, y menos con lo que sabemos ahora!

—¿Algún plan brillante, sargento? —preguntó Mía con ironía sombría, recargando su rifle con las pocas celdas de energía que le quedaban.

Kovar miró hacia la enorme abertura del conducto de ventilación vertical que tenían a sus espaldas. Luego miró a David y Mía. En sus ojos cansados y curtidos, David vio una resolución dura y final.

—Sí, tengo uno —dijo Kovar en voz baja y rápida—. David, Mía, ustedes dos son jóvenes, son rápidos, y llevan esa información sobre Cygnus y este... infierno. Es vital que salga de aquí. Yo les cubriré. Cuando les dé la señal, corran hacia ese conducto como si no hubiera mañana. No miren atrás. ¿Entendido?

—¡Sargento, no! ¡No podemos...! —empezó a protestar David.

—¡Es una orden, especialista Reyes! —cortó Kovar con una dureza que no admitía réplica—. Ha sido un honor servir con ustedes. Ahora, denle a Kaledon esa información. ¡Háganlo por Roric y Kenzi! ¡Prepárense!

Antes de que pudieran reaccionar, Kovar se levantó de su cobertura y, con un grito de guerra que resonó en toda la caverna, corrió *hacia* los guardias Nyx que descendían por una rampa cercana, disparando su rifle a la desesperada.

Era una distracción suicida. Los guardias Nyx, sorprendidos por el ataque frontal de un solo hombre, concentraron su fuego en él.

—¡AHORA! ¡VAMOS! —gritó Mía, agarrando a David del brazo y tirando de él hacia el conducto de ventilación.

Corrieron los pocos metros que los separaban de la abertura mientras oían el rugido de los disparos concentrados en Kovar y su último grito desafiante antes de ser silenciado. No se atrevieron a mirar atrás.

Llegaron a la base del enorme conducto vertical. Estaba oscuro como la boca del lobo y parecía ascender indefinidamente. Había una escalera de mantenimiento adosada a la pared interior.

—¡Hay que subir! ¡Rápido, antes de que vengan a por nosotros! —urgió Mía, empezando a trepar por los peldaños metálicos y resbaladizos.

David la siguió, su pierna herida protestando con cada peldaño, su corazón encogido por el sacrificio de Kovar. Subieron y subieron en la oscuridad, escuchando el sonido de disparos y órdenes gritadas que se apagaba lentamente debajo de ellos. El conducto olía a metal viejo y a los químicos nauseabundos del Proyecto Quimera.

Después de una subida agotadora que pareció durar una eternidad, con los músculos ardiendo y los pulmones a punto de estallar, vieron una luz débil más arriba. Era una rejilla de salida, cubierta de mugre, que daba al exterior.

—¡Casi estamos! —jadeó Mía.

Usaron sus últimas fuerzas para forzar la rejilla oxidada. Salieron a trompicones a.… la superficie. Estaban en una ladera rocosa y desolada, oculta por matorrales y rocas artificiales que camuflaban la salida de ventilación. El sol de la tarde (habían perdido la noción del tiempo allí abajo) les hirió los ojos. Estaban fuera. Habían escapado de la instalación Nyx.

Se dejaron caer al suelo, agotados, sucios, heridos, pero vivos. Solo quedaban ellos dos. Miraron hacia atrás, hacia la ladera donde se ocultaba la base secreta, y luego se miraron el uno al otro. En los ojos de Mía, David vio el mismo reflejo de horror, pérdida y una sombría determinación que sentía él mismo.

—Lo logramos, Kovar —susurró Mía al viento, como una oración fúnebre.

David asintió en silencio. Cogió su multiherramienta y comprobó el estado del archivo encriptado que había descargado de la terminal Nyx. Seguía allí. Intacto. La prueba de la colaboración Cygnus-Valerius. La información sobre Quimera.

—Tenemos que sacar esto de aquí, Mía —dijo David, su voz ronca por el cansancio y la emoción—. Tenemos que llegar a nuestras líneas. Tenemos que advertir a Kaledon.

Mía asintió, poniéndose en pie con dificultad. —Lo haremos, David. Juntos.

Se orientaron usando el sol y los débiles datos de posicionamiento que captaba intermitentemente el visor de David. Las líneas Kaledonianas estaban a decenas de kilómetros al oeste, a través de territorio montañoso y hostil, probablemente patrullado. Su viaje de supervivencia no había terminado; solo había entrado en una nueva y peligrosa etapa. Pero ahora tenían un objetivo claro, información vital, y se tenían el uno al otro. Empezaron a caminar, dejando atrás la pesadilla del Proyecto Quimera, adentrándose en la incertidumbre de la guerra, paso a paso, juntos.

CAPÍTULO 62: LA CIUDAD HERIDA Y EL OJO DE ORÁCULO (LEO)

Las horas que siguieron al ataque de misiles Valerianos fueron un borrón de gestión de crisis, análisis de daños y una tensión redefinida que se adhería a cada superficie del Nido del Halcón como una capa de ceniza invisible. El Protocolo Fortaleza se había rebajado a Nivel Ámbar –las compuertas principales seguían selladas, pero se permitía más movimiento interno y se intentaba restablecer enlaces de comunicación seguros con el exterior–, pero la atmósfera seguía siendo asfixiante. La amenaza nuclear inmediata sobre el CUC-K y el Mando Estratégico había pasado, gracias a la desesperada defensa del Escudo Celeste, pero el coste había sido brutal. Veridia Oeste era ahora una zona de exclusión radiactiva por los fragmentos de la mininuke interceptada en la atmósfera baja. Otros sectores de la ciudad sufrían daños masivos por impactos convencionales y PEM. Veridia, la joya tecnológica de Kaledon, sangraba.

Y la guerra, lejos de terminar, acababa de entrar en su fase más peligrosa. La Federación de Cygnus, como confirmaban los análisis de Oráculo sobre su tecnología hallada en los intrusos de Delta-3 y los patrones de las fugas de Ellis, era un beligerante activo en la sombra, aliado estratégico de Valerius desde hacía años. Kaledon se enfrentaba ahora a una coalición formidable, con sus propias fuerzas diezmadas por la fallida Operación Filo del Halcón y su mando interno sacudido por la traición confirmada de Aker y la neutralización de Ellis.

Leo sentía el peso de todo ello como si llevara el edificio entero sobre sus hombros. El agotamiento era una bestia que arañaba los bordes de su conciencia, mantenida a raya solo por dosis periódicas de estimulantes y la imagen persistente del rostro de Elena, una imagen que luchaba por mantener nítida contra el torrente de datos

tácticos y alertas de seguridad. Kaelen lo había puesto a él y a Sami, con sus credenciales Omega, al frente de la tarea titánica y paralela de desmantelar por completo la red de espionaje residual de Aker, Ellis y Cygnus dentro de Kaledon, mientras intentaban anticipar el próximo movimiento de la ahora confirmada alianza enemiga.

—¿Algo sobre los cómplices? ¿Algún rastro más de la red Aker-Ellis? —preguntó Leo a Sami por el canal seguro.

Sami suspiró, pasando una mano por su rostro cansado. —Aker está digitalmente aislado desde que intentó el sabotaje del Escudo Celeste, Kaelen se aseguró de eso inmediatamente después. Pero su red... es como buscar fantasmas. Usan protocolos Cygnus de doble ciego y encriptación cuántica de un solo uso. Limpian sus rastros casi perfectamente. Oráculo está monitorizando cada paquete de datos desde nodos asociados a él o a Ellis, pero no hemos encontrado un vínculo directo a otro agente activo... todavía. Es un juego muy peligroso, Leo. Estamos removiendo las más altas esferas.

Leo lo sabía. La traición confirmada de Aker, sumada a la de Ellis, demostraba que la infiltración llegaba hasta el corazón del Mando Estratégico. ¿Cuántos más había? La consulta de Aker sobre el MED-Drone de Elena seguía siendo una espina clavada, una muestra de hasta dónde estaban dispuestos a llegar.

Mientras tanto, la guerra continuaba en las calles de Veridia. La Operación "Ciudadela Limpia" estaba en marcha. —Oráculo, estado de 'Ciudadela Limpia', Sector Arcadia —pidió de nuevo, incapaz de evitarlo.

—Operación en curso. Guardia 7ª y unidad 'Lince' estableciendo control piso por piso en Torre Arcadia. Resistencia hostil (Nyx) fuerte en niveles 14-16 y 20-22. Mando Lince solicita apoyo cibernético.

—Sami, encárgate tú de eso —ordenó Leo—. Protocolos 'Silencio'. Que Oráculo priorice el análisis de sensores.

Leo observó impotente los iconos en el mapa. La batalla se libraba donde Elena había estado. ¿Y el dron?

—Oráculo, ¿alguna actualización sobre MED-Drone 7 o la ID civil Reyes, E.?

—Negativo, Analista Reyes. Comunicaciones en zona de triaje Hospital Central Sur siguen saturadas. No hay confirmación de llegada o estado del paciente. Solicitud registrada, pendiente de respuesta.

Pendiente de respuesta. Se sentía suspendido en un limbo. Decidió intentarlo por otra vía, un último recurso. Usó Omega para enviar el mensaje ultra cifrado al servicio médico del Hospital Central, buscando a Clara, informando de la posible llegada de Elena. Envió el mensaje, como lanzar una botella al océano digital.

Volvió su atención a la caza de la red Aker-Ellis. La guerra sería larga. Brutal. Tecnológica. Y la traición interna era una daga. Pero mientras Oráculo siguiera funcionando, mientras Sami estuviera a su lado, y mientras hubiera una mínima posibilidad de que Elena y su hijo estuvieran vivos, él seguiría luchando en las sombras. Era su deber. Y su única forma de mantener viva la esperanza.

CAPÍTULO 63: ATERRIZAJE DE EMERGENCIA (ELENA)

El interior de la cápsula del MED-Drone era un pequeño oasis de calma artificial en medio de la tormenta. La luz blanca y aséptica, el oxígeno fluyendo por la mascarilla y el leve efecto del analgésico eran un respiro bienvenido, pero Elena sabía que era solo temporal. Las contracciones seguían llegando, implacables, cada vez más fuertes, más largas, más juntas. Su cuerpo entero estaba tenso, preparándose para el evento inminente. Miró por la ventanilla translúcida. Abajo, Veridia pasaba como una pesadilla borrosa: edificios humeantes, calles llenas de escombros, vehículos de emergencia (algunos autónomos, otros conducidos por humanos con aspecto desesperado) intentando abrirse paso. El dron volaba bajo y rápido, claramente siguiendo una ruta de emergencia programada por Leo y Oráculo.

«Destino: Punto de Triaje Avanzado - Hospital Central de Veridia (Zona Sur). Acceso limitado por daños estructurales y situación táctica», informó la voz sintética del dron. *«Tiempo estimado de llegada: 2 minutos.»*

¿Punto de Triaje Avanzado? Eso no sonaba bien. Significaba que la entrada principal de Urgencias probablemente estaba inutilizada o era inaccesible. ¿Y Clara? ¿Estaría ella en un punto de triaje exterior? ¿O seguiría atrapada dentro de la UCI, si es que aún existía? La incertidumbre era agonizante.

Otra contracción la sacudió, esta vez acompañada de una presión abrumadora, inconfundible. El pujo. Mateo quería salir. Ya.

—¡No! ¡Espera un poco, por favor, espera a que lleguemos! — jadeó Elena, agarrándose a los laterales de la cápsula, usando las técnicas de respiración que ella misma había enseñado a tantas

mujeres, pero que ahora parecían ridículamente ineficaces contra la fuerza imparable de la naturaleza.

El dron comenzó a descender bruscamente, sus rotores cambiando de tono mientras buscaba un lugar seguro para aterrizar. Elena vio a través de la ventanilla una explanada improvisada cerca de lo que parecía una entrada lateral del hospital, parcialmente derrumbada. Estaba llena de gente: soldados heridos en camillas improvisadas, civiles cubiertos de polvo, personal médico corriendo de un lado a otro con una urgencia desesperada. Algunos llevaban trajes NBQ naranjas, confirmando los peores temores de Clara (y ahora los de Elena). El caos era total.

El dron aterrizó con un golpe seco. La compuerta lateral se abrió. El aire exterior golpeó a Elena: olía a humo, a antiséptico, a sangre y a ese extraño químico dulzón que ahora reconocía vagamente de los informes internos del hospital.

—¡Tenemos una parturienta aquí! ¡Prioridad! —gritó un sanitario con un peto de Defensa Civil que se acercó corriendo al dron, alertado por la señal del MED-Drone.

Elena intentó salir de la cápsula, pero sus piernas apenas la sostenían. Otra contracción la dobló en dos. —¡Ayúdenme... por favor... Clara... necesito a Clara Benavides... enfermera... UCI...! —logró decir entre jadeos.

El sanitario y otro voluntario la ayudaron a bajar y la tumbaron rápidamente en una camilla flotante que apareció de la nada.

—¡Tranquila, señora! ¡Vamos a llevarla a la zona de maternidad improvisada! ¡Aguante! —dijo el sanitario, mientras empezaban a moverla a través del gentío caótico.

Elena miraba frenéticamente a su alrededor, buscando un rostro familiar entre las mascarillas, los cascos y las caras cubiertas de hollín. Veía médicos y enfermeros trabajando a destajo, con recursos claramente insuficientes. Vio la mirada perdida de los heridos, el pánico en los ojos de los civiles. Y entonces, cerca de una tienda de campaña médica improvisada donde parecían estar

estabilizando a los pacientes más graves (algunos con los síntomas neurológicos que le helaron la sangre), vio una figura familiar.

Era más delgada, su uniforme manchado, su rostro demacrado por el agotamiento, pero era ella. Su pelo oscuro recogido en una coleta desordenada, sus ojos marrones, ahora llenos de una intensidad sombría pero enfocada, moviéndose con una eficiencia que Elena reconoció al instante.

—¡CLARA! —gritó Elena con las pocas fuerzas que le quedaban, su voz ahogada por el dolor y el ruido ambiental.

Clara se detuvo en seco, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Se giró lentamente. Sus ojos buscaron entre la multitud hasta que se encontraron con los de Elena en la camilla. La expresión de Clara pasó de la incredulidad absoluta al shock y luego a una alarma mezclada con una emoción profunda.

—¡Elena! ¡Dios mío! —exclamó Clara, abriéndose paso entre la gente y corriendo hacia la camilla justo cuando los sanitarios se detenían—. ¿Qué...? ¿Cómo...? ¡Estás de parto!

—Sí... —logró decir Elena, aferrándose a la mano que Clara le ofreció como a un salvavidas—. Ayúdame, Clara... por favor... Mateo... ya viene...

—Tranquila, El, tranquila. Estoy aquí —dijo Clara, su voz recuperando la firmeza profesional, aunque sus ojos brillaban por la emoción—. No te dejaré sola. Te tengo. Vamos a traer a este niño al mundo. Aquí mismo si hace falta. ¡Eh, vosotros! ¡Llevadla a esa tienda de allí, AHORA! ¡Necesito un kit de parto de emergencia y toda el agua esterilizada que encontréis! ¡YA!

Mientras la camilla volvía a moverse hacia la tienda improvisada, Elena cerró los ojos, sintiendo por primera vez en muchas horas algo parecido a la seguridad. Había encontrado a Clara. Su amiga. Su colega. No estaba sola. El nacimiento sería en medio de una pesadilla, pero al menos, no lo enfrentaría sola. La última etapa de su viaje acababa de comenzar.

PARTE 6
El Precio de la Verdad

CAPÍTULO 64: LA ÚLTIMA TRANSMISIÓN (DAVID)

El amanecer del tercer día desde su huida de la instalación Quimera los encontró más cerca del cielo y del infierno que nunca. Habían ascendido por las estribaciones rocosas de las montañas Valerianas Centrales, un paisaje desolado de piedra gris, viento helado y vegetación escasa y retorcida. Kovar, Roric, Kenzi... sus nombres eran ecos silenciosos en la mente de David, fantasmas que caminaban a su lado en aquella marcha forzada hacia una esperanza cada vez más tenue. Solo quedaban él y Mía.

Tres días moviéndose principalmente de noche o al amparo de la niebla matutina, evitando cualquier sendero o ruta marcada. Tres días sobreviviendo a base de la última pasta nutritiva militarizada, bayas silvestres de sabor amargo que Mía aseguraba que no eran venenosas, y agua helada de arroyos que David filtraba con un purificador de emergencia casi agotado. El frío era una constante, calando sus uniformes tácticos desgastados, obligándolos a buscar refugio en pequeñas cuevas o bajo salientes rocosos durante las horas más gélidas, acurrucados el uno junto al otro para compartir un calor corporal que era tan vital como el escaso oxígeno de la altitud.

La pierna de David era una agonía constante. La quemadura de plasma inicial se había cerrado gracias a los parches médicos de Mía, pero el esfuerzo de la escalada había inflamado los músculos y tendones. Cojeaba visiblemente, y en varias ocasiones Mía había tenido que ayudarlo a superar pasos especialmente difíciles, su fuerza sorprendente para su complexión delgada.

—No tienes que hacerlo —le dijo él una noche, mientras ella le aplicaba con cuidado un ungüento analgésico improvisado con hierbas que había encontrado—. Puedo seguir.

—No seas idiota, David —replicó ella suavemente, sin dejar de masajear la zona—. Somos un equipo. El único que queda. Nos necesitamos el uno al otro para salir de esta. ¿O prefieres que te deje aquí para que te conviertas en comida para los lobos cuánticos de Valerius?

Él sonrió a duras penas ante la broma macabra. —Creo que prefiero tu compañía. Aunque tus masajes duelan casi tanto como la herida.

Ella le devolvió la sonrisa, una visión fugaz y cálida en la penumbra de la cueva. —Es para que no te anquilose, especialista. Ahora aguanta.

Habían aprendido a leer el lenguaje corporal del otro, a anticipar sus necesidades. Compartían las guardias, el silencio, los escasos tragos de agua. Hablaron poco de la guerra, del horror de Quimera –las palabras parecían insuficientes–, pero sí hablaron a ratos de antes. David le habló de Veridia, de su hermana Elena y su embarazo, de su trabajo en Tecno-Corp con sistemas autónomos que ahora le parecían una ironía cruel. Mía le habló de su infancia en las zonas rurales del norte de Kaledon, de por qué se alistó –para proteger a su familia de amenazas como Valerius–, de sus sueños rotos. En esas conversaciones susurradas, bajo las estrellas frías de un cielo enemigo, nació algo más que camaradería. Una confianza profunda, una intimidad forjada en la vulnerabilidad compartida.

El peligro era constante. Dos veces tuvieron que esconderse entre las rocas durante horas al detectar el paso cercano de patrullas autónomas Valerianas 'Víbora', deslizándose silenciosamente por los valles inferiores. En otra ocasión, un dron de vigilancia de gran altitud los sobrevoló, obligándolos a permanecer inmóviles bajo un manto de camuflaje térmico improvisado con hojas y barro durante casi una hora, escuchando el zumbido distante de sus motores. David usaba su multiherramienta dañada para intentar detectar emisiones o sensores enemigos, logrando desactivar a distancia un par de pequeños repetidores sísmicos camuflados que podrían haberlos delatado.

Llevaban consigo la prueba de la traición de Cygnus y la pesadilla del Proyecto Quimera en el chip de datos encriptado que David guardaba como si fuera su propia alma. Esa información era su brújula moral, su única razón para seguir poniendo un pie delante del otro cuando el agotamiento amenazaba con rendirlos. Tenían que transmitirla.

Finalmente, en la madrugada del cuarto día, tras una agotadora escalada nocturna por una cresta expuesta al viento, alcanzaron la cima del pico que habían marcado como objetivo: el "Nido del Cóndor". Era un punto remoto, azotado por un viento cortante, que ofrecía una vista desoladora de las montañas extendiéndose hasta el horizonte y, crucialmente, una ventana teórica de comunicación satelital directa hacia Kaledon.

—Tiene que ser aquí, Mía —jadeó David, derrumbándose sobre las rocas frías mientras las primeras luces del amanecer teñían de gris el cielo—. Si no podemos enviar desde aquí, no podremos hacerlo desde ningún sitio.

Mía asintió, sus ojos escudriñando el horizonte, buscando cualquier señal de peligro mientras David sacaba con manos temblorosas su multiherramienta dañada y el pequeño transmisor de emergencia que había recuperado del equipo RLR. Empalmó los cables, conectó el chip de datos.

—La señal satelital es un hilo, casi inexistente —murmuró, mientras intentaba alinear la antena improvisada—. Y la batería del transmisor... está en las últimas. Apenas dará para una ráfaga de datos comprimida. Será enviar a ciegas, sin confirmación de recepción. Solo podemos cruzar los dedos y esperar que Oráculo o alguien en el Nido esté escuchando en esta frecuencia de emergencia.

—Hazlo, David —dijo Mía, acercándose y poniéndose a su lado, un escudo contra el viento y la amenaza invisible. Su mano rozó la suya al ajustarse la posición, un contacto breve pero cargado de electricidad—. Lo conseguiremos. Juntos.

Él la miró. A la luz gris del alba, vio la suciedad, las ojeras, las pequeñas heridas en su rostro... pero sobre todo vio su fuerza, su determinación, y algo más en la profundidad de sus ojos que le aceleró el pulso. Supo en ese instante que, si salían de aquello, su vida no volvería a ser la misma. Que la conexión forjada en el infierno era real y profunda.

Inició la secuencia de transmisión, usando los protocolos de encriptación Omega más seguros que recordaba. La barra de progreso en la pequeña pantalla avanzaba con una lentitud desesperante. 10%... 20%... El viento aullaba a su alrededor, llevándose sus esperanzas.

Fue entonces cuando Mía lo agarró del brazo, su tacto urgente. —¡Contacto! ¡Por el norte! ¡Firmas de calor múltiples ascendiendo rápido por la ladera! ¡Soldados! Y… oh, mierda... ¡Llevan insignias Nyx en los visores!

¡Los habían encontrado! ¿La transmisión? ¿Un sensor oculto? ¿Los habían rastreado desde la base? No importaba. Estaban allí.

—¡Casi está! ¡50%! —gritó David, encorvándose sobre el frágil transmisor para protegerlo—. ¡Necesito diez segundos más! ¡Solo diez!

—¡No los tenemos! —replicó Mía, levantando su rifle y disparando una primera ráfaga hacia las figuras que ya aparecían en el borde rocoso a menos de cien metros—. ¡Te daré esos segundos! ¡Cuando termine, corre! ¡Hacia el acantilado del sur! ¡Quizás puedas bajar! ¡Vete, David!

—¡No me iré sin ti! ¡Nunca! —gritó él, la negativa absoluta naciendo de esa conexión que acababa de reconocer plenamente.

—¡La información, David! ¡Es más importante que nosotros! ¡Alguien tiene que saberlo! ¡Vete! —le ordenó ella, y él vio la angustia bajo su determinación férrea. Mía se giró completamente, interponiéndose entre él y los tres soldados Nyx que ahora avanzaban disparando.

70%... 80%... Los disparos de energía cruzaban el aire helado, impactando en las rocas a su alrededor. Oyó a Mía gritar, un sonido de dolor agudo cuando una ráfaga le alcanzó de lleno en el hombro, haciéndola tambalearse, pero siguió disparando con una sola mano, con una furia desesperada.

90%... 95%... ¡TRANSMISIÓN COMPLETADA! La pantalla parpadeó y se apagó, la batería muerta.

—¡Lo tengo! ¡Vámonos, Mía! ¡Vámonos! —gritó David, desconectando el chip y guardándolo instintivamente, lanzándose hacia ella para ayudarla a retroceder hacia el borde sur del acantilado.

Pero era demasiado tarde. Los soldados Nyx, implacables, profesionales, estaban sobre ellos. Una ráfaga de energía, disparada a corta distancia, alcanzó a David de lleno en el pecho. El impacto lo lanzó hacia atrás, arrancándole el aire de los pulmones. Cayó de rodillas, sintiendo un dolor ardiente insoportable y el frío de la roca bajo sus manos. La visión se le nubló.

—¡David! —oyó el grito angustiado de Mía. La vio girarse hacia él, olvidando su propia defensa, intentando protegerlo con su cuerpo mientras seguía disparando con una mano.

Él la miró por última vez. Vio el dolor en su rostro manchado de sangre y suciedad. Vio cómo abatía a uno de los soldados Nyx con un disparo certero. Pero vio también cómo los otros dos la flanqueaban, cómo la golpeaban, cómo la reducían mientras ella luchaba como una leona.

—Lo... logramos, Mía... —susurró, aunque sabía que no podía oírle. Su último pensamiento consciente fue para Elena, esperando que estuviera a salvo, y para Mía, atrapada por su culpa, por la conexión que apenas había empezado a florecer. La oscuridad lo reclamó mientras la transmisión, con su carga de verdad y muerte, volaba hacia Kaledon.

CAPÍTULO 65: LA CICATRIZ DE CYGNUS (LEO)

El silencio en el Nido del Halcón había cambiado. Ya no era la tensión eléctrica del combate inminente o la intrusión interna, sino el silencio pesado y sombrío de la evaluación de daños y la cruda realidad estratégica. El ataque masivo de misiles Valerianos había sido contenido –un éxito relativo y costoso del Escudo Celeste–, pero Veridia estaba herida, con zonas contaminadas por los fragmentos nucleares interceptados y sectores devastados por los impactos convencionales y PEM. Taryn Ellis, la directora adjunta y traidora, había sido neutralizada durante el ataque, pero la red de espionaje que representaba (una colaboración Valerius-Cygnus mucho más profunda de lo que nadie había sospechado) seguía siendo una amenaza latente.

Leo sentía el peso de cada una de esas realidades mientras observaba los datos fragmentados que Oráculo intentaba recomponer en su consola. Había pasado poco tiempo desde el cese del bombardeo principal, muchas horas de informes de daños, análisis de contramedidas y una creciente sensación de que Kaledon se asomaba a un abismo.

—¿Algo sobre la transmisión de Halcón-7? —preguntó Leo a Sami por el canal privado. Había visto la alerta de una ráfaga de datos encriptada de origen desconocido desde Valerius Central detectada justo antes del clímax del ataque de misiles, pero no había podido analizarla en medio del caos.

—Estoy en ello —respondió Sami, su rostro pálido y ojeroso en la pantalla secundaria—. La señal era débil, muy dañada, pero Oráculo está aplicando algoritmos de reconstrucción... Espera... Lo tengo. Parcialmente. Es... Dios mío, Leo...

En la pantalla de Leo apareció el contenido reconstruido: fragmentos de esquemas técnicos de drones biomecánicos con designaciones "Proyecto Quimera", registros de comunicaciones encriptadas mencionando explícitamente a "Asesores Técnicos de Cygnus Advanced Dynamics", y lo más escalofriante, análisis químicos parciales de compuestos neurotóxicos avanzados con marcadores sintéticos desconocidos. Y metadatos que indicaban que la transmisión se cortó abruptamente tras un pico de energía compatible con armas personales.

Sami: "Los datos son increíbles, Leo, pero confirman nuestros peores miedos sobre la bio-interfaz y el neurotóxico. Sin embargo, Oráculo indica que faltan secciones clave... los detalles específicos de la Fase II que mencionó Kael a sus agentes."

Leo (sin apartar la vista de los datos, la voz tensa): "¿Fase II? ¿Qué es?"

Sami: "Según los fragmentos interceptados antes de la caída de Ellis, parece ser la etapa de despliegue autónomo y adaptación viral acelerada. Oráculo no puede modelar contramedidas efectivas sin esos protocolos. Es como intentar desactivar una bomba sin saber qué cable cortar. Sin esa pieza, estamos ciegos ante su siguiente movimiento."

Leo (con amargura creciente): "Así que esa información es crítica. Y está perdida con David... o en manos de Nyx."

David. Su última transmisión. La prueba definitiva no solo de la alianza Valerius-Cygnus, sino de la naturaleza monstruosa de las armas que estaban desarrollando juntos. Armas que quizás ya habían usado contra los soldados RLR en la cueva y contra las bajas NBQ que llegaban a los hospitales de Veridia. El sacrificio de David y su unidad no había sido en vano. Les había dado la verdad. Una verdad aterradora.

Y con esa verdad, otro recuerdo, uno que había enterrado bajo capas de trabajo y desdén profesional, emergió con una claridad brutal. Una reunión interna de alto nivel en Tecno-Corp, tres años

atrás. Un analista de la división de contrainteligencia tecnológica, un joven brillante pero considerado algo excéntrico llamado Jax, había presentado un informe inquietante.

Jax había expuesto, con datos fragmentarios pero persuasivos, patrones que sugerían que Cygnus Advanced Dynamics estaba utilizando componentes licenciados a Kaledon para proyectos "civiles" como caballo de Troya, insertando subrutinas latentes y puertas traseras en sistemas kaledonianos aparentemente seguros. Habló de microfirmas energéticas anómalas en chips Cygnianos integrados en la red de sensores de Veridia, de protocolos de encriptación licenciados que tenían fallos teóricos explotables que Cygnus se negaba a parchear.

—Sugiero que reconsideremos nuestra dependencia de componentes críticos de Cygnus, especialmente en sistemas de IA y defensa—había argumentado Jax, su voz apasionada pero nerviosa ante la audiencia de altos directivos—. Podrían estar mapeando nuestras redes, o peor, dejando vulnerabilidades para un futuro conflicto.

Leo recordó la reacción en la sala. La directora adjunta Taryn Ellis, con su sonrisa condescendiente, había desacreditado el informe de Jax como "paranoia especulativa basada en datos no concluyentes". —Dañar nuestras relaciones comerciales y tecnológicas vitales con Cygnus basándonos en estas... teorías... sería imprudente, Jax—había dicho Ellis, y la mayoría de los presentes, incluido Leo (demasiado ocupado entonces con sus propios proyectos), habían asentido, descartando al joven analista.

Jax fue reasignado a un proyecto sin importancia poco después. Y ahora, viendo los esquemas de Quimera, reconociendo la filosofía de diseño Cygniana en la fusión biomecánica, viendo cómo la propia Ellis había sido la cabeza de la traición... Leo sintió una oleada de náuseas. Jax tenía razón. Les habían advertido. Ellis no solo había descartado la advertencia, probablemente la había usado para refinar sus propios métodos de infiltración y sabotaje, asegurándose de que esas puertas traseras siguieran abiertas.

Leo cerró los ojos, sintiendo una mezcla de orgullo desolador por su cuñado y una rabia fría hacia los enemigos que habían perpetrado aquello y hacia la traición interna que lo había permitido.

—Transfiere esto a Kaelen. Inmediatamente. Prioridad Omega —ordenó, su voz apenas un susurro.

Mientras Sami enviaba los datos, Leo abrió otro archivo: la lista actualizada de bajas y MIA de la Operación Filo del Halcón. Buscó "Unidad de Asalto Autónomo 7ª". El estatus no había cambiado: "MIA - Pérdida Total Presunta". Era la confirmación oficial de lo que su corazón ya sabía. David no volvería. Y él tendría que encontrar la forma de decírselo a Elena, si es que alguna vez lograba volver a hablar con ella.

La preocupación por Elena era un dolor físico constante. Sabía por los informes fragmentados de Oráculo que Torre Arcadia había sido escenario de enfrentamientos y que las comunicaciones seguían siendo casi nulas allí. El MED-Drone 7 que había enviado... no había confirmación de que hubiera llegado a su destino o completado la extracción. Podía haberse perdido, destruido, o simplemente incapaz de transmitir en medio del caos.

—Analista Reyes —la voz de Kaelen sonó en su auricular, sacándolo de sus pensamientos—. He recibido los datos de Halcón-7. Son... concluyentes. Y extremadamente alarmantes. La Federación de Cygnus ha cruzado todas las líneas. Esto cambia toda nuestra postura estratégica.

—¿Cuáles son las nuevas órdenes, Supervisor? —preguntó Leo, forzando un tono profesional.

—Retirada táctica y contención en todos los frentes exteriores. Refuerzo de las defensas de Veridia y otros centros clave. Y máxima prioridad a dos cosas: primero, analizar y desarrollar contramedidas contra esas armas Quimera, basándonos en los datos de su cuñado. Segundo, desmantelar por completo la red de espionaje Cygnus-Valeriana dentro de Kaledon.

Kaelen hizo una pausa, y cuando volvió a hablar, su voz tenía un matiz diferente, más sombrío, casi filosófico. —Siempre nos preguntamos por qué Cygnus jugaba a dos bandas, por qué su neutralidad era tan... depredadora. Los datos de Ellis y ahora esto... lo confirman. No es solo geopolítica o tecnología, Reyes. Es ideología.

Leo levantó la vista de su consola, intrigado a pesar de su agotamiento. —¿Ideología, Supervisor?

—Ellos ven nuestra IA, Oráculo, nuestra red descentralizada, nuestra... fe en la colaboración humano-máquina como una abominación, como un caos incontrolable—explicó Kaelen, su mirada perdida en el mapa táctico—. Cygnus cree en el control absoluto. En la IA como una herramienta perfectamente dominada, jerárquica, al servicio exclusivo de un Estado fuerte que dirija el destino tecnológico. Ven nuestra 'simbiosis' como una debilidad, una futura rebelión de las máquinas esperando a ocurrir. Temen que nuestra filosofía tecnológica 'infecte' la galaxia. Valerius solo es un peón para ellos, una herramienta tosca pero útil para eliminar lo que perciben como la 'herejía Kaledoniana'. Quimera no es solo un arma; es la encarnación de su filosofía: biología controlada por máquinas bajo un mando centralizado y despiadado. Nos ven como una amenaza existencial a su visión del futuro tecnológico. Por eso no se detendrán. Por eso esta guerra será larga y total.

La investigación sobre Ellis y sus posibles cómplices es ahora su única misión. Tiene carta blanca y acceso Omega total. Encuéntrelos a todos, Reyes. Aniquile esta amenaza interna antes de que nos destruyan desde dentro. ¿Entendido?

—Entendido, Supervisor —respondió Leo. Una nueva misión, nacida de la tragedia y la traición. Cazar a las sombras mientras Kaledon luchaba por sobrevivir contra dos gigantes.

Miró el mapa estratégico. Kaledon era una isla asediada. Pero ahora, al menos, conocían la verdadera naturaleza de la bestia a la

que se enfrentaban. Y él tenía una razón muy personal para asegurarse de que pagaran por ello.

CAPÍTULO 66: EL PRIMER LLANTO (ELENA)

El mundo exterior se había desvanecido, reemplazado por un universo contraído de dolor blanco y caliente, el sonido amortiguado del caos del triaje y la voz urgente pero tranquilizadora de Clara. La tienda médica improvisada olía a sangre, a miedo y al penetrante olor químico del esterilizador que Clara usaba con una eficiencia casi furiosa sobre el escaso instrumental recuperado. Las luces parpadeaban sobre sus cabezas, amenazando con fallar, reflejándose en el sudor que perlaba la frente de Elena y en la mirada concentrada de su amiga.

—¡Respira conmigo, El! ¡Ya lo tienes! ¡Sigue respirando! ¡Una más, una más y empuja! —la voz de Clara era un mantra, un salvavidas al que Elena se aferraba mientras otra contracción la sacudía de pies a cabeza, robándole el aire, haciendo que arqueara la espalda sobre la dura camilla de campaña.

—¡No... no puedo...! —jadeó Elena, sintiendo que sus fuerzas la abandonaban por completo. El viaje por los túneles, la persecución, el miedo constante y ahora esto... era demasiado.

—¡Sí que puedes! —replicó Clara con fiereza, sus manos firmes sobre el vientre de Elena, guiando, evaluando—. ¡Mírame, Elena! ¡Eres fuerte! ¡Lo has hecho mil veces! ¡Hazlo por él! ¡Por Mateo! ¡AHORA! ¡EMPUJA!

Elena gritó, un sonido gutural, animal, que rasgó el aire tenso de la tienda. Empujó con una fuerza que nació de algún lugar más allá del agotamiento, de ese instinto primordial de dar vida, de protegerla a toda costa. Sintió un desgarro, una presión insoportable, y luego, milagrosamente, una liberación.

Un llanto. Fuerte, agudo, lleno de furia y de vida. El llanto inconfundible de un recién nacido resonó en la tienda, un sonido tan

incongruente y a la vez tan perfecto en medio de aquel infierno.

—¡Está aquí! ¡Está aquí, El! ¡Ha nacido el pequeño príncipe! —exclamó Clara, y por primera vez, su voz profesional se quebró por la emoción pura. Trabajó rápidamente, con manos expertas pero temblorosas, cortando el cordón, aspirando las vías respiratorias del bebé, evaluándolo con una rapidez asombrosa—. ¡Es todo un hombrecito! ¡Y está perfecto! ¡Mira qué pulmones! ¡Dios mío, Elena, ¡es precioso!

Envolvió al pequeño cuerpo lloroso y cubierto de sangre en una manta térmica limpia –un tesoro en aquellas circunstancias– y se lo colocó con cuidado sobre el pecho de Elena, piel con piel.

Elena lo miró, sin aliento, con los ojos llenos de lágrimas que no eran solo de dolor. Era tan pequeño, tan vulnerable, tan increíblemente real. Su rostro diminuto y arrugado, su pelo oscuro pegado a la cabeza, sus pequeños puños agitándose con furia contra el mundo hostil al que acababa de llegar. Lo abrazó, sintiendo su calor vibrante, el latido rápido de su corazón contra el suyo. Todo el dolor, todo el miedo de las últimas horas, pareció desvanecerse, eclipsado por una oleada de amor tan abrumadora, tan feroz, que la dejó temblando.

—Mateo... mi Mateo... —susurró, acariciando su mejilla suave y húmeda—. Hola, mi vida... bienvenido... estás a salvo... mamá está aquí...

El llanto del bebé empezó a calmarse un poco al sentir el calor de su madre, reemplazado por pequeños quejidos y el sonido frágil de su respiración. Elena lo acunó, fascinada, perdida en el milagro de su existencia.

Y entonces, inevitablemente, pensó en Leo.

La luz dorada del atardecer entraba por la ventana de su apartamento en la Torre Arcadia, mucho antes de que las sombras de la guerra se cernieran sobre Veridia. Elena estaba sentada en el sofá, con el corazón latiéndole con fuerza, sosteniendo el pequeño

dispositivo que acababa de usar. Leo entró, dejando su maletín de trabajo, aflojándose el nudo de la corbata sónica.

—Día largo en la Tecno-Corp —dijo él, sonriendo con cansancio al verla—. ¿Qué tal mi chica?

Ella sonrió, pero no pudo ocultar el nerviosismo en sus ojos. —¿Recuerdas que tenía esa revisión médica hoy?

Él asintió, acercándose, su expresión cambiando a una de ligera preocupación. —¿Todo bien?

Elena no respondió con palabras. Simplemente le tendió el dispositivo. Leo lo cogió, miró la pequeña pantalla donde parpadeaba un sencillo "+", y luego levantó la vista hacia ella, sus ojos grises muy abiertos, buscando confirmación.

Ella asintió, incapaces de contener las lágrimas de emoción que empezaban a brotar. —¿Vamos a tener un bebé, Leo?

La sonrisa que iluminó el rostro de Leo fue algo que Elena atesoraría para siempre. Una mezcla de shock, incredulidad y pura alegría radiante. La levantó en brazos, haciéndola girar por la sala mientras ella reía y lloraba a la vez.

—¡Un bebé! ¡Vamos a tener un bebé! —exclamó él, su voz llena de asombro—. ¡Tú y yo! ¡Vamos a ser padres! ¡Siempre quise...! ¡Oh, Elena!

La bajó suavemente y la abrazó con fuerza, apoyando su frente contra la de ella. Se quedaron así un largo rato, sintiendo el latido del corazón del otro, la magnitud del momento envolviéndolos.

Esa noche no durmieron mucho. Se quedaron despiertos hasta tarde, acurrucados en el sofá, mirando las luces de Veridia, haciendo planes. Hablaron de nombres (Mateo fue uno de los primeros que surgió y a ambos les encantó), de cómo decorarían la habitación extra, de si se parecería a él o a ella. Leo, el pragmático ingeniero, ya estaba investigando los mejores sistemas de monitorización fetal y los cochecitos autónomos más seguros. Elena, la enfermera, pensaba en la lactancia, en las noches sin dormir, pero sobre todo, en la sensación de tener a su hijo en brazos.

—Será un mundo increíble para Mateo —le dijo Leo más tarde, acariciando su vientre aún plano, sus ojos llenos de sueños—. Con toda esta tecnología, las oportunidades que tendrá... Viajará a las colonias lunares de vacaciones, aprenderá con tutores de IA personalizados... Le daremos el mejor futuro posible.

Ella se acurrucó contra él, sintiendo una felicidad y una seguridad tan completas que parecían indestructibles. Recordó la sensación de su mano cálida sobre la suya, el beso lento y profundo que compartieron después, un beso lleno de promesas silenciosas y del amor inmenso que sentían el uno por el otro y por la pequeña vida que acababan de empezar a crear juntos.

Un sollozo escapó de los labios de Elena al volver al presente, a la cruda realidad de la tienda médica parpadeante, al olor a sangre y desinfectante, al sonido de la guerra fuera. Aquel futuro perfecto se había roto. Leo no estaba allí para compartir este momento. Y el mundo al que Mateo había llegado no era el paraíso tecnológico que habían soñado, sino una pesadilla de destrucción y miedo.

—Lo sé, El. Lo sé —dijo Clara suavemente, adivinando sus pensamientos, mientras terminaba de limpiar a Mateo y le colocaba un pequeño gorro improvisado—. Es horrible. Es injusto. Pero estáis vivos. Y él está sano. Eso es lo único que importa ahora.

Elena asintió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, aferrándose a su hijo como a un escudo contra la desesperación. —Gracias, Clara. Por todo. Eres...

—Shhh. Descansa ahora —la interrumpió Clara, tapándola con otra manta térmica—. Has pasado por mucho. Intentaré conseguiros un lugar más seguro dentro del hospital, si es que queda alguno. Pero por ahora, descansa. Recupera fuerzas. Lo vas a necesitar. Los dos lo vais a necesitar.

Elena asintió de nuevo, agotada hasta la médula, pero con una nueva y feroz determinación ardiendo en su interior. Miró el rostro dormido de su hijo. Por él, enfrentaría lo que fuera. Sobreviviría. Y esperaría a Leo. Costara lo que costara. El primer llanto de Mateo no sería un lamento en la oscuridad, sería un grito de desafío.

CAPÍTULO 67: LA LARGA GUERRA

Pasaron las semanas. El ataque masivo de misiles sobre Veridia marcó un punto de inflexión brutal, pero no el final de la guerra. La Federación de Cygnus, abandonando cualquier pretensión de neutralidad, apoyó abiertamente a Valerius, proporcionando tecnología avanzada, recursos económicos y apoyo logístico. Kaledon, herida pero no vencida, se atrincheró para una guerra larga y defensiva, una lucha por la supervivencia contra una coalición formidable.

En el Nido del Halcón, Leo Reyes se convirtió en una pieza clave de la nueva estrategia. Ascendido extraoficialmente por Kaelen tras la caída de Ellis, él y Sami trabajaban sin descanso, usando la inteligencia recuperada por David (cuyo sacrificio fue reconocido internamente con el máximo honor póstumo, aunque su cuerpo nunca se recuperó) para entender y contrarrestar la amenaza Quimera y la profunda infiltración Cygnus-Valeriana. La caza de cómplices de Ellis continuaba, una sombra de desconfianza persistente incluso en los niveles más altos. Leo apenas dormía, impulsado por el deber, la culpa y la imagen constante de Elena y un hijo que no conocía. Había logrado, a través de canales militares seguros y la ayuda discreta de Kaelen, confirmar que Elena estaba viva y había dado a luz, y que se encontraba en un lugar relativamente seguro fuera de Veridia gracias a Clara, pero la comunicación directa seguía siendo casi imposible y extremadamente peligrosa.

En algún lugar de la Kaledon rural, en un centro de refugiados reconvertido, Elena acunaba a Mateo. Habían sobrevivido. Clara, usando sus contactos y una determinación férrea, había logrado evacuarlas del infierno post-ataque de Veridia unos días después del nacimiento. Ahora estaban a salvo de los bombardeos directos, pero no de la guerra. Las noticias eran escasas y censuradas. Los

recursos, limitados. Cada día era una lucha por conseguir comida, medicinas básicas, y mantener a Mateo caliente y seguro. Elena había recuperado parte de sus fuerzas, y su instinto de enfermera la llevaba a ayudar a otros refugiados como podía. A menudo, en las noches silenciosas, miraba las estrellas (cuando el cielo no estaba cubierto por el humo o las estelas de los drones) y pensaba en Leo, aferrándose a la promesa que le había hecho, enseñándole a Mateo la imagen holográfica de un padre que quizás nunca conocería. Era fuerte, por ella y por su hijo, pero la incertidumbre y la añoranza eran compañeras constantes.

Mientras tanto, en las montañas desoladas de Valerius, una figura solitaria y malherida observaba desde lejos una patrulla enemiga. Mía había sobrevivido. Pero la guerra también corroía a Valerius desde dentro. Logró escapar durante un traslado caótico, no por su propia fuerza, sino gracias a la intervención inesperada de la llamada 'Resistencia del Sol Gris', un grupo clandestino de ciudadanos Valerianos –antiguos soldados, intelectuales, simples trabajadores– que se oponían al régimen imperial y a la alianza con Cygnus, horrorizados por las armas Quimera y el coste de una guerra que no consideraban suya.

Recordaba el rostro curtido del hombre que cortó sus ataduras en medio de la confusión de una emboscada al convoy. "No todos en Valerius seguimos ciegamente al Emperador ni a los susurros del Cisne," le había dicho con urgencia, entregándole un pequeño paquete de suministros y señalando una ruta de escape hacia las montañas. "Hay quienes aún creemos en... otra cosa. Ahora vete, soldado de Kaledon. Sobrevive. Quizás tu gente deba saber que no todos aquí somos monstruos."

Llevaba consigo una copia fragmentada de los datos Quimera que David había logrado duplicar en el último segundo. Su misión ahora era la misma que la de David: sobrevivir y llevar esa información a Kaledon. Era una posibilidad remota, una chispa de esperanza en la oscuridad.

Veridia, la capital herida, comenzaba a lamerse las heridas bajo una fuerte presencia militar. La reconstrucción era lenta. Las zonas contaminadas seguían acordonadas. La Torre Arcadia, dañada, pero en pie, era un símbolo silencioso del terror vivido. La vida continuaba, pero era una vida diferente, marcada por el miedo, la escasez y la sombra omnipresente de una guerra que se había instalado en sus calles y en sus almas.

EPÍLOGO - LA GUERRA INTERMINABLE

Seis meses después.

La guerra entre Kaledon y la alianza Valerius-Cygnus se había convertido en una rutina brutal. Un sangriento tira y afloja en múltiples frentes: en las fronteras devastadas, en el ciberespacio disputado segundo a segundo, en las sombras de la contrainteligencia. Ningún bando lograba una ventaja decisiva. Las armas Quimera, aunque parcialmente comprendidas gracias a los datos de David, seguían siendo una amenaza terrible que Valerius usaba con cuentagotas y efectos devastadores localizados.

El resto del mundo observaba con una mezcla de horror y parálisis calculada. Las grandes alianzas continentales emitieron enérgicas condenas contra la agresión Valerius-Cygnus y la revelación del Proyecto Quimera, imponiendo sanciones económicas que, sin embargo, resultaban en gran medida ineficaces ante la autarquía tecnológica de Cygnus y los vastos recursos de Valerius. El Consejo de Seguridad Terrestre se mostraba impotente, bloqueado por vetos cruzados y el miedo a una escalada que involucrara armas aún más devastadoras. Algunas potencias menores, temerosas de la nueva coalición, se alineaban discretamente con ella, mientras que otras ofrecían apoyo encubierto y limitado a Kaledon, más por contener la amenaza que por verdadera solidaridad. La guerra se había convertido en el nuevo y peligroso centro de gravedad planetario.

Leo Reyes seguía en el Nido del Halcón, ahora como uno de los pilares de la ciberdefensa Kaledoniana. Más delgado, más duro, con la mirada permanentemente cansada pero inflexible. La red del topo había sido desmantelada en gran parte, pero la paranoia persistía. La guerra era su vida ahora. Su única conexión con el mundo

exterior eran los mensajes encriptados, breves y esporádicos, que lograba intercambiar con Elena, llenos de palabras de amor, esperanza y una espera interminable.

Elena criaba a Mateo en un pequeño pueblo reconstruido lejos del frente. El niño crecía sano, ajeno a la guerra que definía su mundo, protegido por el amor feroz de su madre y la ayuda constante de Clara, que se había convertido en su familia. Pocos sabían del pequeño disco metálico, frío y liso, escondido entre sus escasas pertenencias, un recordatorio constante del peligro que había sobrevivido y de las preguntas que seguían sin respuesta sobre lo que realmente contenía o por qué era tan peligroso. Elena seguía esperando a Leo, mirando al cielo cada vez que un transporte Kaledoniano pasaba, aferrada a una promesa hecha en un mundo que ya no existía. Era fuerte, una superviviente, pero las cicatrices de Veridia y la ausencia de Leo eran profundas.

La guerra continuaba. Sin un final a la vista. Kaledon resistía, Valerius y Cygnus presionaban. La tecnología seguía avanzando, creando nuevas formas de matar y nuevas esperanzas de sobrevivir. El mundo había cambiado irrevocablemente. Y en medio de las ruinas y la incertidumbre, la vida, tenaz y frágil, seguía abriéndose camino, latido a latido, como el corazón de un niño nacido en tiempos de guerra.

SOBRE EL AUTOR

Juan Carlos Toral Dueñas nació en Úbeda (Jaén) en 1987. Es Ingeniero en Informática y ha complementado su formación con cuatro másteres: MBA, Alta Dirección, Ciberseguridad y Gestión de Riesgos Financieros.

Desde 2010, ha desarrollado su carrera profesional en el sector bancario, trabajando en proyectos cruciales de sistemas de información para áreas de control y riesgos. Esta profunda experiencia en el mundo de la tecnología, la seguridad y la gestión de riesgos nutre la intriga y el detallado universo tecnológico de La Firma del Cisne.

Actualmente reside en Torrejón de Ardoz (Madrid).

CONECTA CON EL AUTOR

¡Muchísimas gracias por sumergirte en el universo de "La Firma del Cisne"! Espero que hayas disfrutado de la aventura.

Me encantaría saber qué te ha parecido. Si quieres seguir conectado/a y enterarte de novedades y futuros proyectos, puedes encontrarme en:

Instagram: @jc.toral

TikTok: @jc.toral

Goodreads: J.C. Toral

Si "La Firma del Cisne" te ha gustado, te agradecería enormemente que consideraras dejar una reseña honesta en Amazon y/o Goodreads.

Tus palabras ayudan a que otros lectores descubran esta historia y son un gran apoyo para autores independientes como yo. ¡Cada reseña cuenta!

¡Gracias de nuevo por tu tiempo y por leer!

Un abrazo, J.C. Toral

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela ha sido un viaje intenso a través de mundos en guerra, tecnologías futuristas y complejas relaciones humanas. Un viaje que, sin duda, no habría podido completar sin el apoyo, la paciencia y el cariño de personas fundamentales en mi vida.

A mi hija, Lucía, que con sus dieciocho meses de vida ha sido el sol que ilumina incluso los días más oscuros y las noches más largas frente al teclado. Tu risa es la mejor banda sonora y tu existencia, la más poderosa inspiración para seguir imaginando y construyendo futuros.

A mi mujer, Isabel, mi compañera inseparable durante veintiún años. Gracias por tu amor incondicional, por tu paciencia infinita con mis ausencias mentales mientras exploraba Kaledon, Valerius y Cygnus, por tu fe constante en esta historia y en mí. Eres mi refugio seguro, mi Nido del Halcón personal en medio de cualquier tormenta. Sin ti, nada de esto sería posible.

A toda mi familia y amigos, por vuestro apoyo incondicional, vuestras palabras de ánimo y por estar siempre ahí, en cada paso del camino.

Y, por supuesto, a mis leales compañeras de cuatro patas, Laika y Mia, cuya silenciosa presencia a mis pies (interrumpida solo por alguna que otra petición de caricia o paseo) ha sido el mejor antídoto contra el estrés y los inevitables bloqueos del escritor.

A todos vosotros, desde el fondo de mi corazón, gracias.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

1. Términos Generales

- Biodomas costeras: Ecosistemas artificiales cerrados y controlados, situados en la costa, probablemente utilizados para recreación, investigación o conservación.
- Exoesqueleto ligero: Estructura mecánica externa vestible que aumenta la fuerza y resistencia del usuario.
- Guerra psicológica: Acciones destinadas a influir en las actitudes, emociones y comportamientos del enemigo o de la población, a menudo mediante propaganda o desinformación.
- Triaje (médico): Proceso de clasificar a los pacientes según la urgencia de su condición para priorizar el tratamiento, especialmente en situaciones de emergencia o desastre con múltiples víctimas.

2. Términos Tecnológicos

- Aero-Basket: Deporte futurista mencionado por Leo, que aparentemente involucraría drones participando activamente en el juego.
-

Honeypots (en ciberseguridad): Sistemas o redes señuelo diseñados para atraer y atrapar a atacantes cibernéticos, permitiendo estudiar sus métodos y obtener información sobre ellos.

- Vector de ataque/compromiso: Método o ruta utilizada por un atacante para obtener acceso no autorizado a un sistema o red.

- Interfaz neural directa: Tecnología que permite la comunicación y el control directo entre el cerebro humano y sistemas informáticos o máquinas.

- Lidar (Light Detection and Ranging): Tecnología de detección que utiliza luz láser para medir distancias y crear representaciones tridimensionales del entorno.

- Metadatos: Datos que describen otros datos. En el contexto del libro, se refiere a información sobre archivos o comunicaciones (origen, destinatario, marca de tiempo) distinta del contenido principal.

- Polimórfico (malware): Tipo de software malicioso capaz de cambiar su propio código o características para evitar ser detectado por sistemas de seguridad.

- Proxies (en redes): Servidores intermediarios que actúan como puente entre un usuario y un destino final, a menudo utilizados para ocultar la dirección IP original o eludir restricciones.

- Sub-rutina: Una secuencia de instrucciones que forma parte de un programa informático más grande y realiza una tarea específica.
- Algoritmo(s): Conjunto de reglas o instrucciones definidas para resolver un problema o realizar una tarea, mencionado en contextos de ataque y encriptación.
- Argos: Nombre de la IA táctica asignada al pelotón de David.
- Arterias vítreas: Calles o vías de transporte hechas de un material transparente o similar al vidrio.
- Asistente virtual: Programa de inteligencia artificial diseñado para ayudar a los usuarios con diversas tareas.
- Bases de datos de identificación ciudadana: Sistemas donde se almacena información de identidad digital de los ciudadanos.
- Ciberataque(s): Ataques realizados a través del ciberespacio contra sistemas informáticos, redes o infraestructuras.
- Ciber-comando: Centro o unidad responsable de las operaciones militares en el ciberespacio.
- Ciberdefensa(s): Medidas y estrategias para proteger sistemas y redes de ciberataques.

- Ciberespacio: Entorno virtual de redes informáticas y comunicación digital.
- Código (de programación/malicioso): Instrucciones que componen un programa informático; también se refiere a software malicioso.
- Comunicador personal: Dispositivo de comunicación portátil, probablemente llevado en la muñeca.
- Conectividad: Capacidad de los dispositivos y sistemas para conectarse entre sí y a redes.
- Contramedidas (cibernéticas/electrónicas): Acciones tomadas para contrarrestar ataques o interferencias electrónicas.
- Cortafuegos (Firewalls): Sistemas de seguridad de red que controlan el tráfico entrante y saliente, bloqueando accesos no autorizados. Se mencionan cortafuegos cuánticos y el cortafuegos 'Cerbero'.
- Credenciales (digitales/Omega): Información utilizada para autenticar la identidad de un usuario y otorgar acceso a sistemas (usuario, contraseña, claves).
- Criptografía/Encriptación: Proceso de codificar información para que solo las partes autorizadas puedan leerla.
-

Deep Web (Menciones tempranas): Capas de internet no indexadas por motores de búsqueda estándar, mencionada como redes alternativas o foros sin censura.

- Denegación de servicio distribuido (DDoS): Tipo de ciberataque que busca sobrecargar un servidor o red con tráfico masivo desde múltiples fuentes para hacerlo inaccesible.

- Destructor de datos: Dispositivo diseñado para borrar o destruir información digital de forma segura.

- Dispositivo biométrico pasivo: Sistema que puede identificar a una persona basándose en sus características biológicas sin requerir una acción consciente del individuo.

- Exploit de día cero: Vulnerabilidad de software desconocida por el fabricante o para la que aún no existe parche, que puede ser explotada por atacantes.

- Firma (de malware/digital): Patrón o característica única que permite identificar un tipo específico de software malicioso o verificar la autenticidad de datos.

- Granjas de servidores GPU: Grandes instalaciones con numerosas Unidades de Procesamiento Gráfico (GPU) optimizadas para tareas de cálculo intensivo, como la inteligencia artificial.

-

Guerra electrónica: Uso del espectro electromagnético para detectar, atacar o impedir el uso enemigo de dispositivos electrónicos y comunicaciones.

- Hacking/Hackers: Acceso no autorizado a sistemas informáticos.
- IA (Inteligencia Artificial): Sistemas informáticos capaces de realizar tareas que normalmente requieren inteligencia humana.
- Inteligencia táctica/estratégica: Información relevante para la toma de decisiones en operaciones militares a corto plazo (táctica) o largo plazo (estratégica).
- Intrusión (cibernética/física): Acceso no autorizado a un sistema, red o instalación física.
- Man-in-the-middle (ataque): Tipo de ciberataque donde el atacante se interpone secretamente entre dos partes que se comunican, interceptando o alterando la comunicación.
- Malware: Software diseñado para dañar o infiltrarse en sistemas informáticos (virus, troyanos, etc.).
- Mando y Control (C2 / NC3): Sistemas y procesos utilizados por los militares para dirigir y coordinar fuerzas y operaciones. NC3 se refiere específicamente al Mando, Control y Comunicaciones Nucleares.
-

Neuro-Net global: Término que sugiere una red global interconectada accesible posiblemente a través de interfaces neuronales.

- Nodo (de red/comunicaciones): Punto de conexión o redistribución en una red.
- Oráculo: Nombre de la IA estratégica central de Kaledon, desarrollada por Tecno-Corp.
- Oráculo-Sigma (Canal): Canal de comunicación interna relacionado con la IA Oráculo, utilizado por el topo para filtrar información.
- Protocolo(s): Conjunto de reglas que definen cómo se comunican los dispositivos o se ejecutan las operaciones.
- Pulso Electromagnético (PEM): Ráfaga de energía electromagnética que puede dañar o inutilizar equipos electrónicos.
- Red neuronal: Modelo computacional inspirado en la estructura del cerebro humano, utilizado en inteligencia artificial.
- Red(es) (de datos/comunicación/eléctrica/etc.): Sistemas interconectados para transmitir información o energía.
-

Satélite(s): Utilizados para comunicaciones y vigilancia.

- Sensores: Dispositivos para detectar cambios o eventos en el entorno (movimiento, térmicos, sísmicos, etc.).
- Servidor(es): Ordenadores potentes que almacenan, procesan y distribuyen datos en una red. Mencionado específicamente el SRV-7.
- Sistema de Comando y Control Nuclear (NC3): Sistemas específicos para la gestión de armas nucleares.
- Sistema Operativo: Software fundamental que gestiona el hardware y software de un ordenador o dispositivo.
- Sistemas autónomos: Sistemas (vehículos, armas) capaces de operar sin intervención humana directa.
- Tableta (encriptada/personal): Dispositivo informático portátil con pantalla táctil.
- Tecno-Corporación Kaledon (Tecno-Corp): Poderosa corporación tecnológica de Kaledon, implicada en infraestructuras civiles y defensa.
- Tecnología cuántica: Se menciona en relación a cortafuegos y encriptación, sugiriendo tecnologías basadas

en principios de la mecánica cuántica para mayor seguridad o potencia de cálculo.

- Vehículos autónomos: Vehículos capaces de conducirse solos.
- Visor(es) (de casco/táctico): Parte del equipo militar que proyecta información visual directamente al usuario.

3. Términos Militares

- Agente(s) nervioso(s): Sustancias químicas tóxicas que afectan al sistema nervioso, causando convulsiones, parálisis y muerte.
- Alerta (Roja/Naranja/Negra): Niveles de advertencia utilizados por el gobierno o el ejército para indicar distintos grados de amenaza o emergencia. Alerta Negra parece referirse a una amenaza estratégica grave, posiblemente no convencional.
- Anulación Manual Bloqueada por Protocolo Externo: Mensaje de error que indica que un sistema de seguridad manual ha sido desactivado remotamente, sugiriendo sabotaje.
- APCA (Transporte de Personal de Combate Autónomo): Vehículo militar blindado y autónomo para transportar tropas. Mencionado el modelo 'Mastín'.
-

Arma(s) de Destrucción Masiva (WMD): Armas capaces de causar muerte y destrucción a gran escala (nucleares, biológicas, químicas).

- Arma(s) no convencional(es): Armas que no son explosivos tradicionales, como las químicas, biológicas, radiológicas o nucleares (QBRN/NBQ) o electromagnéticas.
- Ataque preventivo: Ataque militar iniciado para prevenir un ataque enemigo inminente o futuro.
- Baliza(s) de emergencia ('Ángel Guardián'): Dispositivos (posiblemente implantes subdérmicos) que transmiten la ubicación y estado de un soldado en caso de emergencia.
- Base(s) militar(es): Instalaciones utilizadas por las fuerzas armadas.
- Búnker: Refugio subterráneo fortificado.
- Cañón(es) (sónico/de plasma/de repetición): Tipos de armas de energía o proyectiles mencionadas en el contexto de drones y vehículos militares.
- Carga(s) perforante(s): Explosivo diseñado para penetrar blindaje.
- Carga(s) termobárica(s): Explosivo que utiliza oxígeno del aire circundante para generar una explosión

de alta temperatura y larga duración, eficaz contra estructuras fortificadas.

- Cazas interceptores: Aviones de combate diseñados para interceptar y destruir aeronaves enemigas.
- Ciber-Fuerzas de Defensa: Rama militar especializada en la guerra cibernética.
- Comisario Nyx: Figura de autoridad dentro de la unidad clandestina Nyx, posiblemente con funciones de supervisión política o ideológica.
- Contador Geiger: Instrumento para medir la radiación ionizante.
- Convoy: Grupo de vehículos que viajan juntos, a menudo con escolta militar.
- Drones (militares/de vigilancia/de ataque/etc.): Vehículos aéreos no tripulados utilizados para diversos fines militares o de seguridad. Se mencionan modelos específicos: 'Cazador' (Kaledon), 'Aguijón' (Kaledon), 'Avispa' (Valerius), Quimera (Valerius/Cygnus).
- Emisor de localización subdérmico: Pequeño dispositivo implantado bajo la piel para transmitir la ubicación del portador.
- Escalada: Aumento gradual de la intensidad o alcance de un conflicto.

- Escudo Celeste: Sistema de defensa antimisiles de Kaledon, probablemente basado en energía o interceptores espaciales/terrestres.
- Exfiltración (militar): Proceso de sacar personal o material de una zona hostil de forma segura y secreta.
- Fuerza(s) de Defensa Auxiliares: Fuerza militar o paramilitar de apoyo, posiblemente una reserva o guardia nacional.
- Guerra Continental: Conflicto bélico a gran escala que involucra a múltiples naciones dentro de un continente, mencionado en referencia a un conflicto pasado.
- Granada(s) (sónica/PEM/fragmentación): Dispositivos explosivos o disruptivos de mano.
- Incursión: Ataque rápido o entrada en territorio enemigo.
- Identificación Amigo-Enemigo (IFF): Sistema utilizado para identificar aeronaves, vehículos o tropas amigas y distinguirlas de las enemigas.
- Infantería autónoma: Soldados robóticos terrestres.
- Infiltración: Entrada secreta en territorio o sistemas enemigos.

- Mando Central / Alto Mando: Cuartel general o nivel más alto de la jerarquía militar.
- MED-Drone (Ambulancia Dron Autónoma): Dron diseñado para evacuación médica.
- Micro-misil(es): Misiles pequeños, probablemente guiados, lanzados desde drones u otras plataformas.
- Mininuke: Arma nuclear de pequeño tamaño o bajo rendimiento.
- Misil(es) (tácticos/antitanque/balísticos): Proyectiles autopropulsados guiados.
- NBQ (Nuclear, Bacteriológico, Químico): Relativo a armas o agentes de destrucción masiva de estos tipos. Usado también para describir trajes de protección.
- Neutralizar: Incapacitar o eliminar una amenaza o un objetivo.
- Nivel Omega/Alfa/Sigma/Oro/Platino (acceso/protocolo): Clasificaciones de seguridad o prioridad muy altas dentro de Tecno-Corp o las fuerzas Kaledonianas.
- Nyx: Unidad clandestina Valeriana de operaciones especiales, sabotaje e infiltración.
-

Operación 'Ciudadela Limpia': Operación militar Kaledoniana para asegurar Veridia tras el ataque de misiles.

- Operación 'Filo del Halcón': Operación ofensiva Kaledoniana contra Valerius en respuesta al ciberataque inicial.

- Payload (carga útil): En contexto militar o cibernético, la parte de un misil, dron o malware que realiza la función deseada (explosivo, agente químico, código malicioso).

- Perímetro (defensivo/cibernético): Límite exterior de una zona defendida o de una red segura.

- Prisionero(s) de guerra: Combatientes capturados por el enemigo durante un conflicto.

- Proyecto Quimera: Proyecto secreto Valeriano/Cygniano para desarrollar armas biológicas o biomecánicas avanzadas, posiblemente usando drones.

- Protocolo(s) (militares/de seguridad/de contingencia): Procedimientos estandarizados para situaciones específicas. Mencionados específicos: 'Guardián' (seguridad nuclear/IA), 'Espejismo' (ciberdefensa), 'Hydra' (ciberdefensa), 'Tormenta de Datos' (ataque DDoS), 'Fortaleza' (bloqueo del Nido), 'Muro de Hierro' (ciberdefensa interna), 'Cerbero Omega' (aislamiento cibernético), 'Tierra Quemada' (destrucción

digital para negar acceso), 'Fantasma' (protocolo de canal oculto).

- Puesto de observación: Posición utilizada para vigilar al enemigo o una zona.
- Radiación (Gamma/Alfa/Beta): Formas de energía o partículas emitidas por materiales radiactivos, peligrosas para los seres vivos.
- Rifle(s) (sónico/de pulsos): Armas de energía utilizadas por la infantería.
- Sabotaje: Acción deliberada para dañar o destruir equipos, instalaciones o dificultar operaciones.
- Sanitario(s): Personal médico militar o civil que atiende a heridos en combate o emergencias.
- Tanque(s) (autónomo): Vehículos de combate blindados y con orugas. Se mencionan modelos: 'Basilisco' (Valerius), 'Gladius' (Kaledon).
- Tecnología sigilosa (Stealth): Tecnología diseñada para hacer que vehículos o equipos sean difíciles de detectar por radar u otros sensores.
- Tierra quemada: Táctica militar de destruir recursos propios para evitar que caigan en manos del enemigo.
-

Topo / Traidor: Persona infiltrada en una organización que filtra información secreta al enemigo.

- Traje(s) de protección NBQ: Indumentaria especial para protegerse de agentes nucleares, bacteriológicos o químicos.
- Transporte(s) aéreo(s) militar(es): Aeronaves para transportar tropas o equipo militar.
- Transporte(s) blindado(s) de personal: Vehículos blindados para mover soldados.
- Tregua: Suspensión temporal de hostilidades.
- Trincheras: Zanjas defensivas excavadas en el suelo.
- Troyano (informático): Tipo de malware que se disfraza de software legítimo para infiltrarse en un sistema.
- Unidad(es) (militares): Grupos organizados dentro de las fuerzas armadas. Se mencionan: 7ª Compañía de Asalto Autónomo, Fuerza Lanza, Reconocimiento de Largo Alcance (RLR).
- Vehículo(s) de reconocimiento: Vehículos militares utilizados para obtener información sobre el enemigo o el terreno. Se menciona el modelo 'Víbora' (Valerius).
-

Zona Desmilitarizada / Zona de Operaciones: Área geográfica específica con estatus o propósito militar definido. Mencionado el Sector Gamma-4, Sector Delta, Nido Águila.

DICCIONARIO DE SIGLAS Y ABREVIATURAS

- APCA: Transporte de Personal de Combate Autónomo (Autonomous Personnel Combat Carrier).
- C2: Mando y Control (Command and Control).
- CAD: Cygnus Advanced Dynamics.
- CUC-K: Centro Unificado de Ciber-Comando Kaledoniano (Kaledonian Unified Cyber-Command Center).
- DDoS: Denegación de Servicio Distribuido (Distributed Denial of Service).
- ECM: Contramedidas Electrónicas (Electronic Countermeasures).
- EM: Electromagnético.
- ETA: Tiempo Estimado de Llegada (Estimated Time of Arrival).
- GPU: Unidad de Procesamiento Gráfico (Graphics Processing Unit).
- ID: Identificador / Identificación.

- IFF: Identificación Amigo-Enemigo (Identification Friend or Foe).
- MIA: Desaparecido en Acción (Missing In Action).
- NBQ / QBRN: Nuclear, Bacteriológico, Químico.
- NC3: Mando, Control y Comunicaciones Nucleares (Nuclear Command, Control, and Communications).
- O2: Oxígeno.
- PEM: Pulso Electromagnético.
- RLR: Reconocimiento de Largo Alcance (Long-Range Reconnaissance).
- SRV-7: Designación de un servidor intermediario de Oráculo.
- TCE: Traumatismo Craneoencefálico.
- UCI: Unidad de Cuidados Intensivos.
- URL: Localizador Uniforme de Recursos (dirección web).
- UTM: Gestión de Tráfico No Tripulado (Unmanned Traffic Management).

- WMD: Arma de Destrucción Masiva (Weapon of Mass Destruction).